

Democracia en Europa

Vivien A. Schmidt

Diálogo

La energía nuclear
a debate

Tiempo de CAMBIO GLOBAL

Ángel Martínez González-Tablas

José Manuel Naredo

Paco Fernández Buey

José A. González

Carlos Montes

Ignacio Santos

Carlos Taibo

Foto: REUTERS / Kai Pfaffenbach

Director - Santiago Álvarez Cantalapiedra

Jefa de redacción - Nieves Zúñiga García-Falces

Consejo de redacción - Paco Fernández Buey, José Manuel Naredo, Gaby Oré Aguilar, Óscar Carpintero, Tanja Bastia, Carlos Montes, Helena Villarejo, Yayo Herrero, Javier Gutiérrez Hurtado

Comité asesor - Daniele Archibugi, Pedro Ibarra, Isabell Kempf, Michael T. Klare, Bichara Khader, Saul Landau, Maxine Molyneux

Papeles es una publicación trimestral del Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial), que forma parte de FUHEM.

Duque de Sesto, 40, 28009 Madrid

Tel. (+34) 91 576 32 99 - Fax (+34) 91 577 47 26

cip@fuhem.es

www.cip.fuhem.es

www.revistapapeles.fuhem.es

Venta y suscripción

Tel. (+34) 91 431 03 46 / 04 06

publicaciones@fuhem.es

Revisión - Mónica Lara del Vigo, Elsa Velasco

Publicidad - Ana Belén Martín

Diseño original de la maqueta - Alicia Núñez Morales

Foto portada - REUTERS/Kai Pfaffenbach. Reloj que representa la responsabilidad humana ante el deterioro acelerado del planeta.

I.S.S.N. - 1888-0576

Depósito legal - M-30281-1993

© FUHEM. Todos los derechos reservados.

Para solicitar autorización de reproducción de artículos, escribir a CIP-Ecosocial.

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las del Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) y son responsabilidad de los autores.

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2007.

Impreso en papel ecológico como parte de la política de buenas prácticas en materia de sostenibilidad de FUHEM.

INTRODUCCIÓN 5

ESPECIAL:
Tiempo de CAMBIO GLOBAL

El modelo emergente en el capitalismo senil	13
<i>Ángel Martínez González-Tablas</i>	
La reconciliación virtual entre economía y ecología en el nuevo desarrollismo ecológico	33
<i>José Manuel Naredo</i>	
¿Es el decrecimiento una utopía realizable?	53
<i>Paco Fernández Buey</i>	
Capital natural y desarrollo: por una base ecológica en el análisis de las relaciones Norte-Sur	63
<i>José A. González, Carlos Montes e Ignacio Santos</i>	
La urgencia de un nuevo pacifismo	79
<i>Carlos Taibo</i>	

PANORAMA	
La democracia en Europa	87
<i>Vivien A. Schmidt</i>	
El conocimiento tradicional para la resolución de problemas ecológicos	109
<i>Victoria Reyes-García</i>	
“Negociar con las manos” el espacio público	117
<i>Pablo Gigosos Pérez y Manuel Saravia Madrigal</i>	

SUMARIO

DIÁLOGO

La energía nuclear a debate: ventajas e inconvenientes de su utilización

131

Mónica Lara del Vigo

PERISCOPIO

Manifiesto sobre transiciones económicas globales

147

PERFILES

El enfoque de las capacidades de M. Nussbaum: un análisis comparado con nuestra teoría de las necesidades humanas

177

Ian Gough

LIBROS

Cambio global. Impacto de la actividad humana sobre el sistema tierra de Carlos M. Duarte (Cord.)

205

Francisco Borja Barrera

Raíces económicas del deterioro ecológico y social.

Más allá de los dogmas de José Manuel Naredo

207

Óscar Carpintero

Utopías e ilusiones naturales de Paco Fernández Buey

210

Salvador López Arnal

Economía Política Mundial. I. Las Fuerzas

Estructurantes de Ángel Martínez González-Tablas

212

Óscar Carpintero

INTRODUCCIÓN

Desde hace decenios se viene hablando sobre las graves consecuencias que la crisis ecológica plantea a la humanidad. Sin embargo, la conciencia —el conocimiento y la aceptación— de que el cambio global se ha instalado en nuestras vidas es algo que ahora, a duras penas, está empezando a abrirse camino. El cambio es consustancial a la historia humana y a la evolución del sistema Tierra, pero el impacto que nuestra actividad ocasiona sobre los ecosistemas introduce en el momento presente un elemento de radical novedad: una única especie, el *Homo sapiens*, está alterando en un corto período de tiempo las condiciones sobre las que se desenvuelve la vida de todas las especies del planeta.

El cambio actual se caracteriza por el alcance global de las consecuencias de la conducta humana sobre los procesos que determinan el funcionamiento de la biosfera, y surge asociado a la irreversibilidad de los efectos que se originan sobre muchos de ellos. El cambio climático es, tal vez, la manifestación más clara de que la superación de algunos umbrales críticos relativos a las capacidades de asimilación de los sistemas naturales alterará significativamente las condiciones de vida —sociales y ambientales— de la humanidad. Pero esto es sólo una expresión en la atmósfera de lo que acaece en la faz de la Tierra; no es en primera instancia el problema, es más bien la revelación de un problema que no es ecológico, sino social.

Las raíces de las dificultades con las que nos enfrentamos radican en la forma de organizarnos social y económicamente. O dicho con otras palabras: en el metabolismo de la sociedad industrial y en la lógica que lo promueve se hallan las claves principales de lo que acontece.

Vivimos en un mundo con un espacio ambiental saturado porque hemos crecido demasiado siguiendo únicamente la lógica del beneficio privado. Esta circunstancia exige repensar la actividad humana y las reglas de juego económicas más básicas e implica, igualmente, reinventar la convivencia y el sentido de lo colectivo. El crecimiento perpetuo en un mundo finito es un imposible. Pero, además de ser a largo plazo una ilusión, no ha sido tampoco hasta el presente una solución para encarar universalmente el bienestar humano y las profundas desigualdades sociales. Por tanto, no nos debería aterrar cuestionar la mitología del crecimiento. Sin embargo, ante la perspectiva de su final también los de abajo suelen palparse las ropas. Es comprensible que así sea dada las pautas distributivas del capitalismo y las inequidades en el reparto de los costes sociales y ambientales.

Y es que, en efecto, el final del crecimiento puede adoptar muchas formas, que van desde el colapso (un deterioro del bienestar humano y de la cohesión social, con la consecuencia de un declive incontrolado de la población mundial a través de hambrunas, epidemias y todo tipo de violencias y conflictos armados) a una paulatina adaptación a las capacidades naturales que aún nos ofrece la Tierra a través de un intenso proceso de innovación social (traducido en cambios culturales, políticos, económicos, institucionales y tecnológicos). Que se transite por una u otra vía muestra bien a las claras que, si los problemas hunden sus raíces en la forma de organización socioeconómica, las respuestas se encuentran también en ese mismo ámbito.

El análisis de las tendencias en curso no sólo es la mejor forma de comprender las causas de los males sociales, sino también el camino más seguro para impedir su persistencia y empezar a construir algo nuevo. Con este propósito, el artículo de Ángel Martínez González-Tablas aborda cómo determinadas fuerzas afectan de forma profunda y duradera a los componentes y relaciones que determinan el comportamiento a largo plazo de la economía mundial de nuestro tiempo. Podemos ver en esto un planteamiento –de inspiración claramente marxiana– que, preocupado por señalar aspectos fundamentales, se resiste a aceptar que una crítica de la sociedad existente, por oportuna y certera que sea, es suficiente para fundamentar una propuesta. Es así que, sólo tras el análisis de cómo se comporta el capitalismo actual, en el artículo se indague acerca de las condiciones necesarias para la emergencia de un desarrollo alternativo y se señale una estrategia para abrirle espacio.

Una prueba de que la búsqueda de alternativas se va abriendo espacio es la controversia ético-política acerca del decrecimiento. Aunque en algunas ocasiones se ha podido ver en el decrecimiento una mera inversión de un esquema dominante que se mantiene en lo sustancial inalterado (lo que antes crecía, tiene ahora que decrecer), la idea se expresa en la mayoría de sus defensores más cualificados como un cuestionamiento radical del modelo económico. En este sentido, no sirve sólo para encarar sin ambages la cuestión ambien-

tal, sino también para abordar la manera de restaurar un mínimo de justicia social. Por ahí enlaza Francisco Fernández Buey la controversia del decrecimiento con el tema de las utopías sociales. El decrecimiento aparece desde esta perspectiva como un horizonte interpretativo que ayuda a poner los acentos a la hora de elaborar una política económico-ecológica alternativa.

José Manuel Naredo, por su parte, argumenta sobre la función mixtificadora y laudatoria del pensamiento económico dominante. La disciplina económica estándar ha construido un discurso y un modo de razonar que, al no someter a revisión las nociones sobre las que se basa, representa un bastión ideológico revestido de ciencia que no preserva más que el *status quo*. Y aunque el avance de la conciencia ecologista parecía apuntar hacia una reconciliación entre economía y ecología, lo anterior ha provocado que dicha reconciliación únicamente se haya materializado en un plano virtual, precipitando un nuevo desarrollismo, esta vez adjetivado de ecológico, que no tiene más pretensión que la de incidir sobre los resultados pero sin modificar las causas primarias que los originan. Encontramos aquí alguna de las claves fundamentales para entender por qué, a pesar de que el tema ambiental está cada vez más presente, el deterioro ecológico y social se acentúa sin parar.

De ahí que se necesite un enfoque transdisciplinar que, superando los sesgos ideológicos y los reduccionismos analíticos del paradigma económico convencional, facilite la conexión de las cuestiones económicas (y no sólo las monetarias, sino también las referidas a las nociones de desarrollo, bienestar, cooperación, etc.) con las dimensiones biofísicas y territoriales en las que se desenvuelve la existencia humana. El artículo elaborado por el equipo que encabeza Carlos Montes –donde se reúnen ecólogos y expertos en desarrollo y cooperación– representa un buen ejemplo de búsqueda de un nuevo paradigma para comprender la verdadera dimensión de los problemas socio-ecológicos que subyacen en las relaciones Norte-Sur.

Carlos Taibo señala, a su vez, la urgencia de un nuevo pacifismo para el contexto presente. Las circunstancias que estamos viviendo parecen indicar que se está acabando el tiempo de los poderes blandos y que acecha, como la peor de las salidas posibles, una especie de darwinismo social encaminado a reservar lo que se manifiesta escaso a los que disfrutaban ya de unas formas de vida exclusivas. Por ello, el movimiento pacifista, sin desatender muchos de los elementos tradicionales de su discurso, debe prestar atención a las discusiones críticas relativas al crecimiento, al consumo y a las necesidades para ser capaz de emplazar en un primer plano la justicia y la igualdad.

En otras secciones de la revista presentamos diversas colaboraciones que desgranan problemáticas relacionadas con el contenido del Especial. En el Periscopio, nos hacemos eco de un manifiesto a favor de una transición global que permita la reconci-

liación real entre economía y ecología. La única opción realista de que disponemos consiste en rebajar los caudales materiales y energéticos que sostienen las actividades humanas a niveles sostenibles mediante una decisión consciente. Ahora bien, el hecho de que tengamos que ajustar la escala de la economía, no debe arrojar al abandono la consideración de las enormes diferencias existentes entre los seres humanos: millones de personas necesitan desesperadamente más alimentos, cobijo y bienes materiales. Otras, sumidas en insatisfacciones diferentes, tratan de realizar necesidades que son igual de reales pero inmateriales: reconocimiento, autoestima, pertenencia o identidad. Las primeras requieren, ineludiblemente, crecimiento material, pero existen umbrales por encima de los cuales su satisfacción deja de ser óptima (por ejemplo, la malnutrición por sobrealimentación afecta de manera negativa a la salud). Las segundas, permiten barajar otras alternativas para su satisfacción dejando una menor huella sobre la naturaleza. No se trata de negar su satisfacción, sino de elegir el satisfactor idóneo para permitir la propia satisfacción sin perjuicio de las ajenas y de la sostenibilidad global. Este es el reto, que implica, para empezar, confrontarnos con nuestras propias preferencias. El artículo de Ian Gough aborda este debate a partir de la comparación de su propuesta de necesidades con el enfoque de las capacidades humanas elaborado por Martha Nussbaum.

Otros artículos se centran en aspectos no menos relevantes. Victoria Reyes-García señala, a través de investigaciones etnoecológicas, que el conocimiento local tradicional de grupos indígenas y comunidades que viven en zonas rurales ha permitido secularmente compatibilizar formas de desarrollo socioeconómico con un uso sostenible de los recursos naturales. Esas mismas investigaciones han detallado cómo distintas sociedades han sido capaces de adaptarse a situaciones de cambio. Constituyen experiencias de las que es posible extraer importantes enseñanzas para el contexto actual de cambio global.

Manuel Saravia y Pablo Gigoso, por su parte, proponen una sugerente reflexión en torno al espacio público urbano. Sobre el mismo se ciernen preocupantes amenazas por la proliferación de tendencias tales como las *gated communities*, la implosión de nuevos escenarios de consumo (centros comerciales, parques temáticos, musealización de las ciudades, etc.) o la extensión del modelo urbano de ciudad reptante y dispersa (*urban sprawl*). Por otro lado, la urbanización acelerada y caótica es un fenómeno global que ha convertido de golpe a la población mundial en mayoritariamente urbana pero con unos derechos ciudadanos francamente menoscabados. Con todo, la contemplación del espacio público adolece de una visión idealizada del ágora heredada de la ilustración y este prejuicio oculta otros entornos físicos, sobre los que casi nadie habla, que a menudo representan más certeramente el espacio democrático. Reconocerlos supone una apuesta por el urbanismo de la gente.

Siguiendo el hilo de la actualidad, presentamos una contribución de Vivien A. Schmidt referida al debate sobre la democracia en la Unión Europea y un diálogo acerca de la revivida cuestión nuclear. Las reseñas de libros cierran el sumario de este número de la revista con el que pretendemos transmitir la idea de que cada vez son menores las dudas a pesar de que parezca que toca, en estos tiempos postmodernos de incertidumbre y complejidad, dudar de todo: estamos inmersos en un “cambio global”, en medio de una realidad que nos plantea un desafío que no tiene precedentes y que no podemos dejar de afrontar. Las causas de los problemas fundamentales con los que se encuentra la humanidad en este principio de siglo anidan en las relaciones sociales y en la forma de relacionarnos con la naturaleza. Ahora vuelva a la portada de la revista y comprobará que su nuevo nombre no responde a un reclamo rimbombante con el que tratamos de captar su atención.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director

Fe de erratas

En el gráfico 1 de la página 151 del nº 99 de *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* los textos correctos de los colores de la derecha son: el azul es “Hace más de un año” y el blanco “Nunca lo haría (con %)”. En el mismo gráfico, el porcentaje de Firmar cartas de protesta es de 19,0% y el de Boicotear productos de 32,1%.

CIP-Ecosocial: análisis y debates para
una sociedad justa en un mundo habitable
www.cip.fuhem.es

Tiempo de CAMBIO GLOBAL

El modelo emergente en el capitalismo senil 13
Ángel Martínez González-Tablas

La reconciliación virtual entre economía y ecología en el nuevo desarrollismo ecológico 33
José Manuel Naredo

¿Es el decrecimiento una utopía realizable? 53
Paco Fernández Buey

Capital natural y desarrollo: por una base ecológica en el análisis de las relaciones Norte-Sur 63
José A. González, Carlos Montes e Ignacio Santos

La urgencia de un nuevo pacifismo 79
Carlos Taibo

Especial

El modelo emergente en el capitalismo senil

*Un mundo en el que se combinan emergencia y senilidad es un mundo paradójico, porque senilidad se asocia con avanzada edad y decadencia, mientras que lo emergente es algo que nace, que sale y tiene principio de otra cosa. El capitalismo, aunque senil, no está en estado de extrema desnutrición, consumido y sin vitalidad. Quien exija y sólo acepte nitidez no la va a encontrar en el mundo que nos toca vivir, porque en él coexisten de forma incierta senilidad y emergencia, y sería extremadamente peligroso empeñarse en una percepción unilateral de dinámicas complejas.**

Es más fácil expresar esta realidad con la libertad del poeta que con las exigencias de las ciencias sociales. Me gustaría poder decir como discurso propio que el gran capital tiene las ruedas carriadas hasta un extremo que no pueden imaginar quienes están sufriendo sus dentelladas terribles, que está caduco pero muerde y muerde con una gran potencia y que en el universo del tardocapitalismo tenemos que saludar la discontinuidad como una afirmación de vida. No son mis palabras, pero las hago mías.¹

En las últimas décadas ha habido cambios sustanciales: la desaparición del área socialista transformó el mundo en el que nos habíamos acostumbrado a pensar; el dinamismo de la economía estadounidense en los noventa acaece cuando creímos ineluctable el avance inmediato hacia la multipolaridad; casi simultáneamente, asistimos a un crecimiento espectacular y sostenido de las economías más populosas cuando pensábamos que las sociedades que podían superar el subdesarrollo eran casos puntuales y menores, aunque, a su lado, surja rotunda la exclusión de continentes, a los que no borramos porque nadie se ha dotado todavía de mecanismos para poder hacerlo sin trauma.

Ángel Martínez González-Tablas es Catedrático de Economía de la Universidad Complutense de Madrid y presidente del Consejo Asesor de Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial)

* Una versión previa de las reflexiones contenidas en este artículo fue objeto de exposición oral en el marco del Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid de 2007 "¿Globalización polarizada o sociedad humanizada?", dirigido por Jorge Fonseca.

¹ J. Riechmann, *Conversaciones entre alquimistas*, Tusquets Editores, Barcelona, 2007.

Vivimos en un mundo atravesado por contradicciones, cada vez más agudas las que existen entre grupos sociales, tanto en el interior de las economías desarrolladas como a escala mundial, sin que tampoco hayan desaparecido las que se desarrollan entre los estados constituidos, tal vez atenuadas en el seno de la triada, pero ascendentes con las potencias emergentes, mientras aparecen otras de oscuro perfil, teñidas de componentes civilizatorios o religiosos, visibles tras hoscas expresiones de terrorismo.

Para analizar este puzzle me voy a servir de la difícil combinación del pensamiento clásico en su versión marxiana, de la lectura heterodoxa del enfoque institucionalista y de la perspectiva de la economía ecológica,² con una intención más preocupada por las pulsiones emancipatorias que por la reproducción y la continuidad de lo que existe.

El contexto creado por las fuerzas estructurantes y el neoliberalismo

Los ángulos de la mirada sobre la economía mundial pueden ser diversos y, si provienen de paradigmas compatibles, además complementarios, dando lugar a una comprensión más rica, más llena de matices. El que aquí se propone contempla la totalidad desde una perspectiva de largo plazo, de “longue durée”, sin adentrarse en problemas de vigencia coyuntural o circunscrita a ámbitos parciales.

Subyace la tesis de que, si queremos captar lo emergente en la economía mundial, tenemos que enfrentarnos con ciertas dimensiones de especial relevancia que interactúan con el aliño que proporciona el inquietante, el perturbador, el perverso dominio del neoliberalismo en el mundo actual, una combinación que, bien entendida, nos proporciona una guía para comprender dónde estamos y hacia dónde nos movemos.

Las fuerzas estructurantes (FE)

Dentro de la realidad que contemplamos, hay grandes cuestiones que tienen potencialidad para conformar de manera profunda y duradera el mundo que nos va a tocar vivir, que lo hacen ya hoy y que están llamadas a modelar el futuro.

Atrevemos a seleccionar, a caracterizar, a analizar el funcionamiento y los efectos de estas FE de nuestro tiempo me parece extremadamente importante, aunque una vez que

² Ni he sido ni soy un economista ecológico en sentido estricto, pero la realidad se impone y considero que sin incorporar esta dimensión no podemos pensar el mundo actual.

las identifiquemos nos encontremos incómodos, porque las interrelaciones entre ellas son complejas, a menudo contradictorias y no nos proporcionan un mundo sencillo, de blanco y negro, sobre el que pronunciarnos de forma rotunda.

Cuatro son las FE que es imprescindible tomar en cuenta, en este comienzo del siglo XXI, para entender hacia dónde va la economía mundial. Son la dimensión ambiental de la existencia social, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), la globalización y la financiarización. La tesis que propongo es que estas cuatro fuerzas tienen capacidad para actuar sobre los fundamentos de la economía mundial no de forma casual, coyuntural, anecdótica. Tienen esa capacidad en el año 2007 y me atrevo a decir que con distintas variantes la tendrán en las próximas décadas, lo cual no excluye que otras, ahora no contempladas, se sumen a éstas.

Son cuatro las fuerzas estructurantes que hay que tener en cuenta en este comienzo del siglo XXI: la dimensión ambiental, las nuevas tecnologías de la información, la globalización y la financiarización

La dimensión ambiental de la existencia social parte de que producimos, distribuimos, intercambiamos y consumimos bienes en un planeta con leyes y lógica propias. Existen ecosistemas que nos proporcionan las condiciones de la vida, con exigencias fuertes para poder realizar esa función, sin nada que ver con las de la economía. La economía no puede creerse capaz de razonar y plantear soluciones como si fuera un sistema autosuficiente y cerrado. La economía es un sistema abierto al entorno en el que actuamos y ese entorno ha tenido muchos avatares; pero lo característico de la fase actual es que son las fuerzas sociales, la sociedad que hemos construido, la que está actuando sobre él de forma intensa y perturbadora, poniendo en riesgo los fundamentos materiales en los que descansa la vida social. Demográficamente hemos pasado a llenar el planeta y el modelo de producción y consumo que hemos creado, al que nos aferramos como amantes apasionados, pone en peligro el entorno que necesitamos para vivir. Esto es algo que tiene unas enormes repercusiones.

Las TIC aparecen como una nueva revolución tecnológica, capaz de transformar el funcionamiento de la economía y el comportamiento de la sociedad. Hace unos años hubiéramos dicho que su esencia radicaba en el sistema tecnológico formado por microelectrónica, informática y telecomunicaciones, pero transcurrida una década, su hijo privilegiado no sólo reclama la primogenitura sino que pretende suplantarlo al padre, reivindicando que la verdadera revolución es internet, un fenómeno capaz de crear un mundo nuevo. Apenas hemos empezado a asumirlo, cuando un pariente colateral dice: ¡no, no os engañéis!, la informa-

ción y la comunicación son sólo el combustible, porque lo verdaderamente significativo es que avanzamos hacia la sociedad del conocimiento, una sociedad en la que la economía pasa a ser otra. Las TIC son una fuerza llamada a influir de forma decisiva en el interior de las organizaciones, en el mercado, en el funcionamiento del capitalismo, en la dinámica social. Cuestión distinta es la forma en la que vaya a hacerlo, porque no son obvios ni sus efectos sobre el mercado (positivos los genéricos, ambiguos los específicos de los productos TIC), ni la supuesta inmaterialidad de los procesos económicos que induce (si se toman en cuenta la totalidad de los procesos productivos y no sólo su resultado final).

La globalización, entendida como sinónimo de mundialización, aparece cuando los procesos, las relaciones y los efectos necesitan y exigen el plano mundial para existir, no simplemente cuando aumentan las relaciones externas y los condicionamientos derivados de ellas. La mundialización tiene variantes política, cultural, ideológica, ecológica y también económica. Se globaliza la economía cuando lo hace la producción, distribución, intercambio y consumo de bienes y servicios lo que, en nuestro caso concreto, es mundialización del sistema económico capitalista. Así entendida no se trata de si existe o no, sino de su grado, porque esbozos de mundialización los hubo hace mucho tiempo, aunque con una intensidad completamente diferente de la actual. Lo más característico de la globalización económica realmente existente (GERE) desde los años setenta no es ni la espectacularidad de las finanzas, ni la profundidad de la transnacionalización empresarial, sino su simultaneidad en los distintos planos –comercio, finanzas, producción y consumo–, surgiendo de su interacción una situación singular, porque no se puede pensar en cada plano aisladamente sin tener en cuenta el resto. Y de aquí se derivan importantes efectos para el funcionamiento de la economía mundial y para las economías nacionales que actúan en su seno, algo que tenemos que entender analíticamente, depurándolo de la retórica que atraviesa a menudo estas cuestiones.

La financiarización aparece cuando las finanzas alcanzan un nuevo grado de centralidad, de novedad, de complejidad en el seno del sistema económico capitalista, capaz de influir en la forma de funcionamiento y de reproducción de éste; lo financiero da un salto cuantitativo y cualitativo, surgiendo productos, comportamientos y actores que no existían anteriormente o que existían en otra medida. El dinero, los bancos y la Bolsa no tienen nada de novedad, aunque cambien algunas de sus funciones, pero sí la tiene el mercado de productos derivados. Entre los agentes no desaparecen ni los bancos, ni las grandes fortunas, pero el protagonismo se desplaza hacia las grandes instituciones de inversión colectiva que actúan con criterios peculiares, haciendo que el sistema financiero funcione de una manera diferente, obligando al sistema económico a hacerlo también, llegando a modificar la estructura social, la formación de la demanda y el funcionamiento de las empresas, porque una empresa que se rige por el modelo financiero de gestión empresarial no es la de siempre. Una empresa que cotiza en los mercados bursátiles, buscando como objetivo prioritario crear valor para el accionista, es distinta de la que pudieron contemplar los autores clásicos.

El neoliberalismo

El neoliberalismo no es una FE, es una ideología y, a la vez, un proyecto social y político, respaldado por intereses específicos. Su éxito nos debería llevar a estudiarlo con detenimiento, porque hubo un momento en los años sesenta en el que estando en germen y siendo sus planteamientos conocidos, nada apuntaba que pudiera llegar a ser lo que luego devino en el terreno de la teoría, de la ideología y de la capacidad de conformar la práctica política.

El neoliberalismo no es una fuerza estructurante, pero no podemos entender la economía mundial sin tener en cuenta su predominio

Arropado en la legitimidad del liberalismo clásico, en realidad representa una revuelta contra el rumbo del capitalismo en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, crece al amparo de la crisis del modelo fordista y cobra vuelo en las tres últimas décadas del siglo. Su ideario básico es escueto y se concreta en la exaltación del mercado y en la crítica de la intervención pública en asuntos económicos. Su núcleo promotor está formado por las fracciones sociales más acomodadas que, a pesar de sus logros, nunca vieron con agrado las cortapisas que introdujo el compromiso keynesiano. También en su origen se encuentra la necesidad de EEUU de recomponer sobre nuevas bases su hegemonía amenazada, así como los capitales vinculados a las finanzas y, poco después, los capitales productivos con dificultades para valorizarse en la crisis del fordismo. A ello se suma el nuevo tejido de alianzas de clase que se fue formando lentamente en torno a las nuevas prácticas. En el plano político hace una utilización extensiva, instrumental y retórica del mercado, recupera grados de libertad para el ejercicio del capital, ensancha el ámbito en el que éste puede revalorizarse, pone la intervención pública al servicio de sus intereses, extiende el campo que corresponde al interior de las empresas y protege la expansión de la dimensión empresarial. Los resultados más notorios de su predominio son la imposición de una visión del mundo, la modificación de la correlación de fuerzas, la subordinación de los procesos económicos reales a los procesos financieros y la instalación de un déficit institucional endémico. En el momento actual, no podemos entender ni las cuatro fuerzas estructurantes ni la economía mundial sin tomar en cuenta su predominio.

La combinación de FE y neoliberalismo

Todas las FE que hemos comentado lo son de esta etapa histórica, por lo que, al coexistir, es inevitable que interactúen formando dinámicas complejas que van mucho más allá de su mera adición. La GERE sería impensable sin las TIC, que la posibilitan y la impulsan, a la

vez que estas últimas interpelan, solicitan y, hasta cierto punto tienden a revolucionar a las finanzas, resultando que, aunque globalización y financiarización sean fenómenos diferenciados, en la práctica se retroalimentan a través de un sinfín de interacciones. En cambio, las relaciones entre la GERE y la dimensión ambiental bordean el antagonismo, porque el modelo de producción y consumo que postula y tiende a universalizar aquélla es la dimensión de la existencia social más amenazante para la sostenibilidad ecológica, mientras que la conexión de TIC y dimensión ambiental es más ambigua, aunque marcada por el señuelo de que induzcan una menor densidad material en los procesos económicos.

Por su parte, la influencia del neoliberalismo sobre algunas FE es extremadamente potente, hasta el punto de que tanto la financiarización como la concreción que adquiere la GERE serían incomprensibles sin el sesgo que les proporciona el neoliberalismo. La financiarización es la plasmación más genuina de los intereses sociales que están detrás del neoliberalismo y la materialización de la GERE está marcada por la impronta neoliberal que hace de ella un espécimen singularísimo dentro de lo que podría ser el espectro de mundializaciones posibles. El neoliberalismo también afecta a la senda que adopta el desarrollo de las TIC, aunque lo haga de forma menos rotunda que en los casos anteriores, mientras que la interacción entre neoliberalismo y dimensión ambiental de la existencia social viene marcada por la incapacidad de aquél para entender la problemática y las solicitudes de ésta.

El capitalismo: continuidad y cambio

Si pretendemos entender la manera específica en la que lo emergente actúa en el capitalismo, si queremos captar los mecanismos y los efectos concretos, tendremos que estilizar nuestra comprensión de lo que es y de cómo se comporta el sistema económico capitalista (SEC). Lo intentamos esbozando sus componentes y relaciones básicas, subrayando luego su necesidad intrínseca de aplicar otras regulaciones distintas de la mercantil, para terminar con una breve referencia a la diversidad de plasmaciones y a la capacidad mutante que muestra su evolución histórica. Son aspectos elementales, pero no son obvios y su delimitación condiciona el análisis subsiguiente.

Componentes y relaciones básicos del capitalismo

Los clásicos se enfrentaron con el estudio de las leyes que regulan la dinámica del SEC a través del análisis de la distribución del ingreso entre clases sociales, de la extracción del excedente social, de su apropiación y de su peculiar uso en los procesos de acumulación. La escuela neoclásica se desplazó a un terreno menos contaminado de relaciones sociales, interesándose por el juego del mercado y la formación de los precios, para luego, sin per-

der ese anclaje, abarcar un amplio elenco de materias. El discurso económico actual se ocupa de la competitividad, del comportamiento de las macromagnitudes básicas, de la evolución de la productividad, confluyendo siempre en el crecimiento económico.

Podríamos intentar estudiar directamente los efectos del complejo que forman las FE y el neoliberalismo sobre los aspectos que acabamos de citar. Sin embargo, no es el camino adecuado, porque acumulación, productividad, crecimiento, distribución del ingreso, derivan de otras relaciones y de otros componentes que les subyacen y les preceden, siendo más esclarecedor ocuparse primero de éstos si lo que se pretende es captar las tendencias profundas y los movimientos de largo plazo del SEC.

Los componentes y relaciones determinantes en el SEC, de los que en racimo pueden irse derivando otras variables, se concretan en una condición general, tres condiciones necesarias específicas y otras tres articulaciones básicas. Nos detenemos ahí, sin adentrarnos en el territorio más habitual de la economía, ni siquiera en el propio de la escuela clásica en la que nos inspiramos al hacer esta propuesta.

Hay una condición general para que pueda existir el capitalismo y cualquier sistema económico: ser compatible con los entornos sistémicos prioritarios a los que está abierto. Son prioritarios por ser el sostén de la vida en la tierra y de la social en particular. Si no hay compatibilidad con el entorno ambiental, con los ecosistemas en los que se desarrolla la actividad económica y, más en general, con la biosfera, ni el SEC ni ningún otro sistema económico pueden perdurar.

A partir de ahí, el capitalismo precisa de tres condiciones previas para poder operar. Necesita, en primer lugar, que haya propietarios privados de riqueza que estén dispuestos a utilizarla para producir los bienes y servicios que solicita la sociedad, perseverando de forma ininterrumpida en esa peculiar actitud productiva. En segundo lugar, requiere que haya personas con capacidad de trabajo, obligadas a venderla, y que este grupo de personas, asalariados, exista en número y calidad suficientes, sin menguar ni extinguirse, reapeyando con esa actitud período tras período. En tercer lugar, tiene que haber un mercado que enlace componentes tan dispersos como son los propietarios privados de riqueza (cada uno afanado en lo suyo) y los asalariados, a los que inicialmente sólo une la condición de ser poseedores de una fuerza de trabajo que tratan desesperadamente de vender. Articular tal mezcolanza necesita de una institución de coordinación compleja, que sirva de espacio de encuentro y que cree reglas que propicien los acuerdos, la formación de precios y los flujos de mercancías.

Estos tres componentes son las condiciones para que el SEC pueda existir, pero la capacidad para reproducirse exige resolver otras relaciones, de entre las que destacan tres arti-

culaciones básicas para un buen funcionamiento. Para empezar, los propietarios privados de riqueza sólo la utilizarán de manera productiva si obtienen un excedente, una rentabilidad que, en relación a la riqueza que han utilizado para producir, les resulte satisfactorio, de forma que si no obtienen esa tasa de ganancia o si resulta frustrante, se esfuma la razón para ser capitalistas y se corre el riesgo de que opten por quedarse en simples ricos, con lo que desaparecería una de las condiciones necesarias para la existencia del SEC.

A continuación, hace falta que las decisiones de producción que se han tomado de forma dispersa encuentren una demanda que permita que las mercancías se transformen de nuevo en dinero. De esta manera se pueden reiniciar nuevos ciclos productivos. Si no se vende lo producido, el proceso se interrumpe, lo cual es particularmente inquietante dado que la existencia de demanda no está garantizada, ya que en el SEC no se empieza a producir con la seguridad de que, al ser lo necesario, se vaya a vender lo que se produce.

Finalmente, el SEC necesita un nivel suficiente de cohesión social, lo cual no es sencillo de lograr en un sistema eminentemente contradictorio, en el que desde su origen hay grupos sociales enfrentados, de los que uno quiere sacar el máximo del trabajo que vende, mientras que otro “necesita” obtener el beneficio que justifique su singular forma de utilizar la riqueza. Todo propende al enfrentamiento y a la contradicción que, si predominan, pueden bloquear la reproducción del SEC, por lo que son imprescindibles ciertos niveles, no inherentes al mismo, de cohesión social.

Para que esa capacidad reproductiva –que se alcanza cuando hay tasa de ganancia, demanda y cohesión social– funcione satisfactoriamente, hace falta toda una serie de relaciones adicionales que lubrifiquen el funcionamiento del sistema: relación salarial que enlace al capital y al trabajador, relaciones mercantiles que casen operaciones, otras que propicien la distribución del ingreso y una base espacial en la que tenga lugar todo el proceso.

La tesis que subyace en el enfoque propuesto es, desde una perspectiva de muy largo plazo, la siguiente: si el sistema económico actúa de forma compatible con las exigencias de los entornos sistémicos prioritarios en los que descansa la creación de las condiciones necesarias para la vida, si se crea un entorno favorable para que aparezcan y se multipliquen propietarios privados de riqueza inclinados a utilizarla productivamente, si se producen en la cantidad y calidad requeridas grupos sociales dotados de capacidad de trabajo y necesitados de venderla para sobrevivir, si se consigue consolidar la sutil y compleja institución que representa el mercado, si además nuestros propietarios productores ven retroalimentada su vocación con el logro de tasas de ganancia satisfactorias, si la dispersión de las decisiones de producción no chocan con falta de demanda que saque del mercado esa producción y si, rizando el rizo, se consigue que una sociedad atravesada por profundas contradicciones amortigüe su tendencia al antagonismo a través de meca-

nismos de legitimación o de diferimiento de los enfrentamientos, entonces, si se logran todas esas exigencias, habrá caldo de cultivo para que, por unas u otras vías, se cree excedente social, se haga un uso productivo del mismo mediante procesos continuados de acumulación, se tienda a una buena utilización de los factores de producción, se logre que esta sea competitiva apoyándose en una sostenida mejora de productividad y se favorezca el resto de requerimientos necesarios para que fluya un crecimiento económico sostenido.

El núcleo del capitalismo, formado por sus componentes y relaciones básicas, ha permanecido inmutable, pero sin embargo, sus plasmaciones concretas no han dejado nunca de variar

La importancia de las relaciones no mercantiles. Su distinta naturaleza

En apariencia, la relación mercantil es la única presente al hablar de los componentes y relaciones del SEC y, para algunos, parecería tan necesaria como suficiente. Dista de serlo y ese resto de requerimientos necesarios al que acabamos de aludir es imprescindible para una buena reproducción del sistema.

El SEC necesita una sólida regulación consciente privada, sofisticada gestora de la producción, una regulación mediante la cual el capital dirija la orquesta y combine todos los elementos que, en procesos de continua transformación, se precisan para lanzar al mercado bienes y servicios competitivos y vendibles. Esa caja oscura en la que se anudan relaciones determinantes para la extracción del excedente social, ni la regula ni la resuelve el mercado, siendo más genuina y específica del SEC que la relación mercantil, a pesar de que en el discurso convencional y en la percepción común ceda focos y proscenio a esta última.

A su vez, la regulación consciente pública no sólo es imprescindible para que pueda constituirse la sociedad en la que adquiere cuerpo el SEC, sino también para que lleguen a existir y a mantenerse algunos de sus componentes esenciales, como la compatibilidad con los entornos sistémicos prioritarios o la propia constitución y permanencia del mercado, además de ser necesaria para atemperar los desajustes inevitables en su desenvolvimiento (tensiones sociales consustanciales a la relación salarial, subsanación de los fallos de mercado, necesidad de gestión macroeconómica a medida que nos adentramos en una creciente monetarización de los procesos económicos, control de las relaciones externas, etc.).

Evolución, diversidad, mutación en el capitalismo

El núcleo duro, formado por los componentes y relaciones básicos del SEC, ha permanecido inmutable. El capitalismo nunca ha podido prescindir de capitalistas, asalariados y mercado, ni de tasa de ganancia, demanda y unos mínimos de cohesión social para poder reproducirse. Sin embargo, las plasmas concretas de esos componentes no han dejado de variar, dando lugar a variantes de capitalismo tan diversas que pudiera pensarse que no son expresiones de un mismo sistema.

Ni siquiera podemos decir que la historia del capitalismo sea la de una secuencia de variantes bien delimitadas porque, si bien es verdad que llegan a concretarse materializaciones identificables, lo más habitual es que se vivan situaciones de transición en las que coexisten elementos del pasado junto a formas nuevas.

En este itinerario, los cambios pueden llegar a ser verdaderas mutaciones, en las que los capitalistas son sustancialmente distintos a los del pasado, los perfiles y comportamientos de los trabajadores también otros, el mercado una institución a la que el grado de complejidad y monetarización hacen novedosa, la tasa de ganancia uno entre varios mecanismos de creación de valor para el propietario de riqueza, la demanda una resultante gestionable en función del grado de poder de mercado, los puntos de tensión social diferentes y los mecanismos de creación de cohesión *sui generis*.

En medio de tanto cambio y heterogeneidad existe la posibilidad de que confluyan componentes objetivos y desarrollos institucionales que propicien que el SEC libere toda su potencialidad y consiga períodos de crecimiento económico alto y duradero, plasmación de modelos de desarrollo que no puede considerarse pauta, porque son logros difíciles y relativamente excepcionales.

El complejo FE-neoliberalismo y los escenarios del capitalismo

El complejo formado por las FE y el neoliberalismo determina la situación actual de la economía mundial, marca el espectro de las tendencias posibles y establece los escenarios significativos que pueden llegar a materializarse sin abandonar el SEC.

La
combinación
de fuerzas
estructuran-
tes y neoli-
beralismo
marca las
tendencias
y los
escenarios

Efectos de las FE y el neoliberalismo sobre el funcionamiento del capitalismo

Establecido lo que el capitalismo necesita para operar podremos analizar cómo afectan la dimensión ambiental de la existencia social, las TIC, la globalización, la financiarización y el neoliberalismo, a las condiciones necesarias para la existencia del capitalismo, a sus articulaciones básicas, a sus articulaciones funcionales y podremos plantear cómo lo emergente afecta a la economía del mundo capitalista en que vivimos. Es un trayecto complicado y difícil de seguir pero que es imprescindible. No voy a aludir de forma pormenorizada a todos y cada uno de los impactos, limitándome a comentar muy brevemente los principales.

Algunos de los factores que hemos analizado actúan de manera muy perturbadora sobre los entornos sistémicos prioritarios, sobre el equilibrio de los ecosistemas, sobre el buen funcionamiento de la biosfera. La globalización económica realmente existente pone en peligro su buen funcionamiento de forma compleja y múltiple, también el neoliberalismo porque la lógica que impone es incapaz de entender, de asumir y de procesar las exigencias de esos entornos sistémicos prioritarios.

El impacto sobre los capitales, en los que se concreta la riqueza privada productiva, tampoco es positivo. Es cierto que la globalización económica realmente existente permite que los capitales productivos se desplacen a lo ancho del planeta a la búsqueda de las mejores oportunidades de valorización, pero, en sentido contrario, ni el neoliberalismo ni la financiarización privilegian a los capitales productivos. La financiarización postula otra cosa, busca otra cosa: la posibilidad de obtener beneficios sin necesidad de producir ni de utilizar fuerza de trabajo, creando una apariencia muy atractiva, porque ¿para qué –si hay la otra posibilidad– implicarse en el proceso de enterrar dinero en forma de instalaciones, de invertir en plantas productivas, para qué meterse en el lío de contratar a gente, que en vez de agradecer la contratación va a estar exigiendo, cuestionando, pidiendo, hablando no solo del salario sino de sus condiciones de trabajo? En apariencia, son tiempos de éxito para el capital, pero paradójicamente, no son buenos tiempos para el capital productivo o mejor dicho, en términos relativos, son mejores para otro tipo de capitales a los que incluso se les podría discutir la calificación de capital, porque son riqueza escasamente implicada en el proceso de producción de la existencia social en condiciones de capitalismo.

A los asalariados y en especial a determinadas fracciones no puede decirse que les vaya bien en el mundo de las FE y el neoliberalismo. El efecto de las TIC es ambiguo, porque hacen desaparecer o descualifican ciertos tipos de trabajo, pero hacen aparecer otros. En cambio, la globalización somete al trabajo asalariado a una pinza perversa. De un lado, consigue que la fuerza de trabajo mundial sea accesible al capital sin tener que traerla, porque se puede acceder a ella e interconectar los distintos mercados de trabajo mundiales des-

plazando los capitales a través de la inversión extranjera directa. De otro lado, se remata el proceso trayéndola, a través de los procesos migratorios. En conjunto, se modifica profundamente la correlación de fuerzas a favor del capital y en contra del trabajo, porque mientras la fuerza de trabajo se mueve entre el enraizamiento y el desenraizamiento, su interlocutor existencial, el capital, se beneficia del margen de juego que le proporciona su reforzada movilidad.

Son tiempos de exaltación del mercado, pero aquí hay un problema muy singular, porque el mercado puede morir de éxito. El mercado es un mecanismo que, cuando se dan determinadas condiciones, funciona de manera fascinante por su solvencia en la asignación de recursos. Pero se pretende que el mercado sea lo que no es: no es el capitalismo. Identificar economía de mercado y capitalismo es un subterfugio semántico perverso, porque el mercado es un componente dentro del capitalismo, pero el capitalismo es algo mucho más complejo. Además, al mercado se le está obligando a intervenir en cuestiones donde no puede hacerlo, pues no sabe hacer todo; así, por ejemplo, cuando en el ámbito de la OMC se pretende mercantilizar desde los medicamentos a la agricultura, se le está haciendo un flaco servicio.

Hay elementos en estas transformaciones que favorecen y otros que perjudican la posibilidad de obtener diferenciales de valor. En la medida en que esa posibilidad existe sin implicarse en la producción y en relaciones asalariadas no se favorece a la tasa de ganancia, pero hay otros aspectos que sí lo hacen, como es el caso de la globalización o del extenso campo que abren las TIC.

El impacto sobre la demanda es múltiple. Si los asalariados son menos importantes y necesarios que antes, no podemos simultáneamente aspirar a que la masa salarial sea igual de significativa en el consumo final. Si la inversión productiva —que requiere horizontes dilatados, seguridad y no tener otras opciones— se encuentra con alta incertidumbre y con posibilidades de ganar dinero sin invertir, tampoco son buenos tiempos para ella. Si la globalización no busca el desarrollo de los carentes y de los países pobres para que puedan comprar —no digo para que vivan mejor—, no son buenos tiempos para que el mercado mundial genere demanda. Si además el neoliberalismo exige a los poderes públicos que se abstengan de intervenir, es escaso lo que cabe esperar de la regulación pública. Combinados todos estos aspectos, no es exagerado afirmar que no corren buenos tiempos para la demanda.

Tampoco lo son para la cohesión social, ni en el interior de las economías desarrolladas, ni a escala mundial. Con el agravante de que, como consecuencia de la intensidad de la globalización, la pérdida de cohesión no acaece entre los extranjeros y nosotros, sino en el interior de un mundo crecientemente mundializado, en el que las interdependencias hacen que

los que vienen en cayucos no lo hagan por simple ocurrencia, sino más bien porque “ellos” ya son parte de “nosotros” como consecuencia de las interrelaciones que hemos creado, con lo que cada vez más la descohesión social a escala de un mundo integrado tiende a internalizarse y a devenir más y más explosiva.

Mi tesis es que, combinando todos estos elementos y a pesar de la brillantez de muchas de las FE, no hay condiciones para que el SEC consiga un crecimiento estable y duradero en la economía mundial actual. Afirmarlo no es negar que las TIC crean posibilidades fascinantes, ni es ignorar que la globalización entrelaza y permite producir en lugares dispersos del mundo de forma articulada. Sin embargo, combinado con los componentes básicos del capitalismo no proporcionan un tejido ni de condiciones materiales ni de instituciones que conduzcan a un modelo de desarrollo consistente, del tipo del que pudo ser el funcionamiento del capitalismo en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El capitalismo está atravesado por fuerzas pujantes pero también tiene las muelas cariadas y está senil, aunque conserve capacidad de dar dentelladas.

Tendencias y escenarios dentro del capitalismo

Si afirmamos que el capitalismo no conduce a un crecimiento alto, estable y duradero de la economía mundial, entonces, ¿a dónde lleva? ¿qué puede pasar? Difícilmente podemos ir más allá de delimitar el espectro de evoluciones posibles a partir de nuestro conocimiento de la realidad actual y de las FE, dado que no poseemos la bola de cristal.

La primera pregunta es en qué medida puede haber alguna evolución que, sin abandonar el capitalismo, conduzca tendencialmente a un modelo de desarrollo consistente. Sabemos que el capitalismo hoy es neoliberal, pero el capitalismo ha sido fordista, ha sido muchas cosas, más de las que ni sus críticos ni defensores pudieron jamás pensar que llegaría a ser. ¿Por qué no de nuevo? ¿No hay acaso posibilidad de que un capitalismo, profundamente capitalista, entienda que sin unos mínimos de cohesión social no puede durar, que no puede agudizar las contradicciones en el seno de las sociedades desarrolladas y que si se ha creado –hemos creado– un mundo mundializado, no cabe ignorar la situación de los excluidos, dejando que se agudicen las contradicciones en el ámbito mundial?

De ser así, sería un capitalismo que entendería que, aunque le resulte incómodo, vive en un planeta en que no todo es economía regulable por criterios capitalistas, sino que, por el contrario, existe un interés objetivo en que los ecosistemas sigan proporcionándonos las condiciones generales de vida, de manera que no podemos pasar olímpicamente del hecho de que el modelo de producción y consumo que generamos cree contradicciones que pongan en riesgo aspectos fundamentales para la existencia social ¿Cabe ese tipo de capita-

lismo? En teoría tal vez. Ahora bien, el tránsito a ese tipo de capitalismo resulta bastante inverosímil, porque implicaría romper la columna vertebral de los planteamientos neoliberales y disponer de tiempo para hacerlo. Aunque, si el capitalismo asumiera un reformismo complejo y radical – que diera prioridad al logro de una sostenibilidad ambiental antropocéntrica, a una base mínima de cohesión social y fuera capaz de rehabilitar la funcionalidad de una regulación consciente pública suficientemente representativa de la sociedad– cabría la posibilidad de que durante un tiempo pudiera existir un modelo de desarrollo en el que los capitales continuaran valorizándose. Guste o no, no hay base para excluirlo.

¿Es posible
que las
tendencias
analizadas
conduzcan
a la
catástrofe?

En sentido contrario, ¿es posible que las tendencias que estamos analizando conduzcan, a través de la aceleración de un proceso degenerativo, a la catástrofe? Lo es. La profundización del neoliberalismo representa la perspectiva extrema –no nos engañemos, puede dominar todavía mucho más–, una en la que con toda probabilidad sería incapaz de resolver algunos de los aspectos básicos considerados, antagonizaría las tensiones sociales y no llegaría a percatarse de la transgresión de umbrales ecológicos irreversibles, creando problemas que se vería incapaz de controlar y que, a plazo, llevarían a una situación de explosión social y de imposibilidad ecológica. Aunque es difícil ignorar que hay elementos inquietantes, siempre puede pensarse en que aparecerán a tiempo soluciones, tal vez de la mano de la tecnología, o que las peores previsiones no se concretarán en los términos que dicen los científicos más agoreros, puesto que nos movemos en incertidumbre y no en seguridades. Mientras hay vida hay esperanza, pero hay sobradas razones para pensar que, sobre todo en las dimensiones ambiental y de cohesión social, hay riesgos de que si la ceguera y la miopía se instalan el horizonte pueda ser de catástrofe. Ciertamente la historia nos enseña que hay transiciones que pueden durar y pudrirse lentamente, dando lugar a otra cosa sin siquiera llegar plenamente a ella, pero en las circunstancias actuales hay elementos novedosos que impiden extrapolaciones de carácter histórico. El carácter global de los procesos y la insostenibilidad ecológica en múltiples planos cualifican como distinta la situación actual respecto a otras precedentes.

Posibilidad de un desarrollo alternativo (DAL)

Aventurarse a pensar fuera del campo acotado por el sistema establecido comporta el alto riesgo de perder contacto con el mundo real para adentrarse en el terreno de las ensoñaciones. Sin embargo, no hay que olvidar

que el sistema dominante es un producto histórico y que nuestro propio análisis nos lleva a constatar la necesidad de encontrar vías de superación si queremos proporcionar condiciones de supervivencia y de calidad de vida a las sociedades que pueblan el planeta. Nos encontramos abocados a hacer de la necesidad virtud, tratando de hacer camino por la senda que en otros trabajos he caracterizado como pragmatismo utópico. Recorrerla exige combinar viabilidad y sentido estratégico, aspectos que, a continuación, se analizan de forma sucesiva.

Condiciones necesarias para la emergencia de un desarrollo alternativo

Si estamos ante procesos históricos, en un terreno en el que todo lo que hoy existe ha nacido, ha evolucionado y no se detiene en lo que es, sino que puede desaparecer, ¿por qué no va surgir algo diferente? No creo que vaya a hacerlo de forma espontánea, por el decurso natural de la evolución. Por el contrario, requerirá propósito, esfuerzo continuado y sistemático, no meras acciones esporádicas que broten aquí y allá. Pero, ¿acaso no es posible un DAL que se construya sobre otros principios, sobre otra base social, sobre otra lógica sistémica?, porque precisamente esas son las tres condiciones necesarias para que pueda aparecer y perdurar, puesto que son sus fundamentos imprescindibles.³

Una construcción de esta ambición requiere de unos principios inequívocos que, a modo de brújula, marquen el rumbo y ayuden a recuperarlo cuando, tan a menudo, pueda perderse en el proceso. Me voy a concentrar en los tres que me parecen básicos, sin olvidar que existen otros que, aunque no sean igual de necesarios, son posibles y legítimos.

En primer lugar, dar prioridad al logro de una sólida sostenibilidad ambiental antropocéntrica, que garantice que vamos a poder vivir en el planeta donde siempre –desde la aparición de la vida– hemos vivido, sin especular con la eventualidad de que las sombrías tendencias que señala la comunidad científica puedan invertirse o aplazarse de forma significativa como consecuencia de nuevos rumbos de las tecnologías o, cabalgando a lomos de la ciencia ficción, de emigraciones extraplanetarias. El primer objetivo debe ser que sea posible seguir viviendo en el único sitio en el que se puede llegar a vivir como seres humanos en sociedades constituidas.

En segundo lugar, no hay vuelta atrás en el hecho de que vivimos en un mundo mundializado, en el que la GERE es contingente, pero en el que la dimensión mundial de los procesos es irreversible, lo cual hace que en el largo plazo sea muy difícil aislarse del contex-

³ Utilizo el término desarrollo en sentido lato, como indicativo de unas condiciones de vida social que van más allá de los criterios estrictamente económicos.

to y concentrarse en la sociedad que se percibe como propia, elevando fosos y murallas, materiales y virtuales, que la protejan, que la permitan establecer sus reglas y marcar su rumbo al margen del resto. No, no será posible. Si hay espacio para un desarrollo alternativo tendrá que ser uno capaz de asumir su propósito a escala mundial, no sólo sin ignorar lo mundial sino pensando a partir de lo mundial, desde su interior.

Pero mundial, tercer aspecto, no quiere decir homogéneo, porque para acabar de complicar el cuadro lo mundial está llamado a ser ineluctablemente diverso. No nos vamos a unir todos los habitantes del mundo en torno a una misma condición social, en torno a un mismo himno. No, la realidad en el siglo XXI no es como, tal vez, se pensó que podía ser en el siglo XIX o en buena parte del XX.

¿Podemos buscar estos principios sin base social? Podemos escribir utopías sin sujetos sociales, incluso podemos hacer un diseño complejo que trate muchos planos, pero en el mundo real, un desarrollo alternativo sin base social con suficiente cohesión, con suficiente centralidad, con suficiente capacidad que aporte fundamento, no es posible. Esto plantea un verdadero dilema, porque en este momento se ven fermentos, brotes, elementos nuevos que surgen, junto a elementos antiguos que permanecen, pero nada más. No creo que por mucho que la estiremos la noción de proletariado nos sirva como esa base social que precisamos, porque para conseguirlo desvirtuaríamos su sentido. Tampoco vale el recurso a la multitud, al estilo de Hardt y Negri,⁴ renunciando a la noción de pueblo y a la coherencia interna, movimiento indicativo de la sensación de impotencia en que vivimos, aunque luego se rice el rizo para decir, como hace Holloway,⁵ que la negatividad es suficiente, ya que ni siquiera tenemos que ser consistentemente negativos. Nos queda el movimiento de movimientos, los movimientos que en el espacio mundial se identifican como alterglobalización o antisistema ¿Hay elementos para pensar que tienen hoy consistencia como para proporcionar la base social requerida? Aunque la respuesta no pueda ser taxativamente positiva, no se puede ignorar que las realidades sociales no son estáticas y puede existir una dinámica de procesos que todavía no haya cristalizado en situaciones observables.

Finalmente, no podemos obviar el hecho de que para que vea la luz un orden diferente al que conocemos no es suficiente con una acumulación de negaciones. Necesitamos también una lógica sistémica con capacidad reproductiva. No se trata, como bien señala Holloway, únicamente de conseguir el poder, se trata de poder reproducir lo que queremos crear y eso, en el terreno económico, requiere unas leyes, una lógica, un sistema capaz de regular cómo

⁴ Tanto en *Imperio* (Paidós, Barcelona, 2002), como en *Multitude* (Debate, Madrid, 2004).

⁵ J. Holloway, *Cambiar el mundo sin cambiar el poder. El significado de la revolución hoy*, Universidad de Puebla, Puebla (Méjico), 2002.

producimos, distribuimos, intercambiamos y consumimos. El capitalismo es un sistema, lo sabe hacer, como también lo hicieron otros en la historia. ¿Podemos, acaso, coger alguno del arcano remoto? ¿Hay elementos aprovechables en la lógica socialista? Sí, si entendemos que la rotundidad del fracaso del socialismo real no lleva necesariamente aparejada la obsolescencia de la lógica teórica en la que pretendió inspirarse. Y si tiene que ser nuevo, ¿sabemos algo de cómo podría funcionar o tendremos que dejarlo a la improvisación, o por decirlo más suavemente, a la esperanza de que la experimentación social sepa combinar a tiempo inventiva y consistencia cuando surja la necesidad? Los sistemas económicos nunca han aparecido en la historia *ex novo*, listos para ser utilizados, por lo que las carencias de un momento dado no pueden ser leídas en términos de inviabilidad absoluta.

No se trata solo de conseguir el poder, se trata de poder reproducir lo que queremos crear y eso, en el terreno económico, requiere unas leyes, una lógica, un sistema capaz de regular cómo producimos, distribuimos, intercambiamos y consumimos

En todo caso, es difícil pensar que sin principios, base social y lógica reproductiva el significado de un DAL pueda ir más allá del ámbito de formulación simbólica o de anécdota histórica frustrada.

Estrategia para abrir espacio a un desarrollo alternativo

No puede transitarse un proceso conducente a un DAL al margen de las tendencias que resulten dominantes en la situación actual y del escenario en el que finalmente desemboquen, porque no es lo mismo heredar la agudización de las contradicciones que supondría la profundización del neoliberalismo que partir de la situación que deje un reformismo capitalista radical y complejo. La estrategia que posibilite un DAL tendrá que moverse en el eje espacio-temporal y concretarse en decisiones que impliquen conservar cosas, renunciar a otras y acertar en esa selección. Elegir lo principal, dentro de una trama atravesada por múltiples interrelaciones, debe permitir percibir y tratar las FE que aparentemente queden fuera y el resto de aspectos determinantes del propósito.

Cuatro son los aspectos que, combinados, pueden llegar a lograr tal objetivo. Primero, luchar por la sostenibilidad ambiental antropocéntrica en todos los niveles, ámbitos y manifestaciones, pero con especial radicalidad en las cuestiones de fondo de mayor generalidad, es decir, en aquéllas que ponen en peligro el mantenimiento de las condiciones generales que requiere una vida social de calidad, se trate del modelo de producción y consumo o de las actitudes reguladoras.

Segundo, combatir al neoliberalismo en todas y cada una de sus manifestaciones, sin darle cuartel y sin caer en el error de creer que frente a él hay combates menores, porque, dado el dominio que ha alcanzado y que aspira a extender, a través de su visión del mundo, ninguno de los espacios que controla o conforma es irrelevante. Hay que desmontar su ideario básico, enfrentarse a sus concreciones en el ámbito de la política (desde la perversidad intrínseca de todos los impuestos a la consustancial disfuncionalidad de la intervención pública consciente), desvelar los intereses sociales que lo subyacen y combatir sus efectos, muy en particular los que conciernen a las FE, haciendo aflorar su incapacidad frente a las amenazas de insostenibilidad, criticando el sesgo que impone a la mundialización convirtiéndola en la GERE, desmontando todo el andamiaje en el que se sostiene la financiarización, posibilitando otras aplicaciones de las TIC, asumiendo el hecho de la dimensión cosmopolita de muchos procesos y entendiendo el carácter necesario de la diversidad frente al individualismo homogeneizador que propugna. No debe haber equívocos, hay que enfrentarse al neoliberalismo radicalmente, visceralmente, racionalmente, sin la más mínima concesión, porque, si predomina, todo a lo que aspiramos estará perdido.

Cuatro aspectos son centrales en una estrategia para abrir espacio a un desarrollo alternativo: luchar por la sostenibilidad, combatir el neoliberalismo, regenerar la regulación consciente pública y permitir que emerja la creatividad social

Tercero, regenerar la regulación consciente pública en todos los niveles (local, regional, estatal, bloques, internacional y mundial) y ámbitos (ambiental, económico, social y político). Una actitud que debe situarse en las antípodas de la defensa incondicional de lo público. Precisamente porque nos jugamos tanto en la recuperación de este instrumento, tenemos que ser los primeros en denunciar su utilización extemporánea, corporativista o indebida, detectando los múltiples fallos que existen en sus planteamientos y prácticas, asumiéndolos y poniendo los medios para rectificarlos, por altos que puedan parecer los costes concretos incurridos. Una actitud que, practicada de forma consecuente, debe permitir, utilizando la regulación consciente pública, enfrentarse a los retos de la mundialización y la diversidad.

Cuarto, dejar espacio para que surja y se desarrolle la experimentación, sin dejarnos arrastrar por la miopía de creer que podemos prescindir de la creatividad que lleva consigo la práctica social, por vacilante e imperfecta que inicialmente parezca. El DAL no será fruto de un diseño intelectual, por brillante que éste pudiera ser, pero la veneración del inmediateismo de la acción social tampoco será nunca capaz de alumbrarlo. Hay que confluir, tejer, experimentar e interpretar con criterio el sentido de los resultados, reiniciando un proceso que, por definición, no tiene fin.

Conclusión

Estamos en tiempos de senilidad y de emergencia, conjunción de factores que afecta profundamente al funcionamiento del capitalismo a escala mundial. Hay elementos de amenaza y hay elementos de oportunidad. Es importante ser conscientes de ello, sabiendo que lo emergente ni está predeterminado, ni nos va a venir dado, muy al contrario, tendrá que ser construido socialmente con el esfuerzo de todos. Depende de nosotros.⁶

⁶ Es posible que algunas tesis o líneas argumentales hayan podido parecer insuficientemente fundadas. Pido disculpas por ello y remito al lector interesado a los dos libros publicados en 2007: *Economía política Mundial I. Las fuerzas estructurantes* y *Economía Política Mundial II. Pugna e incertidumbre en la economía mundial*, ambos en Ariel, Barcelona.

La reconciliación virtual entre economía y ecología en el nuevo desarrollismo ecológico

*En el período 1970-1980 las preocupaciones ecológicas o ambientales empezaron a cobrar una fuerza hasta entonces desconocida en Occidente. No solo se extendieron a la opinión pública, sino que ampliaron su campo de reflexión desde lo local hacia lo global, enjuiciando a este nivel las perspectivas de futuro que ofrecía el comportamiento de la civilización industrial. Desde entonces la temática ecológico-ambiental fue ganando terreno en el mundo académico, en el administrativo y en el de los medios de difusión, en consonancia con la mayor sensibilidad de la población. Además de ganar fuerza y extensión, las preocupaciones ecológico-ambientales se han desplazado hacia aspectos más pragmáticos y relacionados con la gestión económica, obligando a las administraciones con competencias en este campo a responder sobre el tema. Así, organismos como el Banco Mundial, la OCDE o incluso el FMI se ocupan de la problemática ambiental en publicaciones y líneas de trabajo.**

Sin embargo, pese al aumento masivo de técnicos, de publicaciones y de departamentos relacionados con el tema, no se ha conseguido, hasta el momento, enderezar la situación global: la extracción de recursos y la emisión de residuos *per cápita* sigue aumentando a escala planetaria ofreciendo de hecho un horizonte de deterioro ecológico bastante más sombrío del que se vislumbraba hace treinta años. Las más de tres décadas transcurridas desde que se planteó la incompatibilidad de las tendencias actuales con la salud del medio ambiente planetario, parecen suficientes para dudar de si los planteamientos y los medios utilizados apuntan de verdad a cambiar dichas tendencias o, por el contrario, están ayudando a apuntalarlas. La situación recuerda el presagio del libro de Andreski titulado *Las ciencias sociales: la brujería de los tiempos modernos*, en el que explicaba que la multiplicación de profesio-

José Manuel Naredo es estadístico y Doctor en Economía

* Este texto actualiza las reflexiones contenidas en el capítulo 2 de J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2007 (segunda edición).

nales trabajando sobre los males que aquejan a la sociedad, no tiene por qué traducirse en la solución o mejora efectiva de los mismos, sino en ayudar a establecer conjuros altisonantes que conformen a la gente.¹ La falta de estadísticas de base solventes sobre el deterioro ecológico, unida a la multiplicación de mensajes parciales, banales o incoherentes, añaden la confusión necesaria para hacer que la “sobredosis” de literatura y de técnicos ambientales esté contribuyendo más a mantener que a reconvertir los modos de gestión económica imperantes, que acarrear los problemas ecológicos. Lo cual plantea un conflicto cada vez más acusado entre la creciente sensibilidad de la población hacia los daños ecológico-ambientales que origina la actual civilización y la falta de planteamientos y acuerdos capaces de ponerles coto.

La mejor manera de aclarar estos aspectos pasa por analizar conjuntamente la transformación del discurso ecologista y la evolución del comportamiento de la civilización industrial, durante las últimas décadas. La cronología adjunta puede servir de apoyo a esta reflexión.

CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES SUCEOS Y CONFERENCIAS INTERNACIONALES RELACIONADOS CON LA CONCIENCIA ECOLÓGICA DE LA POBLACIÓN

1948. Creación de la *International Union for the Conservation of Nature* (IUCN).

1955. Simposio sobre *Man's role in changing the face of the Earth*, Princeton (USA).

1960-70: Publicación de libros de impacto como los de: R. Carson, *Silent Spring* (1963), K. Boulding, *The Economics of the Coming Spaceship Earth* (1966) o P. Ehrlich, *The Population Bomb* (1968).

1971. Publicación del I Informe Meadows, *The Limits of the Growth*, Club de Roma.²

Creación del Programa *Man and Biosphere* (MaB) de la UNESCO.

1972. Conferencia de Naciones Unidas sobre El Medio Humano, Estocolmo.

Creación del Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente (PNUMA).

1973. Primera “crisis energética”.

1976. Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre *Asentamientos Humanos* (HABITAT-I), Vancouver.

1979. Segunda “crisis energética”.

1970-80: Publicación de numerosos libros de impacto como: H. T. Odum, *Environment, Power and Society* (1971), B. Commoner, *The Closing Circle* (1972), E. F. Schumacher, *Small is Beautiful* (1973), H. T. y E. C. Odum, *Energy Basis for Man and Nature* (1976), A. Lovins, *Soft Energy Paths* (1977), B. Commoner, *The Poverty of Power* (1979), G. E. Barney (Dir.) (1981) *The Global 2000. Report to the President*.³

¹ S. Andreski, *Les sciences sociales: sorcellerie de temps modernes?*, PUF, Paris, 1975.

² D. Meadows, et al., *Los límites del crecimiento*, México FCE, México, 1971.

³ Edición en castellano, G. E. Barney, *El mundo en el año 2000*, Tecnos, Madrid, 1982.

1980-2005: Decaen las publicaciones sobre el manejo de la energía y los materiales en la civilización industrial y aumenta la literatura sobre instrumentos económicos para la gestión de residuos y valoración de externalidades a fin de incluir los temas ambientales en el razonamiento económico estándar. Abaratamiento del petróleo y de las materias primas en general.⁴

1987. Publicación del Informe Brundtland de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo: *Our Common Future*.⁵

1989. Final de la Guerra Fría.

Publicación del II Informe Meadows del Club de Roma, *Beyond the Limits*.⁶

1992. Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente, Río de Janeiro.

Tratado de Maastricht y V Programa de Acción sobre Medio Ambiente de la Unión Europea (UE).

1993. Creación del Proyecto Ciudades Europeas Sostenibles.

1994. Aparecen las Agendas de Desarrollo Local.

1995. Publicación del *Libro Verde sobre el medio ambiente urbano* de la Comisión Europea.

1996. Segunda Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Habitat-II), Estambul.

1997. Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Kyoto.

2002. Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible, Johannesburgo.

2006. Campaña y película de Al Gore sobre el Cambio Climático.

2007. Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Bali.

El avance de la conciencia ecologista de los setenta, no sólo fue fruto de los acontecimientos que comentaremos seguidamente, sino también de la labor preparatoria de la opinión ejercida con anterioridad por algunas publicaciones importantes (ver, por ejemplo, los libros mencionados en el esquema). Sobre este terreno abonado, se añadieron, a principios de los setenta, unos años densos en acontecimientos que, además de movilizar el pensamiento en medios académicos, tuvieron honda repercusión sobre la opinión pública. La publicación en 1971 del I Informe Meadows, del Club de Roma, sobre *Los límites del crecimiento*, puso contra las cuerdas a la meta habitual del “crecimiento económico”, que ocupaba un lugar central en el discurso dominante. Este informe subrayaba la evidente inviabilidad del crecimiento permanente de la población y sus consumos: el crecimiento acumulativo continuado –y por lo tanto exponencial– sólo podía darse de modo transitorio en el mundo físico.

⁴ Este abaratamiento redujo notablemente el peso de la factura petrolífera en la renta de los países ricos, haciendo que los aumentos del precio del petróleo observados en los últimos tiempos tuvieran un impacto económico mucho más reducido que los producidos en la década de los setenta.

⁵ Informe Brundtland, *Our common future*, Oxford University Press, Oxford, 1987. (Edición en castellano: *Nuestro futuro común*, Alianza, Madrid, 1988).

⁶ D. H. Meadows y D. L. Meadows y J. Randers, *Beyond the Limits*, 1991 (Edición en castellano: *Más allá de los límites del crecimiento*, El País-Aguilar, Madrid, 1992).

No hace falta más que coger un lápiz y un papel para estimar el horizonte absurdo hacia el que apuntaría en el mundo físico cualquier crecimiento permanente. Como señalaba el libro de Ehrlich, *La bomba "P"*, "si el crecimiento demográfico continuara [a la tasa actual] durante novecientos años, habría alrededor de 120 personas por metro cuadrado en toda la superficie del planeta, incluidos mares y océanos".⁷ O también, si la especie humana hubiera crecido al 1 % anual desde que apareció la agricultura, hace unos diez mil años, la población mundial "formaría hoy una inmensa esfera de carne viviente con un diámetro de muchos miles de años luz, que seguiría expandiéndose con una velocidad radial que, sin tener en cuenta la relatividad, sería muchas veces mayor que la de la luz".⁸ Dicho de forma más sencilla, si la humanidad siguiera creciendo a una tasa cercana al 2% anual, en menos de dos milenios alcanzaría una masa similar a la del planeta Tierra, y si prosiguiera a ese ritmo, en unos pocos milenios más, su masa se aproximaría a la estimada para el conjunto del universo.⁹ Si, como viene ocurriendo, esta población se asocia al manejo de cantidades *per cápita* crecientes de recursos y residuos, el absurdo se alcanzaría en plazos mucho más cortos tal y como estimó el I Informe Meadows.¹⁰ Todo lo cual vino a evidenciar con una claridad meridiana la grave irracionalidad que supone toda esa mitología del crecimiento económico, que cifra la salvación de la humanidad en el continuo aumento de los "bienes y servicios" obtenidos y consumidos (acompañado de una creciente extracción de recursos y emisión de residuos). Mitología curiosa que se construyó,¹¹ junto con la ciencia económica establecida, sobre aquella otra mitología de la "producción",¹² que subraya solo la parte positiva del proceso económico –las ganancias de dinero y utilidad– cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que origina. No es un mero accidente que la idea de "producción" pasara a ocupar un lugar central en la moderna ciencia económica, justo cuando la civilización industrial alejó por primera vez a la especie humana de las verdaderas producciones de la fotosíntesis, para apoyar su intendencia sobre la mera extracción o sobreexplotación de riquezas naturales preexistentes, llevando incluso las producciones de la fotosíntesis hacia el deterioro progresivo de los bienes fondo que las sustentan. Así, el término

⁷ P. R. Ehrlich, *The Population Bomb*, Ballantines Book, Nueva York, 1968, p. 20

⁸ P. C. Putnam, *The Future of the Land based on Nuclear Fuels*, 1950, p. 18.

⁹ I. Assimov, *Las amenazas de nuestro tiempo*, Plaza&Janés, Barcelona, 1980, pp. 314-315.

¹⁰ M. K. Hubbert, "Exponential growth as a transient phenomenon in human history", en M. A. Strom (Ed.), *Societal Issues, Scientific Viewpoints*, Inst. of Physics, Nueva York, 1974 (reeditado en H. E. Daly y N. K. Tawnsend (Eds.), *Valuing the Earth: Economics, Ecology*, The MIT Press, Cambridge M., 1993, pp. 113-125).

¹¹ La utopía de Platón, Aristóteles,... y cualesquiera otras formuladas hasta el Siglo de las Luces, proponían sociedades ideales estables en población e intendencia. Hasta el advenimiento de la idea de producción y de la moderna ciencia económica a nadie que estuviera en su sano juicio se le ocurría apoyar un modelo de sociedad ideal en el crecimiento permanente de algo relacionado con el mundo físico.

¹² Recordemos que en J. M. Naredo (*La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, Madrid, 2003) se expone cómo la noción de producción fue fruto de un maridaje entre la filosofía mecánica y la alquimia allá por el siglo XVIII, levantándose sobre ella la construcción de la ciencia económica, con su idea de "crecimiento", pese que la concepción que le dio origen carezca hoy de respaldo científico, tal y como hemos indicado anteriormente.

“producción” se acuñó y popularizó como parte del discurso económico dominante para encubrir el doble daño ambiental que acarrea el comportamiento de la civilización industrial por extracción de recursos y emisión de residuos.

El irracionalismo que comporta la meta generalizada del crecimiento permanente no fue un nuevo descubrimiento de los informes y publicaciones mencionados. El mismo Gandhi, cuando los periodistas le preguntaron tras la independencia de la India si el nuevo país trataría de lograr el nivel de vida británico, respondió: “si el Reino Unido ha necesitado exponer medio planeta para conseguirlo ¿cuántos planetas necesitaría la India?”¹³ O, incluso antes, los llamados “economistas clásicos” estimaban hace más de un siglo que el crecimiento económico apuntaría irremisiblemente hacia un horizonte de “estado estacionario”, habida cuenta que la tierra disponible no estaba sujeta a crecimiento. Hubo que esperar a que los “economistas neoclásicos” de finales del siglo XIX y principios del XX dieran una nueva vuelta de tuerca a la función mixtificadora de la ciencia económica: estos autores desterraron la idea del “estado estacionario”, a base de postular que la Tierra, con todos sus recursos, podía ser sustituida siempre sin problemas por una entidad abstracta llamada *cápital*, presentando a éste como el factor limitativo último y cerrando así el discurso económico en mero campo de los valores pecuniarios, sin necesidad de incómodas conexiones con el mundo físico. La osadía del I Informe Meadows sobre *Los límites al crecimiento* consistió en recordar esta olvidada conexión. Tras lo cual tuvo que producirse otra nueva y reforzada campaña de imagen para alejar, una vez más, la idea de límite y seguir sosteniendo la fe en la meta universal del crecimiento económico como solución a los problemas del mundo actual, escondiendo la irracionalidad o el cinismo crecientes que impregnan la divulgación de este mensaje. Pero veamos otros acontecimientos que se añadieron a la aparición del dicho informe, contribuyendo a movilizar la opinión pública y la reflexión académica sobre los problemas ecológicos que origina el comportamiento de la actual civilización durante la década de los setenta.

A la publicación del mencionado informe al Club de Roma, se añadieron otros acontecimientos relevantes ocurridos en los primeros años setenta. Destacan, entre ellos: la puesta en marcha del Programa Man and Biosphere (MaB) de la UNESCO, que trataba de asociar la conservación a la gestión económica y a la reducción de la pobreza que aquejaba a buena parte de la humanidad; la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, realizada en Estocolmo, que subrayó la necesidad de modificar las tendencias al deterioro ecológico global y promovió el lanzamiento del Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente (PNUMA); y, sobre todo, la primera “crisis energética” de 1973 que,

¹³ Este punto de vista está adquiriendo una actualidad palpitante cuando hoy preocupan las consecuencias ambientales de la expansión consumista de países tan populosos como China e India. Worldwacht Institute, *La situación del mundo. Tema central: La sociedad de consumo*, FUHEM, Icaria, Barcelona, 2004.

al penalizar el uso del petróleo, indujo a reconsiderar los patrones de vida y de comportamiento de la civilización industrial. En la segunda mitad de los setenta, la Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Habitat I), en Vancouver en 1976, y la “segunda crisis energética” de 1979 mantuvieron el tono de las preocupaciones enunciadas. Estos acontecimientos se alimentaron mutuamente con la aparición de numerosos libros de impacto, como los citados en la cronología. El informe encargado por el único presidente de EEUU con preocupaciones ecológicas, el presidente Carter, y dirigido por Gerald O. Barney, *The Global 2000* constituye un buen colofón a las preocupaciones y enfoques de los setenta:¹⁴ este sesudo informe coteja las previsiones de sus modelos con cinco estudios globales anteriormente realizados (los modelos Mundo 2 y 3, usados en la preparación del Informe *Limits to the growth*, para el Club de Roma, el Modelo de relaciones Agrícolas Internacionales, el modelo Mundial Latinoamericano y el Modelo Mundial de la Academia Nacional de Ciencias de EEUU). Las conclusiones de este análisis comparado son claras: “los hallazgos principales del estudio *Global 2000* coinciden, en términos generales, con los de los otros cinco estudios mundiales, a pesar de sus considerables diferencias en cuanto a modelos y suposiciones...”, aunque presenta un horizonte todavía más sombrío en algunos aspectos –por ejemplo, deforestación, deterioro de suelos y posible aumento de la desnutrición, las enfermedades y los conflictos–. Por ello advierte que “se está agotando el tiempo de hacer algo a fin de evitar esta situación. A menos que las naciones adopten medidas audaces e imaginativas, tendentes a mejorar las condiciones sociales y económicas, reducir la fecundidad, asegurar un mejor aprovechamiento de los recursos y proteger el ambiente, el mundo deberá prepararse para un penoso advenimiento del siglo XXI”.¹⁵

En la cronología presentada se subraya, con una doble línea horizontal, el cambio de tono que se acusó en el discurso “ambientalista” durante los años ochenta y noventa. Durante la década de los ochenta, el abaratamiento del petróleo y de las materias primas en general hicieron que, junto al oportuno lavado de imagen, se olvidaran las anteriores advertencias tildadas de “catastrofistas” y se abrazara de nuevo la fe en la salvación por el crecimiento económico, envolviéndolo, eso sí, con el término más ambiguo de “desarrollo” y aderezándolo con el adjetivo “sostenible”. El aumento de la renta y del requerimiento total *per cápita* de materiales, de energía y de residuos prosiguió en los países ricos, ampliando sus diferencias con el resto del mundo, acentuadas por la crisis del antiguo bloque del Este, con la diferencia de que la proliferación antes mencionada de especialistas, organizaciones y declaraciones ecológico-ambientales, cerraban los ojos hacia tal estado de cosas: no se promovían ni las estadísticas ni los estudios necesarios para establecer el seguimiento de estos temas. A la vez, se producía una inflación de textos sobre la aplicación de “instru-

¹⁴ G. E. Barney, *op. cit.*

¹⁵ *Ibidem*, pp.90-91.

mentos económicos” a la gestión de residuos —el principal problema de los países ricos—, a los estudios de impacto y a la valoración de “externalidades”, orientada a facilitar el tratamiento de los temas ambientales desde el enfoque económico ordinario y a las numerosas invocaciones al “desarrollo sostenible”.

Durante los ochenta, el abaratamiento del petróleo y de las materias primas hicieron que se olvidaran las anteriores advertencias tildadas de “catastrofistas” y se abrazara la fe en la salvación por el crecimiento económico, envolviéndolo con el término “desarrollo sostenible”

La misma presentación del II Informe Meadows, *Beyond the Limits*, encargado también por el Club de Roma para enjuiciar los dos decenios transcurridos desde el primer Informe, testimonia el nuevo contexto ideológico mucho más conformista. Cuando la información recabada en el II Informe atestiguaba que el deterioro planetario y las perspectivas de endeizarlo eran bastante peores que hacía veinte años, los autores, para evitar que se les tildara de catastrofistas, se sintieron obligados a escudarse en la confusa distinción entre crecimiento y desarrollo para advertir que “pese a haber límites al crecimiento, no tiene por qué haberlos para el desarrollo” y, por si fuera poco, a encargar el prólogo a Jan Timbergen, economista galardonado con el premio Nóbel por sus trabajos sobre el desarrollo económico, para subrayar que el libro es útil, porque “clarifica las condiciones bajo las cuales el crecimiento sostenido,¹⁶ un medio ambiente limpio e ingresos equitativos pueden ser organizados”.¹⁷ Se trata de oscurecer el hecho de que si por desarrollo se entiende algo que entraña “una aceleración sostenida por una fuerza constante, es seguro que no puede ser viable. Por tanto, la frase desarrollo sostenible sería lo que los anglosajones denominan un oximoron, o combinación de términos contradictorios o incongruentes”.¹⁸ Con lo cual los propios autores acabaron empañando, en su segundo informe, el mensaje más claro y contundente del primero.

La publicación del Informe Brundtland, *Our Common Future*, en 1987, proponiendo la meta del “desarrollo sostenible”,¹⁹ constituyó una etapa importante en el cambio de tono antes apuntado, reflejado también en las Conferencias de Río, Estambul y, sobre todo, en

¹⁶ Se emplea la expresión crecimiento sostenido (en vez de sostenible), en el sentido en el que tradicionalmente se venía utilizando en la teoría del desarrollo económico de la economía estándar.

¹⁷ D. H. Meadows y D. L. Meadows, 1991, *op. cit.*

¹⁸ R. Margalef, *Una ecología renovada a la medida de nuestros problemas*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 1996.

¹⁹ Entendiendo por tal aquel desarrollo que permite “satisfacer nuestras necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas”. Informe Brundtland, *op. cit.*

la de Johannesburgo, que evidenció más claramente la falta del necesario apoyo político a cualquier intento serio de reconvertir el comportamiento de la civilización industrial hacia patrones más ecológicos. Así lo anticipaban ya las agendas de las “cumbres” de la Tierra de 1972 y 1992. Mientras que en 1972 se ligaba el deterioro ambiental a la extracción de recursos y a las relaciones de explotación vigentes, incluyendo así reivindicaciones políticas, en 1992 ya solo se habla de preservar la calidad del medio ambiente, mediante legislación e instrumentos económicos; mientras que en 1972 se hacía una enumeración exhaustiva de los recursos bióticos y abióticos a proteger, en 1992 se plantea el objetivo general del desarrollo sostenible; y, sobre todo, mientras que en 1972 se hacía, de la necesidad de atajar el “problema ambiental” una razón de Estado y, por ende, se tomaba a los Estados como principales responsables y garantes del cambio, mediante el manejo a todos los niveles de la planificación y ordenación del uso de los recursos y el territorio, en 1992 se habla solo de normas, estudios de impacto ambiental e instrumentos económicos, en general, relegando la responsabilidad de los Estados a su último escalón administrativo, a los ayuntamientos, a través de las “agendas 21”, para ensalzar el papel de la iniciativa privada (empresas y ONG). Un cambio de tono similar puede observarse entre las conferencias Habitat I (Vancouver, 1976) y Habitat II (Estambul, 1996): mientras en la primera se enunciaba el objetivo de “mejorar la calidad de vida” de la población, en la segunda ya solo se proponía conseguir “una vivienda digna y unos asentamientos humanos más seguros, salubres, habitables... sostenibles y productivos”; mientras entre los principios de la primera figuraban reiteradamente la “equidad” y la “igualdad”, en los de la segunda brillaban por su ausencia; mientras en la primera se presentaba al Estado como primer sujeto del cambio en cuestiones ambientales y territoriales, en la segunda se rebajaba esa responsabilidad al nivel local de los ayuntamientos, empresas, ONG, y asociaciones de vecinos; a la vez que entre los instrumentos para el cambio propuestos en 1976 figuraba, en primer lugar, la planificación, en 1996 se hacía caso omiso de ella, para cifrar la esperanza en la función reguladora de los mercados. Todo lo cual sintetiza cómo, a medida que se fue perdiendo la fe en la posibilidad de reconvertir el metabolismo de la sociedad industrial, la “cuestión ambiental” ha pasado a ocupar un lugar cada vez más ceremonial en el discurso y en las instituciones.

En lo que concierne al territorio se observa la gran paradoja de que el triunfo de la llamada geografía “cuantitativa” no sirvió para cuantificar a escala agregada la incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra, como rezaba el título del Simposio de 1955,²⁰ recogido en la cronología antes expuesta. El vigoroso empeño de este Simposio, promovido en Princeton por Carl Sauer y otros exponentes de la geografía histórica e institucional, fue languideciendo junto con esta corriente, que se vio desplazada por otras que eclosionaron en el mundo académico dando pie a nuevos formalismos e instrumentalismos cuyos logros se perdieron –arrastrados

²⁰ W. L. Thomas (Ed.), *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1956.

por los enfoques parcelarios y el desinterés político— en un sin número de estudios de casos sin que llegaran a aportar un conocimiento global a la altura de la nueva "era de los satélites". Tras medio siglo con satélites informando sobre la Tierra, ésta es la hora en que no existe ningún seguimiento cuantitativo solvente, claro y unificado de la evolución de la ocupación y los usos del suelo en el Planeta, que visto desde fuera, debería de ser la lección primera de una geografía cuantitativa (ni siquiera el programa Land Cover & Land Use Changes de la NASA dispone de datos globales que respondan a su propio título: como se puede comprobar en internet, este programa cayó también en los estudios de casos más centrados, una vez más, en la absorción de CO₂ y el cambio climático que en los usos y ocupaciones del suelo). El nuevo Simposio de 1987 *The Earth as Transformed by Human Action* es un exponente de esta evolución: tampoco informa a escala agregada sobre el tema propuesto en su título: aporta un conglomerado de estudios parciales más o menos valiosos, pero carece del hilo conductor y el afán del primer simposio.²¹ Así lo atestigua, entre otras cosas, el colofón del "microestudio" de Butzer sobre la sierra del Espadán (cerca de Castellón) que lo cierra: no responde al título de su ponencia, "The realm of cultural human-ecology: adaptation and change in historical perspective", ni constituye un remate adecuadamente digno para la parte final –IV– del simposio, *Understanding transformations* (en la Tierra, evidentemente, no en la Sierra del Espadán). Este Simposio refleja la presencia de una geografía *soi-disant* cuantitativa que no cuantifica lo importante y de cambios en el panorama académico que no resultan muy alentadores para avanzar en el estudio de la incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra.²² La desatención por el estudio del uso integrado de la Tierra y sus recursos se solapó con el auge incentivado de los estudios, encuentros y campañas sobre los vertidos atmosféricos y el cambio climático, como atestiguan las Conferencias de Kyoto y de Bali sobre el clima, remachadas por el despliegue mediático de Al Gore, que aparecen huérfanas en la cronología adjunta de cualesquiera otras de similar importancia relacionadas con la Tierra. Se plantea, así, la paradójica pretensión de incidir sobre los resultados últimos sin modificar sus causas más primarias, empeño coherente con el carácter cada vez más ceremonial de las instituciones y foros oficiales relacionados con el medio ambiente.

Los cambios en el panorama político internacional y el triunfo del "pensamiento único"

No cabe precisar el contexto en el que se sitúa el cambio de tono observado en el discurso ecológico sin hacer referencia al colapso de los llamados regímenes socialistas del Este

²¹ B. L. Turner II, *et al.* (Ed.), *The Earth as Transformed by Human Action*, Cambridge University Press, Cambridge M., 1990.

²² Sobre este tema ver las introducciones y textos del libro titulado *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, que aporta reflexiones retrospectivas sobre el tema al cumplirse el cincuentenario del mencionado Simposio y que reproduce algunos de sus textos más significativos (J. M. Naredo y L. Gutiérrez (Eds.), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Granada, 2005).

europeo, y el fin de la Guerra Fría en 1989, que eliminaron el antiguo bipolarismo político, haciéndose hegemónico el poder del único polo superviviente. Con ello el Tercer Mundo perdió su existencia como tal, para integrarse mayoritariamente entre los pobres y dominados que se anteponian a los ricos y poderosos en un mundo cada vez más escindido, aunque cada vez más colonizado por un “pensamiento único”.²³ La, en otro tiempo, vigorosa voz de los países no alineados del Tercer Mundo, perdió la relativa libertad que le otorgaba el antiguo bipolarismo y se fue apagando paulatinamente. La Conferencia de Bandung, celebrada en 1955 por estos países (incluida en el anterior cronograma), con la asistencia de personalidades tan relevantes como Chu En Lai, Ho Chi Minh, Nasser, Nehru (todavía impregnado del espíritu de Gandhi) o Sukarno dan buena cuenta de ello. A estos se añadieron otros líderes de los “movimientos de liberación nacional” como Fidel Castro, Lumumba y Ben Bella, correspondiendo a este último hacer las veces de anfitrión, en Argelia, de un nuevo encuentro similar al de Bandung que no tuvo lugar al ser oportunamente derrocado. La “liberación de los pueblos”, que parecía entonces imparable, se fue atemperando, a la vez que las reglas del juego económico impuestas en el mundo volvieron las aguas a su cauce, llevando de nuevo a estos países al redil de la dependencia, con la colaboración de sus propios líderes. Estamos así en presencia de un único mundo cada vez más polarizado económica y socialmente, en el que el mantenimiento del orden exige la doble presión militar y humanitaria de los países ricos. Doble presión que ha culminado con la aparición incluso de “guerras humanitarias”, como las que arrasaron la antigua Yugoslavia, Afganistán e Irak, haciéndolos candidatos a nuevas “ayudas”. Y la escisión del mundo no solo se traduce en la brecha Norte-Sur, sino que se reproduce con fuerza en los propios países del Norte, con bolsas de marginación y de pobreza cada vez más nutridas: no en vano la esperanza de vida en los barrios marginados de Nueva York se sitúa por debajo de la de Bangla Desh.²⁴

La principal diferencia que separa la situación actual de la de hace cuarenta años estriba en que en Bandung los países del Tercer Mundo tenían, o más bien creían tener, proyectos de futuro, mientras que en Río, Estambul o Johannesburgo las cuatro quintas partes de la humanidad se han convertido en simples naufragos de la competitividad que, castigados sin apelación por el mercado, no tienen –salvo raras excepciones– más proyecto que el de solicitar inversiones, ayudas,... y comisiones de las empresas y Estados que los explotan y de la nueva beneficencia que ayuda a paliar los problemas sin impugnar las reglas del juego que los originan, todo ello con la aquiescencia y el disfrute de políticos y

²³ Término acuñado por I. Ramonet (*Le Monde Diplomatique*, edición española, enero de 1995): “Atrapados. En las democracias actuales, cada vez son más los ciudadanos que se sienten atrapados, empapados en una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esa doctrina es el pensamiento único, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de opinión”.

²⁴ Por ejemplo, en Harlem solo el 40% de la población alcanza los 65 años, mientras que en Bangla Desh este porcentaje es del 55% (J. Petras, “New York fait éclater le mythe de la société post-industrielle”, *Le Monde Diplomatique*, abril 1992, pp. 24-25).

empresarios autóctonos. Esta pérdida de proyectos para construir su propio futuro resulta de su incapacidad para desengancharse del pensamiento económico dominante, al aceptar acríticamente las mismas metas e instrumentos que aparentemente había seguido el Norte, cerrando los ojos a la evidencia que subraya la imposibilidad de repetir de forma generalizada las experiencias de éste. Resulta cada vez más deshonesto mantener esta ilusión cuando la industrialización ha colocado a los países ricos en una situación privilegiada generalmente irrepetible, haciendo de ella un bien “posicional”²⁵ que les permite mantener sus patrones de vida, en franca expansión, con cargo al resto del mundo: la atracción de capitales y recursos ejercida por el Norte se sostiene cada vez más con cargo a las áreas de apropiación y vertido del Sur y, en suma, el actual modelo de bienestar del Norte se apoya (en) y agrava (el) malestar del Sur. Lo que no quita para encontrar también en el Sur responsabilidades e intereses cómplices que explican el mantenimiento de esta situación.

El fracaso de las teorías del desarrollo para erradicar la pobreza en el mundo debería abrir los ojos al hecho de que ese “desarrollo” no ha intervenido mejorando de entrada las condiciones de vida de las sociedades “periféricas” al capitalismo, sino provocando su crisis, sin garantizar alternativas solventes para la mayoría de la población implicada y originando, en ocasiones, situaciones de penuria y desarraigo mayores de las que se pretendían corregir *ab initio*. Desde esta perspectiva “podemos imaginar –con Ivan Illich– al “desarrollo” como una ráfaga de viento que arranca a los pueblos de sus pies, lejos de sus espacios familiares, para situarlos sobre una elevada plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo, en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda (...)”.²⁶ Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el “desarrollo” escatima a la mayoría de los individuos, desatando un proceso de miserabilización sin precedentes: “al igual que la crema batida se convierte súbitamente en mantequilla, el *homo miserabilis* apareció recientemente, casi de la noche a la mañana, a partir de una mutación del *homo economicus*, el protagonista de la escasez. La generación que siguió a la II Guerra Mundial fue testigo de este cambio de estado en la naturaleza humana desde el hombre común al hombre necesitado (*needy man*). Más de la mitad de los individuos humanos nacieron en esta época y pertenecen a esta nueva clase (...)”.²⁷

²⁵ E. Altvater, *El precio del bienestar. Expolio del medio ambiente y nuevo (des)orden mundial*, Editions Alfons el Magnanim, Valencia, 1994, p. 22.

²⁶ I. Illich, “Needs” en SACHS, W. (ed.) *The development dictionary: A guide to knowledge as power*, Zed Books, Londres y Nueva Jersey, 1992, p. 96 (Edición en castellano: Centro de Aprendizaje Intercultural, Cochabamba, Bolivia, 1997).

²⁷ *Ibidem*.

La misma idea del progreso, que había contribuido tanto a magnificar los logros del capitalismo frente a las sociedades anteriores, fue una herencia envenenada que abrazaron ingenuamente, con renovado ahínco, los críticos de este sistema con la vana pretensión de impugnarlo desde ella. Se cerraron así los ojos a los factores regresivos del sistema y a la necesidad de conservar en la sociedad y en la naturaleza la diversidad que, tanto la monarquía absoluta como el advenimiento del Estado moderno y el capitalismo se habían encargado ya de simplificar, pero no tan drásticamente. El enfrentamiento entre conservadores y progresistas, derivado de los pasados conflictos entre capitalismo y antiguo régimen, se arrastra todavía originando la confusión. La aceptación igualmente acrítica del desarrollo económico industrialista como instrumento de modernidad y de progreso, constituye otro paso ideológico en falso por parte de los críticos, al que siguen aferrados por inercia los representantes del antiguo Tercer Mundo (y, por manifiesto interés, los del “primer mundo”).

La crisis de la antigua Unión Soviética y de los otros países vinculados a ella evidencia hasta qué punto el desarrollo industrialista es un fenómeno obsoleto que no cabe identificar ya con la modernidad y el progreso, como también se revela obsoleto identificar el aumento de la “producción material” –y de la destrucción que ésta conlleva– tanto con el progreso en general, como con el aumento de renta y la riqueza pecuniaria, en particular. Ningún proyecto, por muy maquiavélico que fuera, de defensa del capitalismo como sistema, habría podido igualar los beneficios que para el mismo trajo el proyecto “socialista” desarrollado y liquidado en la Unión Soviética. Tras haber presentado al “socialismo soviético” como proyecto de sociedad alternativa, el nuevo proyecto se empeñó en perseguir, con graves daños sociales y ambientales, las mismas metas desarrollistas que el capitalismo había propuesto. Como es sabido, el modelo soviético se reveló menos eficaz que el capitalismo en el logro de estos fines y acabó colapsando. Con lo que el fracaso del proyecto soviético se ofreció como prueba de la inexistencia de alternativas al capitalismo, cuando lo que de verdad demostró es que no cabe construir sociedades que se pretendan alternativas al capitalismo siguiendo las mismas metas y la misma senda del desarrollo económico que este sistema había propuesto. O también, que mientras se mantenga la fe en las promesas del discurso económico dominante como única llave de progreso –con toda la mitología del crecimiento y la competitividad, ahora tildadas de “sostenibles” y “solidarias”– se estará cortando cualquier posibilidad alternativa: el “pensamiento único” señala así, lógicamente, el “fin de la historia” y de “las (otras) ideologías”.

Crisis ambiental y crisis de civilización

Mientras llueven cada vez más toneladas de literatura económica ambiental, el deterioro ecológico se extiende por el mundo al ritmo que marca el pulso de la coyuntura económica. En otra ocasión se subrayó que, a fuerza de presentarse la economía como una rama del

saber científico orientada a racionalizar la gestión, sopesando con cordura las posibilidades de “asignar medios escasos al logro de fines alternativos”, nos hemos ido creyendo que esta era su única función y que si no lograba bien su meta racionalizadora era por las dificultades que surgían a la hora de aplicar sus modelos.²⁸ Pero ¿y si su principal función no fuera esa? ¿Y si sus elaboraciones, en principio bienintencionadas, estuvieran sirviendo más para ocultar que para racionalizar los principales problemas que la gestión plantea en la actualidad?

El fracaso del proyecto soviético demostró que no cabe construir sociedades que se pretendan alternativas al capitalismo siguiendo las mismas metas y la misma senda del desarrollo económico que este sistema había propuesto

Cada vez el pensamiento económico dominante ayuda más a convivir con el continuo deterioro ecológico y la polarización social que ocasiona la sociedad industrial que a controlarlo, paliarlo o evitarlo. O, en otras palabras, que la función mistificadora y conformista del *statu quo* que ejerce este pensamiento ha ido ganando terreno hasta el punto de explicar de forma cada vez más determinante su propia razón de ser como disciplina y orientar el *ranking* de prestigio y los incentivos entre sus practicantes. En Naredo (2003) se muestra cómo la economía, tras adoptar posiciones críticas originariamente orientadas a liberar la gestión del arbitrarismo, la regalía y el despotismo burocrático propios del antiguo régimen, perdió su mordiente crítico inicial a medida que se extendió el capitalismo.²⁹ Su principal fuerza y su principal flaqueza se derivan de ello. Su principal fuerza arranca de ser el bastión ideológico, revestido de ciencia, del capitalismo hoy dominante en el mundo. Su principal flaqueza reside en que esta función, a la vez mistificadora y laudatoria, degrada obligadamente su capacidad de interpretación y predicción de los problemas, socavando con ello su propio estatuto científico. El modo de tratar los problemas ecológico-ambientales está siendo un punto de fricción importante entre los enfoques y disciplinas que tratan de ayudar a convivir con ellos mediante prácticas dilatorias, ocultistas o conformistas y aquellos otros que pretenden paliarlos o resolverlos recurriendo a análisis más profundos y a medidas más radicales. Este conflicto traslada así al campo de las discusiones científicas puntos de vista distintos sobre la sociedad y las disciplinas que ligan, sin decirlo, la crisis ambiental con la crisis del actual modelo de civilización.

En efecto, el deterioro ambiental y la polarización social amenazan con socavar la fe en el progreso indefinido que nos había prometido la civilización industrial. El éxito del

²⁸ J. M. Naredo, “Sobre la función mixtificadora del pensamiento económico dominante”, *Archipiélago*, N° 33, 1998.

²⁹ J. M. Naredo, 2003, *op.cit.*

proyecto de modernidad civilizatoria estriba en su capacidad en apoyar sus fundamentos en valores que se suponen universales vinculándolos después, con visos de racionalidad científica, a evidencias empíricas domesticadas que dan puntual cuenta del progreso prometido, a la vez que soslayan las consecuencias regresivas, no deseadas, que los acompañan. La ciencia económica ha desempeñado un papel fundamental en este juego reduccionista al aportar el núcleo duro de racionalidad llamado a orientar los planteamientos socio-políticos que configuran el actual pensamiento dominante. Una vez sometido el mundo al yugo de ese pensamiento dominante, guiado por una racionalidad económica servil al universalismo capitalista en vigor, se ha podido postular a bombo y platillo la “muerte de las (otras)ideologías” y el “fin de la historia”. La falta de pudor intelectual que subyace al manejo acrítico y desenfadado de tales afirmaciones, en un mundo que se supone informado, da cuenta de la impunidad con la que se desenvuelve el reduccionismo imperante. Tales consideraciones parecen más propias de visiones paleocientíficas hoy trasnochadas: recuerdan ese supuesto orden natural inmutable fruto de la creación divina al que se consideraba sujeto el mundo antes de que Darwin formulara su teoría de la evolución. Curiosamente semejante inmovilismo reduccionista suele, en una cabriola intelectual sorprendente, aderezarse con alardes de relativismo “postmoderno”, para huir así de las crudas realidades ligadas al deterioro ambiental y la polarización social en curso.

El nuevo contexto parece haber invertido el antiguo papel progresivo que en su día se atribuyó a las ciencias sociales. Pues desde Platón y Aristóteles se había venido pensando que las personas podrían mejorar la sociedad en la que viven y que el conocimiento racional (científico) brindaría el punto de apoyo necesario para acometer esta mejora. Sin embargo, hoy la economía, esa “reina de las ciencias sociales”, ha invertido la situación: se asiste a la extensión de un discurso económico reduccionista que aniquila la posibilidad de reconsiderar las metas de la sociedad y, por tanto, de cambiarla, haciendo que incluso la política se supedite a ese discurso. La reflexión económica estándar se sitúa así en un campo meramente instrumental, servil al ciego instinto de promoción competitiva y al desatado mecanismo del crecimiento económico, cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que tal modelo genera o ayudando a asumirlos como si del rayo o el pedrisco se tratara.

Problema ambiental y reduccionismo monetario

En lo que concierne al tema ecológico-ambiental, el problema originario estriba en que la civilización industrial, al utilizar el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión, resalta la dimensión creadora de valor o utilidad, pero cierra los ojos a los deterioros sociales o ambientales que dicha gestión origina. La propia noción de “medio ambiente” no es

más que un fruto de la cortedad de miras del enfoque económico ordinario: éste, al circunscribir su reflexión al universo de los valores monetarios, origina un medio ambiente inestudiado compuesto por recursos naturales, antes de ser valorados, y por residuos artificiales, que perdieron su valor. Así, el instrumental teórico al uso gobierna la gestión sin procesar de modo sistemático la información sobre los deterioros que dicha gestión ocasiona sobre el medio natural; este instrumental registra solo el coste de extracción y de manejo de los recursos naturales, pero no el de reposición, favoreciendo así dichos deterioros, a la vez que privilegia las desigualdades sociales y territoriales a través de esa abstracción social que es el dinero y sus ramificaciones financieras.

Desde hace ya más de treinta años el “problema ambiental” ha venido suscitando la necesidad de establecer circuitos de información sobre la dimensión física y territorial de las actividades económicas ordinarias que el análisis monetario dominante ignora, para hacer que la sociedad pueda rediseñar, a la luz de esta nueva información, las reglas del juego económico que condicionan valores y precios. Sin embargo, esta necesidad de información no ha sido satisfecha: la información monetaria sigue siendo la única que se utiliza de forma sistemática para orientar la gestión. Es más, en vez de promover estadísticas de base y enfoques que registren de modo sistemático los aspectos físicos y territoriales ligados a la gestión, se ha promovido la valoración ocasional de externalidades y bienes ambientales para incluirlos en el universo unidimensional de los valores monetarios en el que se desenvuelve el análisis económico ordinario. Así, en vez de relativizar este análisis abriendo la reflexión económica hacia los aspectos físicos, territoriales y sociales, se incentivó el movimiento contrario: se trataron de reducir estos aspectos al lenguaje unidimensional de los valores monetarios para ensanchar así el campo de aplicaciones del enfoque económico usual, cuyo reduccionismo monetario estaba en el origen del “problema ambiental”. Todo ello ignorando el profundo divorcio que existe entre la idea usual de sistema económico y la de sistema ecológico, desde la que unos y otros razonan, que se sitúa en la base del mencionado “problema ambiental”. En resumidas cuentas, que tras varias décadas de reflexión sobre este “problema” se corre el riesgo de olvidar el hecho que lo había originado y que en principio se trataba de corregir: el reduccionismo monetario propio del enfoque económico estándar. Todo ello unido a una “deriva instrumental” que da trabajo a nuevos especialistas, a costa de distanciar sus elaboraciones de los problemas de fondo que plantea la presente crisis ecológico-ambiental.

Algo parecido ocurrió cuando el mencionado I Informe Meadows (1971) y otras publicaciones evidenciaron el irracionalismo que comportaba la meta del crecimiento económico permanente: hubo de producirse una prolongada campaña de imagen y desorientación, unida a un abaratamiento de las materias primas, para alejar varios lustros después toda idea de límite a fin de seguir sosteniendo la fe en la meta universal del crecimiento económico como solución a los problemas del mundo actual.

Invertir en “imagen verde” o en reconvertir el metabolismo de la sociedad

Hay que tener muy en cuenta que el actual predominio del razonamiento económico unidimensional, regido por el análisis coste-beneficio, no solo es fuente de daños ambientales,³⁰ sino que tampoco ayuda a corregirlos en su raíz. En efecto, “desde la lógica capitalista de la competencia generalizada por la búsqueda de beneficio inmediato, [...] es mucho más económico ocultar un problema o alterar su aspecto que abordarlo en toda su profundidad: el bloqueo de los mecanismos sociales y políticos de reacción al deterioro ecológico que así se logra [...] es mucho más conveniente que la amortización precipitada de gigantescas inversiones para reconstruir los sistemas productivos en términos ecológicamente más compatibles. [...] Las clases políticas también se benefician de este enfoque del tratamiento de la crisis ecológica. Reelaborando los conceptos, la terminología y las políticas sectoriales (residuos, agua, transporte, energía, etc.) para exportar u ocultar el proceso de deterioro ambiental, consiguen credibilidad institucional y rentabilidad ecológico-electoral a corto plazo, aunque a largo plazo los procesos globales de deterioro no solo no se frenan, sino que se aceleran. Pero serán otros equipos y personajes políticos los que tendrán que responder por ello en su día. El sistema de selección de la clase política ya promocionará en su momento a los que sean capaces de inventar las mejores justificaciones mediáticas para las situaciones que se vayan presentando”.³¹

En suma, que a medida que fue ganando terreno la “sensibilidad ambiental” de la población, se observó que resultaba más fácil y ventajoso para políticos y empresarios contentarla a base de invertir en “imagen verde”, que en tratar de reconvertir el metabolismo de la sociedad industrial y las reglas del juego económico que lo mueven. Lo mismo que reducir seriamente las situaciones de desigualdad o polarización social tendría un coste redistributivo muy superior al de sufragar algunas campañas y ONG sobre el tema. De ahí que el grueso de la literatura económica-ambiental se ocupe sobre todo, ya sea de extender la vara de medir del dinero al tratamiento de la nueva problemática o bien de idear formulaciones de compromiso escasamente operativas para reconvertir el *modus operandi* de la sociedad industrial. Se observa, por una parte, la eclosión de una amplísima literatura sobre procedimientos para imputar valores monetarios a las externalidades o sobre instrumentos económicos como impuestos, tasas o derechos ligados al uso de servicios o bienes ambientales. Por otra, la reflexión a escala agregada se esteriliza en la búsqueda de nuevas cuadraturas del círculo que compatibilicen el crecimiento o desarrollo (económico) con la conservación

³⁰ Una manera fácil de aumentar los beneficios consiste en cargar los costes y deterioros sobre esa tierra de nadie que es el medio ambiente, que queda fuera del registro contable, o trasladarlos sobre territorios alejados. Por lo que el afán de mejorar la cuenta de resultados de las empresas ha sido una potente máquina de generar daños ambientales.

³¹ A. Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Archipiélago*, N° 33, 1998, pp. 58-59.

(del medio ambiente). Se trata así de salvar a toda costa la meta del desarrollo económico, medido por el simple crecimiento de la renta o producto nacional, ya sea buscando cómo hacerlo sostenible³² o confirmando pura y simplemente, como trata de hacer con la llamada “curva de Kuznets”³³, que los problemas ambientales tienden a resolverse en los países a medida que aumenta su renta *per cápita*: se invierten así los términos del planteamiento originario haciendo que el desarrollo económico deje de verse como causa del problema ambiental para convertirse en su solución.

Así las cosas, la idea ambigua y contradictoria del desarrollo sostenible se empezó a invocar a modo de *mantra* o jaculatoria repetida en todos los informes y declaraciones. Pero esta repetición no sirvió para modificar, ni siquiera en los países ricos, las tendencias al aumento en el requerimiento total de recursos y residuos *per cápita*.³⁴ Para lo que sí ha servido esta invocación es para sostener el mito puro y duro del crecimiento económico, que se había tambaleado con las críticas de los setenta, y para dar a entender que las reivindicaciones ecológico-ambientales de la población están siendo atendidas. Mientras tanto el crecimiento económico se sigue midiendo, exactamente igual que antes de que fuera impugnado a principios de los setenta: por el simple aumento del agregado de producto o renta nacional.

Todo lo cual vino a ocultar la grave irracionalidad que supone toda esa mitología del crecimiento económico, que cifra el progreso de la humanidad en el continuo aumento de los bienes y servicios obtenidos y consumidos. Aumento que, debido a la especialización carac-

³² Cabe insistir en que el enfrentamiento entre desarrollistas y conservacionistas planteado a principios de los setenta puso de manifiesto la imposibilidad del crecimiento continuado de cualquier variable física o poblacional. Veinte años más tarde, la contradicción observada entre la meta del crecimiento (económico) y la viabilidad o estabilidad (ecológica) se saldó en el terreno virtual enarbolando la meta del desarrollo sostenible: el gran éxito de este término residió en su capacidad de contentar a todo el mundo, tendiendo un puente ficticio entre conservacionistas y desarrollistas. Esta capacidad supuso un buen regalo para políticos y empresarios, que lo enarbolaron profusamente como término de consenso a costa de vaciarlo de contenido y de ocasionar así su inoperancia práctica. (Ver, J. M. Naredo “Sobre el origen, el uso y el contenido del término ‘sostenible’”, *Documentación Social*, Nº 102, 1996; y J. M. Naredo y A. Valero (Dirs.), “Sobre la ‘sostenibilidad’ de los sistemas” en *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Visor Distribuciones & Fundación Argentaria, Madrid, 1999, cap. 5.

³³ Esta curva establece una relación en forma de “U invertida” entre ingreso *per cápita* y degradación ambiental. Es decir, que si representamos la renta *per cápita* en el eje de abscisas y la degradación ambiental en el de ordenadas, esta curva señala que el deterioro ambiental empieza a disminuir con el aumento de la renta a partir de un cierto nivel de ésta. La extrapolación al tema ambiental de esta curva, formulada por Kuznets en los años cincuenta para relacionar la distribución y el nivel la renta de los países, arroja un mensaje altamente tranquilizador: el problema ambiental tiende a resolverse por sí solo con el crecimiento económico. De ahí el empeño de respaldar empíricamente este comportamiento presentándolo como un logro esperanzador y no como un simple resultado de la deslocalización industrial que aleja de las viejas metrópolis las primeras fases de extracción y elaboración, muy exigentes en energía y contaminación y, con ello, la huella de deterioro ecológico originada.

³⁴ Estas afirmaciones están avaladas por la información presentada sobre el metabolismo de la sociedad industrial a escala planetaria en el libro del que formaba parte el texto que aquí se reproduce (J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2007). Ver también J. M. Naredo y L. Gutiérrez (Eds.), 2005, *op. cit.*

terística de la sociedad industrial, va acompañado de un crecimiento mucho mayor de la extracción de recursos y emisión de residuos. Resulta clave recordar que no es un mero accidente que la mitología de la producción y del crecimiento triunfara justo cuando la civilización industrial alejó por primera vez a la especie humana de las verdaderas producciones de la fotosíntesis, para apoyar su intendencia sobre la mera extracción o sobreexplotación de riquezas naturales preexistentes, llevando incluso las producciones de la fotosíntesis hacia el deterioro progresivo de los bienes fondo que las sustentan. Como tampoco lo es que el calificativo de producción sostenible surgiera después para disipar las dudas sobre la viabilidad del progreso prometido mediante el puro y simple aumento de la producción. Así, el término producción, y últimamente el de producción sostenible, se acuñaron y popularizaron, como parte del discurso económico dominante para encubrir el daño ambiental y la inviabilidad a largo plazo que acarrea el comportamiento de la sociedad industrial.

Ante la mayor sensibilidad de la población hacia los temas ambientales, el discurso de gobiernos y empresas ha incorporado a su retórica la referencia formal a estos problemas: hoy la mayoría de los programas políticos y las actividades económicas incorporan en sus discursos el vocabulario ecológico, apoyándose para ello en las formulaciones de compromiso arriba mencionadas. Se trata de tranquilizar a la población con políticas de "imagen verde" en las que todo tiende a calificarse de "ecológico" y "sostenible",³⁵ ocultando o banalizando los daños ocasionados, sin necesidad de cambiar a fondo los criterios de gestión, ni los patrones de comportamiento, que los originan. El racionalismo parcelario del discurso económico dominante está contribuyendo así a desviar la atención de los principales conflictos ecológicos (y sociales) de nuestra época y a divulgar implícitamente una ideología conservadora del *statu quo* que los genera. Se alimenta, de esta forma, un nuevo irracionalismo global que se mantiene a base de distraer la reflexión en los laberintos de la racionalidad científica parcelaria. Ya vimos que las propias agendas de las Cumbres de la Tierra de Río 92, y la más desesperanzada de Johannesburgo 2002, han sido víctimas de ese razonamiento parcelario: mucha preocupación por la contaminación, los trastornos climáticos, las pérdidas de diversidad o de calidad ambiental, y mucha desatención por la creciente extracción y el bajo precio de las materias primas que las originan, soslayando la evidencia de que los residuos y deterioros salen del manejo de los recursos. Lo cual da también lugar a un doble lenguaje entre un mundo industrial que constituye el principal consumidor y beneficiario de los bajos precios de las materias primas, de las que es un importador neto, y un Tercer Mundo cuya situación económica se ha hundido, junto con los precios de sus expor-

³⁵ El libro de J. Greer y K. Bruno (*Greenwash. The reality behind corporate environmentalism*, Third World Network y Nueva York, The Apex Press, Pehang, 1996) pone al descubierto el cambio de actitud y de políticas en veinte importantes grupos de empresas transnacionales ("una corporación *leader* en destrucción del ozono, se acredita como *leader* en la protección del ozono; un gigante transnacional del petróleo se presenta como pionero de los programas de "prevención" frente al calentamiento global..."). Se revela, asimismo, la influencia de estas corporaciones en la orientación de la "cumbre" de Río de 1992, la desactivación del ecologismo y la opinión pública en general, mediante políticas de "imagen y lavado verde" que se han prolongado hasta nuestros días.

taciones y la salida neta de capitales, al que se aconseja ahora el desarrollo sostenible y la frugalidad para restablecer el equilibrio financiero de sus maltrechas economías. Cuando, de hecho, al forzar el abaratamiento y la extracción de productos primarios se ha originado una sensación de abundancia de recursos sin precedentes que va en detrimento de la conservación y el reciclaje, solo corregida parcialmente por el encarecimiento del petróleo observado en los últimos tiempos. A la vez que el funcionamiento del sistema monetario internacional, al succionar el ahorro de los países pobres, contribuye a acentuar su escasez crónica de capital.

¿Hasta qué punto los vientos que soplan a favor de la reconciliación virtual entre economía y naturaleza conseguirán eclipsar a aquellos otros que buscan su reconciliación real? ¿Hasta qué punto la atención sobre las posibles incidencias climáticas no seguirán eclipsando la atención sobre las más evidentes y fácilmente controlables incidencias terrestres? O también ¿hasta cuándo las políticas de imagen verde podrán seguir contentando a la población, ocultando los daños sociales y ambientales y los fracasos de las políticas aplicadas y demorando, así, una posible reconciliación real? Ello dependerá, en parte, del vigor que alcancen las denuncias de la función mistificadora que ejerce el discurso económico dominante en este campo...o de que se cubra el vacío actual de conocimiento sobre los rasgos esenciales del metabolismo de la civilización industrial que son fuente simultánea de desarrollo económico y deterioro ecológico.

Invitamos a trascender el oscurantismo que destilan los enfoques parcelarios al uso y las operaciones de “lavado verde”, adoptando para ello planteamientos amplios que enjuicien en toda su globalidad los flujos de energía y materiales sobre los que se apoyan las sociedades actuales, desde los recursos hasta los residuos, desde el “tercer mundo” hasta los países de capitalismo “maduro”, desde la faz de la Tierra hasta la atmósfera que la envuelve. Y analizando los mecanismos de que se sirven los países ricos y las empresas domiciliadas en ellos para acrecentar su capacidad de compra sobre el mundo, dando pie a un orden territorial cada vez más escindido en núcleos de atracción de población, capitales y productos y áreas de apropiación y vertido, fuente de polarización social y deterioro ambiental.³⁶ Ya que el buen conocimiento de los procesos que lo originan, es el primer paso para poder corregirlos o cambiarlos.

³⁶ Una aplicación de estos planteamientos y análisis puede encontrarse, tanto a escala planetaria, como para el caso de España, en J. M. Naredo, 2007, *op. cit.*

Vivir (bien) con menos

Sobre suficiencia y sostenibilidad

Manfred Linz
Jorge Riechmann
y Joaquim Sempere

Icaria & Más Madera

VIVIR (BIEN) CON MENOS

**Sobre suficiencia y
sostenibilidad**

Manfred Linz,
Jorge Riechmann y Joaquim
Sempere

Icaria Más Madera, 67
ISBN 978-84-7426-904-8
Págs 120

Un libro editado
con la colaboración
del Centro de
Investigación
para la Paz.

BOLETÍN DE PEDIDO

- ✓ ENVÍE ESTE CUP N AL FAX O LA DIRECCI N INDICADA A PIE DE P GINA
- ✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCI N DE CORREO ELECTR NICO **PUBLICACIONES@FUHEM.ES**
- ✓ LLAME AL TEL FONO **91 431 03 46**

Nombre:

Direcci n:

Poblaci n: C.P. Provincia:

Pa s: Tel fono:

Correo electr nico:

PRECIO DE UN EJEMPLAR 9 € (IVA y gastos de env o incluidos para Espa a)



Duque de Sesto, 40 - 28009 Madrid
Tel.: 91 431 03 46 - Fax: 91 577 47 26
Web: www.cip.fuhem.es - E-mail: cip@fuhem.es

¿Es el decrecimiento una utopía realizable?

En los cursos que vengo impartiendo en la universidad sobre controversias ético-políticas en el mundo contemporáneo he tenido la oportunidad de comprobar que los dos temas que más entusiasmo polémico suscitan entre los estudiantes de Humanidades y Ciencias Sociales, en estos últimos años, son el papel de los medios de comunicación en las democracias representativas y la idea de decrecimiento. Si lo primero es fácilmente explicable al tratarse de un tema que está en la calle, el entusiasmo por la controversia acerca del decrecimiento es en cierto modo una sorpresa, ya que el término decrecimiento es relativamente reciente y la literatura existente en nuestro país al respecto es todavía bastante limitada. Pero, por lo que he podido ver y escuchar, la idea de decrecimiento suscita tanta simpatía como escepticismo la posible aplicación práctica de la misma.

La simpatía observada proviene, sin ninguna duda, del aumento de la conciencia medioambiental entre los jóvenes, siempre por comparación con las generaciones inmediatamente anteriores. Y el escepticismo que provoca la puesta en práctica de la idea de decrecimiento viene, en cambio, de la desconfianza, también en aumento, que existe hoy en día respecto de los agentes políticos y sociales que tendrían que materializarla; en muchos casos este escepticismo se expresa a través de una sospecha más profunda, que se suele manifestar de la manera drástica, a saber: que, siendo una buena idea, ésta del decrecimiento, choca con lo que algunos llaman naturaleza humana y otros condición humana históricamente configurada por la civilización europea moderna. De ahí brota una afirmación, que he escuchado muchas veces, según la cual el decrecimiento es una utopía en el sentido peyorativo de la palabra, una ilusión irrealizable. Creo que el contraste existente entre aquel entusiasmo y este escepticismo merece una reflexión.

Aunque la palabra decrecimiento se ha empezado a popularizar hace relativamente poco tiempo, la idea no es del todo nueva. Se la puede considerar como una variante radical de la idea de crecimiento cero o de la propuesta de

Paco Fernández Buey es Catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona)

detención del crecimiento, surgidas ambas al calor de las discusiones sobre la crisis ecológica hace más de treinta años. La idea de frenar o detener lo que se venía llamando crecimiento en las sociedades industriales, autodenominadas avanzadas, estuvo directamente relacionada con la observación en curso de las nefastas consecuencias que el tipo de crecimiento económico cuantitativo estaba produciendo en el entorno medioambiental. Ya a finales de la década de los sesenta algunos ecólogos y científicos sensibles empezaron a divulgar la observación de que las llamadas fuerzas productivas se estaban convirtiendo de hecho en fuerzas destructivas o biocidas, con lo que el modelo de crecimiento imperante en las principales potencias del mundo bipolar de entonces iba a acabar poniendo en peligro la base natural de mantenimiento de la vida misma sobre el planeta Tierra.

A partir de esta observación, y precisamente como forma de hacer frente a la crisis ecológica que se veía venir, brotó en los inicios de la década siguiente la idea de frenar o detener el crecimiento. Es significativo que esa idea pasara ya al título mismo de la versión francesa del primero de los informes al Club de Roma. Se puede expresar así: si hemos de reconocer que hay límites naturales al crecimiento económico que hemos conocido en los últimos siglos, lo razonable, para evitar el riesgo de crisis ecológica, es actuar en consecuencia y frenar, parar o detener ese tipo de crecimiento económico de la misma manera que habría que detener el crecimiento urbanístico desordenado que hace inhabitables nuestras ciudades y contribuye a destruir su medio ambiente natural.

Pero la mayoría de los gobiernos de entonces (y también la mayoría de los medios de comunicación) trataron de quitar hierro al asunto de la crisis ecológica y consideraron “catastrofistas” o “apocalípticas” las, por otra parte, moderadas conclusiones del análisis de los científicos informados y de las primeras organizaciones ecologistas. Gobiernos y medios incluso ironizaron frecuentemente a su costa. Al tratar de las propuestas encaminadas a detener el crecimiento, y no digamos al ocuparse de la noción de crecimiento cero, aquellos gobiernos y los medios de comunicación vinculados a ellos pasaron de la ironía al insulto.

Las hemerotecas de todos los países están plagadas de manifestaciones de dirigentes políticos, parlamentarios y periodistas en este sentido. La consecuencia fue que por entonces apenas se hizo nada para detener el tipo de crecimiento biocida. Y sin embargo, por una de esas paradojas que son habituales en la historia, mientras se estaba ridiculizando a los partidarios de detener aquel tipo de crecimiento desordenado y biocida, los principales indicadores del crecimiento de las economías dominantes en las grandes potencias empezaron a descender, rozando el cero, como consecuencia de la crisis del petróleo. En vez de reflexionar sobre el sentido de la paradoja, los gobiernos desarrollistas y las grandes instituciones internacionales, inspirados en la teoría económica estándar y con una orientación predominantemente neo-liberal (aunque no sólo) prefirieron salirse por la tangente. Ya entonces se argumentó en los medios oficiales que la idea de detener el crecimiento era una uto-

pía y se reafirmó con ello la confianza en las mismas tecnologías que estaban en la base del peligro.

Hubo que esperar otra década más para que las instituciones internacionales acabaran reconociendo la gravedad del peligro, aceptaran la crítica a la noción de crecimiento establecida por la teoría económica imperante y empezaran a hablar de desarrollo sostenible. Como se sabe, esta otra idea aparece por primera vez en el documento titulado *Nuestro futuro común*, que fue elaborado en 1987 por la entonces primera ministra de Noruega, Gro Harlem Brundtland. En este documento se definía como sostenible “aquel desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. La definición recogía lo que desde algunos años antes se venía diciendo ya en la Comisión Mundial de la ONU sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo y con ella se aceptaba, indirectamente al menos, parte de las razones aducidas desde veinte años antes por científicos informados y economistas críticos.

Con perspectiva histórica, se puede interpretar la idea de decrecimiento como una radicalización de la noción de crecimiento cero, propuesta en su momento para hacer frente a las primeras manifestaciones de la crisis

De acuerdo con esta filosofía, la sociedad habría de ser capaz de satisfacer sus necesidades en el presente respetando el entorno natural y sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas. A partir de ahí se fueron asentando los principios básicos de lo que empezó a denominarse desarrollo sostenible, poniendo el acento, al menos en un principio, en la vertiente ambiental del mismo. En líneas generales estos principios básicos, que concretan la ambigüedad de la definición dada en *Nuestro futuro común*, y en el resumen que hizo en su momento Jorge Riechmann, son: a) consumir recursos no-renovables por debajo de su tasa de sustitución; b) consumir recursos renovables por debajo de su tasa de renovación; c) verter residuos siempre en cantidades y composición asimilables por parte de los sistemas naturales; d) mantener la biodiversidad; y e) garantizar la equidad redistributiva de las plusvalías.

Lo que más llama la atención al analizar el proceso histórico que ha conducido desde la crítica al tipo de crecimiento estándar al reconocimiento oficial de la idea de desarrollo sostenible es el lapso de tiempo que se ha necesitado, sobre todo si lo comparamos con la brevedad del lapso de tiempo que ha sido necesario para pasar, por ejemplo, de algunos de los descubrimientos básicos en biología molecular a sus aplicaciones tecnológicas. Ya es sintomático que se tardara mucho menos en deshacer lo que se aprobó en la célebre reunión de Asilomar (liquidando una línea de prudente moratoria en el ámbito de la ingeniería gené-

tica) que en aceptar oficialmente las consecuencias de la idea de sostenibilidad. Sintomático porque revela el dominio del optimismo tecno-científico frente a los razonables llamamientos a la prudencia y a la aplicación del principio de precaución.

Pero la cosa es aún peor cuando se observa que, de hecho, la idea misma de desarrollo sostenible ni siquiera es respetada, al cabo de los años, por los principales gobiernos, y que el camino hacia la aplicación de los acuerdos de Kyoto ha estado plagado de obstáculos y zancadillas por parte de los mismos gobiernos que decían defender la idea de desarrollo sostenible.

Es en este contexto en el que ha cobrado fuerza la idea de decrecimiento, que, insisto, con esa perspectiva histórica, se puede interpretar como una radicalización de la noción de crecimiento cero, propuesta en su momento para hacer frente a las primeras manifestaciones de la crisis ecológica. Y se comprende que así haya sido porque treinta años después de las primeras denuncias de la crisis ecológica la situación medioambiental del planeta es manifiestamente peor que la que existía cuando de lo que se hablaba era sobre todo de contaminación de la atmósfera, mares, ríos, lagos y ciudades. La sucesión de catástrofes medioambientales que se han producido desde entonces y el análisis de los efectos previsibles del cambio climático y del calentamiento global han llevado a que, hoy en día, algunas personalidades próximas a las instituciones estén proponiendo medidas de contención parecidas a las que proponían hace muchos años los primeros denunciantes de la crisis. Sólo que, mientras tanto, las personas mejor informadas no han dejado de insistir en que el peligro de crisis ecológica global aumentaba por lo que ya no caben parches calientes.

De la idea de “crecimiento cero” a la noción de “decrecimiento”

Esto último, o sea, la convicción de que ya no caben parches calientes, es lo que está en el trasfondo del paso de la idea de crecimiento cero a la idea de decrecimiento para hacer frente a la crisis medio-ambiental. Para decirlo plásticamente: ya no basta con echar el freno al móvil; hay que poner la marcha atrás para evitar el abismo. Eso es lo que se deduce al menos del desarrollo reciente de la idea de decrecimiento impulsada por autores como Serge Latouche, Vincent Cheynet, François Schneider, Paul Ariés o Mauro Bonaiuti, la mayoría de los cuales suele citar, entre sus fuentes de inspiración, la bioeconomía de Georgescu-Roegen,¹ quien, entre otras cosas, distinguió hace ya tiempo entre “alta entropía” (o energía no disponible para la humanidad) y “baja entropía” (o energía disponible).

¹ Para conocer y contextualizar la obra de Georgescu-Roegen se puede leer: J. Grinevald, “Georgescu-Roegen: bioeconomía i bioesfera”, en *Collectiu Revista Silence, Objectiu Decreixement*, Leqtor, Barcelona, 2006, y O. Carpintero, “Introducción a N. Georgescu-Roegen”, *Ensayos bioeconómicos* (antología), Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007. Más detalles en O. Carpintero, *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*, Montesinos, Barcelona, 2006.

Es cierto que algunos de estos teóricos, como por ejemplo Clémentin y Cheynet, parecen asumir como objetivo del decrecimiento que llaman sostenible una definición de sostenibilidad muy parecida a la que se daba en el Informe Brundtland, de manera que podría pensarse que, al menos en teoría, no hay demasiada diferencia entre las nociones de desarrollo sostenible y decrecimiento. Pero concluir eso sería tergiversar el pensamiento de los autores mencionados, los cuales insisten en que, en la práctica de los gobiernos, las nociones de crecimiento y desarrollo son intercambiables. Para precisar más al respecto estos autores distinguen entre decrecimiento “sostenible” e “insostenible” o caótico. Y aducen que un ejemplo de decrecimiento caótico o insostenible es el que ha tenido lugar en Rusia desde 1990, como consecuencia de la desindustrialización no buscada o deseada. A partir de ese ejemplo, y de su crítica, se puede equiparar el decrecimiento “sostenible” a economía sana, entendiendo por tal un tipo de decrecimiento que, en sus palabras, no habría de generar “una crisis social que pusiera en cuestión la democracia y el humanismo”. Habrá que volver sobre esto.

La mayoría de las aproximaciones a la idea de decrecimiento postulan que éste tendría que organizarse no sólo para preservar el medio ambiente, sino también para restaurar un mínimo de justicia social

Otros teóricos del decrecimiento todavía han matizado más a la hora de distinguir entre “desarrollo sostenible” y “decrecimiento”; y también matizan a la hora de aducir razones a favor de este último. Así, por ejemplo, Serge Latouche, después de llamar la atención acerca de la multiplicidad de acepciones en que ha venido empleándose la expresión “desarrollo sostenible” desde que apareció en el Informe Brundtland, declara a continuación que el desarrollo sostenible es como el infierno, que está empedrado de buenas intenciones. Para Latouche, “desarrollo” se ha convertido en “una palabra tóxica” o, como dirían los teóricos de la Escuela de Frankfurt, “deshonrada”, porque cuando se engancha el adjetivo sostenible al concepto de desarrollo lo que en realidad se está haciendo es no poner en cuestión el tipo de desarrollo actualmente existente sino simplemente añadir un componente ecológico espúreo. Según él, es más que dudoso que eso baste para resolver los problemas a los que hay que hacer frente en la actualidad.

Desde este punto de vista, la reivindicación de la bioeconomía de Georgescu-Roegen vendría a oponerse, precisamente por el carácter radical de la misma, al ecologismo meramente reformista que sigue defendiendo el concepto de “desarrollo”. Se sugiere así que en el mundo actual hay ya ecologismos de distintos tipos y que el decrecimiento es necesario para un ecologismo consecuente, pues no podemos seguir produciendo refrigeradores, coches o aviones a reacción mejores y más grandes sin producir al mismo tiempo también

residuos “mejores” y más grandes. Lo que significa, como afirmaba Georgescu-Roegen, que el proceso económico es de naturaleza entrópica.

Y siendo eso así, ¿qué tipo de economía oponer a las economías aún dominantes? Lo que los teóricos del decrecimiento llaman economía sana o decrecimiento sostenible se basaría en el uso de energías renovables (solar, eólica y, en menor grado, biomasa o vegetal e hidráulica) y en una reducción drástica del actual consumo energético, de manera que la energía fósil que actualmente se utiliza quedaría reducida a usos de supervivencia o a usos médicos. Esto implicaría, entre otras cosas, la práctica desaparición del transporte aéreo y de los vehículos con motor de explosión, que serían sustituidos por la marina a vela, la bicicleta, el tren y la tracción animal; el fin de las grandes superficies comerciales, que serían sustituidas por comercios de proximidad y por los mercados; el fin de los productos manufacturados baratos de importación, que serían sustituidos por objetos producidos localmente; el fin de los embalajes actuales, sustituidos por contenedores reutilizables; el fin de la agricultura intensiva, sustituida por la agricultura tradicional de los campesinos; y el paso a una alimentación mayormente vegetariana, que sustituiría a la alimentación cárnica.

En términos generales todo esto representaría, en suma, un cambio radical de modelo económico, o sea, el paso a una economía que, en palabras de los teóricos del decrecimiento, seguiría siendo de mercado, pero controlada tanto por la política como por el consumidor. La economía de mercado controlada o regulada tendría que evitar todo fenómeno de concentración, lo que, a su vez, supondría el fin del sistema de franquicias; potenciaría el fomento de un tipo de artesano y de comerciante que es propietario de su propio instrumento de trabajo y que decide sobre su propia actividad. Se trataría, pues, de una economía de pequeñas entidades y dimensiones, que, además —y esto es otro punto fuerte de la actual teoría del decrecimiento— no tendría que generar publicidad. Esto pasa por ser una *conditio sine qua non* para el decrecimiento sostenible. La producción de equipos que necesita de inversión sería financiada por capitales mixtos, privados y públicos, también controlados desde el ámbito político. Y el modelo alternativo introduciría, además, la prohibición de privatizar los servicios públicos esenciales (acceso al agua, a la energía disponible, a la educación, a la cultura, a los transportes públicos, a la salud y a la seguridad de las personas).

La economía del decrecimiento estaría orientada hacia un comercio justo *real* para evitar así la servidumbre, las nuevas formas de esclavitud que se dan en el mundo actual y el neocolonialismo. En la mayoría de las aproximaciones recientes a la idea de decrecimiento se postula que éste tendría que organizarse no sólo para preservar el medio ambiente sino también para restaurar aquel mínimo de justicia social sin el cual el planeta está condenado a la explosión, porque supervivencia social y supervivencia biológica están siempre interrelacionadas.

El decrecimiento y la utopía realizable como horizonte

He dicho ya en el punto anterior que algunos de los teóricos del decrecimiento se curan en salud descartando un decrecimiento caótico o no deseado como el que se produjo en Rusia después de 1990 y que al mismo tiempo postulan un tipo de decrecimiento que no tendría que generar “una crisis social que pusiera en cuestión la democracia y el humanismo”. Con ello entramos en el debate sobre las utopías realizables.

Lo primero que habría que decir al respecto es que, en sus formulaciones más inteligentes y elaboradas, la idea de decrecimiento no se presenta como un mero concepto sin conexión con la *praxis* socio-política, pero tampoco como un programa definido para la construcción de alternativas a las sociedades de crecimiento, como un programa político cerrado, como una receta o como una panacea. Ni siquiera se presenta como un ideal en sí o como el objetivo único para las sociedades que han de salir de la ideología del crecimiento. El decrecimiento aparece más bien, en esas formulaciones, como un horizonte, como el horizonte aglutinador frente a la imposibilidad material del crecimiento que conocemos y frente a la insostenibilidad de nuestro modelo actual de desarrollo. Lo que dice Mauro Bonaiuti, por ejemplo, es que la idea de decrecimiento puede llegar a convertirse en algo así como un horizonte interpretativo largamente compartido en el ámbito de las alternativas (en plural) al capitalismo global.

La idea de decrecimiento no se presenta como un mero concepto sin conexión con la *praxis* socio-política. Aparece más bien como un horizonte interpretativo para el ámbito de las alternativas al capitalismo global

Este planteamiento permite concretar un poco más. De la misma manera que la defensa del crecimiento no implica que todo tenga que crecer, así también la admisión de la idea de decrecimiento tampoco implica que todo tenga que decrecer. Lo que se propone que disminuya, en el momento y en la situación actuales, es el consumo de materia y energía, o sea, principalmente lo que se llama producto interior bruto. La idea de decrecimiento apunta, pues, a la producción y reproducción de valor y felicidad en las sociedades humanas reduciendo en ellas de una manera progresiva la utilización de materia y energía. Se descarta que eso sea un objetivo alcanzable por la vía exclusiva de la tecnología, se dan pistas para hacer frente al reto en el ámbito de las tecnologías alternativas y se reafirma la conciencia de las contradicciones que hemos de superar. En última instancia, todo eso implica, obviamente, un cambio radical en la forma de producir, de consumir y de vivir, una nueva forma de organizarnos social y económicamente.

Por ahí enlaza la idea de decrecimiento con las utopías sociales anteriores en la historia de la humanidad, particularmente con aquellas que tomaron sus distancias respecto del crecimiento indefinido de las fuerzas productivas, como sugiere la propuesta de Serge Latouche cuando éste resume expectativas de muchos y vías que ya se están prospectando colectivamente: primar la cooperación y al altruismo sobre la competencia y el egoísmo; revisar nuestra manera de conceptualizar la pobreza y la escasez; adaptar las estructuras económicas a la medida del ser humano, en lugar de hacer entrar con calzador al ser humano en estructuras económicas impuestas; redistribuir el acceso a los recursos naturales y a la riqueza; limitar el consumo a la capacidad de carga de bioesfera; potenciar los bienes duraderos; conservar, reparar y reutilizar los bienes para evitar el consumismo; potenciar la producción a escala local y en un sentido sostenible; primar los cultivos agro-ecológicos, etc.

Los teóricos del decrecimiento no sólo vinculan la bioeconomía inspirada por Georgescu-Roegen a la crítica de la teoría económica estándar sino también al ecologismo social o socio-político. Y en ese sentido no ignoran las dificultades que actualmente existen para la aplicación de las medidas que proponen en el mundo de los ricos, puesto que éstas representarían un giro hacia la frugalidad, la sobriedad, la austeridad y la contención de los consumos. Pero en lugar de poner el acento en aseveraciones abstractas y reiterativas acerca de la naturaleza o la condición humana o de quedarse en la idea de que el ser humano sólo ha aprendido históricamente por choque directo con la realidad, se fijan mayormente en las resistencias reales que opondrán al decrecimiento los sectores actualmente más favorecidos.

De ahí que estén aduciendo a favor de la propuesta por una parte datos y por otra una nueva filosofía. Datos del tipo siguiente, a saber: que ahora mismo el 80% de los humanos vive sin automóvil, sin refrigerador y sin teléfono; que el 94% de los humanos no ha viajado nunca en avión; que la tercera parte de la población norteamericana y una parte creciente de la población de la Unión Europea es obesa y que una dieta mejor y más austera sería mejor solución para resolver ese problema que aumentar el gasto dedicado a investigar sobre el gen de la obesidad, como actualmente se hace. La filosofía alternativa o la sabiduría de la vida que se postula viene a decir que el bien y la felicidad se pueden obtener con un coste económico-ecológico menor y con la contención de las necesidades.

Algunos autores partidarios del decrecimiento, como el ya citado Mauro Bonaiuti, economista de la Universidad de Módena, admiten que la denominada economía ligera o el capitalismo *on line* de hoy, basado en las tecnologías informáticas, a diferencia del industrialismo fordista, está en condiciones de producir renta con menos recursos naturales. A pesar de lo cual, no creen que estas nuevas tecnologías (u otras por venir) sean substitutivas o vayan a resolver el problema. Bonaiuti matiza, eso sí, la relevancia de la aplicación de las leyes de la termodinámica, y en particular de la ley de entropía, a la economía, al pro-

ceso económico. Lo ha hecho en estos términos: “Defender el decrecimiento —en términos de cantidades físicas producidas— corre el peligro de ser interpretado como una eutanasia del sistema productivo, lo que privaría de un consenso necesario a la vía de la economía sostenible”.

Ya con esto se suscita una interesante controversia sobre dónde poner los acentos a la hora de elaborar una política económico-ecológica alternativa: si únicamente en una fuerte reducción del consumo o más bien en una revisión profunda de las preferencias. Frente a otros partidarios del decrecimiento Bonaiuti argumenta que con la actual distribución de las preferencias la reducción drástica del consumo provocaría malestar social, desocupación y, en última instancia, el fracaso de la política económico-ecológica alternativa. Propugna, en consecuencia, desplazar los acentos hacia lo que llama “bienes relacionales” (atenciones, cuidados, conocimientos, participación, nuevos espacio de libertad y de espiritualidad, etc.) y hacia una economía solidaria. Se entiende, pues, que el decrecimiento material tendría que ser un crecimiento relacional, convivencial y espiritual. Lo que en cierto modo daría respuesta a la preocupación acerca del futuro de la democracia y el humanismo en el horizonte del decrecimiento.

Todo esto trae a la memoria aquello que Bloch llamaba utopía concreta para diferenciarla de la utopía abstracta: la utopía realizable como horizonte. El horizonte sería, en este caso, la sostenibilidad ambiental y la justicia social, lo cual no precisa de una respuesta técnica sino más bien política y filosófica: cambios profundos en el tejido cultural de nuestras sociedades. Conviene subrayar aquí la presentación que se está haciendo de la noción de decrecimiento como una necesidad, y no como mero ideal, sobre todo porque, en principio, la palabra misma puede funcionar como un mero negativo del crecimiento. Pues si ha ocurrido en el pasado reciente que el crecimiento cero (o casi cero) y el decrecimiento caótico se produjeron históricamente sobre la base de políticas económicas neo-liberales, sin control estatal o por desorganización completa del estado, habría que llegar a la conclusión de que la peor de las utopías, la más negativa, es precisamente la política económica que se ha estado presentando a sí misma como la más “realista”.

De donde se sigue, una vez más, que la utopía posible, el buen lugar potencialmente realizable, el horizonte al que acercarse, se alcanzará, también esta vez, a partir de la crítica de la crítica y cuando ésta se haya consolidado. O dicho con otras palabras: si hay una utopía concreta que se puede prospectar y esa utopía es el decrecimiento, entonces cualquier aproximación a ella (y nos va mucho en el asunto) pasa por conocer los caminos que conducen al infierno (el crecimiento tóxico, que se dice) para evitarlos.

POLITICA SOCIEDAD

Revista cuatrimestral de Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense



Presidente

Francisco Aldecoa Luzárraga

Director

Ramón Ramos Torre

Consejo de Redacción

Víctor Abreu Fernández, Rafael Bañón Martínez, Cecilia Castaño Collado, M.^a Isabel Castaño García, Juan José Castillo Alonso, María Cátedra Tomás, Eduardo Crespo Suárez, Rafael Cruz Martínez, María González Encinar, Jesús Leal Maldonado, Lorenzo Navarrete Moreno, Laureano Pérez Latorre, Fernando Valdés dal Ré

Secretaria

Carmen Pérez Hernando

Estado del Bienestar y Política Social

Vol. 44 - N.º 2 (2007)

ARTÍCULOS

Olga Salido

Presentación

Gosta Esping-Andersen

Un nuevo equilibrio de bienestar

Luis Moreno y Amparo Serrano

Europeización del Bienestar y activación

Álvaro Espina

La vuelta del "hijo pródigo": El Estado de Bienestar español en el camino hacia la Unión Económica y Monetaria

Gregorio Rodríguez Cabrero

La protección social de la dependencia en España. Un modelo sui generis de desarrollo de los derechos sociales

Sebastián Sarasa

Pensiones de jubilación en España: reformas recientes y algunas consecuencias sobre el riesgo de pobreza

Olga Salido y Luis Moreno

Bienestar y políticas familiares en España

Ana Arriba y Begoña Pérez

La última red de protección social en España: prestaciones asistenciales y su activación

Carlos García Serrano

Las políticas del mercado de trabajo: Desempleo y activación laboral

Vicente Marbán

Tercer Sector, Estado de bienestar y política social

Francisco Javier Moreno

Inmigración y Estado de bienestar en España

Eloísa del Pino

Las actitudes de los ciudadanos y la reforma del Estado de bienestar en España

VARIOS

Manuel Martínez Nicolás

Agitación en el campo. Nueve ideas para la investigación sobre Comunicación Política en España

Juan Carlos Alútz

El problema de la estabilidad normativa en la filosofía política de John Rawls

RECENSIONES

M.^a Teresa Palomo, M.^a Jesús Miranda y Cristina Vega

Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión, Elixabete Imaz

Rafael Feito

Otra escuela es posible, Marta García Lastra

SUSCRIPCIONES

ESPAÑA

Suscripción individual: 27.00 €
Suscripción institucional: 33.00 €
Número suelto: 15.00 €

EUROPA

Suscripción individual: 36.00 €
Suscripción institucional: 39.00 €
Número suelto: 18.00 €

RESTO DEL MUNDO

Suscripción individual: 45.00 €
Suscripción institucional: 54.00 €
Número suelto: 21.00 €

Capital natural y desarrollo: por una base ecológica en el análisis de las relaciones Norte-Sur

*La mayoría de los análisis sobre las injusticias y desigualdades de los actuales modelos de relación Norte-Sur suelen adolecer de una base ecológica sin la cual es difícil llegar a comprender la verdadera dimensión de los problemas socio-ecológicos, y hace complicado generar nuevas propuestas de desarrollo más equitativas y sostenibles económica, social y ambientalmente. La necesidad de nuevos modelos resulta más urgente en el contexto de cambio global en el que estamos inmersos, generado principalmente por los patrones de consumo de los países del Norte. Estos, para mantener su metabolismo económico, necesitan acaparar la mayor parte de la producción primaria neta del planeta, utilizando al Sur básicamente como fuente de materias primas y energía y como sumidero de residuos, hipotecando en buena medida sus posibilidades de desarrollo futuro. En este artículo los autores se aproximan a las relaciones Norte-Sur desde una perspectiva socio-ecológica que deriva de entender la ecosfera como un sistema complejo, en el cual los ecosistemas constituyen el capital natural básico sobre el que se sostiene el bienestar humano.**

Desde la revolución industrial los seres humanos hemos introducido cambios sin precedentes en los ecosistemas con el fin de satisfacer nuestras crecientes demandas de alimento, agua o energía.¹ Si bien estas transformaciones han ayudado a mejorar la calidad de vida de muchas personas, también han debilitado la capacidad de la naturaleza para brindar otros servicios esenciales para el bienestar de las sociedades humanas presentes y futuras.

En las dos últimas décadas, y particularmente a partir de la celebración de la Cumbre de Río en 1992, se ha generado una cierta conciencia social sobre

José A. González es profesor del Departamento de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid

Carlos Montes es Catedrático de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid y presidente de la Fundación Interuniversitaria Fernando González Bernáldez

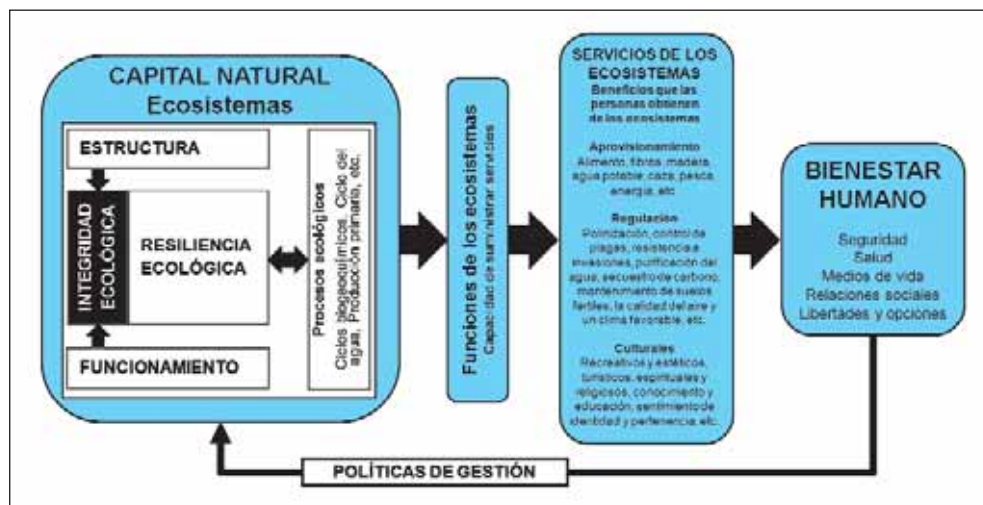
Ignacio Santos es colaborador del Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid

* Los autores desean agradecer a Erik Gómez-Baggethun por sus interesantes comentarios sobre una versión previa de este artículo.

¹ P. M. Vitousek, H. A. Mooney, J. Lubchenco y J. M. Melillo, "Human domination of Earth's ecosystems", *Science*, N° 277, 1997, pp. 494-499.

la magnitud de los problemas ambientales y su relación directa con los procesos de desarrollo. La reciente Evaluación de Ecosistemas del Milenio (EM) ha venido a poner claramente de manifiesto los estrechísimos vínculos existentes entre el bienestar humano y la salud de los ecosistemas.² Si bien esta relación ya había sido esbozada desde el ámbito local al global en diversos trabajos, es a partir de la publicación de los resultados de la EM que se plantea sobre un marco conceptual integrador e interdisciplinar con una amplia y sólida base científica, considerando a los ecosistemas funcionales como un capital natural que, adecuadamente gestionado, puede generar una serie de servicios fundamentales para el bienestar y el desarrollo de las poblaciones humanas. La seguridad, la salud, el acceso a los recursos y medios de vida, la libertad de acción y elección, entendidos como componentes esenciales del bienestar, se ven así fuertemente influidos por la integridad ecológica y la resiliencia³ de los ecosistemas y por sus funciones, o lo que es lo mismo, por su capacidad de proveer un flujo sostenido de servicios. (ver gráfico 1).

Gráfico 1
Relación entre el capital natural, los servicios generados por los ecosistemas y los distintos componentes del bienestar humano⁴



² La EM constituye el esfuerzo más grande realizado hasta la fecha por la comunidad científica internacional (más de 1.300 científicos de 95 países involucrados) para evaluar las consecuencias de los cambios en los ecosistemas sobre el bienestar humano, y para el establecimiento de las bases científicas que orienten las acciones futuras que es necesario emprender a fin de reforzar la conservación y el uso sostenible de la naturaleza y su contribución al desarrollo humano. Los múltiples documentos generados por esta especie de Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) de los ecosistemas del planeta están disponibles en: www.maweb.org

³ De una forma simple, la resiliencia se refiere a la capacidad de un sistema de soportar perturbaciones en un contexto cambiante mientras conserva su estructura, funcionalidad y auto-organización (integridad ecológica).

⁴ Los denominados en la EM como "servicios de soporte" no se han incluido en la figura ya que representan los procesos ecológicos (fotosíntesis, ciclos de nutrientes, etc.) subyacentes al funcionamiento de los ecosistemas.

Los servicios de aprovisionamiento están constituidos por el conjunto de bienes que la sociedad obtiene de la estructura viva o no viva de los ecosistemas, tales como alimentos, agua, fibras, madera, combustible, etc. Los servicios de regulación se relacionan con los beneficios sociales del funcionamiento de los ecosistemas, por ejemplo el control del clima, depuración de aguas, control de inundaciones, polinización, formación de suelo o control de la erosión, entre otros. Por último, los servicios culturales se refieren a los beneficios que proporcionan los ecosistemas relacionados con sus valores espirituales, estéticos, recreativos o educativos. Lamentablemente, una buena parte de estos servicios generados por los ecosistemas no tienen un precio tangible de mercado que refleje su verdadero valor, con lo cual no suelen ser tenidos en cuenta ni en los análisis costo-beneficio tradicionales ni a la hora de la toma de decisiones, de modo que su contribución real al bienestar humano no es plenamente reconocida hasta que se han degradado o perdido completamente.⁵

Las estrechas relaciones entre el capital natural (entendido como los ecosistemas funcionales capaces de generar una renta en forma de servicios) y el bienestar humano, a las que nos hemos estado refiriendo, resultan especialmente patentes en el caso de las poblaciones más pobres y desfavorecidas, quienes dependen íntimamente de la fertilidad de los suelos, la existencia de aguas limpias o la presencia de flora y fauna silvestre como fuente de proteínas y medicamentos, entre otros factores esenciales para su subsistencia; siendo por ello las más vulnerables a los procesos de degradación ambiental.

Por lo general, las sociedades desarrolladas tienen acceso a una mayor variedad de servicios y pueden adaptarse con cierta facilidad a los cambios en la disponibilidad de los mismos, dada su mayor capacidad para adquirir servicios o sustituirlos, cuando éstos se vuelven escasos, a través de la tecnología. Contrariamente, es habitual que muchas comunidades rurales con economías de subsistencia, especialmente en los países del Sur, carezcan de acceso a servicios alternativos y resulten por ello mucho más vulnerables a la degradación o destrucción de los ecosistemas, que con frecuencia se traduce en pérdidas de productividad agrícola, contaminación de las aguas, erosión y reducción de la fertilidad de los suelos, o pérdida de protección ante eventos climáticos extremos o catástrofes naturales. La conservación de los ríos, bosques, lagos o manglares sería, pues, para los países más pobres y los sectores más desfavorecidos de la sociedad, no sólo una mera cuestión de opción sino de verdadera supervivencia.⁶

Sin embargo, a pesar de esta estrecha dependencia humana del capital natural, una de las conclusiones más relevantes de la EM es que el ser humano, en la segunda mitad del siglo XX,

⁵ S. Bass, T. Bigg, J. Bishop y D. Tunstall, "Sustaining the environment to fight poverty and achieve the Millennium Development Goals", *Review of European Community and International Environmental Law*, Nº 15, 2006, pp. 39-55.

⁶ World Resources Institute, *World Resources 2005: the wealth of the poor - managing ecosystems to fight poverty*, World Resources Institute, Washington, D.C., 2005.

Se estima
que los
países de
renta alta
se apropian
de 1 a 5
veces más
que su
parte
equitativa
de los
servicios
del capital
natural del
planeta

ha alterado la estructura y funcionamiento de los ecosistemas del planeta más que en ningún otro momento anterior de la historia y, como resultado de ello, 15 de los 24 servicios de los ecosistemas analizados (62%) se están degradando o están siendo explotados de forma insostenible;⁷ tal es el caso del uso del agua dulce, las pesquerías, la depuración del agua y el aire o la regulación del clima regional y local. Además, se ha constatado que se está intensificando la degradación generada por la transformación de usos del suelo o la movilización de nutrientes, entre otros impulsores de cambio. Por otro lado, todo ello coincide con un previsible incremento en las próximas décadas de la demanda de servicios de los ecosistemas, asociado al aumento de la población humana, las actividades económicas y el consumo *per cápita*.

Diversas estimaciones recientes señalan que la apropiación humana de la producción primaria neta del planeta alcanzaría cifras de entre el 20 y el 40%, lo cual supone un enorme impacto sobre la ecosfera generado por tan sólo una especie.⁸ En definitiva, datos científicos contrastados avalan que nuestro crecimiento en el Estado de bienestar se ha hecho a costa de una reducción del capital natural o, lo que es lo mismo, que estamos gastando más de lo que poseemos, lo cual disminuye la capacidad de la Tierra para sustentar a las generaciones futuras y tiene serias implicaciones sobre las desigualdades existentes actualmente entre los distintos países y regiones del planeta.

La pérdida de capital natural en el marco de las relaciones Norte-Sur

Los resultados de la EM adquieren gran relevancia para un análisis integral y sistémico de las relaciones Norte-Sur, ya que muestran que la mayor parte de la degradación ambiental que afecta actualmente al planeta tiene su origen en los patrones de consumo de los países más desarrollados.⁹ En general, los pobres del mundo apenas consumen agua, energía y alimentos como para

⁷ Millenium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and human well-being: Synthesis report*, Island Press, Washington, D.C., 2005.

⁸ O. Carpintero, La apropiación humana de producción primaria neta (AHPPN) como aproximación al metabolismo económico, *Ecosistemas*, Año XVI, N° 3, 2007, pp. 25-35.

⁹ Estos patrones de consumo cada día están también más extendidos entre los países con economías emergentes, así como en ciertos sectores sociales de los países en vías de desarrollo. En este sentido, al hablar de Norte y Sur somos conscientes de que se está haciendo una generalización simplista en bloques geográficos que no se corresponde totalmente con la realidad, dado que existen amplias capas sociales en los países emergentes con un estilo de vida y una huella ecológica equivalente a la del Norte, así como también es cierto que en el Norte existen sectores sociales con comportamientos de consumo equiparables a los del Sur.

hacer una contribución significativa al deterioro global del medio ambiente y, sin embargo, son ellos los que más sufren sus consecuencias. El análisis de algunos indicadores como la “huella ecológica” de las distintas regiones del planeta lo demuestra con claridad.¹⁰

Este injusto reparto de las causas y consecuencias del deterioro global de los ecosistemas pone también de manifiesto la enorme dependencia de los países del Norte de los servicios ambientales generados en los países del Sur;¹¹ y la carga desproporcionada que los países desarrollados imponen sobre los sistemas naturales del planeta, generando enormes déficits ecológicos con el resto del mundo.

Se estima que los países de renta alta se apropian de una a cinco veces más que su parte equitativa de los servicios del capital natural del planeta, mientras que los países de renta baja utilizan sólo una fracción de lo que les correspondería equitativamente en función de su población.¹² Más grave aún resulta el hecho de que el actual modelo de desarrollo, basado en el paradigma del crecimiento económico ilimitado, tiende a aumentar progresivamente, más que a disminuir, esta profunda desigualdad ecológico-distributiva que conlleva una fuerte injusticia ambiental en el acceso a los servicios de los ecosistemas y en la utilización de los sumideros (ver gráfico 2).

En los países del Norte se ha producido un verdadero desacoplamiento entre los sistemas sociales y naturales, que ha llevado a una falsa percepción de “desmaterialización” de la economía, en el sentido de que pareciera que los sistemas socioeconómicos se hubieran emancipado de los sistemas naturales que tradicionalmente les habían dado sustento.¹³ En buena medida ello se debe al excesivo “optimismo tecnológico” que caracteriza a buena parte de nuestra sociedad, que lleva a creer que la economía puede funcionar independientemente del capital natural y que las pérdidas de éste podrían compensarse con mejoras eco-tecnológicas (mayor eco-eficiencia y eco-efectividad). Sin embargo, esta “ilusión” queda sin soporte alguno cuando ampliamos la escala de análisis desde lo local a lo global ya que, en última instancia, todos los bienes y servicios de los que gozan las sociedades humanas dependen totalmente de transformaciones de materiales y energía que sólo pueden ser obtenidos de la naturaleza.

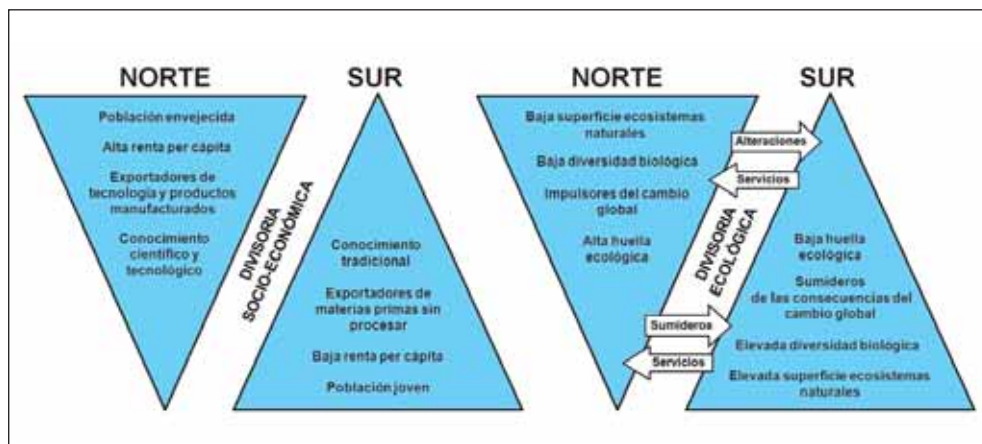
¹⁰ La Huella Ecológica mide el área de tierra y agua biológicamente productivas requerida para producir los recursos que consume un individuo, una población o una actividad, y para absorber los desechos que genera. WWF, *Living Planet Report 2006*, WWF-World Wide Fund for Nature, Gland, Switzerland, 2006.

¹¹ R. Costanza, R. D'Arge, R. S. de Groot, S. Farber, M. Grasso, B. Hannon, K. Limburg, S. Naeem, R. V. O'Neill, J. Paruelo, R. G. Raskin, P. Sutton y M. van den Belt, “The value of the world's ecosystem services and natural capital”, *Nature*, Nº 387, 1997, pp. 253-260.

¹² W. E. Rees, “Globalización y sostenibilidad: ¿conflicto o convergencia?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Nº 98, 2007, pp. 36-61.

¹³ E. Gómez-Baggethun y R. de Groot, “Capital natural y funciones de los ecosistemas: explorando las bases ecológicas de la economía”, *Ecosistemas*, Año XVI, Nº 3, 2007, pp. 4-13.

Gráfico 2
Divisoria socio-económica y ecológica entre los países del Norte y del Sur¹⁴



Así, cuando se analiza la realidad en términos biofísicos de flujos de materia y energía, resulta patente la absoluta dependencia actual de los países del Norte de los servicios generados por los ecosistemas del Sur.¹⁵ El hecho de que los países desarrollados puedan mantener un metabolismo socioeconómico creciente en términos de tasas de consumo y acumulación de materiales y energía que se introduce al sistema para salir en forma de residuos sin incrementar el nivel de explotación de sus territorios, no se debe a una desmaterialización real de sus economías, sino a un desplazamiento geográfico de las fuentes de recursos y de los sumideros de residuos. Esto es debido a que el actual sistema de libre comercio internacional permite a los consumidores de dichos países obtener servicios de los ecosistemas de todo el planeta a través de los mercados globalizados.¹⁶

En este sentido vemos como, cada vez más, los países industrializados dependen de las importaciones provenientes del Sur para abastecer su creciente demanda de materias primas o bienes de consumo. Los mapas de flujos de materiales y energía a lo largo y ancho del planeta revelan claramente este patrón distributivo, siendo EEUU, la Unión Europea y Japón los principales núcleos utilizadores del capital natural.¹⁷ Así, los países del Norte acaparan la mayor parte de la producción primaria neta del planeta y su producto interior bruto

¹⁴ Basado en: R. W. Kates, W. C. Clark, R. Corell, J. M. Hall, C. C. Jaeger, I. Lowe, J. J. McCarthy, H. J. Schellnhuber, B. Bolin, N. M. Dickson, S. Faucheux, G. C. Gallopin, A. Grübler, B. Huntley, J. Jäger, N. S. Jodha, R. E. Kasperson, A. Mabogunje, P. Matson, H. Mooney, B. Moore III, T. O'Riordan y U. Svedin, "Sustainability science", *Science*, N° 5517, 2000, pp. 641-642.

¹⁵ J. Martínez-Alier, *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Icaria, Barcelona, 2005.

¹⁶ E. Gómez-Baggethun y R. de Groot, 2007, *op. cit.*

¹⁷ J. M. Naredo y A. Valero, *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Visor Distribuciones y Fundación Argentaria, Madrid, 1999.

(PIB) se sustenta en buena medida sobre los ecosistemas de los países pobres, pese a la creencia de que las economías terciarizadas se han emancipado de la naturaleza. En palabras de Naredo “la atracción de capitales y recursos ejercida por el Norte se sostiene cada vez más con cargo a las áreas de apropiación y vertido del Sur y, en suma, el actual modelo de *bienestar* del Norte se apoya en y agrava el *malestar* del Sur”.¹⁸

El conflicto ecológico-distributivo Norte-Sur ha sido atribuido por Martínez-Alier a dos causas principales: por una parte, a la incapacidad de los países del Sur para incorporar las externalidades negativas locales en el precio de los productos que exporta (una especie de “*dumping ambiental*”) motivada fundamentalmente por la pobreza y la falta de poder económico y social; y, por otro lado, al mayor tiempo ecológico necesario para producir los bienes exportados por el Sur, en relación a los bienes manufacturados o servicios que importa.¹⁹

Aparece así una patente injusticia ambiental, con un desplazamiento de los costos ambientales del Norte al Sur. Esta “deuda ecológica” se refleja en un comercio ecológicamente desigual que traslada materiales y energía del Sur al Norte, y residuos del Norte al Sur. El cambio climático es una manifestación clara de esta desigualdad. Mientras que los países del Norte son los principales emisores de gases de efecto invernadero, son los países del Sur quienes sufren en mayor medida las consecuencias del cambio del clima sobre sus economías y sus sociedades.

Los modelos de consumo y acumulación que predominan en los países del Norte producen una degradación general de los ecosistemas del planeta y una pérdida de diversos servicios que estos generan, lo cual tiene consecuencias especialmente graves para los países del Sur y particularmente para las zonas rurales de los mismos, donde vive la población más pobre y más directamente dependiente de la integridad de los ecosistemas.²⁰ Cerca de 1.300 millones de personas habitan sobre las denominadas “tierras frágiles”, es decir aquellas que presentan limitaciones significativas para la agricultura intensiva y donde los vínculos de la gente con los ecosistemas son cruciales para la sostenibilidad de las comunidades (hasta un 39% de la población del África Subsahariana y un 37% en Oriente Medio viven en esta situación).²¹

El círculo vicioso “degradación ambiental - reducción de servicios - pérdida de bienestar - incremento de conflictos” puede conducir en muchos casos a una “trampa de pobreza” de

¹⁸ J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

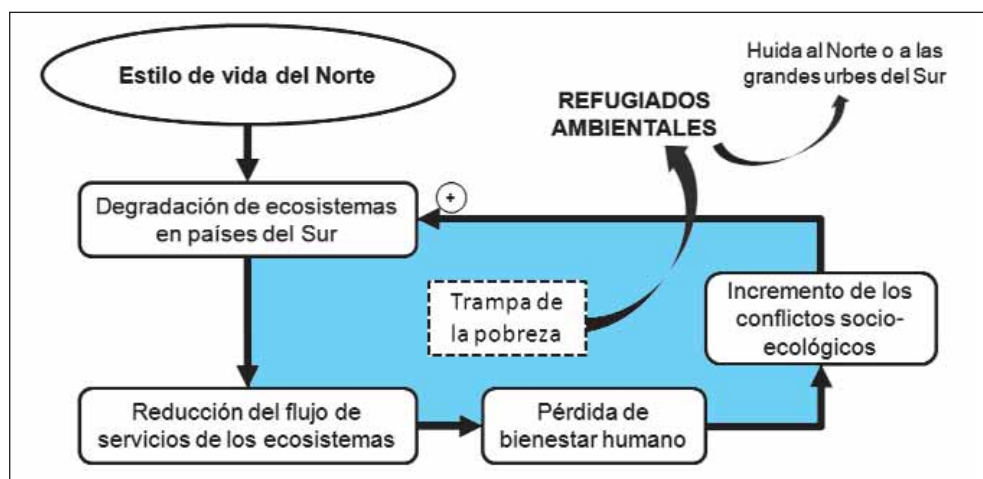
¹⁹ Para una discusión más detallada sobre la deuda ecológica Norte-Sur y sus implicaciones, ver J. Martínez-Alier, 2005, *op. cit.*

²⁰ World Resources Institute, 2005, *op. cit.*

²¹ Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 2003: Desarrollo sostenible en un mundo dinámico*, The World Bank, Washington, D.C., 2003.

la cual es tremendamente difícil salir, y que da lugar a la aparición de un nuevo tipo de refugiados: los “refugiados ambientales”. El gráfico 3 ilustra el ciclo perverso que puede conducir a una “trampa de pobreza” en los países del Sur, generada por un bucle de retroalimentación positivo entre la degradación de los ecosistemas y el aumento de los conflictos socio-ecológicos generados por un flujo de servicios cada vez más escaso. Se estima que en el año 1995 el número de refugiados ambientales, unos 27 millones de personas, sobrepasaba ya al de los refugiados “tradicionales”, y existen diversos trabajos que calculan cifras de entre 150 y 200 millones de refugiados ambientales para el horizonte del año 2050, un valor que superaría con creces al de desplazados por guerras y conflictos militares internos.²² Este gran volumen de refugiados acaba finalmente buscando una salida a su angustiosa situación viajando al Norte en busca de mejores oportunidades o migrando hacia las grandes urbes de la región, donde por la falta de servicios acabarán engrosando las cifras de personas viviendo en tugurios sin una dotación mínima de servicios básicos de saneamiento, con la conflictividad social que ello suele llevar asociada. Pese a la apuesta formal por la promoción del desarrollo en los países de origen, las actuales políticas de gestión de los flujos migratorios adolecen, en general, de una falta de atención a la degradación del capital natural en las áreas emisoras de población migrante. Sin un fortalecimiento de los vínculos de la población local con su capital natural será difícil evitar los problemas futuros asociados a los flujos migratorios.

Gráfico 3
Modelo del ciclo que puede conducir a una “trampa de la pobreza”



²² Distintas estimaciones sobre el número de refugiados ambientales pueden encontrarse en: N. Myers, “Environmental refugees, an emergent security issue”, 13th Economic Forum, Praga, 23-27 de mayo de 2005; I. Santos, “Migraciones, medio ambiente y desarrollo”, *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, N° 19, 2007, pp. 121-137; J. Riechmann, “Calentamiento climático ¿cómo se calcula su impacto?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, N° 98, 2007, pp. 63-80.

Todos los patrones mencionados se ven acrecentados y acelerados con el cambio global en el que estamos inmersos y que constituye, sin duda, uno de los mayores desafíos actuales de la humanidad.²³ A diferencia de otras civilizaciones que nos precedieron, hoy vivimos en un planeta profundamente antropizado, en el que la estructura y funcionamiento de los ecosistemas no pueden entenderse sin tener en cuenta la influencia dominante y transformadora ejercida por el ser humano. Nos hemos convertido en la fuerza evolutiva más importante del planeta y, como resultado de nuestras actividades, hemos acelerado e intensificado los tiempos de cambio de la naturaleza. Nuestro metabolismo económico actual es, en último término, el responsable de la fuerte interacción que nuestra sociedad tiene, tanto a escala local como global, con los procesos biogeoquímicos, hidrológicos y ecológicos que determinan la integridad de los ecosistemas.

Las alteraciones inducidas por el ser humano a partir de la revolución industrial han sido de tal magnitud que algunos autores se refieren ya a nuestra época como a una nueva era geológica: el Antropoceno.²⁴ En ella, el impacto de las actividades humanas se deja sentir en prácticamente todos los sistemas naturales y los cambios tienen lugar ahora con una mayor velocidad e intensidad que en el pasado, con consecuencias impredecibles tanto para los sistemas naturales como para las sociedades humanas. Así, vivir en el Antropoceno significa desarrollarse en un contexto de cambios intensos, rápidos y globalizantes que delimitan un horizonte de gran incertidumbre e impredecibilidad que, por lo general, ni los individuos ni las instituciones están preparados para afrontar.

Los distintos impulsores de cambio de origen antrópico han generado grandes alteraciones en la estructura y funcionamiento de los ecosistemas acuáticos y terrestres del planeta. Si bien es cierto que esta destrucción o degradación de los sistemas naturales ha traído consigo ciertos beneficios netos, al menos para una parte de la humanidad, muchos otros servicios que no tienen un valor de mercado han sufrido un gran deterioro²⁵ (ver gráfico 4). Desde el punto de vista de las relaciones Norte-Sur se debe destacar que los beneficios y los costos de los cambios inducidos por el hombre en los sistemas de soporte vital de la ecosfera se han repartido de forma muy desigual siendo, una vez más, los países más pobres los que en mayor medida han venido soportando los costos de estas transformaciones.

Además, la población más pobre del planeta, resulta ser también la más vulnerable a los procesos de cambio global y la que ha comenzado a sufrir de forma más inmediata y seve-

²³ Entendemos por cambio global el conjunto de cambios ambientales de origen humano que, trascendiendo el ámbito local y regional, determinan el funcionamiento global de la ecosfera.

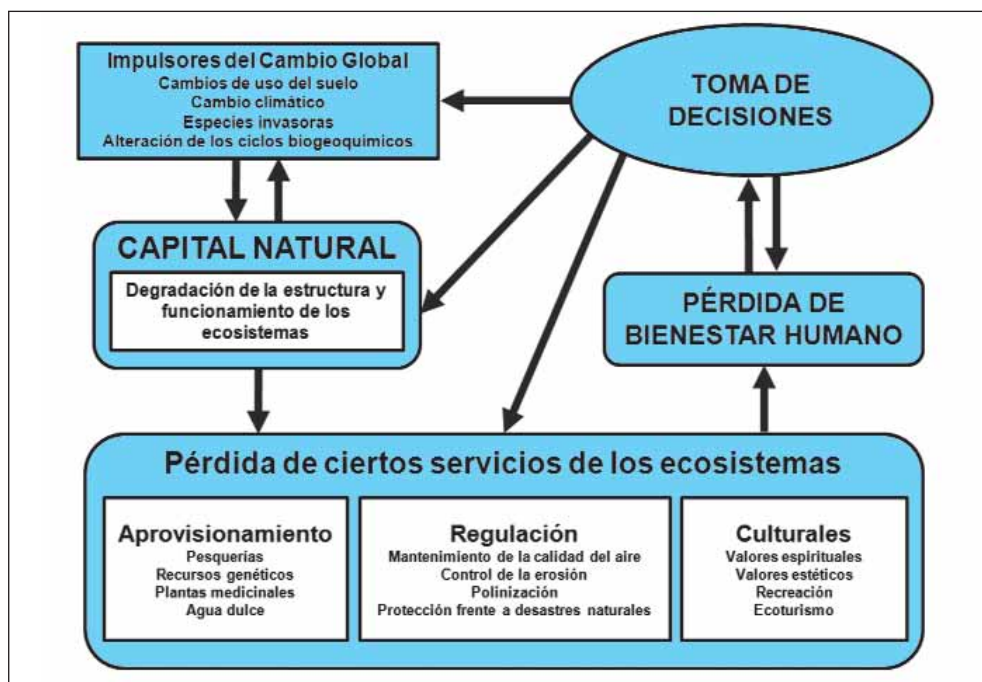
²⁴ P. J. Crutzen y E. F. Stoermer, "The 'Anthropocene'", *IGBP Newsletter*, N° 41, 2000, pp. 17-18.

²⁵ Millenium Ecosystem Assessment, 2005, *op. cit.*

ra sus consecuencias.²⁶ En cierta manera se podría afirmar que hay una relación inversa entre la responsabilidad por el cambio global y la vulnerabilidad ante sus efectos. Así, en un futuro muy próximo, cabe esperar que el cambio global se constituya en un verdadero problema económico y de oportunidad para los países de renta media y baja, porque la salud de sus ecosistemas y los servicios ambientales que estos generan están íntimamente ligados a sus oportunidades de desarrollo futuro y a las necesidades primarias de la población más desfavorecida.

Gráfico 4

Modelo simplificado de la vinculación entre los principales impulsores del cambio global, la degradación de los ecosistemas y la pérdida de ciertos servicios que estos generan²⁷



La necesidad de un cambio de paradigma

Detrás de todos los problemas y desigualdades expuestos subyace una concepción unidimensional del desarrollo que ha predominado durante las últimas décadas, sostenida sobre una serie de mitos profundamente arraigados en el imaginario colectivo. El principal de ellos

²⁶ PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. La lucha contra el cambio climático: solidaridad frente a un mundo dividido*, Mundi-Prensa, Madrid, 2007.

²⁷ Se indican algunos de los servicios que, según la EM, se están degradando a nivel global.

es el paradigma económico dominante que prácticamente equipara el bienestar humano con una creciente acumulación material. Esto ha llevado a centrar las políticas de desarrollo en la expansión económica ilimitada, alimentada por mercados cada vez más abiertos y por una mayor liberación de los intercambios comerciales.²⁸ Bajo esta concepción reduccionista del desarrollo, la expansión económica sería también la mejor vía para luchar contra el hambre y la pobreza, soslayando así el áspero tema de la necesaria redistribución de la riqueza: “con una economía en constante expansión, también los pobres se verían beneficiados por el crecimiento económico”.

Otro de los mitos que han guiado durante muchos años el modelo de desarrollo impulsado desde los organismos públicos e instituciones financieras internacionales es la conocida Curva Ambiental de Kuznets, que fomenta la errónea creencia de que el deterioro ambiental comenzaría a disminuir, a partir de un determinado nivel, con el aumento de la renta *per cápita*. Basándose en este mito, son muchos los que consideran que la pobreza es una de las causas principales de degradación ambiental, y que el mejor modo de eliminarla y de disminuir sus impactos sobre el medio ambiente pasa por el crecimiento económico. En esa concepción perversa, la expansión económica ilimitada deja de verse como la causa de los problemas ambientales para convertirse en la solución a los mismos.²⁹

En los países más desarrollados, la continua expansión de los sistemas de suministros de mercancías significa que los consumidores siguen percibiendo los flujos de recursos como abundantes, y no desarrollan ningún sentido de límites al consumo.³⁰ Esta falsa fe en la posibilidad de un consumo sin límites en un mundo ecológicamente finito es una de las consecuencias más evidentes del divorcio entre sociedad y naturaleza que caracteriza al mundo desarrollado. Este divorcio se ve acrecentado a medida que más y más población humana se concentra en las grandes urbes, donde es más difícil percibir la vinculación con los ecosistemas. El hecho de que aproximadamente la mitad de la población mundial viva ya en ciudades contribuye a aumentar la ilusoria percepción de independencia con respecto a los servicios generados por el capital natural, especialmente aquellos que no tienen un valor tangible de mercado.

La gran falacia de fondo del modelo de desarrollo vigente es entender la economía como un sistema cerrado e independiente del sistema biofísico que la sustenta. Así, el PIB y los distintos índices de desarrollo habitualmente utilizados carecen de una base ecológica, es

²⁸ W. E. Rees, 2007, *op. cit.*

²⁹ Para un análisis crítico y detallado de la Curva Ambiental de Kuznets y sus implicaciones, véase: O. Carpintero, *El metabolismo de la economía española: recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 2005.

³⁰ W. M. Adams, *El futuro de la sostenibilidad: repensando el medio ambiente y el desarrollo en el siglo veintiuno*, IUCN - Unión Mundial para la Naturaleza, 2006.

La gran
falacia del
modelo de
desarrollo
vigente es
entender la
economía
como un
sistema
cerrado e
independiente del
sistema
biofísico
que la
sustenta

decir no cuantifican ni valoran en qué medida el crecimiento de la producción y el consumo se hace dentro de los límites físicos impuestos por los ecosistemas. Las consecuencias más negativas de este modelo recaen, una vez más, sobre los países eufemísticamente llamados “en vías de desarrollo”, incorporados a la economía global mediante un comercio centrado en las exportaciones y financiado por la deuda.

Mientras que la economía global del planeta no ha hecho más que crecer en el último lustro, la desigualdad de ingresos entre los países del Norte y los países del Sur ha aumentado.³¹ El paradigma del crecimiento económico como solución global a la pobreza, no sólo está destruyendo el capital natural del planeta de forma acelerada, sino que también está condenando a la miseria a los más pobres de entre los pobres (aquellos que dependen más directamente de los ecosistemas y los servicios que estos generan para su supervivencia diaria). En América Latina, por ejemplo, el número de personas que viven en la pobreza ha aumentado durante la última década, a pesar de que el PIB de la región se ha venido incrementando de forma constante, lo cual refuerza la idea de que el crecimiento económico no necesariamente se traduce en una reducción de los índices de pobreza.³²

Un desarrollo más justo y equitativo en términos socio-ecológicos debería despojarse de falsos mitos y adoptar un enfoque multidimensional que reconozca que la producción y el consumo son sólo dos componentes más del bienestar, y que maximizar ambos no necesariamente conduce a incrementar nuestro nivel de desarrollo, especialmente si tenemos en cuenta criterios de solidaridad intra e intergeneracional. Para superar la brecha ecológico-distributiva Norte-Sur es imperioso abrazar nuevos modelos con una sólida base biofísica como los impulsados desde la Economía Ecológica, que conciben a la economía como un subsistema integrado y estrechamente dependiente de la ecosfera, incorporando el verdadero valor de los ecosistemas como fuente de toda la materia y energía y como sumidero de todos los residuos del metabolismo económico de la sociedad.

Superar las desigualdades y paliar la deuda ecológica Norte-Sur requeriría por parte de los países del Norte una mayor contribución real a la protección de los ecosistemas del Sur (de los que depende en última instancia su

³¹ A. Solimano, *The evolution of world income inequality: assessing the impact of globalization*, CEPAL, Santiago de Chile, 2001.

³² World Resources Institute, 2005, *op. cit.*

modelo de desarrollo) y una compensación real por los servicios que recibe de los mismos. En este sentido, los esquemas de Pago por Servicios de los Ecosistemas (PSE) constituyen una alternativa prometedora para minimizar, a corto plazo, la degradación ambiental y contribuir a la lucha contra la pobreza a través de la conservación del capital natural. El hecho de reconocer el valor económico de los servicios generados por los ecosistemas constituye un enfoque que, adecuadamente gestionado, podría ayudar a mitigar la injusticia ambiental existente, reduciendo la brecha ecológica Norte-Sur y contribuyendo a incrementar el bienestar humano en algunas de las regiones más desfavorecidas del planeta.³³ Sin embargo, a medio y largo plazo, este tipo de estrategias deberían abandonar su carácter de subsidio para convertirse progresivamente en incentivos que promuevan un uso múltiple de los ecosistemas.

Por otra parte, el sistema de cooperación internacional debería en alguna medida contribuir también a la reducción de las desigualdades ecológicas Norte-Sur, en línea con los Objetivos de Desarrollo del Milenio³⁴ (ODM). Cada vez existen más evidencias de cómo la degradación del capital natural y la pérdida de servicios de los ecosistemas están minando los esfuerzos de la comunidad internacional por erradicar la pobreza, constituyéndose en una de las mayores barreras para el logro del conjunto de los ODM.³⁵ Así, por ejemplo, el ODM 1 de reducir el hambre y la pobreza en el mundo dependerá, en buena medida, de nuestra capacidad de mantener una agricultura productiva y unos bosques saludables, lo cual a su vez descansa sobre la conservación y mantenimiento de la fertilidad de los suelos, la disponibilidad de agua y recursos genéticos, así como de diversos procesos ecológicos como la polinización o los ciclos de nutrientes. Los ODM 4, 5 y 6, relacionados con la reducción de la mortalidad infantil y la mejora de la salud, estarían asimismo ligados indisolublemente con la disponibilidad de aguas limpias y recursos genéticos medicinales, factores que dependen estrechamente del mantenimiento de ecosistemas funcionales.

Así pues, el ODM 7 “Garantizar la sostenibilidad ambiental”, más allá de suponer una preocupación sectorial, debe constituirse en un objetivo transversal y básico para el logro de los demás ODM, reconociendo el papel fundamental de la conservación y la restauración del capital natural como una verdadera herramienta de desarrollo y lucha contra la pobreza.

³³ Si bien los PSE no fueron inicialmente concebidos con este fin. Su contribución a la lucha contra la pobreza ha sido analizada, entre otros, por S. Pagliola, A. Arcenas y G. Platais, “Can payments for environmental services help reduce poverty? An exploration of the issues and evidence to date from Latin America”, *World Development*, Nº 33, 2004, pp. 237-253. Asimismo, para una revisión reciente sobre las luces y sombras de los PSE, puede consultarse S. Wunder, “The efficiency of payments for environmental services in tropical conservation”, *Conservation Biology*, Nº 21, 2007, pp. 48-58.

³⁴ Los ocho ODM constituyen un conjunto de objetivos y metas mensurables, con plazos definidos, para combatir la pobreza, el hambre, las enfermedades, el analfabetismo, la degradación del ambiente y la discriminación de la mujer, adoptados por todos los Estados y las agencias de desarrollo más importantes a nivel mundial a raíz de la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas (www.un.org/millenniumgoals/).

³⁵ PNUD, 2007, *op. cit.*

Bajo esta perspectiva la cooperación internacional debería abandonar la tan arraigada dicotomía que se deriva del paradigma de la “búsqueda del equilibrio entre conservación y desarrollo”, para adoptar nuevos enfoques más integradores centrados en la idea de la “conservación del capital natural para el desarrollo”.³⁶

Invertir en conservación del capital natural no debiera ser, como se ha proclamado en ciertos foros, secundario a los objetivos prioritarios de desarrollo humano. Contrariamente, se ha demostrado que los actuales modelos impulsados por los grandes organismos multilaterales y agencias de cooperación de los países desarrollados no están brindando los resultados esperados: las desigualdades se incrementan y estamos todavía muy lejos de alcanzar los ODM.³⁷ La crisis ecológica que afecta al planeta está poniendo en riesgo el bienestar de las presentes y futuras generaciones, una tendencia que puede verse seriamente agravada por el cambio global en que estamos inmersos. En estas circunstancias, todos los esfuerzos que realice la comunidad internacional para mantener el máximo de capital natural (mediante políticas de conservación, restauración ecológica, uso sostenible, compensaciones por servicios, etc.) cobran enorme sentido, tanto desde un punto de vista ecológico como moral y socioeconómico.

La vinculación de los resultados de la EM con los ODM abre nuevas perspectivas sobre cómo abordar los problemas de insostenibilidad que enfrenta el mundo actual y cómo romper la injusticia ambiental Norte-Sur a la que nos hemos venido refiriendo a lo largo de este artículo. Existen buenas oportunidades para avanzar hacia el logro de los ODM sin continuar degradando el capital natural del planeta. Pero el desarrollo y mejora del bienestar de las poblaciones más desfavorecidas no será posible sin un esfuerzo paralelo dirigido a la conservación y restauración del capital natural del que depende su bienestar. Para ello, es necesario que la comunidad internacional contemple seriamente la necesidad de invertir en la conservación de la integridad los ecosistemas al tiempo que se intensifiquen los esfuerzos para satisfacer las necesidades humanas básicas. Por otra parte, el mantenimiento de la diversidad cultural y del conocimiento ecológico tradicional asociado a la misma, constituye otro factor esencial para asegurar la sostenibilidad futura del planeta.

En síntesis, hemos tratado de demostrar cómo los ecosistemas funcionales constituyen un capital natural que es necesario conservar, al menos en unos niveles críticos, ya que genera servicios que resultan esenciales para poder reducir la brecha Norte-Sur y erradicar la pobreza. Mitigar la injusticia ambiental y frenar la degradación de los ecosistemas debe-

³⁶ Este enfoque ha sido adoptado, por ejemplo, como marco conceptual del Programa Araucaria XXI - Programa de la Cooperación Española para la Sostenibilidad Ambiental en América Latina (www.aeci.es/araucaria).

³⁷ Naciones Unidas, *Objetivos de Desarrollo del Milenio: Informe de 2007*, Naciones Unidas, New York, 2007 (www.un.org/spanish/millenniumgoals/report2007/mdgreport2007r2.pdf).

rían convertirse, por ello, en metas prioritarias de la comunidad internacional en los próximos años. Para poder avanzar hacia un mundo más sostenible en un contexto como el actual, cargado de incertidumbre, necesitamos mantener ecosistemas resilientes, es decir, sistemas naturales que conserven todas sus funciones biofísicas (producción primaria, ciclo de nutrientes, ciclo del agua, etc.), para que puedan continuar generando un rico y variado flujo de servicios a la sociedad. En esta necesidad reside el verdadero desafío actual del uso humano del capital natural del planeta.

GUÍA DE CONSUMO SOSTENIBLE

La Tierra, nuestro hogar

La Tierra, nuestro hogar. Guía de consumo sostenible tiene como objetivo contribuir a la sensibilización del público en general y de los ciudadanos como consumidores en particular, sobre los costes sociales, económicos y medioambientales del

modelo actual de sociedad de consumo y ofrecer información, recomendaciones y consejos prácticos para ser un consumidor responsable.

La Tierra, nuestro hogar. Guía de consumo sostenible ofrece al lector:

- Información sobre los principales desafíos ambientales a los que debe hacer frente la humanidad: cambio climático, pérdida de biodiversidad, crisis del agua, necesidad de un modelo energético alternativo, etc.
- Numerosos Consejos Prácticos para ser un consumidor responsable, respetuoso con el medio ambiente y el desarrollo sostenible del planeta.
- Información sobre etiquetas y sistemas de gestión ambiental, de forma que el consumidor pueda identificarlos en los productos que compra.
- Al final de cada capítulo se recoge la opinión de expertos procedentes de la Universidad, la Empresa, las Fundaciones o las ONG.



Edita: FUHEM con el patrocinio de IBERDROLA
Madrid 2006

BOLETÍN DE PEDIDO

- ✓ ENVÍE ESTE CUPÓN AL FAX O LA DIRECCIÓN INDICADA A PIE DE PÁGINA
- ✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO **PUBLICACIONES@FUHEM.ES**
- ✓ LLAME AL TELÉFONO **91 431 03 46**

Nombre:
Dirección:
Población: C.P. Provincia:
País: Teléfono:
Correo electrónico:

PRECIO DE UN EJEMPLAR 15 € (IVA y gastos de envío incluidos para España)



Duque de Sesto, 40 - 28009 Madrid
Tel.: 91 431 03 46 - Fax: 91 577 47 26
Web: www.cip.fuhem.es - E-mail: cip@fuhem.es

CARLOS TAIBO

La urgencia de un nuevo pacifismo

El devenir del mundo observado desde la distinción de tres etapas clave es el objeto de un texto cuyo marco de reflexión es la evolución de los movimientos pacifistas. La Guerra Fría, su fin y los atentados del 11-S son acontecimientos que han marcado un nuevo orden internacional al que responder por parte de los movimientos contestatarios. A pesar de lo que en ocasiones pueda transmitirse, estos cambios no han modificado realmente los patrones de las relaciones Norte-Sur, cuyas principales víctimas –las del Sur–, son las que más directamente tienen que afrontar sus consecuencias. El autor analiza en este texto el papel de actores como EEUU, y arroja luz, a partir de la formulación de unas preguntas, sobre el escenario en el que vivimos.

Si así se quiere, y con las cautelas que procedan, pueden identificarse tres etapas en el derrotero reciente de los acontecimientos en el planeta. La primera de ellas correspondió a la confrontación que libraron los dos grandes bloques militares, que tocó a su fin, como es sabido, a caballo entre los decenios de 1980 y 1990. Esa etapa se caracterizó ante todo por la presencia de reglas del juego razonablemente claras, que permitían una general previsibilidad de los movimientos de uno y otro bloque, y que se hacían acompañar de altos niveles de gasto militar y del despliegue de conflictos, intensos y frecuentes, en el Tercer Mundo; no se olvide que, con alguna marginal excepción, los países del Norte se vieron liberados de tensiones bélicas entre 1945 y 1991. Las cosas como fueron, conviene que huyamos cuanto antes de cualquier tentación de idealización de lo que supuso la confrontación entre los bloques: aunque es verdad que la existencia de la Unión Soviética moderó en alguna medida determinados espasmos de agresividad de EEUU, no lo es menos, por mencionar un dato entre muchos, que la relación Norte-Sur, con sus dramáticas secuelas en forma de explotación y expolio de recursos humanos y materiales, conservó todo su vigor.

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid

Una segunda fase, que podemos sugerir lo fue de interregno, se abrió camino en el último decenio del siglo XX. El hecho de que EEUU, indeciso

durante años, se tomase su tiempo para gestionar la victoria en la Guerra Fría se tradujo en dudas, incertidumbres y una creciente y paradójica imprevisibilidad de muchas relaciones. Mientras los conflictos bélicos empezaron a hacerse presentes en el Norte –ante todo en la periferia de lo que antaño habían sido los países de “socialismo irreal”–, hicieron su aparición también guerras de nuevo tipo en las que se manifestaron agentes mucho más difusos que los que habían operado en el pasado (ahí estaban, sin ir más lejos, flamantes ejércitos privados que pasaron a operar en lo que con más de un equívoco hemos dado en llamar Estados fallidos). Nada retrata mejor la condición de estos años que la eclosión del autodenominado intervencionismo humanitario, detrás del cual se vislumbraban, sí, muchas de las dudas del momento, pero también el firme designio de defender tradicionalísimos intereses. Hoy sabemos que las potencias que se encargaron de acometer las intervenciones correspondientes no hacían otra cosa que procurar formas novedosas de sacar adelante sus políticas más tradicionales.

Se antoja urgente la gestación de una suerte de nuevo
pacifismo dispuesto a encarar una pronta y
contundente réplica a un proceso que se va a revelar
con fuerza en los años venideros

Aunque la linde cronológica es más que discutible, una tercera etapa adquirió carta de naturaleza, en fin, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington. A partir de ese momento, y según la percepción más extendida, EEUU clarificó su papel internacional al amparo de un activo intervencionismo que, nada humanitario, zanjó los escasos elementos de unilateralidad que marcaban antes la política del país. No sólo eso: la Casa Blanca utilizó interesadamente la amenaza terrorista y al respecto no dudó en conculcar derechos y libertades, manifestó un franco desprecio hacia el sistema de Naciones Unidas y facilitó el asentamiento de fórmulas de mal resolución de conflictos de largo aliento. Todo ello se produjo, claro es, al servicio de intereses privados y de una general rapiña de recursos, en el marco general que ofrecía una globalización capitalista marcada por la especulación, las fusiones de capitales, la deslocalización y una activa desregulación. Bien es cierto que en este nuevo escenario pervivieron, claro que sí, elementos significados de las etapas anteriores. Bastará con recordar, para testimoniarlo, una notable recuperación del gasto militar en todo el planeta, una perpetuación de los elementos singularizadores de los conflictos que se habían abierto camino en el decenio de 1990 –el empleo, por ejemplo, de ejércitos privados– y la propia preservación, llegado el caso, de fórmulas de intervencionismo que reclamaba para sí la condición de humanitario.

Tradición y novedad en la propuesta pacifista

Por razones que saltan a la vista, la tercera etapa que acabamos de dibujar –la etapa en la que, infelizmente, nos encontramos– ha obligado a reflotar muchos de los elementos tradicionales del discurso defendido por los movimientos pacifistas, más o menos afectado por un final, el de la Guerra Fría, marcado desde los circuitos oficiales por etéreas propuestas de un nuevo orden internacional y por una cautelosa reducción de los arsenales. A la hora de explicar el retroceso que se verificó entonces en lo que se refiere a los movimientos pacifistas conviene agregar también las numerosas ilusiones ópticas generadas por el intervencionismo humanitario, en la forma ante todo de un doble y equívoco proceso de humanización de lo militar y militarización de lo humanitario. Bien es verdad que la reconversión experimentada por tantos grupos pacifistas exhibió un rasgo de interés que ha llegado hasta nuestros días: el vinculado con la aparición de una cristalina conciencia en lo que hace a la necesidad de articular redes más amplias que faciliten una estrecha conexión con otros movimientos sociales, preservando al tiempo, eso sí, el perfil de muchas de las luchas tradicionales (no violencia y antimilitarismo, objeción de conciencia, objeción fiscal, campañas por la reducción del gasto militar, contestación de las armas nucleares...). No se olvide al respecto que las agresiones militares estadounidenses en Afganistán, primero, y en Irak, después, permitieron una rápida recuperación de muchos de los contenidos de siempre de las demandas planteadas por los movimientos pacifistas.

Éste es el momento de subrayar, con todo, que, luchas tradicionales aparte, hay motivos poderosos para mantener en pie un movimiento pacifista interrelacionado, claro, con otras iniciativas de contestación del orden existente. Y es que se antoja urgente la gestación de una suerte de nuevo pacifismo dispuesto a encarar una pronta y contundente réplica a un proceso que se va a revelar con fuerza en los años venideros. El punto de partida de nuestras consideraciones al respecto es fácil de reseñar: aunque las poblaciones de los países del Norte desarrollado son –somos– profundamente insolidarias, y lo son entre otras cosas porque los problemas más hondos –la pobreza y el hambre que acosan a buena parte del planeta– se hallan comúnmente muy lejos, dos circunstancias novedosas van a acabar por afectarnos de manera notable y con enorme rapidez. Hablamos, claro es, del cambio climático, por un lado, y del inevitable encarecimiento de las materias primas energéticas, por el otro.

La inmediatez y la contundencia de los dos procesos que acabamos de mencionar parecen llamadas a estimular una discusión inevitable que va a colocar al mercado y, en general, al propio capitalismo en el punto de mira de muchas disputas. Por fuerza vamos a tener que preguntarnos, en otras palabras, si esos instrumentos permiten hilvanar respuestas convincentes a los retos derivados del cambio climático y de un notable encarecimiento en los precios de la energía. Todo ello, por sí sólo, se apresta a configurar un escenario muy

adecuado para que muchas de las demandas tradicionales de los movimientos de contestación –y entre ellas las que plantean discusiones críticas relativas al crecimiento, al consumo y a las necesidades– encuentren eco creciente entre capas cada vez más amplias de la población.

El darwinismo social que viene

Bien es cierto que esa edad de oro que acabamos de anunciar para los movimientos contestatarios es sólo una cara –la agradable– de la cuestión. La contrapartida que ahora pasamos a reseñar configura la razón principal que obliga a alimentar lo que antes hemos descrito como un nuevo –y radical, agregamos ahora– pacifismo. Y es que resulta sencillo imaginar que una de las respuestas fundamentales que los poderes que guían hoy en día la globalización capitalista se disponen a considerar seriamente es la que pasa por una especie de ambicioso y asesino darwinismo social encaminado a reservar, para unos pocos, recursos que, las cosas tal y como van, se anuncian escasos. No se olvide que, conforme a una lectura legítima, buena parte de las políticas que abraza el actual presidente de EEUU, George Bush hijo, puede interpretarse en esa clave. Ahí están, como testimonios indelebles, el designio de reservar para su país –o al menos para las elites dirigentes del mismo– materias primas muy golosas, a través tanto de un creciente control de yacimientos y conductos, como de políticas orientadas a garantizar los precios internacionales que convengan. Pero ahí están también el firme propósito, tan importante como lo anterior, de reducir las posibilidades al alcance de eventuales competidores y de acabar con enemigos, supuestos o reales, estatales o privados.

No puede dejar de sorprender que en el caso de los gobernantes estadounidenses del momento no parezca apreciarse conciencia alguna en lo que respecta a la hondura de los riesgos que se avecinan. Semejante conducta sólo puede explicarse con arreglo a dos apreciaciones. Si la primera sugiere sin más que revelaría una formidable y ciega inconsciencia ante lo que se nos viene encima, la segunda, en el horizonte mental que aquí estamos desarrollando, apunta que la respuesta a esos retos está llamada a recordar poderosamente lo que fueron muchas de las políticas abrazadas, setenta años atrás y con las consecuencias que ya conocemos, por la Alemania nacionalsocialista. En tal sentido, el caos general que se estaría instalando en tantos ámbitos al calor de la globalización capitalista, aunque en principio, y en apariencia, una consecuencia indeseada de esta última, a la postre se convertiría en una formidable ventana de oportunidad para satisfacer de forma obscena los intereses de unos pocos.

Que nadie se confunda al respecto, por cierto, en lo que atañe al aparente giro que Bush hijo ha acometido en los últimos meses en relación con el cambio climático: la asunción,

finalmente acatada y acaso inevitable, de que aquél es producto de la acción de la especie humana en modo alguno ha dejado expedito el camino, siquiera sea incipientemente, al designio de discutir críticamente qué es lo que corresponde hacer para, hablando en serio, darle réplica al deterioro de tantos equilibrios medioambientales. Antes bien, la respuesta del presidente estadounidense se despliega en una clave que es la suya de siempre: la defensa cabal de los intereses de las grandes empresas transnacionales, a través, en unos casos, de una creencia casi religiosa en las posibilidades que se derivan de tecnologías que están por aparecer –y que parece van a llegar tarde al envite–, y a través, en otros, de la omnipresente sugerencia de que el cambio climático ofrece oportunidades saludabilísimas de negocio. A la postre –viene a decírsenos– serán aquellos que han puesto en un brete precarios equilibrios los que vendrán en nuestro socorro con sus filantrópicas prácticas económicas, sociales y medioambientales.

Hora es ésta de subrayar que, en forma de sugerente indicador de los peligros que nos acechan, esta mezcla de fe ciega en la tecnología y de búsqueda obscena del beneficio privado no es privativa de Bush hijo y de los círculos conservadores que apoyan al actual presidente estadounidense. Alcanza también, claro que de forma más mesurada –no nos excedamos en el argumento–, a quien fuera su contrincante en las elecciones presidenciales estadounidenses del año 2000, Al Gore. No se olvide al respecto que, aunque este último muestra una clara conciencia en lo que hace a los peligros que se derivan del cambio climático, no por ello deja de mantener una confianza innegable en las posibilidades que la iniciativa privada ofrece al respecto, y ello por mucho que sea cierto que, a la postre, y bien que no siempre de manera clara, reivindique algo que suena a herejía para los adalides del mercado: una necesaria reducción en nuestros niveles de consumo. Importa sobremedida realizar este recordatorio por cuanto, y en todos los órdenes, no siempre es sencillo determinar genuinas diferencias, en los hechos, entre las posiciones que republicanos y demócratas blanden, en EEUU, con respecto a estas cosas.

Preguntas y alternativas

Lo que acabamos de anotar nos emplaza en el camino de recordar que, naturalmente, son muchas las incógnitas –la mayoría hoy por hoy irresolubles– que se nos presentan por delante. Una de ellas se interroga por los imaginables beneficiarios de esta suerte de neofascismo que puede cobrar cuerpo: ¿estamos hablando de un trasunto de las separaciones y las exclusiones que han marcado, desde mucho tiempo atrás, la relación Norte-Sur o, por el contrario, las reglas del juego que se barruntan acarrearán nuevas exclusiones que afectarán a las propias poblaciones del Norte desarrollado? ¿Cuál ha de ser, por otra parte, el cometido asignado a los Estados en esta gigantesca operación? ¿No es razonable afirmar al respecto que el experimento que ha ido ganando carta de naturaleza en la era de la glo-

balización capitalista –al amparo de la desregulación de los poderes públicos están perdiendo comba visiblemente en el ámbito económico y social, al tiempo que la están ganando, en cambio, en el terreno represivo-militar, en un escenario marcado, por añadidura, por un general retroceso en derechos y libertades– arroja suficiente luz sobre lo que se nos viene encima?

¿No es verdad, por otra parte, que a menudo somos víctimas de una ilusión óptica que señala que las empresas transnacionales nada tienen que ver con la lógica de los Estados-nación y que da en olvidar que en los hechos los más poderosos de entre éstos se han dotado de formidables maquinarias militares al servicio, con meridiana claridad, de los intereses de esas empresas? ¿No es también de interés, en lo que atañe a nuestra reflexión, el horizonte que se ha abierto camino en Irak al calor de la acción, por completo fuera de control, de genuinas milicias privadas –ahí está Blackwater– al servicio de la estrategia maestra de EEUU? ¿Debemos otorgarle algún crédito a la idea de que la Unión Europea blande un proyecto realmente diferente y claramente comprometido con la búsqueda de consensos y el respeto de las normas, con la ayuda a los más pobres y con la preservación de delicados equilibrios medioambientales? ¿Qué no decir de Rusia o de China, copartícipes en activas políticas de agresión al medio y empeñadas en reproducir modelos que toman como fundamento principal, en todos los terrenos, la vorágine de la globalización? ¿Cabe aguardar algo saludable, en suma, de unas Naciones Unidas dramáticamente faltas de independencia y a menudo entregadas a la triste tarea de legitimar lo ilegítimo?

Aunque, claro, la principal incógnita que tenemos entre manos no es otra que la que nos emplaza ante nuestra capacidad –la de movimientos de muy diverso cariz– para iluminar un horizonte distinto. Al amparo de ese horizonte, y recelosos de las eventuales ventajas que puedan derivarse de un caos de escala planetaria, tendremos que proponer nuevas bases que, de carácter racional, emplacen en un primer plano la justicia, la igualdad y los derechos de las generaciones venideras, y lo hagan, por añadidura, tomando en consideración cabal a todos los habitantes del globo. En la gestación y consolidación de ese horizonte tienen por fuerza que desempeñar un papel decisivo muchas de las ideas matriz, y de las prácticas, que han impregnado de siempre a los movimientos pacifistas y antimilitaristas. Porque, si nuestro diagnóstico es correcto, nos adentramos a marchas forzadas en un teatro en el que ha acabado el tiempo de los poderes blandos, la violencia se apresta a desplegarse de forma descarnada, el militarismo y sus aditamentos tienen por fuerza que recuperar terreno y, en suma, el sufrimiento de muchos seres humanos parece llamado a acrecentarse.

La democracia en Europa	87
<i>Vivien A. Schmidt</i>	

El conocimiento tradicional para la resolución de problemas ecológicos	109
<i>Victoria Reyes-García</i>	

“Negociar con las manos” el espacio público	117
<i>Pablo Gigosos Pérez y Manuel Saravia Madrigal</i>	

VIVIEN A. SCHMIDT

La democracia en Europa

Traducción de Leandro Nagore y Silvina Silva

*La Unión Europea (UE) es un Estado regional supranacional, con soberanía compartida, límites variables, identidad múltiple, economía muy diferenciada, gobernanza significativamente compuesta y democracia fragmentada. Como tal, ha tenido un importante impacto sobre sus Estados miembros, y no sólo por sus políticas, sino por su propia presencia institucional. Esto genera problemas específicos para la política nacional de los Estados miembros, y es la causa de un déficit democrático a nivel nacional.**

La UE se caracteriza por tener unas “políticas sin política”, lo que ha marginado la política partidista nacional en el ámbito comunitario. Sin embargo, al mismo tiempo las políticas nacionales se han europeizado cada vez más, transformándose paulatinamente en un terreno donde impera la “política sin políticas”. Esto ha supuesto un grado aún mayor de división con respecto a la integración europea en el seno de la política partidista nacional, un descontento creciente entre los votantes y un auge del extremismo político. Estas repercusiones han perjudicado más a los sistemas “simples” de organización política —en los que la actividad de gobierno ha estado canalizada, tradicionalmente, a través de una única autoridad— que a los “compuestos” —en los que la actividad gubernamental ha estado repartida entre múltiples autoridades—, principalmente con respecto al “ajuste” institucional. No obstante, este problema no se puede reducir a una cuestión de instituciones, sino que afecta también a las ideas y al aspecto discursivo, ya que los líderes nacionales han fracasado en su intento de comunicar eficazmente las labores de la UE a su público nacional. Este texto se basa en ejemplos extraídos de las experiencias de Francia, Reino Unido, Alemania e Italia.

Vivien A. Schmidt es Catedrática Jean Monnet de Integración Europea y Catedrática de Relaciones Internacionales en la Universidad de Boston (EEUU)

* Este artículo resume los argumentos planteados en *Democracy in Europe: The EU and National Politics*, Oxford University Press, 2006. Fue presentado originalmente ante la conferencia de apertura de la Cátedra Interuniversitaria Franqui, en la Universidad Libre de Bruselas, el 28 de febrero de 2007. Una versión más breve puede consultarse en “The European Union as Supra-National Regional State: Rethinking What the EU is and Where it is Going”, en S. Serfati (Ed.), *A Recast Partnership? Institutional Dimensions of Transatlantic Relations*, Center for Strategic International Studies, Washington, enero de 2008.

La duda principal a la que ha de enfrentarse la UE no es si hay o no un déficit democrático, sino dónde se ubica este déficit democrático. Éste no se encuentra tanto a nivel de la UE, aunque sea cierto que hay problemas a este respecto, como a nivel nacional. Los líderes nacionales y sus ciudadanías aún no se han reconciliado del todo con el impacto institucional de la UE sobre la operación tradicional de sus democracias nacionales, sobre todo en lo relativo a la política representativa.

En el proceso de integración, la UE ha servido para alterar no sólo las políticas nacionales sino también los sistemas de organización política nacional (*polities*), al trasladarse el eje y la autoridad del poder gubernamental hacia la UE. Igualmente, el centro de atención y de acceso de intereses e influencias se ha mudado de las capitales nacionales a Bruselas. Además, la política partidista nacional ha sido marginada por la política, centrada en otros intereses, comunitaria. Sin embargo, y aunque la presencia institucional de la UE haya incidido significativamente sobre las prácticas de gobernanza nacional, estos efectos no son, de por sí, el origen de un déficit democrático nacional. A fin de cuentas, la integración europea ha servido para promocionar los objetivos democráticos de los Estados miembros en una multitud de ámbitos, principalmente al permitir que alcancen colectivamente lo que les resultaría mucho más difícil conseguir de forma individual en términos de paz regional, prosperidad económica y poder global. Además, ofrece diversos cauces para dar voz, acceso e influencia a la ciudadanía.

El problema real no se debe tanto a las nuevas prácticas europeizadas de gobernanza como a la forma en la que éstas entran en conflicto con ideas más antiguas sobre la democracia nacional, ante la ausencia de un nuevo discurso legitimador con respecto a la integración europea y de nuevos mecanismos de participación ciudadana. Los líderes nacionales siguen proyectando visiones tradicionales de democracia nacional como si nada hubiera cambiado, cuando todo ha cambiado. Peor aún, se dedican a culpar a las políticas vinculadas a la UE y a acaparar los logros de las mismas, mientras callan respecto a las cuestiones de organización política relativas a la UE, salvo en momentos decisivos, cuando pudiera ser demasiado tarde –como ocurrió en los referendos sobre el Tratado por el que se establece una Constitución para Europa (Tratado Constitucional) en Francia y los Países Bajos–. Todavía más significativo resulta el hecho de que todo esto contribuye a la crisis actual de la política nacional, que es el punto en el que el déficit democrático relacionado con la UE tiene sus efectos más agudos.

Me hago, en primer lugar, la siguiente pregunta: ¿qué es la UE? Si no lo sabemos, nunca comprenderemos del todo los efectos que tiene sobre la democracia nacional. Mi argumento es que la UE puede caracterizarse, en lo práctico, como un “Estado regional” supranacional (distinto de un Estado-nación democrático en cuanto a soberanía, límites, identidad, economía y gobernanza) en el que la democracia se basa en un equilibrio diferente de

mecanismos legitimadores. Después, paso a centrarme en el impacto de la UE sobre la política nacional, y especialmente sobre cómo las “políticas sin política” de la UE suponen una “política sin políticas” a nivel nacional. Concluyo con otra pregunta: ¿podemos resolver el déficit democrático?

La UE: ¿legitimidad democrática en un Estado regional?

Para comprender el impacto que tiene la UE sobre la política nacional, debemos primero saber qué es la UE. La UE tiene poco en común con el Estado-nación. Desde hace ya bastante tiempo se define como algo *sui generis*. Más recientemente ha sido retratada como un “imperio neomedieval”,¹ lo cual evoca la naturaleza indeterminada de las fronteras de la UE, pero no hace justicia a su sistema formalizado de gobernanza interna como futura república² o futuro súper Estado.³ Estas dos admirables proyecciones de posibles futuros no reflejan suficientemente su condición actual de –según mis propios términos– “Estado regional” caracterizado por una soberanía compartida, límites variables, identidad múltiple, economía muy diferenciada, gobernanza significativamente compuesta y democracia fragmentada.⁴ Las características de la UE como Estado regional supranacional no sólo la diferencian de cualquier Estado-nación (la traducción francesa de *état-région* supone un contrapunto aún mejor al de *état-nation*), sino que también crean dificultades para sus Estados miembros, principalmente en cuanto a su impacto sobre la democracia representativa.

Soberanía, límites, identidad

Como “Estado regional”, la UE se caracteriza por poseer una soberanía compartida o “colectiva”⁵ que está vinculada tanto al reconocimiento desde fuera (tal y como ocurre con todo Estado-nación), como a la aceptación desde dentro por parte de sus Estados miembros y para cada área de actuación política. La construcción interna de la soberanía de la UE se inició con la desaparición de las barreras tarifarias y avanzó enormemente con el mercado y la moneda únicos. Sin embargo, aunque el reconocimiento externo de la UE como región

¹ J. Zielonka, *Europe as Empire*, Oxford University Press, Oxford, 2006.

² S. Collignon, *Vive la République Européenne*, Editions de la Martinière, París, 2004.

³ G. Morgan, *The Idea of a European Superstate*, Princeton University Press, Princeton, 2005.

⁴ V. A. Schmidt, “The European Union: Democratic Legitimacy in a Regional State?”, *Journal of Common Market Studies*, Vol. 42, Nº 4, 2004, pp. 975-999. V. A. Schmidt, *Democracy in Europe: The EU and National Politics*, Oxford University Press, Oxford, 2006a.

⁵ R. O. Keohane y S. Hoffmann, “Introduction”, en R. O. Keohane y S. Hoffmann (Eds.), *The New European Community: Decision-Making and Institutional Change*, Westview, Boulder, Colorado, 1991.

soberana ya es evidente en el comercio internacional, en la política de la competencia y en la eurozona, está aún lejos de alcanzarlo en cuestiones de seguridad, defensa y política exterior. Hay que recalcar que incluso en estas áreas se ha observado cierta europeización, a pesar de que para los líderes de los Estados miembros representen los últimos vestigios de su soberanía como Estados-nación y ocasionalmente surjan desacuerdos –como se ha constatado en la guerra de Irak–. No obstante, es significativo que las opiniones públicas nacionales se han mostrado constantes (según las encuestas anuales del Eurobarómetro) en su apoyo a una mayor europeización en estas mismas áreas. El apoyo de la ciudadanía a una política común de seguridad y defensa de la UE, por ejemplo, ha fluctuado entre un 68% y un 79% en la UE de los Quince, entre 1992 y 2002, lo que supone una media de un 73,4%.⁶

El problema no se debe tanto a las nuevas prácticas europeizadas de gobernanza como a la forma en la que éstas entran en conflicto con ideas más antiguas sobre la democracia nacional

En segundo lugar, la UE cuenta con unos límites variables no sólo en cuanto a su territorio, sino también en sus políticas. Es imposible saber cuál será la finalidad de la UE: ¿se detendrá en los Balcanes, en Ucrania, en Georgia o en Turquía? También es cierto que las políticas de la UE, exceptuando aquellas relativas al Mercado Único, tienen una geometría muy variable. Las fronteras del área Schengen no incluyen Reino Unido ni Irlanda, pero incorporan a Estados que no son miembros, como Islandia, Noruega y, más recientemente, Suiza. Del mismo modo, Dinamarca no es partícipe de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), mientras que todos los miembros pueden decidir si participan o no de cualquier misión específica. La eurozona se compone de tan sólo 13 de los 27 miembros de la UE, estando algunos de ellos en una situación de alejamiento semipermanente por decisiones oficiales de no adhesión (por ejemplo, Reino Unido y Dinamarca), mientras que otros están en una situación de alejamiento provisional (por ejemplo, los nuevos Estados miembros).⁷ Lo que resulta aún más significativo para la integridad de los Estados miembros como Estados-nación, según Stefano Bartolini,⁸ es que la integración europea ha llevado a un “proceso por el que se han trascendido los límites de

⁶ J. Howorth, *Security and Defence Policy in the European Union*, Palgrave Macmillan, Basingstoke 2007, p. 60.

⁷ K. Dyson, “Still Elusive Union? Paradoxes of Power in Economic and Monetary Union”, texto presentado en la conferencia UACS: *Reflections on European Integration: 50 Years of the Treaty of Rome*, Foreign and Commonwealth Office, Londres, 22-24 de marzo de 2007.

⁸ S. Bartolini, *Re-Structuring Europe: Centre Formation, System Building and Political Structuring between the Nation State and the European Union*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

los Estados-nación, resultando en un proceso de desdiferenciación de los sistemas europeos de organización política”, después de cinco siglos de diferenciación progresiva en torno al Estado-nación. Esto también es aplicable a los propios límites del Estado de bienestar, como apunta Maurizio Ferrera,⁹ a pesar de la clara falta de jurisdicción de la UE en esta área.

Esta variabilidad en cuanto a los límites de las actuaciones políticas aumentará al extenderse la UE con nuevas ampliaciones y profundizarse a través de los futuros desarrollos de las actuaciones políticas. Esto conlleva dos posibles ventajas, pero únicamente si el futuro se conceptualiza en el sentido de la UE como “Estado regional” (y no como futuro Estado-nación), y si se acepta una mayor variación en los potenciales acuerdos institucionales tanto dentro de la UE como en los Estados fronterizos. Dentro de la UE, tales acuerdos institucionales podrían englobar la cooperación estructurada o reforzada –así se contempla en el Tratado de Niza y en el Tratado Constitucional– o incluso ciertos “grupos centrales” (*core groups*) que podrían comprometerse a una mayor integración. En estos casos, se trataría, sobre todo, de ciertas áreas políticas en las que los Estados miembros necesitan y/o anhelan una unión más sólida –como la política macroeconómica para los países de la eurozona, la política de seguridad para los principales actores militares o incluso las políticas de pensiones para países con Estados de bienestar comparables–. Con los países fronterizos, la variabilidad de los límites de las medidas políticas podría facilitar el proceso de adhesión en un momento en el que esto resulta políticamente complejo, porque la cuestión de la adhesión ya no sería una cuestión inmediata, de estar “dentro” o “fuera”, sino que se ampliaría a una cuestión a más largo plazo de “¿dentro de qué áreas?” o “¿fuera de qué áreas?”. Esto permitiría que países como Turquía lleguen a ser parte de la UE de forma paulatina pero constante, al ir incorporando poco a poco áreas de políticas concretas. Así se evitaría el *big bang* que implicaría una adhesión total y absoluta. En un plazo de 10, 15 o 20 años, Turquía podría considerarse como un socio plenamente aceptable incluso para Austria, por poner un ejemplo. De lo contrario, de aquí a una década más o menos, Turquía podría acabar desencantada con el proceso de adhesión, que incluye un número cada vez mayor de acervos comunitarios negociados sin su consideración en el seno de la UE, sin olvidar que pudiera ser rechazada al final del proceso.

En tercer lugar, la identidad de la UE es múltiple y agregada, y sus ciudadanos mantienen una identificación y un sentido de pertenencia mayor con sus Estados miembros respectivos que con la UE como tal. Sin embargo, las encuestas del Eurobarómetro muestran que aunque la sensación de identidad principal de los ciudadanos europeos es

⁹ M. Ferrera, *The Boundaries of Welfare European Integration and the New Spatial Politics of Social Protection*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

hacia sus propios Estados miembros, prácticamente la mayoría tiene una identidad europea mixta, siendo la identidad europea la que sigue a su identidad nacional. De ahí que, aunque el sentido de “existencia” de la UE sea relativamente débil, comparado con el nivel nacional, sus “acciones” son más sólidas, teniendo en cuenta el grado de compromiso de los Estados miembros en la construcción de la UE a través de medidas políticas en un número cada vez mayor de áreas.¹⁰ A fin de cuentas, no es necesario que la comunidad política esté basada principalmente en una identidad etnocultural, sino más bien en “las prácticas de ciudadanos que ejercitan sus derechos de participación y comunicación”, según afirmó Habermas.¹¹

No obstante, el mayor problema en lo que se refiere a la identidad de la UE no es tanto su “existencia” o sus “acciones” como el aspecto “discursivo”, ya que la UE depende de los Estados miembros para que le den una voz. Aspecto, éste, en el que no se han esforzado, tomando en consideración la atribución generalizada de culpas, la pugna por arrogarse los méritos de ciertas políticas vinculadas a la UE y el silencio generalizado sobre cuestiones relativas a la organización del sistema de gobierno.¹² La dificultad para la UE no se limita al hecho de que los líderes nacionales estén comprometidos simultáneamente en la tarea de construir una identidad nacional, y que por tanto muestren menos interés en considerar la identidad comunitaria. Existe también una pluralidad de “Europas” en los imaginarios nacionales; cada Estado miembro percibe a la UE según su propio prisma de identidad y sus objetivos nacionales. Esto, a su vez, dificulta seriamente la posibilidad de alcanzar un sentido de identidad común, semejante al de un Estado-nación. Puede que la clave radique en considerar que en vez de este sentido de “pertenencia a una nación”, sea precisamente esta identidad múltiple, basada en percepciones solapadas de la UE, lo que constituye un sentido de “pertenencia a una región”.

La soberanía indeterminada de la UE, junto con la falta de precisión respecto a sus límites y la incertidumbre en cuanto a su identidad, permitió que durante mucho tiempo fuese aquello que cada uno quisiera que fuese: una amenaza menor a la soberanía e identidad nacional para aquellos que temían el surgimiento de un súper Estado y una promesa de futuro para aquellos que deseaban una Europa federal con una soberanía e identidad supranacional. Sin embargo, hoy en día, esta falta de concreción ya ni siquiera alivia temores ni inspira esperanzas.

¹⁰ J. Howorth, *op. cit.*, 2007.

¹¹ J. Habermas, *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory*, Polity Press, 1996, p. 495. Ver también F. Cerutti, “A Political Identity of the Europeans?”, *Thesis Eleven*, Vol. 13, Nº 4, 2003, pp. 26-45.

¹² V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2004 y 2006a.

Economía

Además de estas características de “Estado regional”, la UE también cuenta con una economía muy diversa. A diferencia de las economías más integradas de la mayoría de los Estados-nación más desarrollados e industrializados, y a pesar de la creciente integración impulsada por la UE (tanto en lo monetario como en los mercados), los Estados miembros siguen estando muy diferenciados en cuanto al tipo de capitalismo y a las modalidades del Estado de bienestar que imperan en sus territorios respectivos. Esto implica unas respuestas muy diversas por parte de las diferentes ciudadanía ante los desafíos de la globalización y de la europeización.

Los Estados miembros se pueden clasificar mediante, al menos, tres variedades de capitalismo: economías de mercado liberales, como Reino Unido, donde las interrelaciones empresariales independientes y en pie de igualdad junto con las relaciones laborales radicalmente descentralizadas son arbitradas por un Estado poco intervencionista; economías de mercado coordinadas, como el caso alemán, en el que las relaciones empresariales basadas en redes y las relaciones laborales cooperativistas y corporativistas son facilitadas por un Estado “capacitador”;¹³ y economías de mercado con influencias estatales, como Francia e Italia, donde las relaciones empresariales basadas en redes informales, ya sean forjadas por la formación estatal (Francia) o por lazos familiares (Italia), junto con relaciones laborales inestables, ya sean radicalmente descentralizadas (Francia) o corporativistas (Italia), se ven fomentadas y/u obstaculizadas por un Estado “influyente”.¹⁴

Además, los Estados miembros conforman diferentes familias de Estados de bienestar, de los cuales también se pueden distinguir al menos tres tipos: los sistemas socialdemócratas escandinavos en los que el elevado nivel de las prestaciones y servicios supone un desafío a la sostenibilidad; los sistemas liberales anglosajones en los que un nivel reducido de prestaciones y servicios aumenta el riesgo de pobreza; y los conservadores sistemas sociales continentales en los que el nivel razonablemente elevado de prestaciones y bajo nivel de servicios está vinculado a una mayor tasa de desempleo y unas menores tasas de participación de la fuerza laboral.¹⁵

La identidad
de la UE
depende de
los Estados
miembros
para que le
den una voz

¹³ P. Hall y D. Soskice, *Varieties of Capitalism*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

¹⁴ V. A. Schmidt, *The Futures of European Capitalism*, Oxford University Press, Oxford, 2002, cap. 3.

¹⁵ G. Esping-Andersen, *Three Worlds of Welfare State Capitalism*, Polity Press, Cambridge, 1990. F. W. Scharpf y V. A. Schmidt, *Welfare and Work in the Open Economy*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

Pero, a pesar de estas diferencias continuadas en los sistemas capitalistas y los Estados de bienestar de los Estados miembros, tanto la globalización como la europeización se han convertido en importantes ejes a favor de la transformación liberalizadora. La globalización ha ejercido presión económica a través de la internacionalización de los mercados financieros y de productos. En este sentido, la deslocalización (*offshoring*) hacia Asia y hacia lugares más cercanos (*nearshoring*) como Europa del Este no es más que el último desafío competitivo. También ha ejercido presión institucional a través de organismos internacionales como la Organización Mundial del Comercio (OMC), principalmente, y presión ideológica mediante la difusión del neoliberalismo. Todo ello ha resultado en la liberalización, desregulación y privatización a lo largo de los distintos sistemas capitalistas y familias del Estado de bienestar. Sin embargo, esto no significa que la globalización esté generando convergencia. Todo lo contrario teniendo en cuenta que las similitudes generales respecto a las respuestas políticas deben ser contrapuestas con las diferencias persistentes en los patrones de ajuste, que son la consecuencia de los distintos puntos de partida de los Estados miembros en cuanto al tipo de capitalismo y Estado de bienestar que enarbolan. Por no hablar de la diversidad aún mayor que existe en cuanto a las ideas sobre cómo reaccionar (o no).

Podría argumentarse que la europeización ha sido una fuerza transformadora todavía mayor que la globalización. Esto se debe a que la europeización ha actuado como conducto para la globalización, al exigir una mayor apertura en los mercados de capitales y de productos, y también ha servido como escudo contra ella, al rebajar la exposición macroeconómica a los caprichos de los mercados financieros (gracias a la moneda única y al fortalecimiento de las economías de escala microeconómicas que conlleva el mercado único). La europeización ha generado tanto una convergencia como una divergencia, ya que las políticas monetarias y de mercado comunes han acercado los regímenes regulatorios nacionales aún más, facilitando al mismo tiempo el desarrollo de empresas realmente europeas, incluso a pesar de que los regímenes político-económicos y socioeconómicos nacionales siguen siendo diferentes.¹⁶

En los últimos años, el creciente predominio de la UE en el área económica se está convirtiendo en un asunto cada vez más controvertido políticamente, aunque sea por motivos diferentes para cada Estado miembro y bando del espectro político. Reino Unido ha apostado por una mayor liberalización económica mientras se queja, al mismo tiempo, de la creciente rigidez de las leyes a seguir, sin flexibilidad de interpretación.¹⁷ Francia se resiste cada vez más a la liberalización, inquieta por la globalización en general y por la amenaza

¹⁶ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2002, capítulo 1, y V. A. Schmidt, "European Political Economy: Taking Labor Out, Bringing the State Back In, and Putting the Firm Front and Center", texto elaborado para ser presentado en la conferencia del 30º aniversario de *West European Politics*, celebrado en el Instituto Universitario Europeo, Florencia, 18-19 de enero de 2007a.

¹⁷ V. A. Schmidt, "Adapting to Europe: Is it Harder for Britain?", *British Journal of Politics and International Relations*, Vol. 8, 2006b, pp. 15-33.

que puede suponer la europeización, principalmente para los servicios públicos.¹⁸ Alemania se ha mostrado razonablemente conforme con el grado de liberalización actual, pero está preocupada por las incursiones en la “economía de mercado social” provenientes de las decisiones de la Dirección General de Competencia.¹⁹ Aunque Italia también haya aceptado la liberalización, simplemente no ha implementado gran parte de la legislación al respecto.²⁰ Por otra parte, las percepciones de la ciudadanía cubren toda la gama de posibilidades, desde los temores de la derecha de que la apertura de mercados y la ampliación abran paso a una oleada de inmigrantes que acaparan empleos y elevan la tasa de paro, hasta las preocupaciones de la izquierda, que considera que la UE amenaza el Estado de bienestar, ya sea por culpa del euro o por las normas del país de origen de la directiva original de servicios (ampliamente revisada).

Gobernanza y democracia

El “Estado regional” de la UE también se compone de un sistema de gobernanza significativamente compuesto y de una democracia fragmentada.²¹ A diferencia de la mayoría de los sistemas nacionales de gobierno, el sistema de gobernanza de la UE no sólo es más “multinivel”²² por incorporar los niveles comunitarios junto con los nacionales y regionales. Es también más “multicentrado”²³ debido a la dispersión geográfica de sus actividades de gobierno y más “multiforme”. Esta última característica surge de los distintos diseños institucionales que tienen sus Estados miembros. Éstos descansan sobre un espectro que va desde sistemas de organización política más “simples”, en los que la actividad de gobierno suele estar canalizada a través de una única autoridad por ser Estados unitarios, con procesos decisorios políticos estadistas y sistemas de representación mayoritaria (como Francia o Reino Unido), a sistemas de organización política más “compuestos”, donde la actividad de gobierno está más dispersa a lo largo de múltiples autoridades por ser Estados federales o regionalizados, con procesos corporativistas y/o sistemas de representación proporcional (como Alemania e Italia). A modo de comparación, la UE puede percibirse como “significativamente más compuesta” que cualquier Estado-

¹⁸ E. Fabry, “Les Européens face à la Mondialisation”, Fondation pour l’innovation politique, marzo de 2007, en www.fondapol.org. V. A. Schmidt, “Trapped by their Ideas: French Elites’ Discourses of European Integration and Globalization”, *Journal of European Public Policy*, 2007b (próxima publicación).

¹⁹ V. A. Schmidt, “Democracy in Europe: The Impact of European Integration”, *Perspectives on Politics*, Vol. 3, Nº 4, 2005, pp. 761-779.

²⁰ V. Della Sala, “The Italian Model of Capitalism: On the Road between Globalization and Europeanization?”, *Journal of European Public Policy*, Vol. 11, Nº 6, 2004, pp. 1041-1058.

²¹ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2005 y 2006a.

²² G. Marks y L. Hooghe, *Multi-Level Governance and European Integration*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, 2001.

²³ K. Nicolaidis, “The federal vision beyond the nation-state”, en K. Nicolaidis y R. Howse (Eds.), *The federal vision*, Oxford University Press, Oxford, 2001, pp. 439-82.

nación, teniendo en cuenta su grado aún mayor de dispersión de la actividad de gobierno a lo largo de estructuras institucionales cuasi-federales,²⁴ con procesos de toma de decisiones políticas semipluralistas²⁵ y un sistema de representación altamente proporcional e indirecto.

Además, la UE se diferencia de las democracias maduras de los Estados-nación, que cuentan con una amplia gama de mecanismos de legitimización democrática –incluyendo la participación política “por” los ciudadanos, la representación ciudadana “de” los ciudadanos, el gobierno efectivo “para” los ciudadanos y, añadiendo una preposición a las famosas palabras de Abraham Lincoln, la consulta sobre intereses “con” los ciudadanos–. En vez de ello, la UE cuenta con una democracia fragmentada, en la que la legitimidad está compartida entre la efectividad de gobernar “para” los ciudadanos y la consulta sobre intereses “con” los ciudadanos a nivel de la UE, y la participación política “por” los ciudadanos y la representación ciudadana “de” los ciudadanos a nivel nacional.²⁶ Para Fritz Scharpf,²⁷ en este tipo de fragmentación está la clave para comprender el déficit democrático en el que la “democracia de los *outputs*” mediante una gobernanza efectiva no puede compensarse por la falta de “democracia de los *inputs*” mediante la participación política. Tan sólo unos pocos académicos consideran que esta fragmentación sea un problema menor, incluyendo a Giandomenico Majone,²⁸ que defiende que la UE ofrece una “democracia de los *outputs*” mediante una gobernanza normativa efectiva, al igual que Andrew Moravcsik,²⁹ que cree que no es peor que en las democracias nacionales, considerando sus mecanismos de equilibrio de poderes y sus autoridades delegadas.

Pero, aunque la UE no sea peor que las democracias nacionales en cuanto a su respeto por las bases estructurales de la democracia, considerando su equilibrio de poderes institucional o incluso sus bases de procedimiento (su apertura a la consulta de intereses), tiene un desempeño mucho más negativo que las democracias nacionales respecto a las bases representativas de la democracia. Esto se debe a que la UE carece de un vínculo directo con

²⁴ A. Sbragia, “The European Community: A Balancing Act”, *Publius*, Vol. 23, 1993.

F. Scharpf, “The Joint Decision Trap: Lessons from German Federalism and European Integration”, *Public Administration*, Vol. 66, Nº 3, 1988, pp. 239-78. V. A. Schmidt, “European ‘Federalism’ and its Encroachments on National Institutions”, *Publius*, Vol. 29, Nº 1, 1999a, pp. 19-44.

²⁵ W. Streeck y P. Schmitter, “From National Corporatism to Transnational Pluralism: Organized Interests in a Single European Market”, *Politics and Society*, Vol. 19, Nº 2, 1991, pp. 133-164. V. A. Schmidt, “National Patterns of Governance under Siege: The Impact of European Integration”, en B. Kohler-Koch y R. Eising (Eds.), *The Transformation of Governance in the European Union*, Routledge, Londres, 1999b.

²⁶ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2004 y 2006a.

²⁷ F. W. Scharpf, *Governing in Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

²⁸ G. Majone, “Europe’s Democratic Deficit”, en *European Law Journal*, Vol. 4, Nº 1, 1998, p. 5.

²⁹ A. Moravcsik, “Reassessing Legitimacy in the European Union”, *Journal of Common Market Studies*, Vol. 40, Nº 4, noviembre de 2002, pp. 603-624.

el electorado, lo cual permite que los ciudadanos puedan expresar sus opiniones sobre las políticas nacionales de forma directa, mediante el voto, obligando a los líderes nacionales electos a reaccionar o arriesgarse a no renovar sus mandatos. Es cierto que la UE intenta remediar este déficit democrático mejorando la atribución de responsabilidades y la transparencia o incorporando a la sociedad civil en mayor medida. En este sentido, la UE ha logrado mejorar la gobernanza efectiva “para” la ciudadanía y la consulta de intereses “con” la ciudadanía. Pero con estas medidas no se consigue resolver el problema de la participación política “por” la ciudadanía, ni la representación ciudadana “de” la ciudadanía. Por tanto, no debería sorprender que una vez que los electorados nacionales finalmente lograron votar directamente con respecto a la EU, como ocurrió en los referendos franceses y holandeses sobre el Tratado Constitucional, lo hicieran con relación al conjunto de las cuestiones abordadas por la UE y su impacto nacional en términos de soberanía, *finalité*, identidad y economía, sin centrarse exclusivamente en la cuestión específica de la reforma institucional de la UE.

El impacto sobre la política nacional

Las políticas de la UE relativas a cuestiones de soberanía, límites, identidad y economía representan en su conjunto las áreas sustantivas que pueden generar problemas en la política nacional de cualquier Estado miembro con respecto a la UE. Por otra parte, la complejidad del sistema de gobernanza de la UE, junto con el carácter dividido de su democracia, representan el diseño institucional o las áreas de organización política que también generan problemas en la política nacional y en la democracia representativa en términos más generales. Esto sucede, principalmente, porque si bien el nivel decisorio de la UE se caracteriza por unas “políticas sin política”, al continuar con la labor de desarrollar políticas sin una excesiva injerencia política, el proceso de toma de decisiones nacional supone la “política sin políticas”, ya que la política nacional se mantiene, pero sin tener demasiada influencia sobre las políticas de la UE.

Las “políticas sin política” de la UE

La democracia representativa ya lleva en crisis bastante tiempo, y no sólo en la UE.³⁰ La europeización no es responsable de ello, aunque contribuye a la crisis en los Estados miembros de formas que no se observan en los Estados-nación tradicionales. La razón es que los miembros de la UE, al constituir partes de un “Estado regional”, no tienen la misma flexibilidad para reaccionar ante las preocupaciones ciudadanas que podría tener un

³⁰ R. Dalton, “Democratic Challenges, Democratic Choices: The Decline in Political Support”, en *Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

Estado-nación tradicional. Por mucho que las preocupaciones ligadas a cuestiones de soberanía, límites, identidad y economía puedan ser tratadas directamente, para bien o para mal, por los gobiernos de los Estados-nación, los gobiernos de los Estados miembros de la UE deben buscar políticas comunes en el seno comunitario con respecto a un número creciente de estas áreas, para bien o para mal. Además, mientras que los ciudadanos de los Estados-nación pueden mostrar directamente su aprobación o desacuerdo con las políticas de su gobierno nacional, a través del voto a favor o en contra del gobierno, los ciudadanos de los Estados miembros de la UE no pueden hacer lo mismo con respecto a las políticas comunitarias, ya que no pueden expresar su descontento con las políticas votando en contra de los que crean las normas en Bruselas. En vez de esto, tienden a hacer que sus propios políticos nacionales asuman las responsabilidades por políticas de las cuales no son del todo responsables, y sobre las cuales en muchos casos tienen muy poco control, y hacia las cuales puede que incluso no estén políticamente comprometidos.

El problema especial al que se enfrenta la UE está, por consiguiente, vinculado a las realidades institucionales de la política de la UE y su impacto sobre la política nacional de los Estados miembros. La política de la UE tiene poco o nada que ver con la política nacional, al carecer de un presidente elegido directamente, de un poder legislativo robusto y de una competencia vigorosa entre partidos políticos sobre bases partidistas. A nivel de la UE, la política partidista nacional se ha visto relegada a un segundo plano, las diferencias entre partidos, marginadas, y la rivalidad ideológica entre la izquierda y la derecha ha sido sumergida por la búsqueda general de consensos y compromisos.³¹ Pero lo que resulta aún más importante es, sin embargo, que la política en la UE no es realmente política en el sentido tradicional de partidos y partidismo, ya que se trata ante todo de intereses. Los ministros nacionales hablan principalmente en nombre de los intereses de la nación en su conjunto en el Consejo de Ministros, el Consejo Europeo y las Conferencias Intergubernamentales, y no como representantes de las mayorías gubernamentales nacionales. Los miembros del Parlamento Europeo hablan mucho más en nombre del interés de la ciudadanía europea que como representantes de mayorías electorales. Por otra parte, los miembros de la Comisión Europea hablan teniendo más en cuenta sus consultas con intereses organizados que con un objetivo político específico. El resultado es que en la UE predominan las “políticas sin política”.

La “política sin políticas” a nivel nacional

Las “políticas sin política” en el ámbito de la UE implican, como contrapartida, que en lo nacional predomine la “política sin políticas”. Un número creciente de políticas son

³¹ R. Ladrech (Ed.), *The Europeanization of Party Politics*, edición especial de *Party Politics*, Vol. 8, Nº 4, 2002, pp. 387-503.

transferidas de la arena política nacional hacia la UE, dejando a los ciudadanos nacionales con una capacidad de actuación directa muy limitada respecto a las políticas comunitarias que les afectan directamente, y dejándoles a mano sólo a los políticos nacionales como posibles responsables.³² Esto conlleva una serie de efectos desestabilizadores, tanto directos como indirectos e incluso acumulativos, en la política nacional.³³

Los efectos directos resultantes de la falta de política en la UE son responsables de la creciente división entre partidos políticos nacionales en las elecciones para el Parlamento Europeo y en las elecciones nacionales, ya sea sobre políticas de la UE o sobre la integración en sí misma. Pero estos efectos son hasta la fecha muy limitados, debido a la ausencia de una política partidista robusta a nivel comunitario comparable a la que se registra a escala nacional.³⁴ No obstante, las elecciones al Parlamento Europeo ya han complicado la política nacional electoral al servir como referendos sobre la actuación del gobierno,³⁵ añadiendo una nueva fuente de fractura a la política nacional partidista. La división entre los partidarios del “supranacionalismo” integrador y los “soberanistas”, detractores de la integración, ha introducido un punto más de complejidad a la pugna entre izquierdas y derechas.³⁶ Además, si este “gigante adormecido” fuera a despertarse del todo, la politización de la política nacional según las posturas integracionistas y soberanistas dificultaría todavía más el que la política representativa nacional pueda operar eficazmente.³⁷

La política en la UE no es política en el sentido tradicional de partidos y partidismo, ya que se trata ante todo de intereses

Los efectos indirectos son bastante más preocupantes que los directos. La europeización de la política nacional, ya despolitizada a nivel de la UE, queda

³² V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a, capítulo 4.

³³ *Ibidem.* P. Mair, “Political Parties and Party Systems”, en P. Graziano y M. Vink (Eds.), *Europeanization: New Research Agendas*, Palgrave Macmillan (próxima publicación).

³⁴ P. Mair, “Popular Party Democracy and the Construction of the European Union Political System”, texto preparado para la presentación ante el taller *Sustainability and the European Union*, sesión conjunta del European Consortium for Political Research (ECPR), Uppsala (Suecia), abril de 2004. C. Van der Eijk y M. Franklin, “Potential for Contestation on European Matters at National Elections in Europe”, en G. Marks y M. R. Steenbergen (Eds.), *European Integration and Political Conflict*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

³⁵ P. Mair, “The Limited Impact of Europe on National Party Systems”, en K. Goetz y S. Hix (Eds.), *Europeanised Politics? European Integration and National Political Systems*, Frank Cass, Londres, 2001. M. Gabel, “European Integration, Voters, and National Politics”, en D. Imig y S. Tarrow (Eds.), *Contentious European: Protest and Politics in an Emerging Polity*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, 2001.

³⁶ L. Hooghe y M. Gary Marks, “The Making of a Polity: The Struggle over European Integration”, en H. Kitschelt, P. Lange, G. Marks y J. Stephens (Eds.), *Continuity and Change in Contemporary Capitalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 70-97.

³⁷ C. Van der Eijk y M. Franklin, *op. cit.*, 2004, p. 47

aún más despolitizada a nivel nacional al ser extraída del contexto político nacional. Lo más probable es que las políticas relacionadas con la UE sean tratadas en el marco legislativo nacional como asuntos puramente técnicos, que deben ser aprobados, sin debate, por los parlamentos nacionales para pasar a ser gestionados por las administraciones estatales. Esto es sumamente despolitizante, ya que reduce las opciones de los partidos políticos para tomar medidas políticas, además de recortar los instrumentos y la gama de medidas políticas que puedan tomar. A su vez, esta situación deja más hueca la competencia entre partidos y devalúa la competencia electoral nacional.³⁸ Aún más grave es el hecho de que rebaja el debate político nacional; una vez que estas áreas políticas europeizadas desaparecen de la agenda política nacional, dejan de ser el foco de atención del discurso comunicativo de los líderes nacionales. Por motivos obvios, los líderes nacionales no suelen tratar en público sobre aquello de lo que no tienen control alguno. En su defecto, la ciudadanía es bombardeada con cuestiones de política social, educación, pensiones, reforma de los servicios públicos, servicios de salud y todo el rango de cuestiones puramente nacionales sobre las cuales los líderes nacionales han centrado sus agendas políticas, con pocas citas a Europa.³⁹

Las repercusiones de estos efectos directos e indirectos resultan aún más peligrosas. La despolitización relacionada con la UE sirve para desmovilizar a algunos votantes y para radicalizar a otros, empujando a otros más hacia formas de participación alternativas. Por una parte, es posible que los ciudadanos le den la espalda a la política representativa nacional –desmoralizados por la falta de política nacional–, con la consiguiente desmovilización electoral. Esto puede observarse en las bajas tasas de participación alcanzadas en las elecciones nacionales y europeas.⁴⁰ Por otra parte, en vez de desmovilizarse, puede que los ciudadanos se movilicen para votar a los extremos políticos. El auge de los partidos políticos extremistas, sobre todo de la derecha, es prueba de ello (ya sean movimientos de nuevos terceros partidos en sistemas mayoritarios, como el ultraderechista Frente Nacional en Francia, o partidos fugaces en sistemas multipartidistas, como el partido de ultraderecha de Pym Fortyn en los Países Bajos).

Sin embargo, en vez de desmovilizarse o radicalizarse con respecto al voto, otra posibilidad es que los ciudadanos reviertan a la política basada en el interés o a otras formas de activismo no partidistas, ya sea en la política de grupos de interés convencionales, la política de la promoción y defensa pública (*advocacy*) o los movimientos sociales. Éstos

³⁸ P. Mair, *op. cit.*, 2004.

³⁹ R. Koopmans, "The Transformation of Political Mobilisation and Communication in European Public Spheres", quinto programa marco de la Comisión Europea, 2004, en <http://europub.wz-berlin.de>.

⁴⁰ P. Bréchon, "Des Valeurs Politiques entre Pérénité et Changement", *Futuribles*, Vol. 277, 2002, pp. 92-128.

pueden centrarse en influenciar el proceso político o el sistema legal mediante recursos ante la Corte Europea de Justicia a través de los tribunales nacionales. Esto no es necesariamente algo negativo, partiendo de la base de que la participación “por” parte de la ciudadanía a través del voto es un instrumento muy basto, poco adecuado para diseccionar las complejas cuestiones que surgen de decisiones cada vez más técnicas. En este sentido, el auge de las consultas sobre intereses –si se realizan de forma realmente abierta en cuanto al acceso y transparente en cuanto al proceso– y del activismo legal son medidas de corrección necesarias ante las incertidumbres de la política electoral. En todo caso, puede que estas medidas correctivas no sean demasiado satisfactorias para los ciudadanos, centrados en la participación democrática “por” la ciudadanía. Otras medidas de corrección, como la democracia directa, principalmente a través de referendos, generan otros problemas. Del mismo modo que los referendos incrementan el grado de acceso de la ciudadanía, se suman al mercadeo electoral que ya está experimentando excesos debido a la proliferación de citas electorales: nacionales, europeas, locales y regionales. Esto puede incidir en cierta fatiga de los votantes, y por tanto en tasas menores de participación.⁴¹ No obstante, hay que señalar que en los referendos relativos a la UE, lo que se logra, inevitablemente, son respuestas nacionales a cuestiones europeas.

Aunque la política sea responsable de gran parte de los problemas de la democracia en Europa hoy en día, sobre todo al politizarse los partidos políticos (tanto a la izquierda como a la derecha) según líneas integradoras/soberanistas, y al desmovilizarse o radicalizarse los votantes en torno a las cuestiones relativas a la UE, la política también es parte de la solución. Pero sólo si los líderes nacionales logran concebir nuevas ideas legitimadoras y discursos sobre Europa, a la vez que nuevos métodos para reincorporar la política en el proceso de toma de decisiones en la UE.

Las carencias en el discurso de los líderes políticos

Los problemas actuales con respecto al impacto de la UE provienen, al menos en parte, del fracaso de los políticos nacionales en la comunicación y deliberación con sus ciudadanías nacionales sobre las cuestiones relativas al sistema de organización política, es decir, los cambios vinculados a la UE que afectan a las prácticas nacionales en ámbitos como la soberanía, los límites, la identidad y la democracia. Esta situación ha empeorado porque cuando los líderes políticos hablan de los cambios a las políticas nacionales, especialmente en el ámbito económico, su discurso se centra principalmente en trasladar las culpas por

⁴¹ R. Dalton y G. Mark, “Expanding the Electoral Marketplace”, en B. Cain, R. Dalton y S. Scarrow (Eds.), *Democracy Transformed? Expanding Political Opportunities in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

políticas impopulares a la UE. Al mismo tiempo que argumentan que “la UE nos ha obligado a ello”, se apropian de los laureles de toda política que resulte popular, en muchos casos sin ni siquiera mencionar el papel de la UE.

Las carencias en el discurso de los líderes nacionales se observan en dos ámbitos, englobando no sólo el contenido sustantivo (lo que dicen), sino también el proceso interactivo, es decir, dónde, cuándo y a quién dirigen sus palabras. En realidad, los líderes nacionales han logrado un desempeño bastante positivo en cuanto al discurso coordinativo de la construcción de políticas, en su papel como actores en las políticas a nivel de la UE, junto con otros actores gubernamentales y no gubernamentales al mismo nivel, pero también en el ámbito nacional e incluso regional.⁴² Por otra parte, su desempeño ha resultado ser bastante negativo en cuanto al discurso comunicativo de la legitimización ante la ciudadanía con respecto de estas mismas políticas, y en cuanto al desarrollo de la UE en su conjunto.⁴³

Parte del problema comunicativo deriva de la propia naturaleza de la UE. Es una consecuencia casi inevitable de la estrechez del ámbito público europeo, donde es evidente la falta de política representativa sustancial y la insuficiencia de los líderes a nivel comunitario a la hora de tratar directamente con una ciudadanía europea, debido a la ausencia de un idioma común, unos medios de comunicación verdaderamente europeos o incluso de una opinión pública realmente europea. De ahí que las reformas propuestas en el Tratado Constitucional en el sentido de crear un cargo de Ministro de Asuntos Exteriores y un Presidente no rotatorio habrían supuesto una mejora significativa, al contar con una única voz para tratar las cuestiones políticas de la UE. Otras sugerencias, que finalmente fueron descartadas en la redacción final del Tratado, podrían haber ido aún más lejos, como por ejemplo convertir a la UE en un ámbito realmente deliberante, levantando el velo de secreto que cubre al Consejo, y celebrando debates públicos en el mismo con la presencia de líderes nacionales en representación de los europeos para tratar sobre cuestiones europeas. Esto habría dificultado poder decir algo en una reunión con líderes de la UE para luego sostener lo contrario ante el foro público nacional. Del mismo modo, tales discursos, en “la sombra de la transparencia”, también dificultarían que el Consejo alcance acuerdos de cualquier tipo. La UE se ha establecido sobre la base de acuerdos logrados a puerta cerrada, a partir de compromisos que podrían haber sido otros si los Estados miembros tuviesen que legitimarlos *a posteriori* a través del debate público. Además, si la UE sufriese de parálisis a consecuencia de ello, esta mayor democracia deliberante supondría un ejercicio frustrante, y generaría un rechazo aún mayor que el sistema actual entre los ciudadanos europeos.

⁴² V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2002, cap. 5.

⁴³ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a.

Por ahora, el discurso comunicativo surge necesariamente de la boca de los líderes nacionales ante públicos nacionales y en idiomas nacionales, y es difundido por medios de comunicación nacionales con el objetivo de formar opiniones públicas nacionales. Como destacamos anteriormente, el problema es que los líderes nacionales raramente informan a sus ciudadanías sobre los cambios en las prácticas nacionales provenientes de la UE. Los líderes nacionales tampoco se han esforzado por reconceptualizar las percepciones nacionales sobre la democracia a la luz de las nuevas prácticas. Su silencio sobre las cuestiones relativas al sistema de organización política que inciden sobre la soberanía, los límites, la identidad, la economía y la democracia, junto con su tendencia a trasladar las culpas hacia la UE o a acaparar sus logros sobre cuestiones políticas, han dejado mucho terreno a la aparición de los extremos políticos. En conjunto, esta situación genera graves problemas, tanto para la UE como para las democracias a nivel nacional.

El impacto diferencial de la UE sobre las democracias nacionales

Complicar los efectos generales que tiene la UE sobre las democracias de sus Estados miembros ha sido el impacto diferencial de la UE en cuanto a cuestiones de diseño institucional. La lógica institucional de la UE, como sistema de organización político “muy compuesto”, con estructuras institucionales cuasi-federales, un proceso de toma de decisiones políticas semipluralista y una política enfocada al consenso y a los intereses, conlleva mayores problemas de ajuste institucional para los sistemas de organización política más “simples” que para los más “compuestos”. En el primer caso, como sucede en Francia y Reino Unido, la UE sirve para difuminar la concentración tradicional de la actividad de gobierno en el brazo ejecutivo de Estados unitarios, con sistemas de toma de decisiones estadistas y una política mayoritaria. En el segundo caso, ejemplificado por Alemania e Italia, la UE sólo aumenta el grado tradicional por el que se difumina la actividad de gobierno entre las múltiples autoridades de Estados federales o regionalizados, con sistemas de toma de decisiones corporativistas y/o sistemas de representación proporcional.⁴⁴

En términos generales, la política de la UE centrada en el consenso y el compromiso entra en conflicto con la política mayoritaria de sistemas simples de organización política. En estos sistemas, la política partidista altamente polarizada y muy competitiva genera unos electorados que esperan unas políticas y posiciones claramente diferenciadas y que, en su ausencia, podrían mostrarse más descontentos. Por otra parte, la política de la UE, basada en el consenso y el compromiso, complementa los sistemas de representación proporcional de sistemas compuestos de organización política. En estos sistemas, los gobiernos de

⁴⁴ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2005 y 2006a.

coalición centristas rebajan la polarización y enfrían la competencia en favor del compromiso, y los electorados están acostumbrados a políticas y posiciones más ambiguas, basadas en el compromiso.

El tema del ajuste institucional también tiene implicaciones concretas sobre las percepciones de los Estados miembros con respecto a los principios organizadores de las democracias nacionales. En el caso de sistemas simples de organización política, los múltiples niveles y centros de gobernanza de la UE que realizan numerosas consultas “con” la ciudadanía, con el fin de gobernar “para” la ciudadanía, sirven para difuminar la legítima concentración de poder en Estados unitarios con sistemas de toma de decisiones estadistas, al ser elegido el brazo ejecutivo “por” la ciudadanía, para que gobierne “para” la ciudadanía, pero sin una consulta previa “con” la ciudadanía. De este modo, la UE supone un desafío no sólo a las realidades institucionales sino también a los principios de organización democrática, como los del Estado republicano francés “uno e indivisible” o de la “soberanía parlamentaria” de Reino Unido.

**La lógica institucional de la UE conlleva mayores problemas
de ajuste institucional para los sistemas de organización política más
“simples” que para los más “compuestos”**

Por otra parte, en los sistemas compuestos de organización política, la multiplicidad estructural de la UE y el extenso proceso de consultas sobre intereses encajan bien con la difusión legítima de poder en Estados federales y regionalizados con sistemas de toma de decisiones corporativistas, donde la consulta “con” la ciudadanía por gobiernos elegidos “por” la ciudadanía es parte integrante del concepto de gobierno “para” la ciudadanía. Por consiguiente, si bien la UE ha tenido un efecto poco perdurable con respecto a las realidades institucionales y los principios organizativos del Estado federal alemán (aunque no sin importantes resistencias por parte de los Länder y el Bundesrat en su defensa), ha tenido efectos positivos sobre el Estado regionalizado italiano, cuya capacidad y legitimidad se ha visto reforzada (mediante una reducción en el clientelismo).⁴⁵

Una buena manera de ilustrar el problema del ajuste institucional es mediante una analogía con las religiones politeístas y monoteístas en tiempos del Imperio Romano.⁴⁶ Para aquellos pueblos que ya aceptaban un gran número de dioses, como los griegos, verse

⁴⁵ S. Fabbrini (Ed.), *L'Europeizzazione dell'Italia: L'impatto dell'Unione Europea sulle istituzioni e le politiche italiane*, Laterza, Roma, 2003. V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a, capítulo 2.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 272.

forzados por los conquistadores romanos a incorporar unos más a su panteón no supuso un gran problema –más bien lo contrario, pues podría redundar en mayor diversión para los dioses–. Pero cuando sólo se cree en un dios, como es el caso de los cristianos, la inclusión de otros supone un ataque a la fe verdadera –mejor dejarse devorar por las fieras–. En nuestra analogía, sustitúyanse los griegos por los alemanes o italianos, y los cristianos, por los franceses y su devoción por el Estado republicano o por los británicos y su fervor por la soberanía parlamentaria.

Sin embargo, el diseño institucional no es fruto del destino. Incluso si la lógica institucional ayuda a establecer ideas en cuanto a los principios organizadores de la democracia, otros valores políticos, sociales y económicos están en juego, por no hablar de los intereses políticos, sociales y económicos. Los valores arraigados en la historia y la cultura ayudan a explicar la razón por la cual los franceses, con sus ideales sobre la *grandeur* y los derechos universales del hombre, han abrazado la integración europea, a pesar de su posible impacto sobre los poderes del Estado republicano “uno e indivisible”. Del mismo modo, se explicaría la razón por la cual los británicos han intentado mantener cierta distancia con Europa por sus ideas sobre la soberanía parlamentaria y los “derechos históricamente establecidos de los británicos”. A su vez, se explica la razón por la cual los alemanes abrazaron la causa europea como una forma de sumergir la identidad del Estado-nación en un conjunto aún mayor, y por qué los italianos perciben Europa como una fuente de orgullo patrio y de identidad. Los intereses, tanto políticos como económicos, enriquecen esta combinación de factores. Es imposible comprender el impulso de la integración europea en cualquiera de estos países sin tener en cuenta el deseo francés de liderazgo político en Europa; la voluntad británica de seguir sus intereses económicos a pesar de sus reticencias políticas; el interés alemán por el crecimiento económico y la estabilidad social; y la esperanza italiana de superar los problemas de parálisis a nivel estatal.⁴⁷

También podemos reflexionar sobre esta cuestión en términos de las piedras angulares de la identidad, y como éstas se vinculan a las formas en las que los diferentes Estados miembros se han comprometido con la UE a lo largo del tiempo. Este compromiso va más allá de una mera cuestión de existencia, es decir, es el resultado de diferencias históricas, culturales y políticas, reflejadas en las concepciones nacionales profundamente arraigadas por parte de la ciudadanía en cuanto a las distintas percepciones sobre la soberanía, los derechos políticos y la identidad. También es cuestión de acciones, es decir, la forma en la que los Estados miembros se han comprometido con Europa –por ejemplo, Francia como líder a lo largo de gran parte de la historia de la UE, Alemania como socio voluntarioso, Italia como seguidor entusiasta y Reino Unido como socio incómodo–. Pero este compromiso es

⁴⁷ M. Smith, “Germany’s Quest for a New EU Industrial Policy: Why it is Failing”, *German Politics*, Vol.14, Nº 3, 2005. V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2004.

también una cuestión discursiva, que afecta el modo en que los actores perciben sus acciones y que transforma su forma de existencia.

Para legitimar el compromiso con Europa, el discurso comunicativo de los líderes franceses, empezando con De Gaulle, se centra en el liderazgo francés en Europa, con todo lo que ello aportaba en beneficios, no sólo con respecto a los intereses económicos, sino también en términos de su identidad, a través de la *grandeur*, permitiéndoles por tanto ignorar cualquier pérdida de soberanía del “Estado republicano”.⁴⁸ El discurso europeísta británico, por otra parte, desde los tiempos de Macmillan, se centra constantemente en los beneficios con respecto a los intereses económicos, sin referirse a las pérdidas de soberanía parlamentaria ni a los “derechos históricamente establecidos de los británicos” –las dos principales preocupaciones de los euroescépticos–.⁴⁹ El discurso alemán e italiano se ha mostrado mucho menos preocupado por cuestiones de soberanía y de derechos, centrándose en la identidad. El alemán, desde los tiempos de Adenauer, retrató la pertenencia a la UE como favorecedora de una identidad nacional tanto alemana como europea que, partiendo de una turbulenta existencia pasada, se transformaba mediante acciones económicamente prósperas. Por otro lado, el discurso italiano, desde De Gasperi, ha presentado una identidad italiana con Europa como fuente de orgullo nacional, ensalzando a la UE como salvadora del Estado-nación.⁵⁰

El problema, hoy en día, es que estas retóricas, ancladas en el pasado, ya no sirven como expresiones discursivas para reflejar las acciones de estos países, ni tampoco su existencia actual. El dilema de los líderes franceses es que mientras siguen evocando la visión original del liderazgo francés en Europa como algo positivo para la economía y su identidad nacional, la ciudadanía constata que Francia ya no lidera Europa y que su identidad nacional está en crisis, y culpa cada vez más al neoliberalismo de la UE por las tribulaciones económicas del país.⁵¹ Por otra parte, Reino Unido sigue enfrentándose a su propia falta de visión sobre Reino Unido en Europa, ya que el discurso del interés económico no responde a las crecientes preocupaciones con respecto a la soberanía y la identidad. Aún más grave, la idea de la diferencia e individualidad británica en Europa podría incluso llevar a una separación real de Europa, en caso de que la cuestión llegase a plantearse en un referéndum en Reino Unido sobre su “pertenencia o no a Europa”.⁵² A su vez, los alemanes deben actualizar su visión de “alemán como europeo” ante los cambios acaecidos tras la unificación y el recuerdo desvaneciente de la II Guerra Mundial, sobre todo ahora que

⁴⁸ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a y 2007b.

⁴⁹ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a y 2006b.

⁵⁰ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006a.

⁵¹ V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2007b.

⁵² V. A. Schmidt, *op. cit.*, 2006b.

empiezan a poner en duda los beneficios de su pertenencia a la UE, y se muestran preocupados por el impacto de la UE sobre la economía social de mercado. Finalmente, los italianos deben centrarse no tanto en su visión de Italia en Europa como en la implementación de las normativas europeas en este país, ya que su orgullo por ser europeos podría llegar a sufrir si no se esfuerzan un poco más por hacer que el país cumpla con la legislación europea.

Un último comentario respecto al diseño institucional. Éste puede generar mayores problemas para países con sistemas simples de organización política (Reino Unido y Francia) en cuanto a su adaptación institucional y conceptual a Europa. Pero también podría hacer que sean más proclives a hablar con una única voz sobre los temas europeos, frente a aquellos países con sistemas compuestos de organización política (Alemania e Italia), donde predomina una cacofonía de voces provenientes de la multiplicidad de distintas autoridades institucionales. Hasta la fecha, los líderes nacionales en países con sistemas de organización política más simples no han intentado hacer uso de sus mayores capacidades para abordar estos temas directamente, lo que hace que la falta de discurso legitimador resulte aún más notable.

¿Podemos resolver el déficit democrático?

Para que la democracia en la UE deje de ser un problema, los líderes nacionales y las ciudadanía respectivas deben iniciar un debate y volver a reflexionar sobre quiénes son y a dónde quieren ir, tanto juntos en la UE como individualmente en sus propios Estados miembros. No sólo necesitan una nueva narrativa descriptiva de la UE —que vaya más allá de la paz y la prosperidad—, sino también nuevas narrativas sobre lo que significa estar en Europa para la democracia nacional. A nivel de la UE, ya existe una nueva narrativa con respecto a su papel en el mundo, la del “poder normativo” comprometido con el multilateralismo, respetuoso del imperio de la ley y promotor de la democracia a través de su propio “poder de atracción”. Pero a nivel nacional está claro que los Estados miembros necesitan nuevas narrativas que deben desarrollarse desde dentro, mediante una profunda reflexión sobre sus percepciones nacionales de la democracia y una revaluación de sus visiones nacionales sobre Europa. Sólo una vez realizado este ejercicio será posible que puedan producir un verdadero “arreglo” constitucional con respecto a la Unión Europea.

No obstante, no son suficientes ni las ideas ni los discursos para resolver los problemas de la política en la UE. Esto también requiere soluciones institucionales. En el ámbito comunitario, la implementación de las numerosas reformas democratizadoras contenidas en el Tratado Constitucional sería, sin duda, un paso importante en la dirección adecuada. En este sentido pueden citarse las relaciones más cercanas con los parlamentos nacionales, el

derecho de los ciudadanos a presentar peticiones, un mayor papel para el defensor del pueblo y mayores oportunidades para la participación de la sociedad civil, junto con la constitucionalización de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea. Yendo más allá, dotar a la UE de una única voz, con un Presidente del Consejo y un Ministro de Asuntos Exteriores no rotatorio, o crear foros de debate para grandes cuestiones también podría ayudar. El que la Comisión establezca líneas directrices sobre las implicaciones políticas de decisiones con respecto a los sistemas de organización política también puede servir para incorporar las consideraciones políticas al Consejo, además de las deliberaciones del Parlamento Europeo sobre estas mismas cuestiones.⁵³ Pero cabe preguntarse si puede politizarse todavía más la UE. Por ejemplo, mediante la cesión de poderes aún mayores al Parlamento junto con el derecho a elegir el presidente de la Comisión.⁵⁴ El problema es que la introducción de la política de partidos en las “políticas sin política” de la UE podría socavar aquello mismo que la UE consigue hacer bien, es decir, gobernar “para” y “con” la ciudadanía.

A nivel nacional también se imponen las reformas democratizadoras, teniendo en cuenta que la UE ha modificado el modo de operación de todas las democracias nacionales, incluso si esto resulta ser más disruptivo para los sistemas simples de organización política que para los más complejos. Pero todos los gobiernos nacionales de los Estados miembros deben encontrar nuevas formas para reincorporar a la ciudadanía, ya que cada vez se toman más decisiones en el ámbito comunitario. Esto urge no sólo con respecto al nivel de gobernanza de la UE, ayudando a que los ciudadanos se organicen de forma que tengan acceso e influencia en Bruselas, sino que también es necesario que lo hagan a nivel nacional, incorporándolos a los procesos de toma de decisiones que tengan que ver con la UE. Puede que incluso tengan que volver a repensar la organización de la democracia nacional en sí misma –sobre todo en los países con sistemas de organización política más simples, donde la concentración de autoridad se convierte en un impedimento cada vez mayor a la participación de los ciudadanos en las decisiones que más inciden sobre sus vidas–. No obstante, para que estas cosas ocurran, es necesario que los líderes nacionales reconozcan que existe este problema y empiecen a hablar de él con sus ciudadanías nacionales. ¿Llegará a ocurrir? Lo último que se pierde es la esperanza.

⁵³ P. Magette, *Contrôler l'Europe. Pouvoirs et responsabilité dans l'Union Européenne*, Instituto de Estudios Europeos, Bruselas, 2003.

⁵⁴ S. Hix, *The Political System of the European Union*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2005.

El conocimiento tradicional para la resolución de problemas ecológicos contemporáneos

La etnoecología estudia el conocimiento ecológico local de grupos indígenas y comunidades que viven en zonas rurales. El conocimiento ecológico local, considerado por muchos rudimentario y superfluo, es en realidad el fruto de la adaptación humana al medio ambiente y puede ser una herramienta en el desarrollo y en la conservación de la diversidad biológica y cultural. En este artículo revisamos algunos estudios que ilustran el potencial de la etnoecología para aportar elementos en debates complejos actuales. Específicamente, abordamos los aportes reales y potenciales de la etnoecología en la conservación de la diversidad biológica y cultural, el manejo sostenible de los recursos naturales, el desarrollo local y el cambio climático.

La etnoecología ha sido definida como el estudio interdisciplinar de los sistemas de conocimiento, prácticas y creencias de los diferentes grupos humanos sobre su ambiente.¹ La etnoecología nació como una subdisciplina de la antropología en la década de los cincuenta. Inicialmente, los estudios en etnoecología se centraron en documentar cómo y por qué diferentes grupos indígenas clasifican los elementos del medio ambiente (plantas, suelos),² y en estudiar los sistemas de conocimiento mediante los cuales los grupos indígenas y habitantes rurales usan y mantienen sus recursos naturales.³ Aunque

Victoria Reyes-García es antropóloga e investigadora ICREA en el Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales (ICTA) de la Universidad Autónoma de Barcelona donde coordina el Laboratorio de Etnoecología*

* El Laboratorio de Etnoecología está financiado por el VI Programa Marco de la Unión Europea (Marie Curie International Reintegration Grant MIRG-CT-2006-036532).

¹ V. Toledo, "What is ethnoecology? Origins, scope, and implications of a rising discipline", *Etnoecologica*, Nº 1, 1992, pp. 5-21.

² B. Berlin, D. E. Breedlove y P. H. Raven, *Principles of Tzeltal Plant Classification: An Introduction to the Botanical Ethnography of a Mayan Speaking Community in Highland Chiapas*, Academic Press, Nueva York, 1974. Ver también E. S. Hunn, *Tzeltal Folk Zoology. The Classification of Discontinuities in Nature*, Academic Press, Nueva York, 1977.

³ H. C. Conklin, "An ethnoecological approach to shifting agriculture", *Transactions of the New York Academy of Sciences*, Vol. 17, Nº 2, 1954, pp. 133-142; D. Posey, "A preliminary report on diversified management of tropical forest by the Kayapo Indians of the Brazilian Amazon", en G. T. Prance y J. A.

los estudios en etnoecología de los años setenta y ochenta fueron relativamente poco visibles, resultaron claves para ilustrar la complejidad y profundidad del conocimiento ecológico de los grupos indígenas.

La década de los noventa supuso el reconocimiento internacional del valor potencial del conocimiento indígena sobre los ecosistemas naturales. El conocimiento ecológico local, hasta entonces considerado rudimentario y superfluo, entró en documentos políticos como *Our Common Future* (1987) o la *Convención de Diversidad Biológica* (1992), y empezó a despertar el interés en científicos de varias disciplinas, activistas, políticos y el público en general. Investigadores notables enfatizaron el valor del conocimiento ecológico local, presentándolo como resultado y estrategia de la adaptación al medio ambiente.⁴ La investigación en etnoecología ha subrayado las similitudes entre conocimiento ecológico local y conocimiento científico,⁵ sugiriendo que dichas similitudes apuntan a que el conocimiento ecológico local podría ser de utilidad para la elaboración de programas de conservación y restauración ecológica, así como una herramienta en la gestión sostenible de los recursos.⁶

Dada la correspondencia entre diversidad biológica y cultural, la conservación de la biodiversidad se hace difícil e incluso imposible si no se reconocen, protegen y refuerzan las culturas indígenas ligadas a ella.

Etnoecología y conservación de diversidad biológica y cultural

Desde la etnoecología, como desde otras disciplinas, se argumenta que la conservación exitosa de la diversidad biológica del planeta debe incluir las regiones habitadas y a sus habitantes, en la mayoría pueblos indígenas en zonas de alto endemismo biológico. Investigaciones recientes sugieren que el concepto de conservación de la biodiversidad

Kallunki, *Ethnobotany in the Neotropics (Advances in Economic Botany 1)*, New York Botanical Gardens, Nueva York, 1984, pp. 112-126.

⁴ F. Berkes, J. Colding y C. Folke, "Rediscovery of traditional ecological knowledge as adaptive management", *Ecological Applications*, Vol. 10, N° 5, 2000, pp. 1251-1262; y V. Toledo, *op. cit.*, 1992.

⁵ H. P. Huntington, T. Callaghan, S. Fox e I. Krupnik, "Matching traditional and scientific observations to detect environmental change: A discussion on Arctic terrestrial ecosystems", *Ambio*, suppl. 13, 2004, pp. 18-23. Ver también S. Mackinson, "Integrating local and scientific knowledge: An example in fisheries science", *Environmental Management*, Vol. 27, N° 4, 2001, pp. 533-545.

⁶ H. P. Huntington, "Using traditional ecological knowledge in science: Methods and applications", *Ecological Applications*, Vol. 10, N° 5, 2000, pp. 1270-1274. Ver también T. J. Pitcher, "Fisheries managed to rebuild ecosystems? Reconstructing the past to salvage the future", *Ecological Applications*, Vol. 11, N° 2, 2001, pp. 601-617.

basado en santuarios naturales que excluyen a la población local es obsoleto. Esta forma de conservación no satisface ni el objetivo de conservación de biodiversidad, ni las necesidades de las poblaciones locales.⁷ Una posible explicación para el fracaso de los programas de conservación que excluyen a las poblaciones locales es la creciente evidencia de que muchos de los ecosistemas que se consideran “prístinos” son en realidad “paisajes culturales”,⁸ por lo que al excluir la población local y sus formas de manejo, es imposible mantener dichos ecosistemas. Más que excluir a las poblaciones locales, los programas de conservación biológica deben buscar aliados en ellas.⁹

Estudios de etnoecología indican que, a nivel mundial, la distribución de la diversidad biológica coincide con la distribución de diversidad cultural y lingüística.¹⁰ Estas investigaciones también apuntan que, más que erosionar la biodiversidad local, las formas de manejo tradicionales contribuyen a la generación y conservación de la diversidad biológica mediante la manipulación de plantas, animales, hábitats y ecosistemas.¹¹ Por ejemplo, numerosos estudios de los sistemas agrícolas de roza-tumba-y-quema han destacado el papel del conocimiento agronómico tradicional en la preservación de multitud de variedades de plantas agrícolas y razas animales.¹² Algunos autores incluso sugieren que la pérdida de diversidad cultural contribuye a la pérdida de diversidad biológica a nivel mundial.¹³

Etnoecología y manejo sostenible de los recursos naturales

Una de las premisas en las que se centra la etnoecología es que, a lo largo de la historia, el uso de los recursos naturales por parte de los grupos humanos ha permitido la acumulación de conocimiento sobre la biología de las especies y los procesos ecológicos locales. Esta premisa ha sido verificada en estudios empíricos. Por ejemplo, en un estudio en el

⁷ P. J. Ferraro, “Global habitat protection: limitations of development interventions and a role for conservation performance payments”, *Conservation Biology*, Vol. 15, 2001, pp. 990-1000.

⁸ K. J. Willis, L. Gillson y T. M. Brncic, “How ‘Virgin’ Is Virgin Rainforest?”, *Science*, Vol. 304, 2004, pp. 402 y 403.

⁹ D. Sheil y A. Lawrence, “Tropical biologists, local people and conservation: new opportunities for collaboration”, *Trends in Ecology and Evolution*, Vol. 19, Nº 12, 2004, pp. 634-638.

¹⁰ D. Harmon, “Losing species, losing languages: connections between biological and linguistic diversity”, *Southwest Journal of Linguistics*, Vol. 15., 1996, pp. 89-108; L. Maffi, “Linguistic, Cultural, and Biological Diversity”, *Annual Review of Anthropology*, Vol. 34, 2005, pp. 599-618.

¹¹ W. Balee, *Footprints of the Forest: Ka'apor Ethnobotany. The Historical Ecology of Plant Utilization by an Amazonian People*, Columbia University Press, Nueva York, 1994. Ver también M. R. Dove, P. Sajise y A. Doolittle, *Conserving Nature in Culture: Case Studies from Southeast Asia*, Yale University Council on Southeast Asia Studies, New Haven (Connecticut), 2005; y P. Olsson, C. Folke y F. Berkes, “Adaptive comanagement for building resilience in social-ecological systems”, *Environmental Management*, Vol. 34, Nº 1, 2004, pp. 75-90.

¹² M. Altieri y C. I. Nicholls, *Agroecología: Teoría y práctica para una agricultura sustentable*, PNUMA, México, 2000; J. Gliessman, *Agroecology: Researching the Ecological Basis for Sustainable Agriculture*, Springer-Verlag, Londres, 1990.

¹³ W. J. Sutherland, “Parallel extinction risk and global distribution of languages and species”, *Nature*, Vol. 423, 2003, pp. 276-279.

bosque tropical de la región del Petén en Guatemala, Atran y sus colegas investigaron la utilización de los recursos naturales por parte de tres poblaciones culturalmente distintas pero que ocupan y usan el mismo ecosistema: los itzaj (un grupo maya que ha vivido en la zona desde tiempos precolombinos), los ladinos (mestizos hispanohablantes) y los q'eqchi' (un grupo maya inmigrante reciente).¹⁴ A pesar de que los tres basan su subsistencia en la milpa (cultivo de maíz) y el uso de productos del bosque, Atran y sus colegas encontraron enormes diferencias en los conocimientos, las prácticas agroforestales y los usos del bosque de cada uno de estos grupos. Las diferencias halladas tienen enormes implicaciones para la sustentabilidad de los recursos forestales. Este estudio demostró que sólo los itzaj, nativos de esa área, poseen un conocimiento de la complejidad ecológica de la zona. Es más, sólo sus prácticas agrícolas favorecen la regeneración del bosque, mientras que las prácticas de los recientes inmigrantes q'eqchi' y ladinos no son sustentables.

Dado el conocimiento de los sistemas locales de los grupos indígenas, la etnoecología propone partir del estudio y rescate de los sistemas de conocimiento y manejo locales para articular estrategias de manejo sostenible de los recursos naturales. A menudo los programas de manejo de los recursos naturales son diseñados por "expertos" que trabajan en instituciones académicas lejos del lugar donde se ejecutan los proyectos o para instituciones de desarrollo, y muchas veces proponen estrategias de conservación basadas en cuestiones meramente biológicas. No es sorprendente que estos programas tengan un conocimiento limitado de las prácticas, conocimientos, necesidades y limitantes que enfrentan las poblaciones supuestamente "beneficiarias". Se asume que si el programa es técnicamente correcto y va acompañado de un buen programa de extensión, las poblaciones locales van a abandonar sus prácticas tradicionales por las nuevas prácticas propuestas. Este enfoque tiene dos peligros. Primero, es posible que las poblaciones locales no quieran aceptar estas prácticas por motivos culturales, políticos o ecológicos. Por ejemplo, muchos programas no fracasan a causa de aspectos técnicos o por la falta de extensión, sino porque no toman en cuenta las estrategias locales de manejo de los recursos.¹⁵ Los movimientos locales también se oponen políticamente a los proyectos que no respetan su autonomía territorial, como muestra Escobar en las luchas políticas de las comunidades negras del Pacífico colombiano.¹⁶ El segundo peligro de los programas de manejo de recursos naturales que ignoran el conocimiento local es que tengan el resultado contrario al deseado y provoquen una disminución de la diversidad local. Por ejemplo, Kuznar estudió las interacciones simbióticas

¹⁴ S. Atran, D. Medin, N. Ross, E. Lynch, J. Coley y V. Vapnarsky, "Folkecology and commons management in the Maya Lowlands", *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, Vol. 96, N° 13, 1999, pp. 7598-7603.

¹⁵ W. Critchley, C. Reij y T. J. Willcocks, "Indigenous soil and water conservation. A review of the state of knowledge and prospects for building on traditions", *Land Degradation and Rehabilitation*, Vol. 5, N° 4, 1994, pp. 293-314.

¹⁶ A. Escobar, *Places and Regions in the Age of Globality: Social Movements and Biodiversity Conservation in the Colombian Pacific*, Duke University Press, Durham, 2007.

entre plantas, humanos y animales en el sistema pastoral de los navajo.¹⁷ Los pastores navajo crean ambientes especiales para la propagación de plantas no domesticadas con valor económico e importancia ceremonial. El estudio de Kuznar muestra cómo el desconocimiento de estas interacciones por parte de especialistas que quieren desarrollar el pastoralismo navajo basándose sólo en la actividad pastoral, e ignorando la importancia de las interacciones entre los restantes elementos del ecosistema, tiene efectos perjudiciales en la biodiversidad y en la misma actividad pastoril.

Por tanto, cada vez es más claro que el conocimiento local es un recurso valioso que debe jugar un papel importante en cualquier programa de manejo de recursos naturales. Al respecto, se han desarrollado enfoques participativos que permiten implicar a los beneficiarios en el proceso de investigación y el diseño de los programas.¹⁸ En lugar de diseñar (e imponer) políticas de desarrollo basadas en presupuestos culturales, la etnoecología propone integrar el conocimiento local del ambiente, los ciclos ecológicos y los recursos. Este tipo de enfoque se ha empezado a aplicar a diferentes recursos naturales. Por ejemplo, existe un creciente interés en identificar las contribuciones potenciales del conocimiento ecológico local a estrategias de manejo del agua en zonas semiáridas.¹⁹

La etnoecología también reconoce que no todas las prácticas desarrolladas por las comunidades indígenas son necesariamente sostenibles, especialmente en situaciones de cambio tecnológico o crecimiento demográfico.²⁰ Sin embargo, se argumenta que la colaboración de los habitantes locales es necesaria para la supresión de prácticas no sustentables y la implantación de nuevas formas de manejo.

Etnoecología y desarrollo local

Así como el conocimiento ecológico local es clave en el manejo de los recursos naturales, también tiene potencial para contribuir al bienestar humano y al desarrollo económico rural. El conocimiento ecológico local contribuye a la mejora del estado nutricional²¹ y la salud humana,²² sobre todo en zonas rurales con bajos recursos económicos. En un estudio de

¹⁷ L. A. Kuznar, "Ecological Mutualism in Navajo Corrals: Implications for Navajo Environmental Perceptions and Human/plant Coevolution", *Journal of Anthropological Research*, Vol. 57, N° 1, 2000, pp. 17-39.

¹⁸ R. Chambers, A. Pacey, L. Thrupp, *Farmer First: Farmer Innovation and Agricultural Research*, Intermediate Technology Publications, Londres, 1989.

¹⁹ Y. Gunnell y A. Krishnamurthy, "Past and Present Status of Runoff Harvesting Systems in Dryland Peninsular India: A Critical Review", *Ambio*, Vol 32, N° 4, 2003, pp. 320-324. Ver también N. Pandey, "A bountiful harvest of rainwater", *Science*, Vol. 293, 2001, pp. 1763.

²⁰ S. Stonich, *I Am Destroying the Land! The Political Ecology of Poverty and Environmental Destruction in Honduras*, Westview Press, Boulder, 1993.

²¹ A. Pieroni y L. Price, *Eating and Healing. Traditional Foods as Medicine*, The Haworth Press, Nueva York, 2006.

²² N. L. Etkin, *Eating on the Wild Side: The Pharmacologic, Ecologic, and Social Implications of Using Noncultigens*, University of Arizona Press, Tucson, 2000.

las relaciones entre el conocimiento ecológico local y la salud de los tsimane', un grupo de cazadores recolectores de la Amazonía boliviana, McDade y sus colegas hallaron que niños y niñas con padres (especialmente madres) con más conocimiento ecológico local, tenían un mejor sistema inmunológico.²³ En este estudio se entrevistó a adultos tsimane' para evaluar su nivel de conocimiento sobre las plantas locales y se evaluó la salud de unos 330 niños y niñas de entre dos y diez años. Los investigadores hallaron que las madres con más conocimientos sobre las propiedades y usos de las plantas locales tienen hijos e hijas con una mejor salud que aquéllas que carecen de ellos. La asociación fue consistente en las tres medidas de salud tomadas (crecimiento, estado nutricional y nivel de defensas inmunológicas). Los resultados de este estudio subrayan que el conocimiento tradicional es relevante para los grupos indígenas.

La etnoecología también plantea la compatibilidad del desarrollo económico con la conservación de los recursos naturales. Aunque la extracción de recursos naturales para la comercialización puede llevar a la sobreexplotación, varios trabajos sugieren que éste no tiene que ser necesariamente el caso, y que el conocimiento ecológico local puede estar asociado positivamente al nivel de ingresos económicos en zonas rurales.²⁴ Por ejemplo, en un estudio anterior analizamos cómo varias formas de integración a la economía de mercado afectaban al conocimiento ecológico local de los tsimane'.²⁵ Hallamos que sólo ciertas formas de integración a la economía de mercado, y especialmente las actividades que obligan a los individuos a salir de su comunidad de residencia y de su medio ambiente, están asociadas a un menor conocimiento etnobotánico. Pero también descubrimos una asociación positiva entre el conocimiento ecológico local y las actividades económicas que permiten que los individuos se queden en su cultura y medio ambiente. De forma similar, otras investigaciones muestran que las comunidades rurales están empezando a poner en marcha empresas sociales basadas en sus recursos comunes (agua, bosques).²⁶ Mediante estas empresas, las comunidades rurales negocian con los actores globales sin tener que renunciar a sus recursos comunitarios, lo que les permite mantener el manejo de sus recursos naturales y, a la vez, contribuir al desarrollo económico de la comunidad. Por ejemplo, la empresa forestal de la comunidad indígena de San Juan Nuevo Parangaricutiro es una experiencia modelo en México. En esta empresa, la eficiencia económica y administrativa y el manejo ecológicamente sostenible del bosque

²³ T. McDade, V. Reyes-García, W. Leonard, S. Tanner y T. Huanca, "Maternal ethnobotanical knowledge is associated with multiple measures of child health in the Bolivian Amazon", *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, Vol. 104, N° 15, 2007, pp. 6134-6139.

²⁴ V. Reyes-García, V. Vadez, T. Huanca, W. Leonard y T. McDade, "Economic development and local ecological knowledge: a deadlock? Data from a native Amazonian society", *Human Ecology*, Vol. 35, N° 3, 2007, pp. 371-377. Ver también F. Berkes e I. J. Davidson-Hunt, "Communities and social enterprises in the age of globalization", *Journal of Enterprising Communities*, 2007.

²⁵ V. Reyes-García et. Al., *op. cit.*, 2007.

²⁶ F. Berkes e I. J. Davidson-Hunt, *op. cit.*, 2007.

se combinan con la ideología democrática e igualitaria de la comunidad y el acceso colectivo a los recursos naturales comunales.²⁷

Etnoecología y cambio climático

Estudios en etnoecología también pueden aportar a la investigación sobre cambio climático. A pesar de que, hasta el momento, los grupos indígenas se han visto relegados a un segundo plano en los debates oficiales sobre cambio climático, investigaciones en etnoecología señalan que el conocimiento indígena puede tener un papel relevante en el monitoreo de dicho cambio. Igualmente, el estudio de las formas de adaptación de sociedades indígenas a crisis ambientales puede ayudar a nuestra sociedad a enfrentar las crisis futuras generadas por el cambio climático.²⁸

Aunque la extracción de recursos naturales para la comercialización puede llevar a la sobreexplotación, éste no tiene que ser necesariamente el caso y el conocimiento ecológico local puede estar asociado positivamente al nivel de ingresos económicos en zonas rurales

Los modelos científicos ofrecen un análisis detallado de las posibles consecuencias del cambio climático a nivel global, pero estos modelos no consiguen predecir con certeza modificaciones a nivel local. En los últimos años ha habido un creciente reconocimiento de que los grupos indígenas son una fuente de información confiable para predecir cambios locales. Muchos de los informes sobre observaciones indígenas de cambio climático vienen del Ártico, donde existe una buena cooperación entre la comunidad científica y la población indígena, pero también se han dado colaboraciones similares en otras regiones, como el desierto del Kalahari o la cordillera del Himalaya.

Por otra parte, el estudio de cómo diferentes sociedades humanas han modificado el ambiente para adaptarse al cambio puede contener claves para mejorar la capacidad de adaptación de nuestra propia sociedad.²⁹ Las poblaciones indígenas prevén y reaccionan a las crisis ambientales en formas basadas en su conocimiento ecológico tradicional. Por

²⁷ V. Toledo, "Sustainable development at the village community level: a Third World perspective", en F. Smith (Ed.), *Environmental Sustainability: Practical Global Application*, St. Lucie Press, Boca Raton, Florida, 1997.

²⁸ F. Berkes y D. Jolly, "Adapting to climate change: Social-ecological resilience in a Canadian Western Arctic community", *Conservation Ecology*, Vol 5, Nº 2, 2002, p. 18; D. N. Pandey, A. K. Gupta y D. M. Anderson, "Rainwater harvesting as an adaptation to climate change", *Current Science*, Vol. 85, Nº 1, 2004, pp. 46-59.

²⁹ P. Olsson et. Al., *op. cit.*, 2004. Ver también F. Berkes, J. Colding y C. Folke, *Navigating Social-Ecological Systems. Building Resilience for Complexity and Change*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

ejemplo, una estrategia usada comúnmente para minimizar el riesgo asociado a potenciales crisis ambientales (sequía, inundación) es el uso de la diversidad. Numerosas comunidades indígenas utilizan sistemáticamente una gran diversidad de cultivos, de variedades de cultivos y hasta de ecosistemas con el objetivo no de maximizar los ingresos sino de minimizarlos. Al usar diferentes variedades, en caso de acontecimientos extremos (sequía), al menos se obtendrá el cultivo de las variedades más tolerantes a este acontecimiento. El uso de la diversidad en nuestros sistemas productivos puede ayudarnos a minimizar riesgos ante la creciente variabilidad climática.

Desde la etnoecología se argumenta que el estudio sistemático de las estrategias desarrolladas por los grupos humanos para responder a las crisis ambientales es necesario y urgente, puesto que muchas de estas estrategias se están perdiendo. Por ejemplo, están desapareciendo variedades agrícolas adaptadas a diferentes condiciones meteorológicas; se están abandonando los sistemas tradicionales de recogida y almacenamiento de agua; y también se está perdiendo el conocimiento de alimentos estacionales que podían sustituir cultivos en caso de pérdida agrícolas.

Los problemas ecológicos actuales no sólo afectan a las otras especies que habitan el planeta, sino que también ponen en peligro las formas de vida de muchos grupos humanos. La humanidad enfrenta los grandes retos de frenar la destrucción de recursos y restaurar los servicios ambientales. Históricamente, el conocimiento ecológico tradicional, construido a partir de las interacciones cotidianas de los grupos humanos con el medio ambiente, se ha mostrado vital en el uso sustentable de los recursos naturales. Desde la etnoecología se argumenta que el conocimiento ecológico local puede contribuir también ahora al diseño de estilos de vida sostenibles.

“Negociar con las manos” el espacio público

En la práctica urbanística se considera espacio público el que es espacio y el que es público; sin metáforas ni sobreentendidos. Es una construcción social, desde luego, pero es ante todo volumen, extensión, la anchura que contiene las cosas. Lugar. Espacio. Y además público, por donde se puede mover libremente la gente sin tener que pedir permiso. Los autores analizan el impacto de la globalización en el diseño del ámbito urbano y en las modificaciones del uso del espacio público.

Aunque las cosas no son tan fáciles. Siempre hay, incluso en estos espacios tan abiertos, límites. Por ejemplo, están los relativos a la nacionalidad, a las fronteras que, en el linde de los Estados, los acotan; los límites de una ciudadanía que no es universal y que, ya de entrada, marcan unas fronteras decisivas. Pero, igualmente dentro de esos límites, hay unas normas que establecen cómo puedes usar esos espacios, aunque sean públicos. Nos encontramos además con espacios privados pero de uso colectivo, regulados por normas que pueden ser similares a las de los espacios públicos; y con ámbitos “privados de uso público”, que tienen que estar abiertos a todos. Aunque en rigor estos no sean públicos, también pueden cumplir una función “como ámbito en que se organiza la experiencia social” de primer orden.¹

Pablo Gigosos
Pérez y Manuel
Saravia Madrigal
son arquitectos

Por otra parte, no conviene apresurarse en desvincular lo público de lo privado. Precisamente hay quien ha estudiado el uso de los espacios públicos en función de la forma en que se organiza el repliegue de lo privado. Martínez Veiga, por ejemplo, parte del concepto de “aglomeración compensatoria” para explicar el sobreuso de determinadas plazas latinoamericanas los fines de semana. Esas aglomeraciones “compensan” el aislamiento de las jóvenes

¹ Así se define el espacio público en O. Negt y A. Kluge, *Öffentlichkeit und Erfahrung*, Suhrkamp, Frankfurt, 1972, citado en Daniel Innerarity, *El nuevo espacio público*, Espasa, Madrid, 2006, p. 14.

que están internas el resto de los días.² Y este tipo de explicación puede servir también para otros muchos lugares, pues “el espacio público está unido por vasos comunicantes con otros espacios semipúblicos e incluso privados”,³ de tal forma que las restricciones de acceso a alguno de éstos últimos (equipamientos, por ejemplo) pueden llevar a aglomeraciones compensatorias en el espacio público.

Daniel Innerarity ha señalado que la calidad del espacio público, su relevancia, depende de la capacidad para organizar socialmente una “esfera de mediación de la subjetividad”.⁴ Algo que ha ido evolucionando conforme la ciudad ha adquirido otra dimensión. Es verdad que en ciertos aspectos el espacio público parece anclado en el proyecto de la Ilustración. Pero también es verdad que la globalización, con una tremenda metropolización de todas las ciudades de cierto tamaño y sus secuelas de informalidad, parece a su vez arrastrarnos a una enorme debilidad de la dimensión política de la ciudad.

Ante esta complejidad no va a resultar fácil analizar el espacio público en general. Hay que situarse en algún lugar más concreto para que el examen tenga alguna utilidad y no se quede en vaguedades. ¿Dónde? Digámoslo ya: nos interesan los espacios públicos donde más se necesitan, donde se acumulan las dificultades económicas, la descomposición social y el desprecio cultural; el posible papel de esos espacios en los enclaves obreros y etnorraciales desheredados de las metrópolis. Aún así, a pesar de haberlo definido algo más, a poco que avancemos en el tema todo se nos torna confuso y complicado. Se ha escrito demasiado sobre espacio público sin que se acoten las referencias. Pero no decaigamos: hay cosas que escapan del desconcierto y se nos presentan como claras evidencias.

Una realidad: la privatización de los espacios de encuentro

Por de pronto, una de las evidencias es la creación de espacios reservados y protegidos para una clase muy determinada. Lo vemos por todas partes. Son espacios no públicos que asumen funciones que hasta hace no mucho eran patrimonio de los espacios de todos. Hoy vemos multiplicarse en todo el planeta las plazas, las calles y los parques cerrados, de acceso controlado en las *gated communities*.⁵ Ocurre en Norteamérica y en Sudamérica; en África y en Europa; en el sudeste asiático y en Mongolia; en Australia y en Madagascar. Es posi-

² Ubaldo Martínez Veiga, “El lugar estable y móvil de los inmigrantes, las paradojas de su vivienda en las ciudades”, en M. Delgado (comp.), *Ciutat i immigració*. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1997.

³ Mikel Aramburu, “Inmigración y usos del espacio público”, en *Barcelona Metròpolis Mediterrània*, 634, 2005. En www.bcn.es/publicacions/b_mm/ebmm_civisme/034-042.pdf

⁴ D. Innerarity, *op. cit.*

⁵ Sobre las *gated communities* ver *Informe de Valladolid 2004, sobre el derecho a la seguridad*, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valladolid, 2005. Disponible en www.ciudad-derechos.org

ble que no se dé en alguna isla remota del Pacífico, pero no nos consta. Se trata de uno de los fenómenos antiurbanos más claros, evidentes, por todas partes rechazados pero presentes y en crecimiento. También sucede en España, por supuesto. Incluso en ese modelo de ciudadanía con que se presenta a sí misma Barcelona. Resulta, de entrada, un desastre para el espacio público.

Igualmente percibimos otras funciones que hasta hace bien poco caracterizaban y daban vida a nuestras calles, y que se van yendo y encerrando en "centros comerciales" de todo tipo y condición. Recordemos: unos lugares a los que se va en coche, que no pueden albergar manifestaciones de protesta y donde no se puede pedir limosna, por decir algo. Y lo cierto es que resultan endiabladamente atractivos, por ejemplo, El Corte Inglés, Ikea, Carrefour o cualquier otro. Están por todas partes y en todas ellas creciendo. No tendrán problemas porque el poder urbanístico les favorece descaradamente (véase el reciente caso de El Corte Inglés en Salamanca),⁶ ni apuntan el más leve signo de decadencia. Todo lo contrario de lo que sucede con otros espacios de comercio tradicionales, abocados a la superespecialización, al fracaso o al abandono.

La otra cara de la moneda de los espacios urbanos reales, materiales, pisables es el incremento de los baldíos. Junto al enorme desarrollo del *urban sprawl* (las grandes extensiones de vivienda unifamiliar) nos encontramos con el desmantelamiento de la ciudad industrial, que continúa dejando millones de hectáreas sin uso, tanto en muchas de las grandes ciudades occidentales (Chicago, Detroit, Philadelphia, Toledo, Indianápolis, por citar sólo algunas de EEUU), como en ciertos polígonos de los países pobres. No es difícil encontrar en cualquier ciudad espacios obsoletos, a la espera de ser utilizados. Y en ellos, las calles y los viejos lugares de encuentro adquieren una nueva vida *zombie*, sin reconocimiento oficial, pero muchas veces de gran efectividad.

Por último, se observa igualmente un proceso de transformación acelerada de espacios urbanos tradicionales que pasan a dedicarse ahora, preferentemente, al servicio del turismo, auténtica vaca sagrada de nuestro tiempo. No conocemos ciudad que no esté inmersa en algún proceso, siempre de cierta envergadura, de modificación del uso y destino de sus áreas centrales, con la consiguiente adecuación de uso y de imagen, para que resulte más familiar (o atractiva, dentro de sus propios cánones) al turista internacional. Desde El

La
globalización
parece
arrastrarnos
a una
debilidad de
la dimensión
política de la
ciudad

⁶ Ver *El Adelanto de Salamanca*, 16 de octubre de 2007 (www.eladelanto.com/epaper).

Cairo hasta Dar-es-Salaam, de Oslo a Guayaquil, todos estamos procurando acomodo a ese nuevo vecino ocasional, el turista, que, en sus distintas modalidades, cada vez nos visita con mayor frecuencia.

Un prejuicio místico: el sueño del ágora

La idea que sobrevuela siempre que se habla del espacio público es la de la Ilustración. Y viendo lo que hay, es frecuente el diagnóstico de su pérdida. El fin del espacio público es un temor reiterado por muchos sociólogos y urbanistas. Incluso por algunos autores como Mike Davis, del que podían esperarse algunos matices más y que, sin embargo, habla de que estamos abocados a la destrucción de cualquier espacio urbano verdaderamente democrático.⁷ Nosotros mismos, cuando hemos tenido ocasión de definir las características de las plazas públicas, hemos insistido en la necesidad de vincularlas a los principios básicos de la ciudadanía,⁸ del Estado o de las instituciones que sean. Error. También hemos pecado de falta de matices.

Esta percepción de ciertos críticos del espacio público, que siguen muy de cerca las conclusiones de autores como Habermas o Sennett, parece que se basa en unas definiciones extremadamente limitadas de los conceptos de espacio y de público. Al buscar un espacio público único y “omniabarcante”, acaban confundiendo los espacios públicos monumentales con la totalidad de los espacios públicos. Y se trata de una posición demasiado frecuente. Por todas partes aparece el ágora. “Es necesario pensar en lugares que promuevan vida activa”, según sostiene Mongin, quien, siguiendo pormenorizadamente a Hannah Arendt (aunque la critique), vincula “el teatro del espacio público” al escenario político, y clama por la creación de “lugares comunes allí donde los territorios tienen tendencia a disociarse”.⁹ Relacionar un espacio público idealizado en el ágora, donde se discutía de política y se reconocían los ciudadanos (aunque no todos), es una tentación demasiado fuerte.

Pero no es más que un sueño místico. Háganse todas las plazas que se quiera aquí y allá y la democracia llegará o no, según le plazca. O al contrario: la crisis de estos espacios no pone por sí sola en peligro las mismas ideas e instituciones democráticas. Al fin y al cabo, ¿quién va hoy al ágora o al foro? Y tampoco hay que sacar demasiadas conclusiones porque otros espacios sean mucho más utilizados que las viejas plazas, y acuda a ellos mucha más gente. En Los Ángeles, nos dicen, los pocos fragmentos del espacio público tradicional

⁷ Mike Davis, *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2007, en www.traficantes.net/index.php/trafis/editorial/catalogo

⁸ Rosario del Caz, P. Gigoso y M. Saravia, *Ciudades civilizadas. Lecciones de urbanismo*, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valladolid, 1999.

⁹ Olivier Mongin, *La condición urbana*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

que hay están siempre desiertos, mientras que los centros comerciales y de entretenimiento, con su paisaje urbano simulado, están atestados de gente. "La existencia y popularidad de estos espacios públicos comerciales se usa para articular un discurso generalizado sobre la pérdida, que contrapone la actual degradación del espacio público con épocas y lugares dorados —el ágora griega, las cafeterías del primer modernismo en Londres y en París, la *piazza* italiana o sencillamente la plaza urbana (...)— como lugares anteriormente vitales de la democracia en los que supuestamente se desarrolló el discurso público cohesivo".¹⁰ La notable ocupación de tales espacios nos indica muchas cosas, pero no necesariamente que esos ámbitos sean los que más nos convengan.

Según nos dice Margaret Crawford, esa versión de una esfera pública presentada como un "espacio democrático" en el que todos los ciudadanos tienen derecho a intervenir, donde las desigualdades sociales y económicas se dejan de lado temporalmente con el fin de determinar un bien común, olvida que tales espacios siempre se han estructurado a partir de significativas exclusiones (mujeres y esclavos en Atenas, mujeres y trabajadores en la primera esfera pública burguesa). Y oculta que hay otros entornos físicos que a menudo representan más certeramente el espacio democrático, como muchos espacios cotidianos invisibles en el discurso de los profesionales sobre la ciudad, donde, sin embargo, se expresan públicamente diversos segmentos de la población. Lugares triviales y comunes (aceras, solares vacíos, aparcamientos), aparentemente sin significado, lo adquieren a medida que quienes los usan (sean manifestantes, paseantes o vendedores ambulantes) los reorganizan y reinterpretan.

Aunque no siempre el balance es positivo; como sucede en demasiados lugares de EEUU y la Unión Europea, donde la situación del subproletariado urbano, sobre el que se han endurecido enormemente las políticas policiales y penales, "amenaza con engendrar problemas crónicos y plantea un temible desafío a la institución de la ciudadanía"¹¹ que no se resuelven con poner una estatua de Hermes o unas bonitas jardineras en el barrio, sino con una política social decidida que salga del estrecho perímetro del empleo asalariado y se dirija más bien a hacer efectivo el derecho a la subsistencia mediante alguna de las variantes del ingreso básico, por ejemplo. Ahí está Pericles, y no en la plaza.

Otro prejuicio místico: internet y los flujos como espacio público

Pero hay otra idea del espacio público especialmente esterilizante, que deja sin saber qué hacer. Se trata del entendimiento metafórico del espacio público como un lugar virtual, de

¹⁰ Margaret Crawford, "Desdibujando las fronteras: espacio público y vida privada", *Quaderns* 228, Barcelona, 2001.

¹¹ Loïc Wacquant, *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

concentración de energías, de movimientos. Conducir el debate del carácter de esos espacios de todos (con su volumen, extensión y anchura) hacia la posibilidad de encuentro, de contraste de pareceres, etc., que ofrece internet es una extensión del ágora a la red que arrastra sus propios prejuicios. Es decir, dos convencionalismos encadenados.

Desde que Castells se ha empeñado en que veamos la ciudad como espacio de flujos, una parte del pensamiento urbano está un tanto trastornada.¹² Innerarity, por ejemplo, afirma que “las sociedades modernas apenas necesitan centralidad espacial”, lo cual “es importante comprenderlo para concebir el nuevo espacio público que se nos abre más allá del antiguo paradigma arquitectónico y nos invita a pensar la ciudad de otra manera”.¹³ Y, efectivamente, conviene pensar la ciudad sin reducirla al paradigma arquitectónico. Pero, por favor, no lo sustituyan por el “paradigma de los flujos”. Si sales a la calle se sienten muchos flujos, sí; pero lo que se ven son coches, casas y gente. Lo que te atropella es un coche, donde entras es una casa y quien te habla es una persona. Los flujos no hacen nada de eso.

Hay otros espacios que son sobrantes del proceso de globalización del suelo: son los preferidos por la gente que no tiene espacio

Ahora sí debemos estar de acuerdo con Mongin. Ante las mutaciones sociales en curso, dice que “no debemos llegar a la conclusión de que los territorios han desaparecido; sencillamente son el origen de nuevas configuraciones, de nuevas concepciones tópicas que dan prioridad a las escalas, los niveles, las redes y las velocidades según modalidades inéditas”.¹⁴ Los flujos prometen; pero hay que reconocer que algo de espacio de verdad también nos hace falta. Al menos algún sitio donde colocar los cuerpos, para poder hacer algo con ellos. Mejor pensar la ciudad, o al menos parte de ella, como “trama de infinitas trayectorias corporales” que como ámbito de flujos. Los trabajadores, los vecinos, los transeúntes, los escolares y los ancianos tienen cada uno su cuerpo. En cada ciudad hay flujos y también un genio del lugar, pero desde luego hay muchos cuerpos de gente, quietos o en movimiento.¹⁵

¹² Manuel Castells, “El espacio de los flujos”, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1 La sociedad red*, Madrid, Alianza, 1997, cap. 6.

¹³ D. Innerarity, *op. cit.*, cap. 4.

¹⁴ O. Mongin, *op. cit.*, p. 278.

¹⁵ S. Pile, *The Body and the City*, Routledge, Londres, 1996.

Un hecho: reunión y toma de espacios por la gente

La gente intenta sacar ventaja del asentamiento, y toma el espacio que necesita. Al describir los espacios, dejamos sin mencionar una categoría especialmente interesante. Es esa tierra de nadie que ni forma parte de los antiguos espacios tradicionales, hoy dirigidos al turismo (o en vías de hacerlo), ni de los espacios cerrados; que no es propia de las áreas abandonadas, y ni siquiera es un resto (uno de esos "espacios interbloques") de algún viejo polígono residencial. No es ninguno de ellos. Hay otros espacios que son sobrantes del proceso de globalización del suelo o, más modestamente, de metropolización de las ciudades medias y grandes. Esas bandas junto a las autopistas, esos espacios de separación de los principales enclaves, esas áreas blancas. Suculentos metros cuadrados que sólo son margen, y parecen a la espera de ser tomados por quien los requiera.

Son los preferidos por la gente que no tiene espacio. Koolhaas los ha descrito en Lagos,¹⁶ donde se observan miles de estrategias de supervivencia que, lejos de una idílica y armoniosa coexistencia urbana basada en un modelo canónicamente ordenado, se desarrolla una "no forma" espontánea y silvestre. Son espacios públicos como los demás, aunque alejados de cualquier "cuestión de ciudad" que se enuncia en los estudios urbanísticos habituales. Espacios donde se aglomeran funciones, se conecta la gente, se pasa información. Que cumplen una función necesaria, sin duda; que el urbanismo oficial no resuelve, o que al menos no lo hace adecuadamente. Los hay de todo tipo: para reunión, para actividades económicas (venta ambulante, servicios), para espectáculos y catarsis, para información y convocatoria. Incluso para la residencia.

Se ocupan todos los intersticios disponibles, e incluso los que no lo están tanto. En El Cairo, por ejemplo, una vez llenas de gente las azoteas de los edificios, se colonizan los cementerios para la vivienda.¹⁷ Lo mismo que hace el "movimiento Okupa". Pero el caso más conocido de apropiación espontánea de espacios públicos, el que primero viene a la mente, es el de los vendedores ambulantes. Se sitúan en las calles que maximizan las posibilidades de venta, bien a los turistas, bien a la población estable. No hay ciudad que no tenga sus mercadillos, más o menos institucionalizados, desde los más modestos a los inmensos de Turín o Luanda.

Aunque no conviene generalizar ni siquiera en este caso. Los usos son muy diferentes en unos y otros sitios, y extraordinariamente heterogéneos los colectivos que los ponen en marcha. Algunos destacan mucho en la ciudad y son muy visibles; pero otros, aún siendo numerosísimos, ni se les nota. Las convenciones sociales que regulan su uso, aunque sea

¹⁶ B. Van der Haak (dir.), Koolhaas: *Lagos Wide & Close Interactive Journey Into An Exploding City*, 2006 (video).

¹⁷ Ángeles Espinosa, "Todo un hogar en pleno cementerio", *El País*, 8 de abril de 2007.

de modo informal e inestable, también son variadísimas.¹⁸ Y está siempre presente la posibilidad de cambio y de conflicto entre distintos grupos y diferentes prácticas sociales. “Pretender un espacio público sin conflicto es una contradicción, ya que su naturaleza democrática lo convierte en un lugar de rivalidad en el que hay que negociar constantemente los significados y usos que se ponen en juego”.¹⁹ Y sobre ellos siempre está latente, como espada de Damocles, la amenaza del orden. De las fuerzas del orden, queremos decir.

Una convicción: ¿qué se puede esperar del urbanismo oficial?

Esta diversidad de usos y actividades es connatural a la ciudad y frecuentemente se trata de delimitar en estos ámbitos. Las políticas municipales, excesivamente sensibles a las exigencias de orden y control, tienden a encapsularlos. “Acaba predominando la separación, la delimitación y la restricción. El deseo de clarificar los papeles, de obsesionarse por la seguridad y el control, (que) genera segregación”.²⁰ Porque lo primero que el urbanismo hace es distinguir entre los espacios “adecuados” y los espacios que necesitan “reforma o adecuación”. Los primeros progresan adecuadamente, mientras que a los segundos se les aplican recetas de esterilización, domesticación y “gentrificación”.²¹ Casi siempre con sustitución de gente.

La obsesión por los espacios considerados peligrosos es universal. Y las reacciones de rechazo también son parecidas. Las parcelas abandonadas se llevan la palma, al considerarse nidos de droga y prostitución. Lo mismo que los edificios interrumpidos a medio hacer, esos “esqueletos de hormigón” que se ven como refugio de indigentes y viveros del delito. Y por supuesto, se rechaza la presencia no reglada de vendedores en las calles “decentes”. Las operaciones de limpieza no se hacen esperar. Tampoco las de saneamiento. Y si hace falta se aplica incluso la legislación antiterrorista.²²

¹⁸ Manuel Delgado, *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Anagrama, Barcelona, 1999.

¹⁹ M. Aramburu, *op. cit.*

²⁰ Joan Subirats, “El debate sobre los espacios públicos”, *El País* (edición Cataluña), 20 de enero de 1999.

²¹ La gentrificación es un proceso de transformación urbana en el que la población original de un sector o barrio decaída y deteriorado es progresivamente desplazada por otra de un mayor nivel adquisitivo a la vez que se renueva y mejora.

²² Sobre el “esqueleto de hormigón” de la avenida Navarra de Zaragoza, ver www.elperiodicodearagon.com. Sobre la parcela abandonada de Los Rosales, en A Coruña, ver www.lavozdegalicia.es. Una operación denominada explícitamente como “de limpieza”: la propuesta para “mover” a 13.000 vendedores ambulantes del centro histórico de México DF (ver *El País*, 14 de octubre de 2007). Una operación denominada como “de saneamiento”: la lanzada en este mismo mes de noviembre de 2007 en Dakar para “despejar las calles de los miles de mendigos y vendedores ambulantes que pasean por Dakar cada día” (información de www.europapress.es). Un ejemplo de aplicación de la legislación antiterrorista contra los vendedores ambulantes: la operación “Vendedores Informales” en El Salvador (ver <http://chichicaste.blogcindario.com/2007/06>). Se estima que hay 27.000 vendedores informales en esta ciudad, y se prevé aplicar un “plan de reordenamiento” (www.diaricolatino.com).

Aunque el problema parece aún más grave cuando se trata de espacios privados. Tomar la calle está mal, pero tomar un edificio privado es aún peor. Afectar al comercio no es admisible; pero perjudicar los intereses de las promotoras inmobiliarias es alta traición. Los desalojos de viviendas, como sabemos, están a la orden del día. Los hay en Lagos y en Copenhague. Se desaloja el Cartucho en Bogotá y los *lilong* (barrios tradicionales con calles solo para peatones o vehículos de dos ruedas) en Shanghai así como lugares en Luanda, Madrid, Albacete.²³ Últimamente Naomi Klein, con su idea del "capitalismo del desastre", ha aportado una nueva e interesante visión del asunto: la vinculación de los desalojos a la aparición, o la provocación incluso, de situaciones catastróficas que permiten resultados que de forma ordinaria no se obtendrían fácilmente. En Sri Lanka se limpió la playa tras el *tsunami* de 2004 para ofrecérsela a la industria del turismo. Y en Nueva Orleans se demolieron miles de viviendas oficiales y se privatizó la reconstrucción de los barrios que arrasó el huracán Katrina en 2005.²⁴

¿Qué puede esperarse del urbanismo en los espacios tomados libremente? En principio, se espera la liquidación, pues el urbanismo oficial, si se le deja suelto, tiende a cumplir el papel que de él espera el "capitalismo sin barreras" hoy vigente. Frente a ello, la tentación de los pobladores es actuar al margen del Estado, oponerse a cualquier signo de oficialidad. Y, sin embargo, el papel de las políticas estatales, de la intervención estatal en las áreas deprimidas, sigue siendo decisiva. Wacquant lo ha documentado pormenorizadamente en el "hipergueto" de las ciudades norteamericanas y en las *banlieus* francesas, y concluye que "las políticas estatales juegan un papel decisivo en la articulación diferencial de las desigualdades de clase, de lugar y de origen (etnoracial o etnonacional), y esto se verifica a ambos lados del Atlántico".²⁵ Por eso decimos que hay que empujar al Estado a intervenir. Aunque no lo haga de buena gana. Hay que empujarle; y de ahí la conveniencia de "negociar con las manos", según una expresión de Tom Kerr, de la Asian Coalition for Housing Rights, que alude a las ventajas de negociar con la administración mientras se aplica la acción directa.²⁶

Un mecanismo de defensa: casos concretos, no violencia

La alternativa a la ciudad de la especulación urbanística es la ciudad inclusiva, marcada por la diversidad, la capacidad de integrar y la ambivalencia. Con memoria, con mucha historia. Desarrollada desde el punto de vista de la gente. Y formada, como era de esperar, a la

²³ Sobre "El Cartucho" de Bogotá: www.polodemocratico.net/Se-inicio-reubicacion-de. Sobre los *lilong* de Shanghai: <http://diagonalperiodico.net/article3357.html>. Sobre Luanda: <http://web.amnesty.org/library/Index/ESLAFR120052005>. Sobre Madrid: www.diagonalperiodico.net/article2782.html?var_recherche=desalojo Y sobre Albacete: www.casoabierto.com/actualidad/nacional/Desalojados-300-rumanos-acampados-en-Albacete.html

²⁴ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2007.

²⁵ L. Wacquant, *op. cit.*, p. 18.

²⁶ Citado en N. Klein, *op. cit.*, p. 603.

defensiva. El caso de las playas de Tailandia, muy diferente al de Sri Lanka, es expresivo. También allí, tras el *tsunami*, y con el argumento de la seguridad pública, se expulsó a los *moken* (gitanos cuya cultura está muy asociada al mar) y se les recluyó en campamentos de refugiados. Después (cuando al parecer ya no había problemas de seguridad) fueron entregadas a promotores turísticos para levantar nuevos hoteles. Pero se encontraron con los *moken*, que habían decidido reunirse, volver a sus playas y reconstruir sus casas. Acción directa. Resistencia. “La gente negoció por sus derechos de propiedad en una posición de ocupación”.²⁷ Negoció con las manos, haciendo, recuperando sus barrios.

Algo parecido (salvando literalmente las distancias) aparece reflejado en el artículo de Manuel Ribas a propósito del barrio Trinitat, en Barcelona. Se trata de un proceso reivindicativo de largo recorrido, en el que se ha mantenido la tensión y que ha dado sus frutos.²⁸ Porque la administración puede ser, aún con todo, más o menos receptiva. En algunos casos con buena disposición, como en el interesante Plan Maestro de Espacio Público de Bogotá. O simplemente ayudando a hacer, como en algunos barrios de Quito, donde el ayuntamiento facilita la maquinaria que necesitan los vecinos.²⁹ Son posiciones que podríamos llamar “integradas”, que permiten llegar a acuerdos con la administración; aunque hay otros grupos (más “apocalípticos”, en la vieja terminología de Umberto Eco) situados totalmente a la contra, con los que el acuerdo es difícil. Los ejemplos se mueven en ámbitos diversos y entre los dos extremos. Pero tienen en común su reacción a un urbanismo oficial excesivamente decantado. No es extraño que este nuevo urbanismo vecinal resulte, por su origen, improvisado y vacilante, y que tenga que aprender sobre la marcha. Pero podríamos señalar en él, para sugerir un camino, algunas pautas comunes.

La primera es el sentido crítico. No es recomendable el conformismo: desde luego hay que huir de esa visión de inevitabilidad de las soluciones que se ofrece desde la administración. Casi ninguna disposición de ese urbanismo oficial (de autovías, urbanizaciones de diseño, equipamientos de prestigio, grandes instalaciones comerciales o de ocio, conservación turistizada, etc.) es completamente necesaria tal como se enuncia. Puede modificarse, al menos en su trazado o en algunas de sus características. Basta con cotejar los derechos “en presencia” y las supuestas ventajas de unos y otros.

La segunda se refiere al tipo de actuación que se propone, pues se trata de temas muy apegados al caso concreto, a las necesidades reales de la gente. La verdadera “monumen-

²⁷ N. Klein, “Conclusión. El shock se gasta. El auge de la reconstrucción popular”, *op. cit.*

²⁸ Manuel Ribas, “El prodigio de Nou Barris”, *El País Semanal*, 21 de enero de 2007, pp. 54-65.

²⁹ El Plan Maestro está disponible en pdf en www.bienestarbogota.gov.co/unicef Sobre el barrio Colinas del Norte de Quito, donde los moradores formaron una microempresa comunitaria para fabricar sus propios adoquines con maquinaria municipal, ver www.hoy.com.ec

talización" de la periferia no está en las necesidades de representación que llevan a una "gentrificación" encubierta, sino en mejorar situaciones concretas, a partir de lo existente, exigiendo que las inversiones se apliquen sin despilfarro, que el presupuesto municipal se distribuya con la máxima eficacia. Podría esperarse que, a la vista de la necesidad evidenciada con la toma del espacio, las autoridades respondiesen con su mejora real: plantar árboles aquí, eliminar peligros allá, reducir los ruidos, poner bancos, etc. Esa sería la verdadera monumentalización de la periferia: lo que podríamos llamar un diseño sensato, comedido, fundado en un igualitarismo que se basa en el reparto (los medios son limitados, hay que distribuir).

Y estarían aferradas, como dijimos, a personas concretas, usuarias del espacio en cuestión. El caso concreto mueve, los movimientos sociales crecen sobre casos concretos.³⁰ La expulsión de rumanos en Albacete era la expulsión de personas concretas, con sus vidas y memorias. Se reclama el parque de Chamberí, en lugar del campo de golf proyectado, porque lo necesitan personas concretas. En Kibera (Nairobi) las reclamaciones se "encarnan" cuando se asocian a nombres e historias.

La tercera es la apuesta por un urbanismo no violento. Una resistencia no agresiva. El enemigo es poderoso, el urbanismo oficial impone respeto y cuenta con las fuerzas del orden. La única posibilidad del urbanismo de la gente es aprovechar esa fuerza en favor propio. Como en el movimiento del judoka, con flexibilidad para aguantar el golpe y no caer. Un urbanismo, en suma, mucho más respetuoso y menos violento que el que suele caracterizar a las actuaciones oficiales. Una no violencia para aunar voluntades.

³⁰ Sobre la importancia del caso concreto, ver Zygmunt Bauman, "En busca de espacio público", cap. 1 de *En busca de la política*, FCE, México, 2002. Un comentario en www.urblog.org.



**OBVIAMENTE LA ENFERMEDAD
ES ALGO PERSONAL. CON LAS
ESPECIES QUE DESAPARECEN
PERDEMOS SECRETOS PARA
LUCHAR CONTRA EL CÁNCER.
EL CAMBIO CLIMÁTICO ES REAL.
Y SÍ. ES ALGO PERSONAL.**

ego

**LA REVOLUCIÓN
INVISIBLE**

**La energía nuclear a debate: ventajas e inconvenientes
de su utilización**

Mónica Lara del Vigo

131

Diálogo

La energía nuclear a debate: ventajas e inconvenientes de su utilización

Un diálogo entre Eduardo González y Francisco Castejón

El problema del cambio climático, así como el encarecimiento del petróleo y la elevada demanda (en gran medida espoleada por China e India, dos gigantes demográficos), han hecho resurgir el debate nuclear. Las energías renovables, limpias e inagotables, no pueden sustituir, de momento, a los combustibles fósiles y, además, son caras. En un contexto de crisis energética, los investigadores trabajan ya en reactores de cuarta generación que pretenden reducir los riesgos. Sin embargo, la gestión de los residuos está aun sin resolver y, en muchos países, la opinión pública es reticente a lo nuclear. Eduardo González, ingeniero industrial y presidente de Foro Nuclear, y Francisco Castejón, físico y portavoz antinuclear de Ecologistas en Acción, debaten, desde posiciones contrapuestas, acerca de las oportunidades y los peligros de la energía nuclear.

Mónica Lara: La elevada demanda energética a nivel mundial y la lucha contra el cambio climático han suscitado de nuevo el debate sobre la utilización de la energía nuclear. ¿Qué ventajas ofrece esta energía?

Mónica Lara es periodista y master en Relaciones Internacionales

Eduardo González: Las grandes instituciones del mundo –la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), el Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) y el Consejo Mundial de Energía (WEC)– coinciden en que hay que ir hacia una economía con fuentes que emitan poco carbono, y eso incluye la nuclear, que es de las que menos CO2 emite para producir electricidad. ¿Por qué resurge esta energía a pesar de todos los problemas de los que podemos hablar respecto a ella? Por las tres líneas estratégicas a partir de las cuales se está intentando desarrollar el mundo en estos momentos, y la Unión Europea en particular:

- La garantía de suministro: en la energía nuclear, el suministro de materiales está asegurado en el estado actual de la tecnología para, por lo menos, 100 años, y con la posible evolución tecnológica, para centenares de años. Además, está en países suficientemente diversificados como para no tener los problemas geopolíticos que pueden darse en otro tipo de suministros.
- El coste: el peso de la materia prima uranio es pequeño con relación al coste total de la producción de electricidad, porque la nuclear es una energía basada fundamentalmente en conocimiento y en tecnología y, por tanto, es una actividad económica de alto valor añadido para los países. España, que importa el 85% de la energía, puede sin embargo tener tecnología, conocimiento y capacidad financiera.
El coste global de la energía nuclear en centrales gestionadas adecuadamente, una vez que están operativas, está por debajo de 20 euros el megawatio/hora. Si construimos nuevas instalaciones, los números hablan de entre 40 y 50 euros para centrales que funcionan durante 40 años. Eso es totalmente competitivo con todas las demás fuentes, y desde luego con la que marca el precio en estos momentos en España, que es el gas (50/60 euros el megawatio/hora).
- El medio ambiente: todas las organizaciones internacionales coinciden en el problema del CO₂ y el cambio climático. Personalmente, estoy convencido de que éste es un problema real, que tenemos que intentar frenar como sea, y la nuclear, en todo el ciclo de vida, que incluye producción del uranio, conversión, enriquecimiento, operación, construcción de la central, etc., emite 10 veces menos que, por ejemplo, el gas, y en el orden de lo que pueden emitir las renovables en todo su ciclo de vida también.

M.L.: Sin embargo, generalmente se habla de la nuclear como una energía limpia sin considerar el ciclo completo de su producción. ¿Sigue siendo limpia teniendo en cuenta todo el ciclo?

E.G.: Yo hablo de ciclo de vida. Hoy por hoy, es la fuente de energía más abundante que no emite CO₂. El 17% de la energía mundial es nuclear, y es la fuente energética que existe, que produce, que tenemos, que está disponible, que no emite carbono. Evidentemente, está el problema de los residuos, pero la operación de las nucleares es inocua al medio ambiente.

Respecto a los residuos, existen soluciones térmicas y no ha habido ningún incidente que haya tenido impacto exterior o provocado daños a personas o al medio ambiente en el uso civil de la energía nuclear en Occidente. Los residuos están almacenados, cuidados, financiados; ya quisieran el resto de los residuos peligrosos estar como los nucleares. En España se producen unas 1.600 toneladas de residuos radioactivos al año, y unas 200.000 toneladas de residuos tóxicos y peligrosos.

Creo que hay que considerar estas ventajas, dado que el problema energético al que nos enfrentamos es de una magnitud enorme. No se trata de denostar ninguna energía, hay que estar en todas, pero también en la nuclear.

P.C.: Reconozco que tenemos un problema energético muy grave, y que tenemos que buscar estrategias para resolverlo a corto y medio plazo. Sin embargo, no creo en absoluto que la energía nuclear sea una buena solución.

M.L.: Los detractores de la nuclear hablan del problema de la gestión de los residuos, del problema de la seguridad y del problema del rearme. ¿Cuáles son los principales inconvenientes de esta energía?

P.C.: Estaría de acuerdo con Eduardo en que, en todo el ciclo vital, la nuclear está como las renovables más o menos en cuanto a emisiones de CO₂ en el momento actual. Pero los inconvenientes que conlleva esta fuente de energía la inhabilitan como alternativa. Sus impactos ambientales en todo el ciclo de vida son muy altos. La minería del uranio, se suele hacer en cielo abierto, con una enorme cantidad de movimientos de tierra (se necesitan unos dos millones de toneladas de tierra para alimentar un reactor nuclear en un año).

Por otro lado, la fabricación del combustible, es decir, el enriquecimiento del uranio, es un proceso que genera residuos radioactivos. Luego, en la explotación de la central, en países con garantías como en Occidente (con control democrático sobre todas las instalaciones industriales), es verdad que las emisiones son bajas, pero si apostamos por la nuclear a nivel global habría que ver cómo se gestionan estas instalaciones en países con pocas garantías democráticas.

Tenemos también el problema de la seguridad. En Occidente se ha avanzado mucho en seguridad, especialmente a partir de los accidentes de la isla de las Tres Millas en 1969 y de Chernobil en 1986 (lo cual ha encarecido bastante los reactores nucleares), pero, igualmente, en países con pocas garantías, la seguridad dejaría que desear.

El problema de los residuos está sin resolver. Estamos generando unas sustancias que serán peligrosísimas durante cientos de miles de años y todavía no sabemos qué hacer con ellas. Ningún país del mundo tiene resuelto este problema. Sería como enviar un astronauta a la Luna y no saber cómo traerlo. Este efecto secundario es gravísimo no sólo ambientalmente, sino desde el punto de vista ético. Estamos dejando a las generaciones futuras una herencia que van a tener que gestionar durante muchos años.

En cuanto a los costes, es verdad que una central amortizada produce electricidad muy competitiva. Pero, a la hora de construir nuevas centrales, hay que considerar la enorme

inversión necesaria. El coste de un nuevo reactor de unos 1.000 megawattios puede rondar los 3.000 ó 4.000 millones de euros. Como la inversión es tan fuerte, nadie es capaz de decir cuál es el precio final. Nadie sabe cuánto va a costar la central EPR de Finlandia (la única, por cierto, que se está construyendo en un país occidental). Lleva dos años de retraso en su fabricación y un sobrecoste de 1.500 millones de euros, un 50% más de lo presupuestado. Si no sabemos cuánto cuesta gestionar los residuos, porque no hay solución, y no sabemos bien cuánto cuestan las nuevas centrales, no se puede decir que la nuclear sea competitiva desde el punto de vista económico.

Dos apuntes más sobre la independencia y la garantía de suministro. Decir que la energía nuclear nos proporciona independencia a nivel energético en España, es como decir que, como refinamos todo el petróleo aquí, somos independientes del mismo. Y las centrales nucleares también dan disgustos en cuanto a garantías de suministro. En 2007 hemos tenido 22 paradas no programadas de centrales, es decir, disparos de reactores donde 1.000 megawattios de potencia de golpe se caen de la red.

M.L.: Como alternativa a la nuclear, se propone el uso de las energías renovables. Sin embargo, éstas también generan dudas. ¿Son realmente una alternativa? ¿Son hoy por hoy viables?

E.G.: Las renovables hay que potenciarlas, pero también hay que ser realistas en varios aspectos. De entrada, creo que el ámbito de trabajo de las renovables y el ámbito de trabajo de la nuclear son distintos. Por tanto, el debate entre renovables y nuclear es falso.

Las renovables son, hoy por hoy, unas energías complementarias que hay que usar todo lo que se pueda pero que tienen algunos aspectos delicados. El coste, por ejemplo, sigue siendo elevado. Además, se produce una paradoja. Cuando desarrollas mucho las renovables, tienes problemas con su disponibilidad; por tanto, tienes que montar una inversión complementaria, que es el gas, con lo que supone de inversión global, y al final vas a emitir CO₂. Es decir, con el desarrollo muy grande de un parque renovable, como hay que montar un parque fósil para complementarlo (porque si no, no llega la energía de suministro), vas a producir carbono.

Por otro lado, la energía eólica está entrando en unas reducciones de costes, con lo que habría que ver en qué medida habrá incentivos para producirla. Porque, no nos engañemos, si hay un desarrollo muy grande de renovables tanto en España como en Alemania, es porque hay incentivos. Si éstos desaparecen, y lógicamente, una vez que tienes precios de mercado van a desaparecer, habría que ver qué realidad de inversión hay.

En cuanto a la solar (fotovoltaica o térmica), creo que estamos en un terreno que todavía no se puede programar ni planificar. Las previsiones de costes son enormes; sin embargo, habrá que ver el rendimiento de las placas solares. Es una tecnología que está ahí, pero hoy no puede decirse que vamos a basar nuestro sistema en energía solar. A mí el discurso de Rifkin¹ me parece muy bien, pero que me diga qué hacemos en 2015.

Hay que ir hacia un equilibrio. Nosotros defendemos que un tercio de la energía eléctrica sea nuclear, otro tercio renovable y otro fósil. En ese esquema nos tendríamos que mover. Esto es lo que intenta el programa alemán, que habla de llegar a un tercio de renovable en la generación eléctrica. Se habla mucho de Alemania, pero este país tiene 300.000 gigawatios hora/año de carbón que emiten CO₂, 165.000 gigawatios hora/año de nuclear y 50.000 gigawatios/hora/año de renovable. ¿Qué van a hacer los alemanes con las 300.000 toneladas de carbón? O sea, que sí a las renovables, apoyémoslas, pero hoy el sistema no puede funcionar con renovables. No digo que no mejore en el futuro, pero creo que en los próximos 15 años no sería realista decir esto.

M.L.: ¿Cuál es la situación, en términos de rentabilidad, entre la nuclear y las renovables?

P.C.: Las energías renovables son todavía inmaduras, están enseñándonos lo que van a poder hacer en el futuro. La generación eólica ya es prácticamente rentable a precios de mercado. Me parece sensata la apuesta que se ha hecho en España con la energía eólica y lo de llegar a 30.000 megawatios instalados a mediados de la próxima década es perfectamente realizable.

Con la fotovoltaica ya estamos con rendimientos en algunas placas del orden del 18%, pero es verdad que necesitaríamos avances tecnológicos fuertes para que fuese rentable con el precio actual de la energía. Sin embargo, la energía solar permite el desarrollo de la energía solar térmica para producir calefacción y agua caliente en los hogares (lo que supondría un ahorro doméstico aproximadamente del 30-35%), y la energía solar de alta temperatura para producir electricidad. En España ya hay casi 1.000 megawatios de proyectos de energía solar de alta temperatura.

Para salvar la intermitencia de estas fuentes (el hecho de que sólo tienes energía solar cuando hace sol o eólica cuando hace viento), hay varias estrategias. Una de ellas es conectarlas a amplias redes, de modo que cuando no hace viento en un sitio, lo hace en otro. También

¹ El estadounidense Jeremy Rifkin, economista y experto en Medio Ambiente, es uno de los asesores del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en la lucha contra el cambio climático.

se pueden instalar centrales de bombeo que almacenan agua. Y ya se están desarrollando, sobre todo para energía solar de alta temperatura, unas sales capaces de almacenar mucha potencia a lo largo de la noche. De hecho se están construyendo prototipos en la plataforma solar de Almería que almacenan megawatios de potencia durante más de siete horas.

Quiero decir con todo esto que son unas tecnologías jóvenes y que están experimentando un rapidísimo desarrollo. Éste será tanto más importante cuanto más apoyo tengan por parte de las administraciones, lo que a su vez está relacionado con el apoyo que los ciudadanos les confieran.

A nivel de costes, la fotovoltaica es muy cara, pero en los costes finales hay que tener en cuenta las externalidades. La fotovoltaica deja de emitir gases contaminantes y no genera residuos que haya que gestionar. En el futuro, cuando estas fuentes de energía alcancen madurez tecnológica y dejen de fabricarse artesanalmente (muchos espejos todavía se hacen prácticamente a mano), los costes lógicamente caerán y serán más competitivos.

Es muy difícil decir cómo será la estructura energética mundial en 30 años, porque no sólo depende de los deseos, sino también de los avatares políticos y económicos de la humanidad. Pero sí sabemos que las renovables están muy distribuidas en el mundo, mucho más que cualquier otra fuente de energía, incluido el uranio, y que producen de verdad independencia energética. En el caso de España, están produciendo una competitividad energética destacada. España está entre los primeros países del mundo en producción de tecnologías renovables.

E.G.: Quiero apuntar el problema del espacio. 1.000 megawatios nucleares ocupan más o menos una hectárea. 1.000 megawatios de viento son más o menos 1.000 hectáreas. 1.000 megawatios solares, alrededor de 10.000 hectáreas. Con estos números, creo que se necesitaría ocupar más o menos el 5% de la superficie española con renovables. Y cuando se habla de generación distribuida, en una sociedad rural seguramente podría hacerse, pero en una sociedad concentrada en grandes ciudades es muy difícil.

M.L.: ¿En qué consiste la generación distribuida?

P.C.: Consiste en muchas pequeñas instalaciones productoras de electricidad conectadas a una red, frente a la filosofía actual de construcción de grandes centrales productoras de gran cantidad de energía. La gestión de este segundo tipo de diseño energético es más fácil, mientras que en la generación distribuida, la gestión es más complicada, porque hace viento en un sitio, en otro no, hace sol en un sitio, en otro no... Pero estoy convencido de que ya existen suficientes tecnologías para controlar una red así.

E.G.: Evidentemente, eso se irá desarrollando, pero, en estos momentos, decir que tenemos las capacidades para que el sistema eléctrico sea de generación distribuida, es un salto. Eso, además, llevaría a un sistema económico en el que, en principio, el mundo ecologista estaría en contra. Porque sería un sistema económico del individuo y, por tanto, de mucho mayor coste global. En una sociedad de recursos limitados, en realidad significa ir a sociedades extensivas, como la norteamericana, que es una sociedad muy consumidora de energía en parte porque es extensiva. La economía norteamericana tiene la fuerza del consumo individual. Evidentemente, si nos ponemos a fabricar una dinamo para cada uno, tendremos una actividad económica fuerte, pero nos iríamos a un modelo de consumo muy elevado, aunque fuese para producir energía. Habría que ver las consecuencias de eso al final.

P.C.: Voy a hablar de los espacios. Los espacios que requieren las renovables tienen la ventaja de que son polivalentes. Uno puede instalar paneles solares en los tejados de las casas de la ciudad. Hay muchos cálculos hechos ya. Por ejemplo, hay uno que dice que si cubriéramos las carreteras españolas de paneles solares fotovoltaicos, sería suficiente para satisfacer nuestro consumo energético. Esa es la ventaja. Un informe del Departamento de Energía de EEUU compara espacios ocupados por distintas fuentes de energía, y la nuclear no es la que menos ocupa, porque hay que considerar, como antes decías, todo el ciclo vital. Hay que tener en cuenta la minería a cielo abierto, que implica la ocupación de grandes extensiones, o dónde depositar los residuos del enriquecimiento de uranio.

En cuanto a la generación distribuida, permitiría una autogestión de las comunidades de sus propios recursos. Esto también tiene la ventaja de que el ciudadano es muy consciente de los impactos que genera con su consumo. Si yo consumo mucho, voy a ver más instalaciones de generación de energía cercanas a mí. Si eso me molesta, tendré que asociarlo directamente con mi consumo. En la actualidad, uno coloca una gran central, por ejemplo una nuclear, lejos de la ciudad, y el ciudadano no se entera de los impactos de su consumo.

M.L.: En Occidente, en general, ¿la nuclear gana o pierde terreno? Francia, por ejemplo, con más de 50 centrales en funcionamiento, sigue apostando por la energía nuclear. Finlandia está construyendo una central. EEUU tampoco parece que abandone este recurso...

E.G.: Creo que el año 2007 está siendo un punto de inflexión en el desarrollo nuclear. En la Unión Europea, por ejemplo, donde antes estaba prácticamente prohibido hablar de lo nuclear, la Comisión ha tomado tres decisiones que ya están en marcha. La creación del grupo de alto nivel en seguridad y residuos, que es el núcleo de un futuro regulador europeo; el desarrollo de una plataforma tecnológica de fisión nuclear (ya hay plataformas tecnológicas de todas las tecnologías y energías); y la creación de un Foro Europeo de la Energía Nuclear (también hay Foro Europeo de la electricidad, del gas, de las renovables, etc.).

El Parlamento europeo ha aprobado un informe, con más de 500 votos a favor, que analiza las distintas energías y señala cómo la nuclear es necesaria para Europa precisamente para afrontar los problemas del cambio climático. Es decir, ha habido un cambio político. En Europa no solamente se está construyendo el reactor finlandés; también se está construyendo el reactor francés, otros dos reactores en el este de Europa ya están terminándose y, tanto los rumanos como los búlgaros y los eslovacos, quieren construir. Aunque es algo incipiente, está montándose la estrategia del tema nuclear.

En EEUU, hay seis empresas que ya han solicitado una licencia COL (*Combined Operating License*) a la Comisión Regulatoria Nuclear (NRC) y están lanzándose a la construcción de centrales. China acaba de comprar a los franceses dos reactores y Japón está en ello. Rusia, por un lado, quiere exportar gas, pero necesita consumir energía en su país y por tanto quiere construir nucleares. Además, como también tiene uranio, quiere mantener un cierto monopolio en el mercado de este material.

Sin que todavía haya decisiones muy grandes de nuevas centrales, sí ha habido cambios en 2007, y se están construyendo 30 centrales en todo el mundo, es decir, la décima parte de la potencia instalada. En los últimos 25 años, la energía que más ha crecido es la nuclear. No solamente por lo que se ha construido, sino porque las centrales están funcionando mejor y se ha incrementado la producción de energía nuclear. Creo que 2007 es un año de cambio por las decisiones de EE UU, las posiciones de la UE, la cuestión de China e India, los países del Magreb, que también desean construir nucleares... Y en ese desarrollo, España también está participando.

M.L.: Sin embargo, el actual Gobierno socialista es partidario de cerrar las ocho centrales que permanecen activas en España.

E.G.: En ese sentido, creo que Madrid y Bruselas están muy lejos, habrá que evolucionar. Pero de ese desarrollo, España está participando. Nuestra industria, por ejemplo, está participando en el prototipo que los sudafricanos quieren hacer de un reactor de alta temperatura, empresarios agrupados están participando en el licenciamiento de instalaciones de General Electric en EE UU y estamos participando en el proyecto franco-alemán del reactor EPR.

P.C.: Es verdad que el debate sobre la energía nuclear se ha reabierto, pero ¿podemos decir que hay un punto de inflexión? No estoy de acuerdo con eso. Para saber si cabe esperar un renacimiento nuclear en los próximos años, hay que ver las cifras de forma realista. Es difícil decir cuántas centrales en construcción hay en el mundo, porque eso depende de lo que uno entienda por construcción, desde que existe un proyecto en un cajón, hasta que

alguien pide licencias. Pongamos que hay dos o tres decenas. ¿Es una cifra importante o no? Si vemos cuál es el parque nuclear y cómo están creciendo otras tecnologías, tendremos la visión contrastada. Según mis cifras, hay unos 120 reactores que tienen bastante más de 30 años de vida y unos 200 reactores que están entre 20 y 25 años de vida. Las previsiones más optimistas de la industria nuclear dicen que los reactores viven 40-60 años, así que no habría tiempo para renovar estos reactores tan antiguos.

Incluso admitiendo que haya 30 centrales en construcción, es una cifra insuficiente para mantener el pulso nuclear. ¿Va a despegar en los próximos años? Depende de un elemento clave que la industria nuclear no tiene ningún rebozo en decir. Si hay apoyo político y seguridad financiera, despegaremos, si no, no. En EEUU, en efecto hay seis nuevos proyectos, pero los seis han supuesto que el Estado comprometa una inversión de 6.000 millones de dólares de apoyo a la energía nuclear con diferentes medidas.

La Comisión Europea y el Consejo de Ministros europeo, como no hay consenso, lo que han hecho es dar libertad a los países para que decidan su política energética. Es verdad que Francia es un país pro nuclear, pero también es verdad que Italia no lo es (cerró sus reactores por referéndum en 1989 y tiene cero kilowatios de origen nuclear). El debate está abierto en algunos países, eso es indudable, pero ni mucho menos está el pescado vendido. Por ejemplo, en Alemania se han cerrado nucleares de forma escalonada.

La energía nuclear podría más bien crecer en países del Tercer Mundo donde no existen opiniones públicas fuertes que puedan expresarse, y donde no existen garantías democráticas. Y, por ejemplo, si Marruecos finalmente decide estrenar una nuclear lo hará si puede venderle electricidad a España; si no, no, porque su sistema eléctrico es más bien escaso.

El principal obstáculo, aparte del financiero, para el relanzamiento nuclear a gran escala en el mundo (sobre todo en el Tercer Mundo, que es donde más posibilidades hay de que se produzca), es el uranio. No hay combustible para grandes alegrías.

M.L.: Respecto al Tercer Mundo, hay quienes creen que la solución para salir de la pobreza pasaría por la construcción de centrales nucleares, para así lograr una mayor independencia energética.

P.C.: Uno de los problemas más graves de la extensión de lo nuclear a los países del Tercer Mundo es la falta de control sobre este tipo de instalaciones. El problema que está generando Irán lo podríamos encontrar en muchísimos otros países. Hay una reflexión que se puede hacer sobre Irán: siendo uno de los principales países productores de petróleo del

mundo y el segundo país en reservas de gas, ¿para qué quiere generar energía nuclear con fines civiles? Creo que es una tecnología de doble uso. Esto, que tanto preocupa al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, es otro de los problemas que van a frenar la extensión nuclear en el Tercer Mundo.

E.G.: Respecto al tema del desarrollo global de la energía nuclear, primero, es cierto que en los últimos 10 años no ha habido exploración de uranio, porque, por un lado, los programas nucleares han estado parados y, por otro, se están usando los *stocks* de armas y de uranio enriquecido para alimentar las centrales. Sin embargo, está habiendo un relanzamiento tremendo de la exploración. Los estudios que existen sobre reservas probadas hablan de que, con la tecnología actual, tendríamos uranio unos 100 años. Con las posibles reservas, llegaríamos a algunos cientos de años, y si consideramos el uranio que puede estar contenido en fosfatos, tendríamos mucho más. Si hay uranio para un volumen razonable de reactores.

En cuanto al Tercer Mundo, lo que ocurre es que los países son conscientes de sus dificultades energéticas. Nosotros podemos pagar el petróleo, nuestras sociedades pueden funcionar, pero hay muchos países que no tienen petróleo y están enfrentándose a un problema energético grave a medio plazo. Y los que tienen reservas son conscientes de que sus reservas van a durar lo que van a durar.

El petróleo ha pasado de 25 dólares el barril a 100 dólares el barril y hay países que tienen que comprarlo porque no tienen nada. Es cierto que para desarrollar el tema nuclear a nivel global, tendríamos que ir asegurando un entorno internacional mejorado. La AIEA, dirigida por Al Badarey, ha elaborado una serie de documentos sobre cuáles son los requisitos para que un país pueda desarrollar un programa nuclear. Por ejemplo, si Marruecos diera un paso en ese sentido, tendría que organizarse, crear un organismo regulador, tener técnicos. Meterse en la tecnología nuclear es una decisión de un Estado que lleva aparejada muchas cosas, y de eso hay que ser consciente.

Los problemas energéticos a los que nos enfrentamos son de tal magnitud que hay que estudiar cómo abordamos las cosas. Algunos dicen que lo fácil es desarrollar la energía nuclear y que prefieren ir por lo difícil, por las renovables. El problema energético al que se enfrenta una humanidad de 10.000 millones de personas va a ser enorme. Y la energía nuclear estará en la foto porque los países tomarán sus decisiones. Va a ser muy difícil decir a Irán: "Oiga, usted no desarrolle". Él dirá: "Si usted sí, por qué yo no". Es más lógico que nos organicemos para ver cómo lo desarrolla, para que haya suficientes agencias de tecnologías y suficientes garantías. Si no, se va a hacer igual que lo han hecho Pakistán o Argentina, porque es muy difícil ponerle puertas al campo, pero se va a hacer de mala manera. Mejor que nos organicemos para hacerlo bien.

P.C.: Sobre el problema de la cantidad de uranio, no se debe olvidar que la energía nuclear constituye solamente el 6,5% de la energía consumida en el mundo y el 16% de la electricidad, es decir, supone una fuente muy pequeña. Y el precio del uranio se ha multiplicado por 12 en seis años, de siete dólares la libra en 2001 a 85 dólares la libra este año.

Al hablar del uranio, hay que tener en cuenta lo que hoy supone la energía nuclear en el consumo global, que es muy poco, y si queremos que la nuclear juegue un papel importante en un mundo mucho más poblado y con un consumo mucho más alto, no habría uranio para esa excursión. Lo habría para 20 años y si pretendemos que un reactor nos dure 60, desde luego no llega.

E.G.: Evidentemente, la longevidad de la energía nuclear depende también de su desarrollo tecnológico. Los reactores actuales estarían en el entorno de los 100 o ciento y pico años y, por tanto, hay que ir a los otros reactores. Esa tecnología hay que desarrollarla. La responsabilidad que tenemos los que trabajamos en cuestiones tecnológicas y científicas es poner sobre la mesa todo lo que vamos sabiendo para que los siguientes avancen sobre la cuestión. En el ámbito de la fisión habrá que avanzar en tecnologías para hacer frente a parte del problema energético. No digo en absoluto que este problema se pueda resolver con la nuclear. El error es del que piensa que cualquier problema se puede solucionar con una sola solución.

M.L.: En España, país con gran dependencia energética, hay muchos partidarios de generar energía nuclear precisamente para contrarrestar esa fuerte dependencia del exterior. Sin embargo, el actual Gobierno apuesta por dismantelar las centrales en funcionamiento. Por otro lado, Izquierda Unida y los grupos ecologistas son críticos con el Gobierno porque no se ha avanzado en el calendario de cierre en esta legislatura.

P.C.: La opinión pública española es una de las más antinucleares de Europa, y eso lógicamente debe pesar sobre cualquier Gobierno, que debe tener en cuenta lo que opina su ciudadanía. Solamente el 6% de la población está a favor de la energía nuclear.

Nosotros estamos enfadados porque el Gobierno ha incumplido su compromiso electoral en esta legislatura de anunciar un cierre escalonado de las centrales nucleares. Sin embargo, viendo los debates que se están produciendo en el seno del PSOE y el tipo de expertos que asesoran al presidente del Gobierno, creemos que las centrales nucleares tienen los días contados en España. Todo indica que la vida útil que se concede a un reactor son 40 años, así que para el año 2028, todas las centrales nucleares estarían cerradas. Eso para nosotros es un avance, pero insuficiente porque 40 años es muchísimo tiempo. Hay

que ver cómo cumplen años las centrales más antiguas respecto a las actuales. Por ejemplo, Garoña, que en 2009 ya cumple su permiso de explotación porque está en unas condiciones francamente lamentables, o Zorita, que se cerró a una edad de 38 años también con unas condiciones lamentables.

E.G.: Las centrales nucleares antiguas están funcionando muy bien. Zorita, en su último ciclo de operación, no tuvo ninguna parada no programada. Se cerró porque se decidió cerrar, no porque tuviese problemas. A Garoña le pasa lo mismo. Me parece que la última vez estuvo funcionando más de 500 días ininterrumpidamente. Y como ha dicho la presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear, no es la edad de una instalación la que necesariamente marca su inseguridad o su falta de calidad. En ese sentido hay que ser serios y estudiar los temas.

Desde el punto de vista de la opinión pública, se ha visto que los países en los que se ha debatido sobre el tema energético, ha habido una evolución de la opinión pública favorable hacia el tema nuclear. En Suecia, por ejemplo, hoy en día el 60% de la población apoya la energía nuclear. Finlandia hubo momentos en que estaba en contra y hoy está a favor. En Hungría, hay una mayoría favorable al tema nuclear.

Si en España se preguntase: “Si a usted se le garantiza la seguridad...”, “¿Sabe usted que el 20% de la energía es de origen nuclear?”, entonces un 10% más la apoyaría. No es una cuestión de sí o no, sino que es un tema que hay que debatir. Es cierto que España es, en los Eurobarómetros, el país que menos apoya la energía nuclear, pero es el país que menos conocimiento tiene en casi todas las cosas que le preguntes. Es el país que siempre va a tener respuestas más utópicas en casi todos los temas.

Estamos en un terreno en el que el debate y la discusión son necesarios. La responsabilidad está en que el debate se produzca con los datos de ahora mismo, y no que partamos ya de que lo nuclear se cierra porque es malo. Es malo, ¿en qué? ¿Qué daños ha producido la energía nuclear y a qué personas?

No quiero atacar a ninguna otra industria, pero el carbón y el gas producen más daños inmediatos. Siempre se habla del daño potencial, pero este no se ha concretado; desgraciadamente está Chernobil, pero en el mundo occidental no se ha concretado, ni siquiera en la isla de las Tres Millas hubo escape.

P.C.: Sí lo hubo.

E.G.: El problema es el miedo potencial. ¿Existe riesgo de que Madrid se destruya con un terremoto?

P.C.: Sí, aunque bajo.

E.G.: Eso es. Sí, aunque bajo. El riesgo en cada momento es muy pequeño y es manejable.

M.L.: En España también está pendiente la construcción del Almacén Temporal Centralizado (ATC) para custodiar los residuos radioactivos de todas las centrales. La decisión de su ubicación no está resultando fácil porque hay cierta oposición...

E.G.: Hay una falta de coraje político. Los mecanismos para tomar decisiones democráticas y que sean aceptables existen. Me consta que hay ayuntamientos que estarían dispuestos a albergarlo. Pero no se puede demonizar a la persona que toma la decisión de que eso se puede hacer. Lo que hace falta es un poco de responsabilidad global política y un poco de coraje ante la realidad de las cosas. Es más, los propios ecologistas toman una posición un poco cínica. Dicen: "Si paráis las centrales, os ayudamos a poner el almacén".

P.C.: Respecto a la gestión de residuos, se haga lo que haga, la solución es mala. Sobre el ATC, se han frustrado todos los planes del Gobierno, que marcó un calendario que ha fracasado estrepitosamente y nadie dice aquí nada hasta después de las elecciones. El papel ecologista es el siguiente: cuando se ponga sobre la mesa un calendario de cierre de centrales nucleares consensuado, nos sentaremos a discutir y a negociar con todos los agentes sociales interesados en cuál es la solución menos mala para gestionar los residuos. Antes de que eso ocurra, nos vamos a oponer a todo. Esto puede parecer insensato, pero no lo es. Aquí no nos sirven las alternativas porque todas son malas. "Acaben ustedes con el problema y busquemos juntos la solución menos mala".

M.L.: El debate en torno a la energía nuclear incluye el legado a las generaciones futuras y la duda de si habrá energía suficiente en un futuro para todos. ¿Consumir menos es la única solución?

P.C.: Creo que en esto estamos de acuerdo. Sea cual sea la fuente de energía del futuro, al ritmo de consumo actual no hay nada que hacer.

E.G.: Evidentemente, tenemos que ser capaces de controlar los consumos energéticos. Un mundo con 10.000 millones de habitantes consumiendo lo que consumimos en España, seguramente sería un mundo muy complicado. De todas formas, la tecnología puede ayudar. No creo que haya que volver al mundo de las cavernas. Si miramos la población y el consumo de energía actuales, estamos en una absoluta anomalía histórica. El petróleo nos

ha permitido modificar absolutamente las condiciones de vida, ha permitido la explosión demográfica que plantea estos problemas, y una vez que esa explosión demográfica se ha producido, el reto es enorme, porque frenar las aspiraciones de la gente en cuanto a consumo es muy complicado.

Hay que intentar consumir menos y, en general, como decían nuestros abuelos, hay que ser austero. También es muy importante compartir tecnología. Nuestra responsabilidad es trabajar al máximo en conocimiento para las generaciones futuras. No podemos escaparnos de lo que tenemos, retirarnos, sino que hay que trabajar en desarrollar las capacidades que se puedan.

Creo que hay que trabajar en la fisión, me parece muy bien que se trabaje en la fusión, hay que trabajar en renovables, hay que intentar usar al máximo lo que el planeta nos ofrece de manera continua.

P.C.: Sí creo que la tecnología nos va a ayudar y estoy de acuerdo con que la austeridad es un valor que está en baja y que debería estar en alza, porque es clave. Hemos vivido una época de energía muy versátil, barata, fácil de acumular, con el petróleo y los combustibles fósiles, pero esa época se ha acabado y tenemos que acostumbrarnos a vivir con menos y a compartir no solamente tecnologías, sino objetos. Hay que pensar en objetos comunitarios como calefacciones y electrodomésticos a gran escala. En algunos países europeos, las comunidades de vecinos comparten la lavadora. Tenemos que empezar a entender un cambio cultural de gran calado e incluso revisar la economía, basada en crecimiento, y muchísimos hábitos de vida.

Manifiesto sobre transiciones económicas globales

Traducción de Leandro Nagore y Silvina Silva

*El Manifiesto sobre Transiciones Económicas Globales es fruto de un proyecto impulsado por The International Forum on Globalization (IFG),¹ The Institute for Policy Studies (IPS)² y Global Project on Economic Transitions.³ Su objetivo es crear un movimiento global para un cambio sistémico dirigido a lograr economías ecológicamente sostenibles, equidad, suficiencia y paz.**

Los sistemas ecológicos, sociales y económicos del planeta están al borde de una transformación catastrófica, para la cual están preparadas muy pocas sociedades. Los trabajos emprendidos por los gobiernos para hacer frente a esta inminente emergencia están demostrando ser, hasta la fecha, sumamente inadecuados. Los esfuerzos que realizan las empresas e industrias para reformar sus comportamientos permanecen, en gran medida, encerrados dentro de los límites del sistema, que exige beneficios y crecimiento continuado por encima de cualquier otro tipo de comportamiento.

La probabilidad de un desenlace progresivamente más grave aumenta cada mes, y seguirá haciéndolo si no cambiamos de rumbo inmediatamente. Algunos afirman que ciertos colapsos sociales y ecológicos son ya inevitables.

No obstante, ante graves crisis a menudo surgen grandes oportunidades. La propia urgencia de la situación, y la inminencia de las transformaciones globales, hacen que afloren nuevas iniciativas encaminadas hacia opciones sociales y económicas más viables que operan dentro de los límites ecológicos del planeta. Pero nos estamos acercando a la última hora.

¹ <http://www.ifg.org/>

² <http://www.ips-dc.org/>

³ <http://www.ifg.org/programs/Energy/energy.htm>

* En el documento original se pueden encontrar numerosas referencias no incluidas en esta publicación por falta de espacio. El texto completo con todas las referencias en castellano está disponible en www.cip.fuhem.es y en inglés en www.ifg.org/pdf/manifiesto.pdf

Concurrencia letal

La situación actual de emergencia global se debe a la convergencia de tres condiciones que avanzan rápidamente:

- La aceleración exponencial del cambio climático inducida por los seres humanos y que afecta a todas las regiones del planeta;
- El fin inminente de la era de la energía barata ("cénit del petróleo"), que producirá cambios dramáticos sobre las posibilidades de funcionamiento de la sociedad;
- El agotamiento extensivo de otros recursos fundamentales, básicos para el sistema industrial, al igual que para el bienestar humano; entre ellos el agua dulce, los recursos genéticos, los bosques, la pesca y la fauna salvaje, las tierras fértiles, los arrecifes de coral, y la mayoría de los elementos del patrimonio natural de la humanidad (*global commons*), en el ámbito local, regional y global.

Las
soluciones
para cada
uno son las
soluciones
para todos

Nosotros denominamos esta concurrencia letal la Triple Crisis. Los tres problemas tienen sus raíces en el propio funcionamiento del sistema, y pueden resolverse mediante cambios en el mismo. En este sentido, las soluciones para cada uno son las soluciones para todos.

Entre las causas principales de estas crisis, podemos incluir las siguientes:

- El paradigma económico dominante, ahora prácticamente omnipresente tanto a nivel local como global, que sitúa el crecimiento económico vertiginoso, la búsqueda de la acumulación de riqueza corporativa e individual, y la carrera a escala planetaria para explotar los recursos naturales, en la cima de la lista de aspiraciones institucionales y nacionales.
- El uso incontrolado de combustibles fósiles para alimentar este crecimiento.
- La promoción y difusión global de sistemas económicos centrados en los bienes de consumo que promueven el consumismo como elemento clave para alcanzar la felicidad y la realización personal.
- La destrucción deliberada de pueblos y culturas que tradicionalmente han ofrecido modelos y prácticas económicas alternativas y sostenibles. Entre estos incluimos a sociedades indígenas y agrícolas que han sufrido la destrucción de sus tierras y modos de vida en nombre de la industrialización.
- Un profundo desprecio, por parte del sistema, de los límites planetarios, en términos de disponibilidad de recursos, consumo, generación de residuos y su absorción.

- La *superpoblación*, que acentúa todas las demás condiciones, y que ha crecido más allá de la capacidad de sustento del planeta.

En breve, la combinación de estas peligrosas condiciones puede, si no se revierten, desencadenar crisis sociales y ambientales globales de una magnitud sin precedentes, además de un colapso generalizado de las principales estructuras económicas y de funcionamiento de nuestra sociedad.

El caos climático y el calentamiento global amenazan con la pérdida de gran parte de las tierras más productivas del planeta, además de causar importantes catástrofes en muchos lugares: tormentas, aumento de los niveles del mar, desplazamientos masivos, desertificación de numerosas tierras cultivables, además de futuros problemas económicos y sociales, afectando especialmente a los pueblos y las naciones más empobrecidas.

El cénit del petróleo –el agotamiento de las reservas más baratas de petróleo y de gas (junto con nuevas y alarmantes pruebas en cuanto a los límites del carbón accesible)– amenaza la supervivencia a largo plazo de las naciones industrializadas, al igual de la industrialización en sí, a su escala actual. El transporte de larga distancia, los sistemas de alimentación industrial, los complejos sistemas urbanos y suburbanos, además de muchos productos básicos para nuestro modo de vida actual –automóviles, plásticos, productos químicos, pesticidas, refrigeración, etc.– están todos sostenidos por la hipótesis fundamental de un siempre creciente suministro energético barato.

Otros recursos escasos –el agua dulce, los bosques, las tierras cultivables, la biodiversidad– hacen que la supervivencia de los seres humanos, y de otras especies, sea ahora más dudosa que en cualquier otro momento de la historia humana. También nos enfrentamos, en las próximas décadas, a la posible pérdida de un 50% de las especies de fauna y flora del planeta.

Mientras van desarrollándose estas crisis potenciales, también se potencian importantes problemas geopolíticos, ya que es previsible que los Estados nación acaben enfrascándose en una competencia sanguinaria para asegurar su propia supervivencia. Ya podemos observar ejemplos de guerras por los recursos petrolíferos –como en Irak y Sudán– y muchos nuevos conflictos por el control sobre reservas decrecientes de petróleo y gas natural, por el agua dulce, minerales esenciales, bosques y tierras agrícolas, entre otros.

Por muy deprimentes, y probables, que sean estos futuros escenarios, se tornan inevitables únicamente si los individuos y las naciones no toman acciones inmediatamente a favor de profundas transformaciones del sistema que intenten mitigar las consecuencias más siniestras; intentando reincorporar a todas las sociedades dentro de sistemas de valo-

res y trayectorias que sean mucho más sostenibles, además de ser más enriquecedores en el ámbito personal. El objetivo fundamental del Proyecto Global sobre Transiciones Económicas es ayudar a acelerar estos cambios locales, regionales y globales en favor de nuevos modelos económicos y políticos más viables.

Todo nuevo modelo debe empezar aceptando los límites fundamentales establecidos por la capacidad de carga que tiene el planeta. Dentro de estos límites, las sociedades deben trabajar con el propósito de lograr la sostenibilidad y la democracia, y para establecer nuevos estándares universales de suficiencia y bienestar económicos, que no dependan del abuso de los recursos globales. También deben ser sensibles a la acuciante necesidad de corregir los desequilibrios y desigualdades económicas del mundo actual. Sin equidad, no hay solución pacífica posible.

Las soluciones a largo plazo también requieren dar la espalda a los paradigmas e ideologías predominantes, centradas en la búsqueda del crecimiento económico, del beneficio empresarial, y de la acumulación de riqueza personal como motores principales del bienestar social. Las transiciones, inevitablemente, llevarán hacia sociedades que puedan ajustarse equitativamente a niveles reducidos de producción y consumo, y a sistemas de organización económica cada vez más locales, que reconozcan, respeten y estén circunscritos a los límites que impone la naturaleza. Teniendo en cuenta estas realidades, la posibilidad de mantener el sistema industrial en su forma actual, o a su escala actual, está en duda.

Respuestas globales y límites del sistema

Para revertir esta emergencia, debemos ayudar a estimular y apoyar un movimiento global diverso con respecto a estas cuestiones. De hecho, ya está en marcha un movimiento de este tipo. Decenas de miles de personas en organizaciones en todos los continentes han reconocido los problemas que describimos aquí, y han llegado a la conclusión de que es necesaria una importante transformación de carácter global. No han esperado a que entren en acción los gobiernos o liderazgos extranjeros. La mayoría son respuestas organizativas lideradas por ciudadanos y con bases regionales o centradas en comunidades que se esfuerzan por intentar encontrar soluciones prácticas en contextos locales, desarrollando sistemas de mercado y de producción alternativos con enfoques regionales. Estos incluyen sistemas de alimentación local, al igual que de transporte y manufactura que operan en contextos y con valores totalmente sostenibles. Existen innumerables informes sobre logros positivos en el ámbito local.⁴

⁴ Ver, J. Cavanagh y J. Mander, *Alternatives to Globalization: A Better World is Possible*, Berrett Koehler, San Francisco, 2004; y también www.postcarboninstitute.org y www.wiserearth.org

Para alcanzar sus objetivos, comunidades de este tipo a menudo descubren que ante todo deben primero romper con, e intentar protegerse de, las insostenibles prácticas y normas de las economías nacionales y globales de mayor escala, que exigen una conformidad con el proyecto de homogeneización económica global. Las instituciones de la globalización han conseguido suprimir la actividad local en muchos casos, sobre todo entre pequeñas comunidades agrícolas que intentan mantener el control sobre sus tierras de cultivo tradicionalmente orientadas hacia la comunidad, en contra de la injerencia del sector agroempresarial y los procesos tecnológicos.

También se han observado ejemplos positivos en cuanto a importantes esfuerzos de reajuste por parte de algunos gobiernos nacionales en ciertos países y regiones, ante todo es el caso de Alemania, Suecia e Islandia, entre otros, que han reconocido que existe un problema acuciante, y que intentan encontrar políticas y fórmulas que impulsen cambios sostenibles. Otros países, como pueden ser Cuba e India, y otros en el Tercer Mundo, también se han visto obligados a aprender a sobrevivir con unos niveles limitados de energía, y de otros recursos, debido a la histórica intrusión y explotación colonial, así como a distintos tipos de conflictos políticos y regímenes de sanciones. En algunos de estos lugares se desarrollaron estrategias eficaces para enfrentarse a unas carencias energéticas extremas, al igual que déficits importantes en tecnología y otros recursos. Estos pueden servir ahora como observatorios vivos de cómo persistir ante las condiciones más extendidas de crisis que imperan en la actualidad.

También son visibles esfuerzos positivos en el seno de centenares de ciudades de todo el mundo, que pretenden implementar modelos para alcanzar la consideración de “ciudades verdes” o “ciudades frescas”, desafiando muchas veces las políticas de sus respectivos gobiernos nacionales, como ocurre en EEUU. Citamos especialmente el espléndido trabajo del Movimiento de las Ciudades en Transición en el Reino Unido (*transition-towns.org*) y el proyecto de Ciudades Pos-Carbono en EEUU. Se están desarrollando proyectos similares en todos los continentes. Un elemento común a todos estos programas es la búsqueda de reformas significativas en los sistemas de funcionamiento, con el objetivo de alcanzar el “uso cero” de carbono, de residuo cero, reducir la importación de materiales, y lograr la máxima eficiencia, entre otros objetivos.

Entre las miles de sociedades indígenas que aún sobreviven en el planeta también existen múltiples ejemplos que expresan tradiciones económicas,

Sin
equidad,
no hay
solución
pacífica
posible

políticas, sociales y espirituales milenarias, que aceptan los límites inherentes de la naturaleza y la necesidad de establecer una relación de reciprocidad con el mundo natural. La gran tragedia para los pueblos indígenas, y la terrible ironía, es que sus propias filosofías y prácticas de integración con el mundo natural, les han convertido en blancos directos de las invasiones económicas globales, ya que estas sociedades se encuentran ahora entre los últimos depositarios del remanente de recursos de biodiversidad del planeta.

Algunas empresas, incluso algunas de las muy grandes, han desarrollado importantes esfuerzos conscientes para ajustar su rendimiento y objetivos y reconocer así estas nuevas realidades. Sin embargo, estas empresas están en una abrumadora minoría, ya que inevitablemente se topan contra los límites claramente definidos que establecen las leyes corporativas y las estructuras empresariales en las sociedades de mercado. Estas exigen que los valores fundamentales del rendimiento empresarial sigan siendo el crecimiento y los beneficios por encima del bien público.

La carrera frenética por hacerse con los últimos recursos del planeta es especialmente problemática para los 370 millones de indígenas del planeta

Los autores de este texto no tenemos ninguna duda de que los seres humanos y las sociedades pueden, ante unas difíciles circunstancias, hacer frente al desafío de forma madura y eficaz. La historia nos lo demuestra una y otra vez. Las grandes crisis traen consigo grandes oportunidades. Estas pueden servir para unir a personas en busca de fines comunes, para crear comunidades y sistemas que no reniegan de la realidad y que sean también, eventualmente, más exitosos en la realización de las necesidades reales de las personas, comparadas con las fracasadas aventuras económicas que nos han dejado en esta situación. Son estas las respuestas que deben articularse, estimularse y convertirse en la norma imperante. La acción individual es también parte de la solución. Como también lo son las acciones organizadas en el ámbito local, junto con las colaboraciones globales en aras de una transformación del sistema.

Falsas soluciones y futuros positivos

Entre los mayores peligros a los que nos enfrentamos en la actualidad podemos incluir el que las respuestas iniciales de la mayoría de las empresas, instituciones y gobiernos que empiezan a comprender la gravedad de la situación, y las amenazas a su propia supervivencia, están orientadas a recurrir a estrategias de corto plazo, en beneficio propio, que no

hacen más que acentuar los problemas. Por ejemplo, muchos países e instituciones han dado el paso hacia formas de adquisición de recursos todavía más agresivas, siguiendo un planteamiento del tipo de “el último en pie gana”, cuyas muestras ya se han observado en los múltiples conflictos violentos que han surgido por el control del petróleo y otros recursos. O si no, intentan conseguir situaciones de ventaja controlando las normas de los poderosos organismos financieros y comerciales globales.

En este sentido, organismos globales como la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial siguen creando e implementando políticas extremadamente devastadoras. Éstas otorgan a los países más ricos, y a las empresas globales más poderosas, un grado de incentivos, capacidades y autoridad cada vez mayor para moverse libremente por el mundo, entrando en países y mercados para explotar sus recursos hasta la última gota, en una modalidad actualizada del neocolonialismo globalizado.

También existen presiones de unos países sobre otros, como por ejemplo los esfuerzos emprendidos por EEUU para asegurarse el acceso a los depósitos petrolíferos de las arenas asfálticas de Alberta (Canadá). O en el caso de China, y de otros países industriales, que desarrollan una feroz competencia por las últimas reservas petrolíferas en lugares como África, el sur de Asia o el Ártico. Mientras redactamos este texto, los líderes del G-8 (las naciones más ricas del mundo) están persiguiendo un plan energético que abarca varias décadas, que facilita la expansión corporativa de las exploraciones en busca de carbón, petróleo y gas, además de resucitar a la industria nuclear.

En un número cada vez mayor de casos, los países recurren a medios militares directos, como la invasión de Irak por parte de EEUU, y a conflictos menores, aunque en expansión, no sólo por el petróleo sino también por el agua, los bosques, el gas natural, minerales industriales, etc., los cuales resultan tremendamente destructivos. Algunos consideran que las naciones más poderosas están buscando activamente la consecución de una hegemonía militar y de recursos, lo que supondría ir un paso más allá de los controles previos establecidos por las instituciones económicas globales.

Según mencionamos con anterioridad, la carrera frenética por hacerse con los últimos recursos del planeta es especialmente problemática para los 370 millones de indígenas del planeta. Muchas de sus tierras ancestrales se sitúan sobre las últimas reservas de un elevado porcentaje de los recursos naturales que aún quedan en el planeta, sobre todo en América Latina, el sur de Asia, África, y las islas del Pacífico. En muchos de estos lugares, los pueblos indígenas, están resistiéndose activamente ante las invasiones de las grandes empresas en busca de recursos, intentando proteger sus tierras y prácticas tradicionales. La batalla por aprobar la Declaración de Naciones Unidas sobre los Pueblos Indígenas, que se

alargó durante dos décadas, supone un hito importante, que en breve codificará un cierto grado de protección sobre los derechos indígenas para controlar el desarrollo de recursos en sus tierras.⁵

Soluciones tecnológicas

Cuando, finalmente, la mayoría de las burocracias, grandes empresas y gobiernos empiezan a considerar “alternativas” a los problemas derivados del cambio climático o al “cénit del petróleo”, tienden a tener en cuenta soluciones tecnológicas e incentivos de mercado. En la actualidad están promocionando con gran solemnidad soluciones “alternativas” como las tecnologías para transformar el carbón en hidrocarburos líquidos (“*coal-to-liquid*”) para poner fin a la dependencia de fuentes importadas. O si no, hablan del “carbón limpio”, logrado mediante el secuestro del carbono; o del uso masivo de etanol a gran escala, u otros biocombustibles; o incluso de la llamada “energía nuclear limpia”.

Los gobiernos prometen subvenciones sin precedentes para la investigación y el desarrollo con el fin de alcanzar una nueva era tecnológica. Estas nuevas tecnologías, según dicen, capturarán y almacenarán exitosamente el carbono del carbón de manera segura y económica, protegerán el uranio almacenado, y lograrán niveles de eficiencia sin precedentes en todos los procesos industriales, logrando mantener de este modo un paradigma de crecimiento industrial que supuestamente no diezmará el mundo natural ni destruirá especies, recursos naturales, ríos o el aire.

No obstante, y por ahora, estas nuevas capacidades tecnológicas son sobre todo teóricas, y podrían no alcanzarse jamás. Las proyecciones optimistas con respecto a estas tecnologías las sitúan en un plazo de una década por lo menos. Pero, incluso si se lograsen, muchas de las soluciones tecnológicas podrían conllevar nuevos problemas.

En todo caso, lo que es posible, incluso a corto plazo, es una transformación hacia unos medios más directos y simples para rebajar los impactos negativos sobre el planeta, como por ejemplo: un menor uso de los recursos, menos consumo, más conservación. Raras veces hablan los gobiernos o la industria de estos conceptos, ya que no se pueden acoplar al servicio de los estándares convencionales del crecimiento económico global. Esto implicaría una preferencia, o al menos un reconocimiento, de la necesidad de una transformación del sistema, una idea contra la que se resisten ferozmente.

⁵ Ver, J. Mander y V. Tauli-Corpuz, *Paradigm Wars: Indigenous Resistance to Economic Globalization*, Informe del Fondo Internacional sobre Globalización, Sierra Club Books, San Francisco, 2006. La Declaración de Naciones Unidas sobre derechos de los pueblos indígenas fue aprobada por la Asamblea General de la ONU el 13 de septiembre de 2007 (N. de la Ed.).

En EEUU, la postura oficial sostiene que son factibles y deseables las soluciones tecnológicas para todos los problemas, y que éstas pueden resolver todos estos problemas manteniendo, al mismo tiempo, el sistema de crecimiento industrial. Tales argumentos provienen, no solamente de fuentes empresariales y gubernamentales, sino también de algunos académicos, grupos de ONGs, y prácticamente de todos los candidatos presidenciales que están buscando desesperadamente soluciones que no sean demasiado perjudiciales para el modelo económico actual.

Lo que es posible, incluso a corto plazo, es una transformación hacia unos medios más directos y simples para rebajar los impactos negativos sobre el planeta, como por ejemplo: un menor uso de los recursos, menos consumo, más conservación

Por desgracia, la mayoría de las soluciones tecnológicas de este tipo seguirían siendo dependientes para su propia producción de mantener enormes suministros de energía barata y/o materiales extranjeros importados a buen precio, una perspectiva muy cuestionable. Además, la “ganancia neta de energía” de muchas de estas innovaciones tecnológicas –una vez incorporados todos los costes sociales y ambientales externalizados– puede a menudo ser escasa, o incluso negativa.

Incluso considerando que se encuentren soluciones a las insostenibles tecnologías energéticas del momento, de modo que no emitiesen directamente cantidades ingentes de dióxido de carbono, éstas conllevan tales degradaciones ambientales y sobre la salud humana, en tantos frentes y con tantas disrupciones sociales, que los beneficios netos a largo plazo son ilusorios. Por ejemplo, mientras son muchos los que hablan del “carbón limpio” o del “secuestro del carbono”, no existen tantos que hablen de las tragedias ambientales casi inimaginables que pueden surgir tras el proceso de minería a cielo abierto, para poder extraer el carbón del suelo en primera instancia realizado en muchas partes de EEUU. Miles de millares de acres de montes y bosques han sido devastados, y miles de personas sufren y son envenenados por unos niveles de contaminación espeluznantes. Otros procesos de extracción de carbón conllevan impactos similares. Tales ejemplos ponen en entredicho el propio concepto de “carbón limpio”.⁶

Otro ejemplo se puede encontrar en la inminente invasión de las arenas asfálticas de Alberta (Canadá), para la extracción petrolífera, que ya está generando graves consecuencias tanto en lo social como en lo ambiental. Además, la creciente y frenética conversión de bosques y tie-

⁶ Ver, Appalachian Voices, www.appvoices.org y www.ilovemountains.org

rras agrícolas en biocombustibles también está suponiendo enormes impactos negativos sobre pueblos agrícolas y rurales en todo el mundo, y sobre las reservas globales, ya de por sí escasas, de agua dulce que se utiliza intensivamente en la producción de biocombustibles.

De hecho, hoy en día, son la industria, los gobiernos y por desgracia también algunos candidatos a la presidencia de EEUU quienes están promocionando los biocombustibles de forma muy agresiva, como si fueran una panacea de algún tipo. Esto a pesar de que los biocombustibles tienen un potencial muy limitado en cuanto a su posible contribución para aliviar la crisis climática o petrolera de forma significativa. Para que los biocombustibles puedan contribuir de forma importante a eliminar la dependencia sobre el petróleo, el gas y el carbón, sería necesaria la reconversión de un enorme porcentaje de las tierras que actualmente producen alimentos para que produzcan combustible en todo el planeta. Esta transformación, por sí misma, podría empujar a millones de personas que en la actualidad cultivan la tierra para su propia subsistencia y la de sus comunidades hacia la hambruna, sobre todo en los países más empobrecidos, pero también en EEUU. Los impactos ya se están observando, y con fuerza, en lugares como Brasil, México, Malasia y varios países del sur de Asia, como también entre miles de comunidades indígenas del planeta cuyas tierras están siendo utilizadas por la fuerza para la producción de biocombustibles.⁷

Demasiadas tierras productivas han sido ya perdidas en nombre del desarrollo industrial. La producción de biocombustibles, añade leña al fuego. Esta tendencia, respecto a la transformación de tierras agrícolas debe ser revertida y no extendida. Las tierras de cultivo de alimentos viables deben ser protegidas, prioritariamente, y no sacrificadas en nombre de procesos económicos insostenibles.

A fin de cuentas, todos debemos comprender que el fin de todas estas tecnologías tan cacareadas no es el de alcanzar una sostenibilidad ecológica a largo plazo. Su objetivo principal es mantener la enorme maquinaria de crecimiento empresarial-industrial en sus formas actuales, además de los beneficios individuales de las grandes empresas que comercializan los productos.

¿Cuál es el papel de las demás energías renovables?

Una plena transición hacia sistemas que sean renovables al 100%, y que no estén basados en el carbono ni en lo nuclear, es sin duda tremendamente deseable para hacer frente a tareas acuciantes como la ralentización del caos climático y el reemplazamiento, en parte,

⁷ Ver, V. Tauli-Corpus, *Monocropping: Impacts on Indigenous Peoples' Land Tenure and Resources Management Systems and Livelihoods*, Foro Permanente de Naciones Unidas sobre Cuestiones Indígenas.

de la dependencia de los decrecientes suministros de gas y de petróleo. La mayoría de las energías renovables, como la solar, la eólica, la energía de las olas, la energía hidráulica a pequeña escala (y ciertos biocombustibles locales), producen impactos ambientales muy inferiores al petróleo, al gas natural, al carbón o a la energía nuclear. Al mismo tiempo no están tan sujetos a tensiones geopolíticas, incluyendo guerras, circunstancia que caracteriza las tecnologías del petróleo, gas y la energía nuclear.⁸ Sin embargo, incluso con las energías renovables aún persisten ciertos problemas.

Si los poderes efectivos decidieran hoy mismo que una combinación de energías renovables, como las que hemos citado anteriormente, pudiera ser exigida, se daría un paso sumamente positivo. Pero, sin embargo, sigue siendo altamente improbable que incluso la combinación deseable de sistemas de energías renovables alternativas sea suficiente para sostener el modelo de crecimiento industrial actual, a la presente escala. Para desplegar estos sistemas renovables, a una escala significativa, se requeriría todavía un uso considerable de grandes cantidades de combustibles fósiles baratos de modo que sea posible construir el gran volumen de sistemas de producción necesario para responder eficientemente a la demanda del sistema industrial sobredimensionado que tenemos en la actualidad.

También es cierto que algunas energías renovables, si se utilizan a gran escala industrial, podrían operar con una tasa de “energía neta” relativamente baja, ofreciendo tan sólo un modesto rendimiento energético, comparado con la cantidad de energía invertida para producirla. Esto es ciertamente el caso de la mayoría de los biocombustibles, aunque en menor medida el problema también afecta a las tecnologías solares y eólicas.⁹

Las necesidades tanto materiales como energéticas para la construcción, el transporte y el mantenimiento de estas alternativas a gran escala —que por otra parte son de lo más deseables— también podrían tener consecuencias sociales y ambientales negativas. Sin embargo, teniendo en cuenta los múltiples y profundos motivos ambientales y geopolíticos favorables a las opciones de energías renovables, hacen que sean elecciones mucho mejores que el petróleo, el gas, la energía nuclear y el carbón en términos de un futuro sostenible.

Al evaluar las oportunidades que generan las energías renovables, es necesario determinar no sólo cómo se comparan los sistemas renovables con los que no lo son, sino también entre ellos; cuáles son menos dañinos para la naturaleza y cuáles tienen las mejores relaciones de “energía neta” —es decir, que producen un resultado en términos de energía

⁸ Ver, M. Klare, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001; y *Blood and Oil: The Dangers and Consequences of America's Growing Dependency on Imported Petroleum*, Metropolitan Books/Henry Holt and Company, Nueva York, 2004.

⁹ Ver, J. Santa Barbara, *The False Promise of Biofuels*, Informe del Foro Internacional sobre Globalización, San Francisco, 2007.

mayor que los requerimientos necesarios para producirla—. Deben ser capaces de demostrar que tienen “huellas de ciclo de vida” sostenibles, empezando con el proceso de extracción de materias primas utilizadas en la producción y terminando con su eventual retirada. Este complejo cálculo incluye la internalización de todos los costes vinculados a la contaminación, además de los costes de las tecnologías de base empleadas para fabricar las nuevas tecnologías en función de los materiales y energía incorporados, y los costes integrados del transporte de larga distancia, la extracción de minerales, el procesado, etc. Todo ello debe ser incorporado al cálculo. Finalmente, la tecnología debe estar a disposición de la totalidad de la población mundial, es decir, debe contar con un acceso equitativo.¹⁰

En todo caso, consideramos que los sistemas de energías renovables nunca deben ser percibidos como instrumentos cuyo cometido principal sea el de sustentar a la economía industrial derrochadora de la actualidad, que ya ha crecido mucho más allá de las capacidades inherentes de sustento del planeta. Las energías renovables deberían utilizarse tanto como sea razonable, para sustituir los sistemas actuales tremendamente destructivos basados en el carbono y lo nuclear, y ser combinados con principios de conservación, eficiencia y de menor consumo para que la sociedad vuelva a situarse dentro de los límites de la naturaleza. Las tecnologías por sí solas no nos salvarán.

Futuros senderos: no globales, en favor de lo local y “cerrando el grifo”

En última instancia debemos aceptar la necesidad de reconsiderar los paradigmas actuales de crecimiento, los objetivos y el propio sistema económico. Encontrar soluciones permanentemente viables para el conflicto irreconciliable entre la base limitada de recursos del planeta y los impulsos continuamente expansionistas del modelo industrial global, nos obligarán, inevitablemente, a tomar la decisión de rebajar la presencia y la actividad humana en su conjunto, es decir “cerrar el grifo” (*power-down*) hasta lograr niveles de producción y consumo que se sitúen bastante por debajo de las capacidades ambientales del planeta.

Por consiguiente, en vez de intentar apoyar sistemas sobredimensionados basados en el crecimiento exponencial, para luego buscar desesperadamente, tal y como lo hacemos en la actualidad, cualquier sistema energético y materiales que pueda sostener el crecimiento excesivo, la sociedad debe hacer que evolucione su sistema de valores hacia sistemas novedosos que sigan procesos distintos, con objetivos diferentes, como estos:

¹⁰ El Scientific Working Group del Foro Internacional sobre la Globalización está preparando un estudio comparativo de todas las energías renovables y no renovables en términos de la energía neta. Este informe está disponible desde finales de otoño.

- 1º) Intentar estimar los niveles máximos de uso de energías renovables y de procesamiento materiales que puedan ser sostenidos por los ecosistemas del planeta (en otras palabras, la “capacidad planetaria” máxima).
- 2º) Determinar un nivel de uso suficiente de recursos y energía, que sea inferior al máximo nivel sostenible. Este debería estar óptimamente equilibrado para asegurar tanto el bienestar humano como el planetario, ofreciendo un margen de seguridad adecuado para la protección futura de la biodiversidad y de los sistemas naturales.
- 3º) Adecuar todos los principales sistemas de funcionamiento de la sociedad –el transporte, la manufactura, la agricultura, la energía, el diseño de construcción, etc.– para que estén en sintonía con estos estándares, desplegando energías renovables y a la vez asegurar una mejora en términos de eficiencia, conservación, y niveles de consumo inferiores.
- 4º) Redistribuir, a través de distintos mecanismos los recursos limitados del planeta sobre una base más equitativa. Esto debe incluir la devolución de tierras cultivables locales a poblaciones locales, a las que se les ha expropiado en los últimos años. Con esta medida se permitirá que puedan volver a ser capaces de sostenerse, a la vez que se protege la viabilidad, a largo plazo, de sus tierras y suelos. Esta medida también ayudará a eliminar el consumo excesivo de energía, que es intrínseco hoy en día a la agricultura industrializada.

Los sistemas de energías renovables nunca deben
ser percibidos como instrumentos cuyo cometido
principal sea el de sustentar a la economía industrial
derrochadora de la actualidad

Los objetivos de promover la conservación, de incrementar la eficiencia y de reducir el consumo material deben ser promovidos a través de una combinación de sistemas de energía renovable a pequeña escala que tengan Tasas de Retorno Energético positivas, y la aprobación de planes para reducir las cantidades absolutas de uso energético. El Protocolo de Agotamiento de Petróleo contempla un paso en esta dirección.¹¹

Hay pocas dudas de que todo esto conllevará, inevitablemente, cambios significativos en nuestros modos de vida. También requerirá que alejemos, en lo posible, la actividad económica de las economías globalmente centralizadas orientadas a la exportación y hacia unos modelos económicos centrados en el ámbito comunitario, local y regional, que son inherentemente más sostenibles de un punto de vista ambiental.

¹¹ Ver, R. Heinberg, *The Oil Depletion Protocol: A Plan to Avert Oil Wars, Terrorism and Economic Collapse*, New Society Publishers, Gabriola Island, BC, 2006; y C. J. Campbell y J. H. Laherrère, “The End of Cheap Oil”, *Scientific American*, marzo 1998, en <http://dieoff.com/page140.pdf>; y C. J. Campbell, *The Coming Oil Crisis*, Multi-Science Publishing Co. Ltd/Petroconsultants, Essex, UK, 1997.

En una era de caos climático y de recursos menguantes, el modelo económico neoliberal de globalización pronto puede llegar a ser significativamente inviable. Su dependencia de la producción orientada hacia las exportaciones, enormes cantidades de transporte global, un uso de recursos siempre creciente y unos mercados globales en constante expansión no pueden sostenerse de ninguna manera en un planeta finito. La futura viabilidad económica debe eventualmente transformarse radicalmente hacia las economías locales bajo sistemas de gobernanza local y regional (subsidiariedad) que resaltan, al máximo posible, la producción local para el consumo local, la propiedad local haciendo uso de la fuerza de trabajo y de materiales locales, en el marco de modelos ecológicos y democráticamente estables. Las economías locales que operan de este modo dependen menos del transporte y suministros de recursos de larga distancia, y por tanto son menos proclives a tener un impacto negativo sobre el planeta. Esto no sugiere, como afirman algunos, un final predestinado para todo el comercio internacional o interregional, o a toda forma de viajes. Lo que sí sugiere es revertir el énfasis y dar prioridad a la localización de la actividad económica, hasta donde sea práctico; es decir un sesgo hacia lo local.¹²

Finalmente, toda solución debe también incluir programas voluntarios diseñados localmente que respeten los derechos reproductivos de las mujeres, al mismo tiempo que trabajan a favor de unas tasas de natalidad más reducidas para armonizar la capacidad de carga de las comunidades, y del planeta. El consumo y flujos internos se verán reducidos automáticamente, al reducirse la población global a lo largo del tiempo, y también con la mayor localización de las economías.

Logrando la equidad: limitar y compartir / contracción y convergencia

Cuando las naciones que en la actualidad consumen en exceso se preparen para cerrar el grifo a su uso energético y para recortar los flujos materiales, reduciendo al mismo tiempo sus niveles de consumo personal, los impactos globales en su conjunto pueden ser optimizados, eventualmente, bastante por debajo de las capacidades máximas de sustento del planeta. No obstante, debemos ser conscientes de las enormes disparidades que existen entre las naciones en cuanto al uso actual de recursos. Muchas naciones y pueblos del mundo viven hoy en día con unos niveles de consumo dramáticamente reducidos, de hecho muy por debajo de los niveles a los que se puede sostener un cierto bienestar personal, familiar y/o comunitario. Estas disparidades entre, y dentro de las naciones son en muchos casos el resultado de periodos de explotación coloniales, presentes o pasados. Es indudable que muchos de los países del norte industrializado han alcanzado su uso excesivo de recursos naturales privando a los países del sur de los recursos que

¹² Ver, C. Hines, *Localization: A Global Manifesto*, Earthscan Publications, Londres, 2000.

les corresponden, un proceso que sigue en curso en muchas partes del mundo en la actualidad.

Reconociendo esta situación, consideramos que toda persona y comunidad, ya sea en el norte industrializado o en el sur globalizado, tiene unos derechos fundamentales a tener alimentos, abrigo, vestimenta y vivienda a un grado suficiente, además de una atención sanitaria básica y otros servicios públicos, para sostener un nivel satisfactorio de bienestar más allá de los mínimos imprescindibles para la supervivencia.¹³

Entretanto, algunos países del sur, históricamente desaventajados, presentan un argumento convincente según el cual no se les debería exigir que “cierren el grifo” al mismo grado que los países del norte. En nombre de la supervivencia, es posible que tengan, en muchos casos, que incrementar sus flujos materiales y su uso energético de fuentes renovables; no para acercarse a un nivel de consumo excesivo, sino para alcanzar un grado de “suficiencia” que esté bien encuadrado en la capacidad de sustento del planeta.

De ahí que hayan surgido los conceptos de “limitar y compartir” o de “contracción y convergencia”. Mientras los países ricos con un elevado grado de consumo recortan su actividad bastante por debajo de los niveles actuales de consumo excesivo, el objetivo es que los países, y pueblos, más empobrecidos puedan *e*levar su nivel, hasta acercarse a la “convergencia” o equidad. No obstante, en su conjunto, el objetivo de convergencia debe situarse bastante por debajo de los niveles máximos de sustento para todos los flujos materiales del planeta, incluyendo el uso total de energía, lo cual exige unas importantes reducciones netas en todas las áreas.

Para ayudar a este proceso, se requiere una importante redistribución de los recursos planetarios, de la riqueza y de las tecnologías sostenibles de los países ricos hacia los países y pueblos más empobrecidos, con el cuidado necesario para evitar los históricos fracasos y corrupciones de esquemas de ayuda anteriores, en muchos casos también anclados en contextos coloniales. Por ejemplo, en el seno de los países más empobrecidos suele existir una élite minoritaria extremadamente rica, beneficiaria directa tanto del colonialismo como de la globalización; a estos se les denomina a veces como “el norte en el sur”. Las transferencias y contribuciones de esta clase adinerada deberían incluirse en la ecuación nacional.¹⁴

¹³ Han sido propuestas varias definiciones de trabajo de la “suficiencia” y de un “índice global de suficiencia”, pero necesitan mayor desarrollo y concreción. Como parte de este proyecto, esperamos que en breve podamos presentar un nuevo estándar viable y claro.

¹⁴ Crece el número de propuestas sobre cómo deben realizarse estas transferencias del norte al sur. En este momento no favorecemos ninguna de estas propuestas por encima de las demás; todas deben ser estudiadas y debatidas en cuanto a su óptima viabilidad.

Igual de importante: los intereses de la equidad también requieren una rápida retirada de las grandes empresas a la exportación de productos agrícolas de tierras cultivables en los países más empobrecidos. Estas tierras han sido adquiridas a lo largo de los años por una variedad de métodos inaceptables —a veces *manu militari* o con la ayuda de regímenes corruptos— y más recientemente a través de la aplicación de las atroces normas de las burocracias globales, incluyendo la OMC y el Banco Mundial. Las tierras que han sido arrebatadas de esta forma a los pueblos locales deben volver a estar bajo el control de comunidades y agricultores locales. Esto de por sí liberaría a millones de personas que ahora podrían volver a asumir sus actividades tradicionales de cultivo local que sostuvieron sus comunidades en el pasado.

La viabilidad económica de toda empresa que cotiza en bolsa y de su capacidad de atraer capital para sus operaciones requiere un rápido crecimiento, además de inversiones, expansión y beneficios a corto plazo, por encima de cualquier otro objetivo, incluyendo el bienestar social y ambiental

Al final, el objetivo tiene que ser también el de lograr acuerdos internacionales sobre fórmulas que garanticen una “contracción” y una “convergencia”, es decir fórmulas económicas formales con mandatos globales que lleven a una “contracción” económica generalizada para poder vivir dentro de unos límites planetarios realistas. Por otra parte, se deben centrar en la “convergencia” sobre un estándar globalmente acordado de “suficiencia” para todos, teniendo en cuenta los recursos y la salud del planeta. Consideramos que una transición de este tipo puede llevar a la formulación de respuestas exitosas a esta crisis, a una mayor equidad entre y dentro de los diferentes países, y a un sentido renovado y positivo de bienestar y de paz, tanto en lo personal como en lo global.

Los límites a la libertad de la iniciativa empresarial

Para alcanzar las reformas mencionadas anteriormente se requerirá la cooperación o aquiescencia no sólo de gobiernos, sino también de todos los principales actores de nuestro sistema. Ante todo, es necesario poder contar con las empresas, que tienen un papel dominante en la actividad económica del planeta.

Por desgracia, en la actualidad las políticas y prácticas de largo alcance de una mayoría de líderes empresariales y gubernamentales siguen negando o ignorando la verdadera naturaleza del problema al que nos enfrentamos, además de sus implicaciones para el sistema industrial global actual. Este es un importante obstáculo para el cambio.

Según hemos indicado, hay un número minoritario de empresas dentro de las naciones industriales que han empezado a apreciar la magnitud del problema, y que han iniciado la búsqueda de nuevos modos de funcionamiento, con una mayor consciencia en cuanto a los impactos de sus procesos industriales. Algunos han comenzado recientemente a asumir papeles de liderazgo en la tarea de influir e intentar ejercer presión sobre los gobiernos más rezagados solicitando políticas de apoyo a la transformación. Estos deben ser respaldados. Sin embargo, también debe reconocerse que se enfrentan a obstáculos importantes, y posiblemente infranqueables, con respecto a lograr transformaciones en las empresas realmente significativas.

Las dificultades en la reforma del comportamiento empresarial están arraigadas en las características inherentes a todas sus estructuras en una economía de mercado, junto con las normas legales que las rigen. En la actualidad, la viabilidad económica de toda empresa que cotiza en bolsa y, sobre todo, de su capacidad de atraer capital para sus operaciones requiere un rápido crecimiento, además de inversiones, expansión y beneficios a corto plazo, por encima de cualquier otro objetivo, incluyendo el bienestar social y ambiental. Si una gran empresa que cotiza en bolsa no logra cumplir con esta fórmula, sus directores se verán expuestos a ser despedidos directamente, o incluso a posibles acciones legales por aquellas partes con intereses financieros en la misma. Ni los banqueros ni los inversores juzgan el rendimiento empresarial según el grado de contribución al bien público. Estas son fundamentalmente amorales. Sus objetivos operativos centrales están encaminados hacia el crecimiento y el beneficio, que es lo que esperan los inversores. Cualquier otro objetivo está subordinado a estos.

Por consiguiente, incluso aquellas grandes empresas, y las personas que trabajan en ellas, que esperan poder encontrar senderos más responsables, se topan con enormes dificultades en cuanto intentan iniciar transformaciones significativas en sus jerarquías de estándares de rendimiento. Siguen siendo raras excepciones las empresas que voluntariamente reniegan de beneficios, o cuyos principales gestores renuncian a su riqueza personal, en nombre de la salud ambiental o de la equidad social. Estas excepciones son aún más singulares entre las empresas que cotizan públicamente en bolsa. Demasiado a menudo ocurre todo lo contrario; las empresas hacen campañas intensas en contra de las leyes ambientales, la seguridad y la salud pública. En el caso específico de las cuestiones relativas al clima, como el consumo de combustibles o los estándares de eficiencia, las grandes empresas se resisten con especial ahínco. Incluso las soluciones que han propuesto estas, como la del “comercio de carbono”, son poco más que una argucia legal que les permite seguir contaminando a los mismos niveles que con anterioridad.¹⁵

¹⁵ Debemos distinguir entre las propias empresas, es decir, el conjunto de normas, estructuras y objetivos inherentes, y las personas que trabajan en ellas. A menudo, las personas que trabajan en grandes empresas desearían estar libres para poder seguir otras prioridades, pero se topan contra los límites establecidos por la estructura empresarial que exige que se

No es imposible que las empresas que presentan alternativas positivas puedan en algunos casos sostener beneficios, aunque esto sea, a su vez, una cuestión muy compleja. Por ejemplo, el nuevo énfasis en el “consumo verde” —que implica que deberíamos “comprar” nuestra salida a la crisis, y que no se hace necesario ningún cambio más profundo— supone una ilusión muy peligrosa. Todo consumo de nuevos productos supone añadir flujos materiales y energéticos significativos.

Ya hemos constatado el tremendo éxito público de los nuevos automóviles híbridos, ante todo por sus buenas prestaciones en cuanto a kilometraje por consumo de combustible. Miles de personas deseosas de hacer lo correcto han adquirido estos vehículos. Sin embargo, es probable que al final quede demostrado que no es más que una victoria de mercadotecnia para las empresas automovilísticas, y no tanto una ventaja para el planeta. Cuando se calculan todos los requerimientos de materia y energía que entran en la manufactura y transporte de un automóvil, incluyendo un sorprendente vaivén transoceánico de partes y materiales en las distintas fases del proceso de manufactura, incluso los automóviles híbridos pueden presentar importantes pérdidas netas en cuanto a energía neta y materiales a lo largo de su ciclo de vida activa. Esto es a pesar de las mejoras en el consumo de combustible por kilómetro. Para el bien del ambiente, un vehículo usado de buen rendimiento y con una relación relativamente alta de consumo de combustible por kilómetro puede en muchos casos resultar ser mucho más eficiente en términos del flujo de materiales y de energía a escala planetaria, y a fin de cuentas puede ser una elección ecológicamente mucho más viable que cualquier nueva promoción, flamantemente nueva, con recursos extraídos, transportados, moldeados y montados de nuevo. Esto también podría aducirse para muchos de los nuevos productos “verdes” que se están comercializando en la actualidad.

Muchos de nuestros compañeros siguen creyendo que está emergiendo una nueva generación de gestores empresariales concienciados que situarán el bien público a un nivel superior de los beneficios, intentando encontrar nuevos y diferentes estándares de desempeño que desafíen la tradicional búsqueda de beneficios empresariales. Aún queda por ver si esto puede llegar a ocurrir en la práctica. También se presenta el argumento de que los esfuerzos hercúleos que se realizan en nombre de las eficiencias de producción pueden ayudar a los beneficios, mientras sirven simultáneamente a mejorar el bien público. Esto es sin duda cierto. Creemos que todas las empresas harían bien en adoptar esta política.

obtengan, en primer lugar, y ante todo, beneficios, y también la indiferencia ante los impactos públicos. Sin embargo, hay ejemplos, incluso entre las grandes empresas energéticas, que procuran encontrar nuevas fuentes de beneficios potenciales en la transformación de la producción de petróleo hacia ciertas energías renovables. En todo caso, es probable, que en el futuro esta decisión se vea excesivamente limitada por el hecho de que los sistemas renovables no rendirán al mismo nivel que el petróleo y el carbón. Si estas transformaciones hacia las energías renovables resultan no ser rentables, no serán mantenidas.

Eventualmente esperamos que una comprensión generalizada de la verdadera naturaleza de las crisis que se nos avecinan lleve a cambios fundamentales en las leyes de las empresas y en sus estructuras, valores y comportamientos, incluso en el seno de instituciones que están actualmente diseñadas con otros fines principales. También creemos que las empresas deberían estar sujetas a nuevas normas de gobernanza que exijan una plena atribución de responsabilidades para todos sus comportamientos empresariales. Esto incluiría la internalización de los costes de daños externos, como la contaminación y el transporte, además de elevar otros estándares de comportamiento como: la responsabilidad personal de todos los inversores y ejecutivos, la exigencia de control por parte de comunidades locales, leyes que limiten la movilidad del capital, políticas encaminadas a “establecerse en un lugar para vender en el mismo lugar”, requisitos para aumentar el grado de utilización de inversiones y fuerza laboral local y medidas para fomentar la propiedad local y para asegurar la presencia mayoritaria de las partes locales interesadas en los consejos de administración, entre otras propuestas.

Por ahora, sin embargo, la enorme mayoría de las empresas y gobiernos del mundo, siguen atados a los estándares del mercado y al crecimiento global actual, que son los principales responsables del problema. Esto deja a las naciones y a los pueblos en una situación de trágica vulnerabilidad ante las dificultades que aparecerán a la vuelta de la esquina. Por tanto, sigue siendo una prioridad absoluta para los activistas que se hagan públicas las diferencias que existen entre los objetivos y valores actuales de las empresas y la viabilidad ecológica a largo plazo.

La transformación de los valores

Los tipos de cambio del sistema que se han sugerido anteriormente –hacia lo local, estándares de suficiencia y límites económicos que reflejen límites naturales–, además de las reformas urgentes para lograr la equidad, han sido retratados por parte de las empresas y gobiernos como si fueran tremendamente dolorosos y negativos. Éstos abogan por la continuidad del sistema actual de crecimiento elevado y de gran consumo de bienes.

Los que apoyan el *status quo* argumentan que unas transformaciones económicas tan radicales, en cuanto a los valores y las prácticas, y sobre todo los esfuerzos por reducir el consumo, conllevarían penurias inaceptables para la población mundial. Además, apuntan que estas medidas reducirían la marcha del “progreso” hacia un crecimiento económico cada vez mayor, beneficios de las empresas, comodidades materiales y creación de riqueza personal, que son los objetivos declarados del sistema actual. Estos siguen conjurando imágenes utópicas sobre las bondades de la globalización, y sobre las desastrosas expectativas que aparecerían tras cualquier cambio de rumbo. A veces, llegan incluso a predecir

¿Qué es
realmente
necesario
para el
bienestar
humano, la
satisfacción
personal, la
suficiencia
material, la
sosteni-
bilidad
ecológica?

un retorno a la “vida primitiva en cavernas” o un retroceso a los “estándares del siglo XVIII”, como si las verdaderas alternativas estuvieran entre elegir el crecimiento empresarial o la vida en cavernas.

Los partidarios de estas teorías también consideran que el sistema actual es fundamental para el alivio de la pobreza global, como si esto siempre hubiera sido un objetivo principal del sistema, más allá de una propuesta para mejorar sus relaciones públicas. Presentan los beneficios de un crecimiento económico acelerado, bajo el reino de las grandes empresas globales, utilizando instrumentos como el libre comercio, la inversión, la privatización del patrimonio natural y público de la humanidad, la liberalización y la producción orientada hacia la exportación. Según estos mismos, ésta es la fórmula para “elear” y beneficiar a todos por igual, justificando por tanto los impactos negativos, inevitables, sobre los recursos y el planeta.

Lo que no dicen, sin embargo, es que incluso juzgándolo por sus propios términos, el actual modelo económico global ha sido un fracaso. No alivia la pobreza, ni tampoco eleva el grado de riqueza personal o de bienestar –salvo para unos pocos que están sentados al timón de la maquinaria industrial–. Estos representan un porcentaje cada vez menor de la población mundial. Los informes de Naciones Unidas muestran que la globalización económica ha concentrado la riqueza en un número cada vez menor de países y élites económicas. El 1% más rico de la población mundial ahora cuenta con un 40% de la riqueza neta mundial; el 10% más rico controla el 85% de los activos globales y sus pertenencias van en aumento. Las 946 personas con una riqueza superior a los mil millones de dólares estadounidenses tienen la misma riqueza que dos terceras partes de toda la humanidad. Diferencias similares se observan entre los países más ricos y los más empobrecidos.¹⁶

El modelo actual de crecimiento industrial global no “eleva a todos por igual” tal y como se afirma, sólo hace crecer a los más ricos, mientras que la inmensa mayoría de la población mundial viven en condiciones que empeoran cada año, sufriendo una penuria sin precedentes en el siglo XXI. Entretanto, el mundo natural, la verdadera fuente de toda la riqueza y sustento, ha sido llevado a una situación cercana al colapso catastrófico en nombre de la acumulación de bienes de consumo y del crecimiento de las empre-

¹⁶ Ver, J. B. Davies y S. Sandstrom, *The World Distribution of Household Wealth*, 2006, Instituto Mundial de Investigaciones de Economía del Desarrollo, Universidad de Naciones Unidas, Helsinki, 2006; Foro Internacional sobre Globalización, *Does Globalization Help the Poor?*; S. Anderson y J. Cavanagh, *Field Guide to the Global Economy*, IPS.

sas, mientras que los límites ya visibles de los recursos del planeta presagian, cada vez más, el fin de todo este proceso económico.

Estándares universales de suficiencia, bienestar y felicidad

Todo lo anterior nos lleva a preguntarnos sobre, ¿cómo deberíamos vivir en un planeta finito? ¿Qué es realmente necesario para el bienestar humano, la satisfacción personal, la suficiencia material, la sostenibilidad ecológica? ¿Cuáles son las formas políticas y económicas más apropiadas para tales transformaciones? ¿Cómo podemos lograr la transición hacia unas economías más locales, centradas en las comunidades y con un poder político que esté realmente más cercano a la población?

La voluminosa investigación más reciente, junto con las pruebas correspondientes, sugieren que si el “bienestar” humano, la “felicidad” y la satisfacción personal llegasen algún día a ser las medidas estándar para valorar el éxito de una sociedad, sería menos probable alcanzarlas mediante la competencia por la riqueza individual o por la acumulación extensiva de bienes de consumo, que mediante el cumplimiento de condiciones, más fundamentales del bienestar. Éstas incluyen: alimentos, cobijo y vestimenta suficiente; buena salud y los valores de un sólido compromiso con la comunidad; seguridad familiar; modos de vida que realicen a las personas; libertad de movimiento, palabra y culto; un sector público implicado y eficaz; junto con la presencia y fácil acceso a un rico mundo natural. Los estudios muestran que al incrementarse los niveles de consumo y acumulación de materiales por encima de un nivel aproximado de comodidad y seguridad satisfactorias, el sentido de felicidad y de bienestar no aumenta al mismo ritmo. De hecho, al seguir incrementándose los estándares materiales, el sentido personal de bienestar y de satisfacción tiende a disminuir, por los sacrificios emocionales que son necesarios para lograr estas adquisiciones adicionales, además del tiempo y comportamientos exigidos para lograrlos.¹⁷

Si esto fuera cierto, estas investigaciones ponen en tela de juicio la validez de los valores y estándares más básicos de nuestra sociedad actual, sacrificando la salud de los humanos y de la naturaleza para lograr un estándar de felicidad y satisfacción falsamente comercializado y publicitado. Para las sociedades que ahora se adhieren a la visión difundida entu-

¹⁷ Entre otros ver, R. Constanza, B. Fisher, et. al., “Quality of Life: An Approach Integrating Opportunities, Human Needs and Subjective Well-Being”, *Ecological Economics*, Nº 61 (2-3), 1 de marzo de 2007, pp. 267-276; T. Kasser, *The High Price of Materialism*, The MIT Press, Cambridge MA, 2002; R. E. Lane, *The Loss of Happiness in Market Democracies*, Yale University Press, New Haven CT, 2000; R. Layard, *Happiness: Lessons from a New Science*, Penguin Books, Londres, 2005; T. Princen, *The Logic of Sufficiency*, The MIT Press, Cambridge MA, 2005; A. W. Vemuri, R. Costanza, “The Role of Human, Social, Built and Natural Capital in Explaining Life Satisfaction at the Country Level: Toward a National Well-Being Index (NWI)”, *Ecological Economics*, Nº 58 (1), 10 de junio de 2006, pp. 119-133.

siastamente por los medios de comunicación sobre “la buena vida”, basada en el hiper-consumo de bienes, las nuevas estrategias para un menor uso de recursos, de menos acumulación y de estándares de vida más modestos, se convierten también en argumentos para una mayor sensación de plenitud personal, menos estrés, más tiempo para dedicar a la familia, los amigos, la naturaleza, la creatividad y el ocio, bienes que hoy en día son más bien escasos. Ciertamente, para las sociedades que actualmente se dedican al consumo excesivo, menos sería más.

Entretanto, millones de personas en todo el planeta no están esperando que estas verdades sean reconocidas oficialmente. Aún ante la ausencia de gobiernos o burocracias globales que promuevan modelos sostenibles, son innumerables las personas que ya están intentando activamente, sobre el terreno, llevar a cabo una enorme variedad de prácticas económicas alternativas y de sistemas en el ámbito local, comunitario y regional, tanto en contextos rurales como urbanos.¹⁸ Incluso en los países más industrializados, algunas personas son concientes de que se avecina una importante transformación, y se lo plantean con creatividad, entusiasmo, y acciones colectivas.

Tampoco son del todo novedosos estos planteamientos. Hemos visto este tipo de reacción valiosa en muchas otras situaciones. Los estadounidenses sólo deben recordar la época de la II Guerra Mundial, durante la cual muchos productos básicos, como el suministro alimentario, se vieron severamente limitados, imponiéndose incluso el racionamiento a gran escala. Cientos de miles de familias estadounidenses que nunca habían cultivado nada empezaron a cultivar “jardines de la victoria” en sus jardines, y lo hicieron con un espíritu y alegría comunitario renovado, y con grandes resultados.

De ahí que otro propósito clave de nuestro trabajo es intentar reunir tales ejemplos, y poder apoyarlos desarrollando nuevos programas que ayuden al avance de este proceso, intentando también dar el grito de alarma sobre el colapso potencialmente catastrófico que puede producir el modelo dominante de crecimiento industrial global. A fin de cuentas, todas las soluciones son necesariamente locales y globales, personales y políticas, visionarias y prácticas.

Pasos hacia la sostenibilidad ecológica, la equidad, la suficiencia y la paz

En este texto no hemos querido ofrecer un único modelo racionalizado para resolver la Triple Crisis que pretendamos impartir o imponer al mundo entero. Nuestros esfuerzos se encaminan, más bien, a iniciar los procesos hacia estos patrones, y a sugerir muchos de sus

¹⁸ En EEUU podríamos citar el trabajo organizativo del Post Carbon Institute y Community Solution.

ingredientes más evidentes. Lo que sigue a continuación es, por tanto, una lista de algunas de las posturas, ideas y pasos que creemos serán incluidos eventualmente en los modelos integrales y prácticas sostenibles según vayan surgiendo. Esperamos animar el debate y la discusión de estas cuestiones y sus ramificaciones posteriores, para intentar llegar, en algún momento, a un movimiento internacional que exija cambios fundamentales en el modo en el que operan las sociedades actuales, y sobre la manera en la que vivimos, tanto como comunidades, familias e individuos.

Estos son los primeros pasos hacia una nueva economía de la suficiencia, de la equidad, de la sostenibilidad y de la paz.

- 1) Una rápida retirada de todos los sistemas energéticos basados en el carbono, incluyendo la adopción por parte de todos los países de un “Protocolo de Agotamiento del Petróleo” o de propuestas similares para una reducción fija y anual del consumo de petróleo, carbón y gas.
- 2) El rechazo de sistemas energéticos a gran escala, denominados “alternativos”, y diseñados realmente para prolongar el sistema de crecimiento industrial. Estos incluyen la energía nuclear, el “carbón limpio”, biocombustibles a escala industrial y la combustión de materiales peligrosos y de residuos municipales, entre otros.
- 3) Una rápida transición hacia sistemas de energía renovable a pequeña escala, centrados en lo local, y de propiedad local, que sean ecológicamente sostenibles. Estos incluirían la energía eólica, la solar, la hidráulica a pequeña escala, la energía de las olas y los biocombustibles locales. Igual de importante será un incremento significativo en las prácticas de conservación y eficiencia —es decir “cerrar el grifo”, junto con una reducción correspondiente en el nivel de consumo personal, en aquellos países donde es, y ha sido, excesivo.
- 4) El reconocimiento de que algunas naciones, debido a los patrones históricos del colonialismo, de la agresión y de la explotación de recursos, se han enriquecido exageradamente mediante el control de los recursos del planeta. Todas las soluciones a las crisis actuales deben incluir cierto grado de concienciación y un esfuerzo activo hacia la redistribución de los recursos globales, de cara a restaurar un equilibrio equitativo entre y dentro de todas las naciones.
- 5) Un rechazo a todos los elementos y objetivos negativos de la globalización económica y del modelo económico neoclásico tremendamente antidemocrático. Estos factores negativos incluyen: el hiper-crecimiento económico; una producción orientada hacia la exportación en los ámbitos agrícolas, energéticos y de manufactura; la liberalización de la actividad de la empresa; la privatización de los bienes comunes; la privatización de los servicios públicos; el “ajuste estructural” de las economías hacia el comercio global, dejando de lado las necesidades locales; el énfasis sobre mercados globales; la destrucción de mercados locales; la supresión de aranceles proteccionistas y controles a la inversión

(destinados a proteger los recursos y las empresas locales). Estos factores de la globalización económica están diseñados para sostener a las grandes empresas globales y no al medioambiente o a comunidades viables. Cualquier sistema democrático sostenible, incorporará valores y prácticas que son opuestos a todos estos.

- 6) Reorientar, dentro de lo posible, todas las normas de la actividad económica –comercio, inversiones, y estándares– para favorecer la localización económica y el fortalecimiento (*empowerment*) político local (subsidiariedad). Los múltiples ejemplos globales de comunidades sostenibles existentes deberían ser reconocidos, y el bienestar económico local debería primar por encima del comercio y el crecimiento empresarial global. Estamos a favor de reformas importantes de los organismos actuales que rigen el comercio y las finanzas internacionales, como la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, además de las agencias de créditos a la exportación, que son hoy en día actores principales en el mantenimiento de la insostenible economía global. Donde no sea posible la reforma institucional, procuramos su sustitución por nuevas instituciones y procesos internacionales, nacionales y locales que no actúen como meros secundarios de las empresas globales, sino teniendo en cuenta los intereses de la sostenibilidad ambiental, de la equidad entre las naciones y los pueblos, los principios de la subsidiariedad y la democracia; además de la diversidad ecológica, cultural y biológica que existe dentro de los límites inherentes de la naturaleza.¹⁹
- 7) Estamos a favor de reducir el comercio de larga distancia, y no de incrementarlo; de una regulación más extensa y profunda sobre la actividad de las empresas; de menores movimientos de capital a través de las fronteras nacionales; de un mayor énfasis sobre la auto-suficiencia, sostenibilidad y control, tanto regional como local; de una mayor participación de las comunidades en los consejos de administración empresariales y de mayores normas sobre las inversiones en beneficio de la propiedad local; de un uso negociado y graduado de controles a las importaciones y exportaciones, según sean necesarios, con las correspondientes transferencias de recursos del norte al sur, para contrarrestar los desplazamientos que ocasiona la reducción del comercio; el uso de la política comercial para proteger a los pequeños agricultores y pequeños empresarios en todos los países, reconociendo siempre las necesidades especiales que requiere el proceso de transición de agricultores y trabajadores en los países menos desarrollados; volver a dar sentido al concepto de los bienes comunes locales, regionales y nacionales; rediseñar los entornos habitables urbanos y no-urbanos para adecuarlos a las verdaderas realidades de una era pos-carbono; restricciones sobre transformación de tierras agrícolas a uso no alimentario, y reconversión de muchas tierras que ya han sido transformadas y su posterior devolución a las comunidades locales.
- 8) Internalizar los costes sociales y ecológicos totales de la producción empresarial; trasladar a la legislación el principio de que “quien contamina paga”.

¹⁹ Ver también, J. Cavanagh y J. Mander (eds.), 2004, op. cit.

- 9) Promover una rerruralización ordenada, y una revitalización de comunidades mediante la reforma agraria, la educación y la aplicación de métodos de agricultura ecológica a pequeña escala, controles a la importación y exportación y un mayor énfasis en la democracia local; todo ello para prepararse ante la inevitable desindustrialización de la agricultura ante el declive del suministro de fuentes de energía baratas.
- 10) Reintroducir una versión actualizada de la “sustitución de importaciones” o modelos de auto-suficiencia regional entre las naciones, por ejemplo para ayudar a que las naciones puedan satisfacer sus necesidades más básicas: alimentos, viviendas, energía, producción y control de recursos, modos de subsistencia, en base a sistemas y recursos locales, para no ser tan dependientes de suministros a larga distancia, que por lo general llevan a la dependencia, la inseguridad y la explotación, a la vez que otorgan mayores poderes a los actores globales, dañando a los locales.
- 11) Introducir nuevos estándares de medición para valorar el éxito de las sociedades. Debe reconocerse que el Producto Nacional Bruto (PNB) y el Producto Interior Bruto (PIB) no son adecuados, y son incompatibles con sociedades que ahora buscan transformar sus valores. El énfasis debe situarse ahora en el bienestar humano, la sostenibilidad ambiental y la preservación del “capital natural” como objetivos principales, dejando de lado el crecimiento exponencial, el beneficio de las empresas o la acumulación de riqueza individual.
- 12) Establecer límites globales en el contexto de la capacidad de carga global sobre la cantidad total de producción de energía, junto con la creación de estándares de equidad, de “suficiencia”, sostenibilidad y redistribución de recursos.
- 13) Rechazar preliminarmente y clarificar los límites sobre toda tecnología considerada como insostenible desde un punto de vista ambiental o social. Aplicación del “principio de precaución” con respecto a todo desarrollo tecnológico.
- 14) Reconocer que la protección y preservación del mundo natural –en su plena diversidad biológica y genética, y de todos sus seres– es un objetivo primordial y una necesidad para un sistema sano y sostenible, y que la naturaleza tiene derechos inherentes a la existencia en este planeta en unas condiciones saludables y sin limitaciones, más allá de los servicios que proporciona a los seres humanos.
- 15) Reconocer que el comportamiento personal comparte responsabilidad con el sistema por los problemas actuales, como también para su solución futura. Muchos pueblos occidentales e industrializados han contado con el privilegio de disfrutar los frutos del proceso actual, pero ahora deben trabajar por modificar sus hábitos de consumo excesivos, mientras se impone la concienciación de que tales cambios aportarán en realidad unos beneficios positivos en el sentido de mayor tiempo libre para el disfrute personal, de la familia, amigos, sociedad, ocio y espirituales.
- 16) Reconocer que muchas sociedades indígenas en la actualidad, junto con muchos países del sur, ya han establecido sociedades con prioridades y valores semejantes a las enunciadas anteriormente, y que por tanto deberían ser consultadas como modelos y guías de estos cambios.

- 17) El éxito de todos los sistemas y sociedades debería ser juzgado mediante la satisfacción de cinco criterios fundamentales: sostenibilidad ecológica; grado de “ganancia neta de energía” o pérdida; el grado de equidad social, bienestar y “suficiencia”, por encima de criterios como el consumo superfluo y la riqueza; procesos democráticos de toma de decisiones; y la resolución no violenta de conflictos.
- 18) Todas las naciones del planeta deberían ajustarse a estos principios.

Campaña estratégica

Para poder realizar el tipo de cambios mencionados será necesario un cambio conceptual de gran calado y un activismo a todas las escalas. La acción debe ser local, pero también internacional. Debe provocar el cambio en áreas como las siguientes: concienciación sobre los límites de la actividad humana en el planeta; conceptos de la buena vida, y del verdadero bienestar; prácticas en todas las áreas de actividad social; cambios en todas las normas principales de la economía, políticas públicas, junto con los objetivos y magnitud de la gobernanza, entre otros. Las áreas a las que debe dirigirse el activismo son, obviamente, ilimitadas, pero sin duda incluirán, entre otros, estos ejemplos:

- Centrarse en las empresas para lograr nuevos límites efectivos a la actividad, opciones, propiedad, movilidad y estructuras de las mismas;
- Centrarse en las burocracias e instituciones globales por su actividad reguladora y la financiación de modelos de desarrollo insostenibles, y las infraestructuras, prácticas y objetivos de estos mismos modelos;
- Centrarse en los sistemas de funcionamiento: manufactura, agricultura, transporte, energía, además de los estándares por los que se mide su desempeño. Todos ellos operan en la actualidad, bajo la hipótesis de los recursos ilimitados; todos deben ser rediseñados para ajustarse a la escala de una sociedad sostenible basada en la suficiencia, la equidad, además del control local y regional;
- Centrarse en los sistemas urbanos, suburbanos y rurales tanto en el norte como en el sur, para rediseñarlos hacia sociedades integradas basadas en la suficiencia, la equidad, además del control local y regional;
- Centrarse en la reforma política con el fin de lograr el objetivo de la “subsidiariedad” global, es decir un movimiento consciente de la gobernanza y del funcionamiento en favor del control regional y local y, cuando sea posible, hacia estándares de autosuficiencia;
- Centrarse en una nueva concepción de la economía, gobernada por los límites y fronteras absolutas de la sostenibilidad ecológica, las capacidades de carga del planeta, una distribución más equitativa de los recursos globales y locales, la promoción y apoyo a comunidades autosuficientes, además del respeto y apoyo al mundo natural;
- Centrarse en las tecnologías, para determinar cuáles tienen características que las hacen

intrínsecamente contrarias a la sostenibilidad ecológica, la equidad social y la democracia (el desarrollo global del petróleo y el transporte; la energía nuclear; el automóvil; la agricultura industrializada), frente a aquellas que tienen el potencial para servir a los modelos democráticos, locales, y sostenibles (algunas de las energías renovables y los sistemas que funcionan a escala limitada).

- Reafirmar el concepto de los bienes comunes en su modo tradicional, como recursos comunes para el sustento de la vida, pero también en su aceptación moderna de servicios públicos compartidos, que pueden ir desde la educación a la verdadera seguridad.
- Centrarse en los medios de comunicación, que ahora están integrados en el marco de los paradigmas predominantes de la centralización, del crecimiento y de la explotación de la naturaleza, pero que deben ser, asimismo, reformados para reflejar las nuevas realidades, tanto en su contenido como en su forma.

Hacer campaña sobre cualquiera y cada una de estas áreas es adecuado, dentro del contexto de las nuevas realidades a las que se enfrenta el planeta, y ante la necesidad de establecer un sistema integrado, tanto local como internacionalmente. Los objetivos de la campaña deben ser amplios y profundos, pero también realizables. Todos son necesarios si hemos de conseguir salir de esta crisis.

REVISTA INTERNACIONAL

DE FILOSOFÍA POLÍTICA



UNED - Madrid



UAM - México

N.º 1 PENSAR LA POLÍTICA, HOY N.º 2 IDENTIDAD CULTURAL / PLURALIDAD POLÍTICA
N.º 3 NACIONALISMO Y POLÍTICA N.º 4 DESAFÍOS PARA LA DEMOCRACIA N.º 5 EL FUTURO
DE EUROPA N.º 6 ECONOMÍA Y POLÍTICA: RESTRICCIONES ESTRUCTURALES N.º 7 DIMENSIONES POLÍTICAS
DEL MULTICULTURALISMO N.º 8 LA POLÍTICA Y EL OTRO N.º 9 HACIA UNA DEFINICIÓN DEL ESPACIO
PÚBLICO INTERNACIONAL N.º 10 REPENSAR EL UNIVERSALISMO N.º 11 ¿QUÉ CIUDADANÍA? (EL RETO
DE LAS MINORÍAS) N.º 12 ECONOMÍA Y DEMOCRACIA N.º 13 LA ECOLOGÍA Y LOS LÍMITES
DEL LIBERALISMO N.º 14 POLÍTICA Y MEMORIA N.º 15 IDEALES POLÍTICOS DE LA HUMANIDAD
N.º 16 LOS AVATARES DEL LIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA N.º 17 REFUNDACIÓN DE
LA DEMOCRACIA N.º 18 EL LENGUAJE DE LOS DERECHOS N.º 19 LA RENTA BÁSICA N.º 20 EL NUEVO
DESORDEN MUNDIAL N.º 21 NATURALEZA Y SENTIDO DE LA GUERRA DE HOY N.º 22 LA POLÍTICA: TEMAS
DE AYER Y HOY N.º 23 LA FILOSOFÍA POLÍTICA DESPUÉS DE RAWLS N.º 24 EL LAICISMO, A DEBATE
N.º 25 DEBATES FEMINISTAS PARA EL SIGLO XXI N.º 26 TEORÍA CRÍTICA
N.º 27 INMIGRACIÓN, ESTADO Y CIUDADANÍA N.º 28 LA IZQUIERDA EN IBEROAMÉRICA, A REVISIÓN
N.º 29 LA UTOPIA EN LA ESTELA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

ISSN: 1132-9432 Formato: 16,5 x 23 cm / Periodicidad: semestral

Suscripción 2007 (n.ºs 29 y 30): España (con IVA) 18,00 euros
Extranjero: Vía ordinaria 25,31 euros
Avión: Europa 30,41 euros
Resto países 44,31 euros

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN A *REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA POLÍTICA*

Nombre
Dirección
Cód. Postal
Población
Tel.

☐ Desco suscribirme a la *REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA POLÍTICA* para 2007 (n.ºs 29 y 30).

Y solicito los números anteriores, que indico con una X:

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5 ☐ 6 ☐ 7 ☐ 8 ☐ 9 ☐ 10 ☐ 11 ☐ 12
☐ 13 ☐ 14 ☐ 15 ☐ 16 ☐ 17 ☐ 18 ☐ 19 ☐ 20 ☐ 21 ☐ 22
☐ 23 ☐ 24 ☐ 25 ☐ 26 ☐ 27 ☐ 28 ☐ 29

PRECIO POR EJEMPLAR

	sin IVA	con IVA
N.ºs 1 al 12	10,38	10,80
N.ºs 13 al 29	11,54	12,00

cuyo importe abonaré:

☐ Contra reembolso ☐ Visa ☐ Diners
☐ 4B ☐ Mastercard

N.º Tarjeta:

Validez: del al

Fecha: a de de

Firma obligatoria

Remitir a:

Anthropos Editorial. Nariño, S.L.

Apartado 224. 08191 Rubí (Barcelona)

Tel.: 93 697 22 96 Fax: 93 587 26 61

**El enfoque de las capacidades de M. Nussbaum:
un análisis comparado con nuestra teoría de
las necesidades humanas**

Ian Gough

177

El enfoque de las capacidades de M. Nussbaum: un análisis comparado con nuestra teoría de las necesidades humanas

Traducción: Leandro Nagore y Silvina Silva

Martha Nussbaum ofrece, en Las mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades,¹ una exposición elocuente, rigurosa y apasionada de sus últimas reflexiones sobre las capacidades humanas. Éstas son vinculadas, más estrechamente que en sus obras anteriores, con la ética y las políticas de desarrollo. Además, la autora aplica su enfoque a las tribulaciones a las que se enfrentan las mujeres en el mundo en vías de desarrollo, especialmente en dos capítulos sobre la religión y la atención sanitaria. Este texto analiza la teoría de las capacidades de Nussbaum comparándola con la perspectiva de las necesidades desarrollada en Una teoría de las necesidades humanas, escrito por Len Doyal y yo mismo.² Aunque existen importantes puntos de encuentro, las dos obras fueron escritas de forma independiente. Al terminar nuestro libro, publicado en 1991, desconocíamos el primer artículo de Nussbaum sobre la cuestión, "Nature, function and capability: Aristotle on political distribution", publicado en 1988, mientras que ella escribió sus textos posteriores desconociendo los nuestros.³

Ian Gough es Catedrático de Política Social en la Universidad de Bath (Reino Unido)

A diferencia de Amartya Sen⁴, Nussbaum presenta explícitamente una lista de las "capacidades funcionales humanas centrales" que puede compararse con nuestro modelo jerárquico de las necesidades humanas.⁵ El libro *Las mujeres*

¹ M. Nussbaum, *Women and Human Development: The Capabilities Approach*, CUP, 2000.

² L. Doyal e I. Gough, *A Theory of Human Need*, Macmillan, 1991. (En castellano, *La teoría de las necesidades*, Col. Economía Crítica, FUHEM, Icaria, Barcelona, 1994).

³ La versión original en inglés de este texto se encuentra en <http://www.welldew.org.uk/research/working.htm#wed1>. Se cuenta con autorización para su reproducción en español. El autor agradecen a David Clark, Dan Jones y Toru Yamamori por sus útiles comentarios sobre la versión anterior de este texto.

⁴ Filósofo y economista. Premio Nobel de Economía 1998 (N. de la Ed.).

⁵ No obstante, aquí se dejarán de lado otras cuestiones importantes ligadas a su enfoque nearistotélico.

y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades (MDH de aquí en adelante), surgido de las conferencias Seeley en la Universidad de Cambridge en 1998, marca un claro avance respecto a sus anteriores trabajos sobre las capacidades.⁶ Según Des Gaspar, refleja, entre otras cuestiones, su traslado a la cátedra de Derecho y Ética en Chicago y dos viajes de investigación a la India en 1997 y 1998.⁷

Argumentos para el universalismo

Aunque Nussbaum utiliza términos distintos a los nuestros —“capacidades”, en vez de “necesidades”—, compartimos el objetivo de desarrollar un argumento verdaderamente universal en favor de la emancipación humana. Su texto se centra explícitamente en las capacidades y opciones de las mujeres, abordando además los obstáculos concretos a los que se enfrentan la mayoría de las mujeres y niñas del planeta, pero todo ello viene envuelto en una teoría que es de aplicación también para los hombres y los niños. Los dos textos argumentan las tres propuestas siguientes:

Un concepto plenamente universal de las capacidades/necesidades

Dando por supuesto un mundo en el que muchas mujeres carecen de apoyo en funciones fundamentales de la vida humana, y en el que la mayoría de ellas cuenta con capacidades menores a las de los hombres, el objetivo de Nussbaum es desarrollar un “feminismo universalista”.⁸ El respaldo filosófico de este universalismo se encuentra en la idea de las capacidades humanas, “lo que las personas son realmente capaces de hacer y de ser”. En este punto, como en otros muchos, su obra está muy vinculada con la de Amartya Sen,⁹ para quien los funcionamientos “constituyen partes del estado de una persona” y, teniendo en cuenta que dichos funcionamientos son “intrínsecamente valiosos”, representan estados de bienestar. Las capacidades se refieren al conjunto de funcionamientos que son factibles para una persona, pudiendo elegir.

Sin embargo, Nussbaum, que empezó a trabajar sobre esta área independientemente de Sen, es más directa en las comparaciones y evaluaciones transculturales que esto

⁶ M. Nussbaum, “Human functioning and social justice: in defense of Aristotelian essentialism”, *Political Theory*, Vol. 2, N° 20, 1992, pp. 202-246; M. Nussbaum, “Non-relative virtues: an Aristotelian approach”, en M. Nussbaum y A. Sen (Eds.), *The Quality of Life*, Clarendon, Oxford, 1993, pp. 242-269; M. Nussbaum, “Human capabilities, female human beings”, en Nussbaum y Glover (Eds.), *Women, Culture and Development: a study of human capabilities*, Clarendon, Oxford, 1995b, pp. 61-104.

⁷ D. Gaspar, “Women and Human Development”, *Idea Newsletter*, junio 2001, en www.carleton.ca

⁸ MDH, p. 7

⁹ A. Sen, *Inequality Reexamined*, Clarendon, Oxford, 1992, pp. 4-7.

conlleva: “un feminismo internacional que pretenda tener algo de fuerza pasa rápidamente a involucrarse en la presentación de recomendaciones normativas que traspasan las fronteras de las culturas, las naciones, las religiones, las razas y las clases. Por tanto, debe encontrar un concepto descriptivo y normativo que sea adecuado para esta tarea. Yo propongo que ciertas normas universales de las capacidades humanas deberían ser centrales, en lo político, para las consideraciones sobre principios políticos básicos que pueden servir como soporte para una serie de garantías constitucionales en todas las naciones. También argumentaré que estas normas se usan legítimamente para realizar comparaciones entre naciones, al indagar sobre cómo se desenvuelven respecto a las demás en la promoción de la calidad de vida humana”.¹⁰ “El resultado que buscamos debería preservar libertades y oportunidades para cada persona, como individuos, respetándolos como fines en sí, y no como agentes o promotores de los fines de otros”.¹¹ Este “enfoque sobre el individuo como tal no requiere una tradición metafísica específica... Surge naturalmente del reconocimiento de que cada persona tiene sólo una vida para vivir”.¹²

Esto es comparable con nuestro argumento: “La salud y la autonomía son necesidades básicas que [todos] los humanos deben satisfacer para evitar los graves daños de una participación fundamentalmente mermada en cuanto a su forma de vida... En principio es posible comparar los niveles de satisfacción de las necesidades básicas en estos términos, no sólo en una cultura sino también entre diferentes culturas”.¹³ Según Soper, “lo que muestra la obra [de Doyal y Gough], según ellos mismos, es que es posible analizar la satisfacción de necesidades básicas para el bienestar ‘objetivo’ sin tener que plegarse al relativismo u operar a un nivel de generalidad tal que la pertinencia de la teoría en el caso de problemas específicos de política social sea sacrificada”.¹⁴

Una crítica del relativismo cultural

Nussbaum desarrolla una crítica explícita del relativismo centrándose en tres ideas aparentemente respetables en contra del universalismo:¹⁵ los argumentos desde la cultura, desde

¹⁰ MDH, pp. 34 y 35.

¹¹ *Ibidem*, p. 55.

¹² Señala además que de las principales religiones mundiales, tan sólo el budismo cuestiona seriamente este tipo de énfasis sobre el individuo. *Ibidem*, p. 56.

¹³ TNH, pp. 73 y 74.

¹⁴ K. Soper, “The thick and thin of human needing”, en Glenn Drover y Patrick Kerans (Eds.), *New Approaches to Welfare Theory*, Aldershot, Edward Elgar, 1993b, pp. 69-81.

¹⁵ Éste es uno de los contrastes que se establecen entre su obra y la de Amartya Sen.

lo positivo de la diversidad y desde el paternalismo.¹⁶ Sus tres contra argumentos pueden resumirse de la siguiente manera:

- Las culturas reales son siempre dinámicas y están siempre en evolución: “las personas son ingeniosas prestatarias de ideas”.¹⁷
- El “argumento desde lo positivo de la diversidad” está muy bien en tanto que las prácticas culturales no dañen a las personas. Pero teniendo en cuenta que algunas prácticas claramente lo hacen, esta “objeción no socava la búsqueda de valores universales, sino que la exige”.¹⁸
- Las críticas relativistas del paternalismo respaldadas hasta cierto punto por los enfoques universales son un arma de doble filo. Muchos sistemas de valores tradicionales son paternalistas en el sentido estricto del término. De forma aún más fundamental, un compromiso para respetar las elecciones y decisiones de los individuos abarca por lo menos un valor universal, el de tener la oportunidad de pensar y poder elegir por uno mismo.¹⁹

Nosotros desarrollamos una crítica explícita, aunque distinta, del relativismo cultural. En primer lugar, sostenemos que todas las formas contemporáneas del relativismo son internamente inconsistentes. Se pueden encontrar variaciones del relativismo en algunos exponentes de la economía ortodoxa, el liberalismo, el marxismo, entre críticos del imperialismo cultural, en teorías de democracia radical y en la sociología fenomenológica. Sin embargo, “todos han intentado denunciar estándares universales de evaluación con una mano, mientras que los utilizan, con la otra mano, para apoyar alguna u otra visión predilecta del mundo”.²⁰ En segundo lugar, abordamos, y al mismo tiempo refutamos, reivindicaciones específicas de que concepciones de la salud (una de nuestras necesidades básicas) son internas a sistemas de pensamiento culturales, negando la posibilidad de cualquier elección racional entre ellas. Tratamos esta cuestión considerando a personas de distintas culturas que sufren la tuberculosis (según los términos del modelo biomédico) y luego pasamos al caso más complejo de la depresión severa.²¹ Incluso en el caso de la depresión, aquellos que la padecen muestran síntomas comunes a lo largo de culturas profundamente distintas, como desesperanza, dificultad al respirar, falta de energía y sentimientos de incompetencia. Estos síntomas comunes generan los mismos tipos de discapacidad entre las diferentes culturas, a pesar de las formas divergentes, e incluso incompatibles, con las que se interpretan.

¹⁶ MDH, pp. 41-50.

¹⁷ *Ibidem*, p. 48.

¹⁸ *Ibidem*, p. 50.

¹⁹ *Ibidem*, p. 51.

²⁰ TNH, p. 33.

²¹ *Ibidem*, pp. 57-59, 63-64 y 180-181.

La existencia de las necesidades/capacidades conlleva fuertes exigencias morales para colmar las necesidades/desarrollar capacidades

El objetivo de Nussbaum es “ofrecer las bases filosóficas para una explicación de los principios constitucionales básicos que deberían ser respetados e implementados por los gobiernos de todas las naciones, como mínimo indispensable para cumplir la exigencia de respeto hacia la dignidad humana”.²² “En algunas áreas fundamentales del funcionamiento humano, una condición necesaria de justicia para un acuerdo político público es que ofrezca a los ciudadanos un grado básico de capacidad. Si las personas se están encontrando sistemáticamente por debajo del umbral en alguna de estas áreas clave, esto debería ser considerado como una situación tanto injusta como trágica”.²³ El lenguaje de los derechos permite llegar a poderosas conclusiones normativas sobre la base de la existencia de capacidades básicas.²⁴ Así, Nussbaum se diferencia de Sen al considerar que todas las capacidades son igualmente fundamentales, y rechaza la prioridad de la libertad expuesta por John Rawls.²⁵ Esto se asemeja a nuestra afirmación, al principio de libro *Una teoría de las necesidades humanas* (TNH de aquí en adelante),²⁶ de que “es difícil percibir cómo los movimientos políticos que abogan por la mejora del bienestar humano pueden dejar de abarcar las siguientes creencias relacionadas:

- Los humanos pueden verse gravemente dañados por circunstancias sociales alterables, que pueden llevar a un profundo sufrimiento.
- La justicia social existe en una proporción inversa a los graves daños y al sufrimiento...”.

Sin embargo, vamos un poco más lejos que Nussbaum al vincular tales derechos a unas obligaciones correspondientes. En resumen, nuestro argumento es el siguiente:²⁷

- La pertenencia a cualquier grupo social impone deberes u obligaciones.
- Atribuir deberes a una persona presupone que es capaz de realizarlos.
- Por tanto, la atribución de un deber conlleva que el titular del mismo tenga derecho a la satisfacción de la necesidad requerida para permitir que asuma este mismo deber. No es coherente que un grupo social imponga responsabilidades sobre una persona sin asegurarse de que tiene los recursos y competencias para cumplir con estas responsabilidades.
- Cuando el grupo social es grande, esto supone obligaciones similares para los extranje-

²² MDH, p. 5.

²³ *Ibidem*, p. 71.

²⁴ *Ibidem*, p. 100.

²⁵ *Ibidem*, p. 12.

²⁶ TNH, p. 2.

²⁷ Ver TNH, capítulo 6, para comprender el argumento en su totalidad.

ros, de cuyas necesidades no somos testigos directos, ni somos capaces, individualmente, de satisfacer. Ello requerirá medidas de apoyo para garantizar que se colman las necesidades de los extranjeros. Esta es una definición plausible de un Estado de bienestar: derechos públicos o asignaciones de los recursos y medios para el bienestar humano en general, y para estándares mínimos de bienestar en particular, independientemente de aquellos derechos basados en la propiedad y las rentas. Tan sólo el Estado puede garantizar derechos sólidos de este tipo, aunque esto no exige que sea él quien suministre directamente los elementos satisfactorios. También estamos a favor de una consideración igualitaria de las prioridades de los derechos a la satisfacción de necesidades básicas, rechazando el ordenamiento léxico de Rawls.²⁸

La agenda filosófica y política que subyace en los dos enfoques es la búsqueda de una concepción universal de las necesidades y capacidades de los hombres y mujeres en todo el mundo. Las diferencias, que se esbozarán a continuación, deben considerarse, en términos generales, como enfoques contrastantes en la búsqueda de una agenda común.

Nussbaum y las capacidades funcionales humanas centrales

Según Nussbaum, la principal diferencia entre ella y Sen es que él “nunca ha presentado una lista de las capacidades centrales”.²⁹ Nussbaum aborda esta cuestión directamente, presentando su lista actual de “diez capacidades funcionales humanas centrales” (CFHC de aquí en adelante):³⁰

1. Vida. Ser capaces de vivir una vida humana de duración normal hasta su fin, sin morir prematuramente o antes de que la vida se reduzca a algo que no merezca la pena vivir.
2. Salud corporal. Ser capaces de gozar de buena salud, incluyendo la salud reproductiva, estar adecuadamente alimentado y tener una vivienda adecuada.

²⁸ Sin embargo, puede irse un paso más allá de los límites tradicionales de la política social. Este compromiso para colmar las necesidades de los extranjeros y para apoyar las estructuras de bienestar necesarias no puede detenerse ante las fronteras de un Estado en particular. La idea de las necesidades humanas universales lleva inexorablemente a la garantía global de su satisfacción. Aporta un poderoso respaldo a las ideas contemporáneas sobre el cosmopolitismo, que perciben al conjunto del mundo como una comunidad política potencial –independientemente de los obstáculos y de lo utópico que esto suena hoy en día–. *Ibidem*, pp. 132-134.

²⁹ MDH, p. 13. Esta crítica a Sen es similar a la nuestra (TNH, p. 156). Sin duda, Sen ofrece ejemplos de los funcionamientos, pero lo hace de una forma no sistemática. En otro texto, mi argumentación es que “los ejemplos [de funcionamientos] de Sen incluyen el ser feliz, el poder elegir, el gozar de buena salud, de estar alimentado y alojado adecuadamente, el de tener amor propio, poder aparecer en público sin vergüenza y el participar en la vida de la comunidad. Aunque es probable que valoremos todas estas cosas, es una lista bastante curiosa. Incorpora estados subjetivos (ser feliz) junto con estados objetivos (estar adecuadamente alimentado), además de condiciones culturalmente generalizables (gozar de buena salud), junto con valores específicamente liberales (poder elegir). No está del todo claro que estos sean ‘intrínsecamente’ significativos en la definición del bien social”. Ian Gough, *Capital social, necesidades básicas y políticas sociales*, Palgrave, Londres, 2000, pp. 6 y 7.

³⁰ MDH, pp. 78-80.

3. Integridad corporal. Ser capaces de moverse libremente de un lugar a otro; que los límites físicos propios sean considerados soberanos, es decir, poder estar a salvo de asaltos, incluyendo la violencia sexual, los abusos sexuales infantiles y la violencia de género; tener oportunidades para disfrutar de la satisfacción sexual y de la capacidad de elección en materia de reproducción.

La agenda filosófica y política que subyace en los dos enfoques es la búsqueda de una concepción universal de las necesidades y capacidades de los hombres y mujeres en todo el mundo

4. Sentidos, imaginación y pensamiento. Ser capaces de utilizar los sentidos, de imaginar, pensar y razonar, y de poder hacer estas cosas de una forma realmente humana, es decir, informada y cultivada gracias a una educación adecuada, que incluye (pero no está limitada a) el alfabetismo y una formación básica matemática y científica. Ser capaces de hacer uso de la imaginación y el pensamiento para poder experimentar y producir obras auto-expresivas, además de participar en acontecimientos elegidos personalmente, que sean religiosos, literarios o músicos, entre otros. Ser capaces de utilizar la mente de maneras protegidas por las garantías a la libertad de expresión, con respeto a la expresión política, artística y de culto religioso. Ser capaces de buscar el sentido propio de la vida de forma individual. Ser capaces de disfrutar de experiencias placenteras y de evitar daños innecesarios.
5. Emociones. Ser capaces de tener vínculos afectivos con cosas y personas ajenas a nosotros mismos; amar a los que nos aman y nos cuidan y sentir pesar ante su ausencia; en general, amar, sentir pesar, añorar, agradecer y experimentar ira justificada. Poder desarrollarse emocionalmente sin las trabas de los miedos y ansiedades abrumadores, ni por casos traumáticos de abusos o negligencias. (Defender esto supone promover formas de asociación humana que pueden ser demostrablemente esenciales para su desarrollo).
6. Razón práctica. Ser capaces de formar un concepto del bien e iniciar una reflexión crítica respecto de la planificación de la vida. (Esto supone la protección de la libertad de conciencia).
7. Afiliación. A) Ser capaces de vivir con otros y volcados hacia otros, reconocer y mostrar interés por otros seres humanos y comprometerse en diversas formas de interacción social; ser capaces de imaginar la situación del otro y tener compasión hacia esta situación; tener la capacidad tanto para la justicia como para la amistad. (Esto implica proteger instituciones que constituyen y alimentan tales formas de afiliación, así como la libertad de asamblea y de discurso político). B) Teniendo las bases sociales del amor propio y de la no humillación, ser capaces de ser tratados como seres dignos cuyo valor es idéntico al de los demás. Esto implica, como mínimo, la protección contra la discriminación por motivo de raza, sexo, orientación sexual, religión, casta, etnia u origen nacional. En

el trabajo, poder trabajar como seres humanos, ejercitando la razón práctica y forjando relaciones significativas de mutuo reconocimiento con otros trabajadores.

8. Otras especies. Ser capaces de vivir interesados y en relación con los animales, las plantas y el mundo de la naturaleza.
9. Capacidad para jugar. Ser capaces de reír, jugar y disfrutar de actividades de ocio.
10. Control sobre el entorno de cada uno. A) Político. Ser capaces de participar eficazmente en las decisiones políticas que gobiernan nuestras vidas; tener el derecho de participación política junto con la protección de la libertad de expresión y de asociación. B) Material. Ser capaces de poseer propiedades (tanto tierras como bienes muebles) no sólo de manera formal, sino en términos de una oportunidad real; tener derechos sobre la propiedad en base de igualdad con otros; tener el derecho de buscar un empleo en condiciones de igualdad con otros, ser libres de registros y embargos injustificados.

De ellas, Nussbaum identifica dos, razón práctica y afiliación, como de especial significado, ya que “las dos organizan y se difunden hacia los demás, haciendo que su búsqueda sea verdaderamente humana”.³¹ Más adelante parece añadir un tercer elemento de importancia primordial, la integridad física.³² Aunque algunas de las entradas en la lista son atemporales, ésta está concebida para el mundo moderno: “el alfabetismo es una especificación concreta de una capacidad más general para el mundo moderno”. Nussbaum también subraya que “parte de la idea de la lista proviene de su realizabilidad múltiple: sus miembros pueden ser especificados más concretamente de acuerdo a creencias y circunstancias locales”.³³ Además, “es categóricamente una lista de componentes separados. No podemos satisfacer la necesidad de uno de ellos ofreciendo una mayor cantidad de otro. Todos son fundamentalmente importantes y todos tienen calidades distintas”.³⁴

Nussbaum denomina su enfoque como neoaristotélico. Siguiendo su método en la *Ética nicomaquea*, identifica “esferas de experiencia humana que constan en casi cualquier vida humana, en las que más o menos cualquier ser humano tendrá que tomar algunas decisiones y hacer unas elecciones y no otras”, habiendo virtudes correspondientes para cada una de ellas.³⁵ Esto genera una lista relativamente variable de 10 a 11 esferas de experiencia. Su enfoque identifica “una idea central del ser humano como un ser libre y digno que forma su propia vida en cooperación y reciprocamente con otros... Una vida que es realmente humana es la que está formada en su conjunto por estos poderes humanos de razón práctica y de sociabilidad”.³⁶ Esta perspectiva gene-

³¹ *Ibidem*, p. 82.

³² *Ibidem*, p. 95.

³³ *Ibidem*, p. 77.

³⁴ *Ibidem*, p. 81.

³⁵ M. Nussbaum y A. Sen, *op. cit.*, 1993, p. 245.

³⁶ MDH, p. 72.

ra un concepto más rico del bienestar, en comparación con el enfoque más *neokantiano* de Sen.

Sin embargo, en su nueva obra, este enfoque filosófico se ve complementado, según ella, por un segundo proceso de diálogo transcultural. “La metodología que se ha utilizado para modificar la lista... [deriva] tanto de los resultados del debate transcultural académico como de deliberaciones en el seno de grupos femeninos”.³⁷ “Por tanto, ya representa lo que propone: un tipo de consenso solapado”.³⁸ La lista antes citada es el resultado de discusiones que tuvieron lugar en la India y en otros lugares. “En este sentido, la lista sigue estando abierta y humilde”.³⁹

En su método actualizado el argumento basado en el principio de la primera etapa “se concibe como un primer paso en el proceso para alcanzar un equilibrio reflexivo de este tipo”.⁴⁰ Esto luego se reitera para acercarse a un consenso solapado. Su propuesta neoa-ristotélica “está destinada a ser (a diferencia de la de Aristóteles) un enfoque parcial, y no de conjunto, sobre la buena vida, un concepto moral seleccionado únicamente por motivos políticos”.⁴¹

Doyal y Gough: una teoría de las necesidades humanas

Nosotros desarrollamos una lista de necesidades que tiene bastantes puntos de convergencia con lo expuesto anteriormente. Sin embargo, está construida de manera muy distinta. Nuestro enfoque es jerárquico, pasando de los objetivos universales por las necesidades básicas hasta llegar a las necesidades intermedias.

Paso 1. Razonamiento ético/normativo: identificar objetivos universales

El término “necesidad” se refiere a una categoría específica de objetivos que se consideran universalizables. La distinción entre las necesidades y los deseos, que son objetivos derivados de las preferencias particulares del individuo y del entorno cultural, es fundamental.

³⁷ *Ibidem*, p. 151.

³⁸ Continúa diciendo: “Por ‘consenso solapado’ me refiero a lo que indica John Rawls: que las personas pueden suscribir este concepto como siendo el núcleo moral autónomo de un concepto político, sin tener que aceptar ningún enfoque metafísico sobre el mundo en particular, cualquier visión ética o religiosa particular sobre el conjunto, o incluso cualquier percepción particular respecto de la persona o de la naturaleza humana”. *Ibidem*, p. 76.

³⁹ *Ibidem*, p. 77.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 151.

⁴¹ *Ibidem*, p. 77.

La universalidad de las necesidades descansa sobre la creencia de que si éstas no son satisfechas, podría darse algún grave daño objetivo. Definimos graves daños como limitaciones fundamentales en la búsqueda de nuestra visión particular del bien. No es lo mismo que las sensaciones subjetivas como la ansiedad o la infelicidad. Estos daños también pueden definirse como un obstáculo a una participación social exitosa. Sea cual sea la época, el lugar y el grupo social en el que crecemos y vivimos, hasta cierto punto estamos actuando en él. Construimos una concepción personal de nuestras propias capacidades mediante la interacción y el aprendizaje de otros. Este es un factor esencial de la naturaleza humana. De ahí que la participación en alguna forma de vida, sin grandes limitaciones arbitrarias, sea “nuestro interés humano más básico”.⁴²

Paso 2. Necesidades básicas: salud y autonomía

TNH⁴³ desarrolla un argumento *neokantiano* en la determinación de objetivos universales y necesidades básicas: “Aunque no estaba directamente interesado con la naturaleza de la necesidad humana, [Kant] articuló varios conceptos y argumentos relevantes a su teorización. Kant demostró que para que los individuos actúen y sean responsables deben tener tanto la capacidad física como la mental para hacerlo: como mínimo un cuerpo vivo y gobernado por todos los procesos causales relevantes y la competencia mental para deliberar y elegir. Identifiquemos esta última capacidad de elección con la existencia del nivel más básico de ‘autonomía’ personal... Ser autónomos en este sentido reducido del término es tener la habilidad para hacer elecciones y tomar decisiones informadas sobre lo que debería hacerse y cómo hacerlo. Esto conlleva el ser capaces de formular objetivos, y creencias sobre cómo alcanzarlos, junto con la habilidad para evaluar el éxito de las creencias a la luz de las pruebas empíricas... Por tanto, si la supervivencia física y la autonomía personal son las condiciones para cualquier acción individual en cualquier cultura, ambas constituyen las necesidades humanas más básicas –aquellas que deben ser satisfechas en cierta medida antes de que los actores puedan participar en su propia forma de vida para alcanzar cualquier otro objetivo valorado–.”

Hay tres variables fundamentales que alteran los niveles de la autonomía individual de actuación.⁴⁴ En primer lugar, la capacidad cognitiva y emocional es un prerequisite necesario para que una persona pueda iniciar una acción. Todas las acciones deben encarnar un mínimo de razón para ser consideradas como acciones en sí, pero no es fácil dar una definición exacta en cuanto a los niveles mínimos de racionalidad y responsabilidad que están

⁴² TNH, p. 55.

⁴³ *Ibidem*, pp. 52-54.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 59.

presentes en el individuo autónomo. En términos generales, la existencia incluso de niveles mínimos de autonomía conllevará lo siguiente:

- que los actores tengan la capacidad intelectual para la formulación de objetivos y creencias comunes a su forma de vida;
- que los actores tengan la confianza suficiente para querer actuar y por tanto participar en alguna forma de vida social;
- que los actores en algunos casos lo hagan mediante la formulación constante de objetivos y creencias, y comunicándolos con otros;
- que los actores perciban que sus acciones han sido realizadas por ellos mismos y no por otros;
- que los actores sean capaces de comprender los límites empíricos que existen sobre el éxito de sus acciones;
- que los actores puedan asumir la responsabilidad por lo que hacen.

Después argumentamos que este aspecto de la autonomía debe ser comprendido en su nivel más básico, y de forma negativa, como una grave enfermedad mental. “La salud mental es el anverso de esto –razón práctica y responsabilidad–”.⁴⁵

El segundo determinante de los niveles individuales de autonomía es el grado de comprensión cultural que una persona tiene sobre sí misma, sobre su cultura y sobre lo que se espera de ella como individuo dentro de la misma. Esto requiere profesores y una forma de enseñanza que promueva la investigación y el aprendizaje continuado. En tercer lugar, la autonomía de actuación requiere un rango de oportunidades para emprender actividades socialmente significativas. Una vez más, nos encontramos con el problema de determinar conjuntos de mínima oportunidad, teniendo en cuenta que incluso las personas más oprimidas pueden y harán uso de su capacidad para hacer elecciones y ejercitarlas. No obstante, una mínima libertad de actuación es un componente esencial de la autonomía de actuación en todas las culturas.

Finalmente pasamos a reconocer un nivel superior de autonomía, definida como autonomía crítica. “La autonomía crítica conlleva la capacidad para comparar reglas culturales, para analizar las reglas de nuestra propia cultura, para trabajar con otros, para cambiarlas e, *in extremis*, para dar el paso hacia otra cultura”.⁴⁶ Esto requiere, más allá de la libertad de actuación, un mínimo de libertad política y no supone negar que personas oprimidas puedan ejercer un grado elevadísimo de deliberación crítica y creativa a lo largo de

⁴⁵ *Ibidem*, p. 62.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 187.

sus vidas. La autonomía crítica sería la posesión de la libertad de actuación y la libertad política.⁴⁷

Paso 3. Satisfactores y necesidades intermedias: el papel del conocimiento codificado

Si bien son universales las necesidades básicas individuales de la salud mental y la autonomía, la mayoría de los bienes y servicios requeridos para satisfacerlas son culturalmente variables. Por ejemplo, las necesidades de alimento y vivienda se aplican a todas las personas, pero existe una enorme variedad de cocinas y de formas de alojamiento diferentes, que pueden colmar cualquier especificación establecida en cuanto a la nutrición y la protección contra los elementos. A partir del trabajo de Mario Kamenetzky, definimos como satisfactor a todo objeto, actividad y relación que satisface nuestras necesidades básicas. Por tanto, éstas son siempre universales, si bien sus satisfactores son a menudo relativos.⁴⁸ Pero si esto fuera todo lo que pudiéramos decir al respecto, tendría poco peso sobre las cuestiones relativas a los derechos, a la moralidad y al desarrollo que tanto Nussbaum como nosotros deseamos abordar. ¿Será posible construir un puente conceptual para unir las necesidades básicas con satisfactores específicos? La noción de “características de satisfactores universales” puede desempeñar este papel.

Esto se deriva del análisis de Sen,⁴⁹ que a su vez sigue a Kevin Lancaster, sobre los productos básicos, las características y los funcionamientos. Nosotros definimos las “características de los satisfactores” como el conjunto de todas las características que contribuyen a la satisfacción de nuestras necesidades básicas en cualquier contexto cultural. Luego diferenciamos, dentro de este mismo conjunto, un subconjunto de “características de los satisfactores universales”: aquéllas que son de aplicación para todas las culturas. Las características de los satisfactores universales son las propiedades de los bienes, servicios, actividades y relaciones que mejoran la salud física y la autonomía humana en todas las culturas. Por ejemplo, las calorías por día para un grupo de personas específico constituyen una

⁴⁷ Ver la visión contraria en G. Dworkin, *The theory and practice of autonomy*, Universidad de Cambridge, 1988, p. 20, que indica que la autonomía (de segundo orden) es la capacidad de las personas para analizar sus preferencias, deseos y aspiraciones de primer orden. Para nosotros, esto es un componente de la autonomía de actuación en todos los ámbitos, y no sólo en las democracias políticas. *Ibidem*, p. 68.

⁴⁸ Sen expone en su análisis de la pobreza: “la pobreza es una noción absoluta en el espacio de las capacidades, pero asume muy a menudo una forma relativa en el espacio de los productos básicos o las características”. A. Sen, *Freedom as Development*, Nueva Delhi, 1983, p. 161. Una vez más, haciendo eco de lo expresado por Nussbaum, subrayamos que las necesidades son plurales y no aditivas. “Un campo de satisfacción de necesidades intermedias no puede ser intercambiado por otro” (TNH, p. 166). Sin embargo, hay algunas áreas limitadas en las que los satisfactores universales pueden ser sustituidos entre sí. Por ejemplo, un entorno más frío, o una carga de trabajo más dura, incrementará los requisitos alimentarios de los humanos.

⁴⁹ A. Sen, *Resources, Values and Development*, Blackwell, Oxford, 1984.

característica de (la mayoría de) los productos alimentarios que es transculturalmente relevante. Del mismo modo, “la protección contra los elementos” y la “protección contra vectores que transmiten enfermedades” son características que tienen en común (aunque con una enorme disparidad de grados) todas las formas de alojamiento humano. Por tanto, la categoría de características de los satisfactores universales desempeña el papel fundamental de puente entre las necesidades básicas universales y los satisfactores que son socialmente relativos. Proporciona los cimientos sobre los que edificar una lista de objetivos derivados, o de segundo orden, que deben alcanzarse para cumplir los objetivos de primer grado de salud y autonomía.⁵⁰

Estas necesidades intermedias las agrupamos en 11 categorías: alimentos nutritivos y agua potable; alojamiento protector; entorno laboral no perjudicial; entorno físico no perjudicial; control de natalidad y nacimientos seguros; cuidados sanitarios apropiados; infancia segura; relaciones primarias significativas; seguridad física; seguridad económica; educación apropiada.

Las seis primeras contribuyen a la salud física, mientras que las otras remiten a la autonomía. El único criterio para su inclusión en la lista es la determinación de si un conjunto de características de satisfactores contribuye de forma positiva y universal a la salud física y a la autonomía. Si la respuesta es positiva, se clasifica como una necesidad intermedia. Si un elemento no es universalmente necesario para la promoción de la satisfacción de necesidades básicas, no pasa a ser clasificado como tal, por mucho que sea una actividad/relación/producto básico muy extendido. Por ejemplo, las relaciones sexuales no están incluidas, pues algunas personas consiguen vivir vidas sanas y autónomas sin practicar sexo interpersonal.

La lista de características de los satisfactores universales se deriva de dos fuentes científicas principales. Por un lado, contamos con el mejor conocimiento científico/técnico disponible que articula las relaciones causales entre la salud física, o la autonomía, y otros factores. Por otro, tenemos el conocimiento comparativo antropológico con respecto a las prácticas existentes en las numerosas culturas, subculturas, Estados y sistemas políticos contemporáneos. De ahí que, en un primer momento, el conocimiento codificado de las ciencias naturales y sociales permite la determinación de la composición de las necesidades intermedias. Este conocimiento es cambiante y suele expan-

Nuestras
necesidades
básicas son
siempre
universales,
si bien sus
satisfactores
son a
menudo
relativos

⁵⁰ TNH, pp. 155-159.

dirse –hoy en día a menudo a una velocidad vertiginosa– a lo largo del tiempo. Como especie, los humanos han logrado avanzar y siguen mejorando su capacidad para comprender y satisfacer sus necesidades.⁵¹ Nuestro concepto de las necesidades humanas está históricamente abierto a estas mejoras continuas en la comprensión.

Sin embargo, este enfoque debe complementarse con el recurso al conocimiento fundado en la experiencia de las personas. Si ha de optimizarse la satisfacción de las necesidades, todos los grupos tendrán que participar en la investigación sobre los satisfactores de necesidades y contribuir del mismo modo a la toma de decisiones políticas. Siguiendo a Habermas, cualquier intento racional y efectivo para resolver disputas sobre necesidades “debe llevar a colación tanto los conocimientos codificados de los expertos como los conocimientos experienciales de aquellos cuyas necesidades básicas y entorno de vida diario están siendo considerados... Requiere una ‘estrategia dual de formación de política social’ que valora el compromiso, con tal de que esto no se extienda al carácter general de las necesidades y derechos básicos de los humanos”.⁵²

Aunque es imposible que las necesidades individuales sean satisfechas independientemente del entorno social, deben ser conceptualizadas independientemente de cualquier contexto social

Así, “nuestra teoría es esencialmente ‘iterativa’: se puede demostrar la existencia de necesidades universales y objetivas, pero el crecimiento incesante del conocimiento modifica, y mejora, continuamente nuestra comprensión de las necesidades intermedias y de cómo satisfacerlas de la mejor manera... Los indicadores apropiados con respecto a las necesidades intermedias están siempre abiertos a ser cuestionados y mejorados gracias al aumento del conocimiento codificado y del conocimiento basado en lo experiencial”.⁵³ La solución práctica al problema de vincular estos dos tipos de conocimiento puede lograrse mediante diferentes modalidades de grupos de trabajo, tal y como descubrimos cuando debatíamos sobre la evaluación de la discapacidad⁵⁴ y de la pobreza.⁵⁵

⁵¹ *Ibidem*, p. 111.

⁵² *Ibidem*, p. 141.

⁵³ *Ibidem*, p. 168.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 174-176.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 323.

Paso 4. Precondiciones sociales

Para evitar que nuestro énfasis sobre la autonomía sugiriese una concepción individualizada de la actuación humana, dedicamos el quinto capítulo del libro a exponer la dimensión social de la autonomía. Siguiendo a David Braybrooke,⁵⁶ identificamos cuatro precondiciones sociales: producción, reproducción, transmisión cultural y autoridad política. Éstas deben ser satisfechas por todos los colectivos si pretenden sobrevivir y prosperar a largo plazo.⁵⁷ Sin embargo, aunque es imposible que las necesidades individuales sean satisfechas independientemente del entorno social, insistimos en que deben ser conceptualizadas independientemente de cualquier contexto social. Sobre esta base pasamos a identificar libertades positivas y negativas, como prerequisites esenciales para el ejercicio de una autonomía crítica.⁵⁸ Al margen de estas precondiciones, nuestro enfoque puede resumirse en dos pasos:⁵⁹

- En primer lugar, recurrimos al razonamiento *neokantiano* para derivar dos necesidades básicas universales: la salud y la autonomía. En esta fase se despliegan las teorías normativas y éticas para determinar qué prerequisites revisten un estatus prioritario.
- Se recurre luego al conocimiento codificado y experiencial para ofrecer, en cualquier momento temporal, las mejores pruebas disponibles con respecto a las características de los satisfactores universales. En esta fase se emplea un análisis instrumental y positivo de los prerequisites para varios tipos y grados de capacidad o funcionamiento.⁶⁰

Comparación y evaluación de los dos enfoques

Componentes

La Tabla 1 reúne las listas de ambos enfoques dentro del marco de nuestro modelo jerárquico.

⁵⁶ D. Braybrooke, *Meeting Needs*, Princeton University Press, 1987, pp. 48-50.

⁵⁷ TNH, pp. 80-90.

⁵⁸ Las precondiciones materiales y de procedimiento para la satisfacción individual de necesidades son tratadas de forma extensa en I. Gough, *op. cit.*, 2000, capítulo 2. No serán abordadas en este texto.

⁵⁹ D. Gasper, "Needs and basic needs – a clarification of foundational concepts for development ethics and policy", *ISS Working Paper*, N° 210, La Haya, 1996.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 12.

Tabla 1: Comparación de las listas

NECESIDADES: Doyal y Gough		CAPACIDADES FUNCIONALES HUMANAS CENTRALES (CFHC): Nussbaum
Objetivos universales	Prevención de graves daños Participación social Participación crítica	Integridad física Afilación A Control sobre el entorno A: político
Necesidades básicas	Supervivencia Salud física Capacidad cognitiva y emocional Comprensión cultural: profesores Oportunidades para participar Autonomía crítica	Vida Salud corporal Sentidos, imaginación, pensamiento Emociones Afilación B Sentidos, imaginación, pensamiento Afilación A y B Razón práctica Sentidos, imaginación, pensamiento
Características de los satisfactores universales	Alimentos y agua Alojamiento protector Entorno no perjudicial Control de natalidad y nacimientos seguros Cuidado sanitario apropiado Infancia segura Relaciones primarias significativas Seguridad física Seguridad económica Educación apropiada	Salud corporal Salud corporal ¿? Salud corporal Integridad corporal ¿? Integridad corporal Emociones Emociones Integridad corporal Control sobre el entorno B: material Sentidos, imaginación, pensamiento
Precondiciones sociales	Derechos civiles/políticos y participación política Derechos económicos/sociales	Afilación B: protección contra la discriminación Control sobre el entorno A: política También aparece en: sentidos, imaginación, pensamiento Razón práctica Control sobre el entorno B: material También aparece en: afilación A: instituciones que alimentan la afiliación
(Otros)	¿? ¿? ¿?	Afilación A: otros Otras especies Capacidad para jugar

En TNH advertimos que nuestra lista, como toda taxonomía, es en cierta medida arbitraria.⁶¹ Los grupos son envoltorios verbales o etiquetas diseñadas para delimitar una colección de características frente a otras. Además, las etiquetas serán forzosamente ambiguas (“no contendrán ni agotarán el significado de la necesidad que ha sido identificada”). Esta ambigüedad se reduce incrementando el número de características o categorías de necesidades. Sin embargo, cuanto mayor sea el conjunto, mayores serán los problemas para la comprensión de todas las necesidades humanas. Con este dilema también se ha topado Nussbaum, al igual que cualquier persona dedicada a identificar los componentes del bienestar. Ambas listas han de ser comparadas a partir de estas consideraciones.

La tabla muestra que existe un elevado grado de solapamiento entre ambas listas, a pesar de las diferencias en cuanto al etiquetado. Este solapamiento era previsible y es un hallazgo importante que aparece en otras comparaciones de componentes del bienestar, que utilizan un rango más amplio de listas.⁶² Además, es interesante observar que de las tres CFHC que Nussbaum identifica como centrales, la afiliación se asemeja a nuestro objetivo central de participación, mientras que la integridad corporal y la razón práctica están muy vinculadas a nuestras dos necesidades básicas denominadas salud y autonomía. Esto indica un paralelismo entre ambos proyectos. No obstante, Nussbaum, a diferencia de nosotros, no otorga ningún privilegio teórico a estos tres componentes.

Otra diferencia es que las CFHC de Nussbaum incorporan, a menudo, sus propias precondiciones sociales. Por ejemplo, tras la presentación del componente Afiliación A, sigue entre paréntesis: “Proteger esta capacidad significa proteger aquellas instituciones que constituyen y alimentan tales formas de afiliación, como también la protección de la libertad de asamblea y de expresión política”.⁶³ ¿Es apropiado incluir el bienestar y derechos políticos de esta índole en una lista sobre capacidades humanas? Nussbaum se enfrenta a esta cuestión diferenciando entre las capacidades básicas, internas y combinadas.⁶⁴ Las capacidades internas se refieren a aquellos estados personales que son “suficientes para el ejercicio de las funciones requeridas”. Las capacidades combinadas son capacidades internas combinadas con las condiciones externas apropiadas para el ejercicio de la función. Sin embargo, después no le presta demasiada atención a esta importante distinción. Consideramos más útil nuestra división entre las necesidades humanas y las condiciones sociales para su realización; las primeras son atributos del individuo, mientras que las últimas son atributos de las colectividades.

⁶¹ TNH, p. 159.

⁶² Comparaciones de éstas y otras listas en R. Saith, “Capabilities: the concept and its operationalisation”, *QEH Working Paper*, N° 66, Universidad de Oxford, febrero 2001, y S. Alkire, “Dimensions of human development”, *World Development*, Vol. 2, N° 30, 2002, pp. 181-205. Sin embargo, incomprensiblemente Alkire sólo incluye nuestras necesidades intermedias, y no nuestras necesidades básicas, en su tabla.

⁶³ MDH, p. 79.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 84 y 85.

A pesar del solapamiento que existe entre las listas, también hay diferencias significativas. Por una parte, las CFHC no aparecen en nuestra matriz de necesidades: algunos aspectos de la “afiliación” de Nussbaum no parecen estar cubiertos por nuestro objetivo universal de una participación mínimamente limitada en la forma de vida social de cada uno. Del mismo modo, la “capacidad para jugar” y la “capacidad para vivir en una relación fructífera con los animales y el mundo de la naturaleza” también están ausentes. Nussbaum comenta con franqueza el poco consenso que este último elemento cosechó en su proyecto.⁶⁵ En ese caso, ¿para qué incluirlo? No puede considerarse que dicho componente esté en pie de igualdad con la integridad corporal o la razón práctica.

Por otra parte, nosotros identificamos componentes de necesidad que no aparecen en la lista de Nussbaum: las necesidades intermedias por entornos laborales no perjudiciales, al igual que por entornos de vida no perjudiciales, y por una atención sanitaria adecuada. Podría decirse que nuestra lista es algo más prosaica. Nuestro enfoque recibe algo de apoyo en una reciente encuesta realizada en un *township* y en un pueblo de Sudáfrica que indagaba sobre las concepciones que tenían las personas pobres sobre su bienestar y sus capacidades.⁶⁶ Según Clark, la “teoría espesa y poco definida del bien” (...) “pasa por alto muchas de las duras realidades a las que se enfrentan las personas pobres en la realidad... no se establecen provisiones específicas para mejorar las condiciones laborales ni para garantizar el acceso a ciertas necesidades básicas”.⁶⁷ Presta poca o ninguna atención al acceso a los ingresos, a la seguridad de las rentas, a la educación, la formación y la capacitación, a las oportunidades laborales razonables, al tiempo libre, al sueño y el tiempo de descanso, además de a la seguridad personal. Todos estos elementos están contemplados en nuestra lista de necesidades intermedias. Efectivamente, Clark afirma que esto surge, directamente, de la falta de interés de Aristóteles por los trabajadores manuales y los pobres, a pesar del rechazo explícito que hace Nussbaum de esta parte del argumento aristotélico.⁶⁸

Derivación

Sin duda adoptamos enfoques muy diferentes en la construcción y derivación de las dos listas. Nussbaum asegura que la suya está dividida en dos etapas y que es iterativa: un concepto filosófico fundamental derivado de Aristóteles es examinado en diálogos transcultura-

⁶⁵ *Ibidem*, p. 157.

⁶⁶ D. Clark, *Concepts and perceptions of development: some evidence from South Africa*, julio 2002.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 15 y 16.

⁶⁸ M. Nussbaum, “Nature, function and capability: Aristotle on political distribution”, *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, Supplementary Vol. 1, 1998, pp. 156 y 157.

les, revisado y presentado de nuevo de modo iterativo. Dejando de lado, por el momento, la cuestión de si esto define correctamente la derivación de su lista, examinemos alguna de las implicaciones que esto conlleva.

En primer lugar, ¿no entra en conflicto la postura aristotélica (que brilla por su nobleza) con la pluralidad y humildad del método consensuado? Ante todo, ¿cómo puede una dependencia de las preferencias de los actores en la segunda etapa ser equiparada con la “lista de bienes sustantivos independientemente justificados” en la primera etapa? ¿No supone una presión contra la probabilidad de que converjan ambas etapas la forma por la que los contextos sociales moldean las preferencias y el modo por el que los individuos adaptan sus preferencias a los imperativos sociales?⁶⁹

En segundo lugar, y derivado de lo anterior, si el método es realmente abierto, ¿cuáles son los límites de la lista? Nussbaum afirma al final de su libro que su enfoque está diseñado como “una sistematización y teorización de los pensamientos que están teniendo las mujeres de todo el mundo cuando se preguntan qué podrían hacer para mejorar sus vidas”.⁷⁰ Para Gargarella,⁷¹ esta conclusión es demasiado general y amplia, teniendo en cuenta que su país, EEUU, no representa a todo el mundo occidental, y que su caso de estudio, la India, tampoco representa al resto del mundo. Cuando se incluyen en el proceso a los demás países –casi 200–, sin contar las innumerables subculturas y grupos idiomáticos que existen, ¿cómo evitar que la lista de CFHC crezca y se disipe?

Nussbaum es consciente de estas cuestiones y en el capítulo 2 de MDH (titulado *Preferencias adaptativas y opciones de las mujeres*) presenta un análisis perspicaz de las preferencias adaptativas y los obstáculos que éstas suponen para asegurar acuerdos sobre estándares mínimos, por no hablar de las condiciones para desarrollar una vida próspera. Este fascinante capítulo merece mucha más atención de la que le podemos prestar aquí, pero algunos comentarios no estarían de más para ilustrar el modo por el cual considera la posibilidad de reconciliar deseos y necesidades.

El argumento de Nussbaum se enfrenta a dos posturas extremas, lo que define como el bienestar subjetivo y el platonismo, y desarrolla su análisis sobre el concepto general aristotélico del deseo. Contrastando los conceptos de deseo y preferencia, se pregunta cuál es la contribución de los deseos en el proceso de consecución de un “equilibrio reflexivo” de este tipo.⁷² Su respuesta sugiere que el deseo desempeña dos papeles: epistémico y polí-

⁶⁹ El problema de la circularidad de las preferencias y de la evaluación de las mismas fue uno de los puntos de partida de nuestro trabajo. TNH, pp. 22-24.

⁷⁰ MDH, p. 301.

⁷¹ R. Gargarella, “Woman and Human Development”, *Idea Newsletter*, junio 2001, en www.carleton.ca

⁷² MDH, p. 151.

tico. Primeramente, “cuando las personas son respetadas como iguales, están libres de la intimidación, pueden aprender sobre el mundo, y están libres de necesidades acuciantes, sus juicios sobre los fundamentos de una concepción política tienden a ser más fiables que los juicios formados bajo la presión de la ignorancia, el miedo y la necesidad desesperada”.⁷³ En segundo lugar, el deseo desempeña un papel auxiliar en la justificación y apuntalamiento del apoyo político necesario para el sostenimiento de un equilibrio reflexivo. Según afirma, una vez que las personas aprenden nuevas capacidades, ya no quieren dar marcha atrás. Incluso cuando las mujeres optan por volver a los modos de vida tradicionales, como el recurso al velo, éste es prácticamente siempre “un cambio en su modo de funcionamiento, y no en su nivel de capacidad política como ciudadanas”.⁷⁴ En otros términos, pocas veces insisten, una vez experimentada la posibilidad de elegir, en que todas las mujeres deberían estar obligadas a llevar el velo. Nussbaum sugiere que los papeles epistemológicos y políticos del deseo se aplican con mayor peso en las generaciones posteriores.

Su conclusión es que los deseos, a diferencia de las preferencias, no son del todo adaptativos, por dos motivos. Por una parte, “la personalidad humana tiene una estructura, que es, hasta cierto punto, independiente de la cultura”.⁷⁵ Por otra parte, “al promover la educación, la igualdad de respeto y la integridad de la persona, y demás, también estamos, indirectamente, formando los deseos”.⁷⁶ De este modo existe la posibilidad de crear un puente entre sus dos etapas para la formulación de una lista consensuada de capacidades humanas. Este es un camino optimista para llenar el vacío que existe entre los deseos y las necesidades, con el cual empezamos.

Pero, ¿esta postura es realista? Catastrofistas profesionales, como John Gray, por ejemplo, consideran utópico todo intento por lograr acciones coordinadas y consensuadas para la erradicación de la pobreza, por no hablar de la consecución de una emancipación más amplia en un mundo de profundas desigualdades. “Es más probable que la combinación de una creciente población humana, de recursos naturales menguantes, y la proliferación de armas de destrucción masiva, lleve al desencadenamiento de guerras de una brutalidad sin precedentes. Si pudiéramos analizar esta visión detenidamente, dejaríamos de lado las fantasías utópicas de la cooperación global. Veríamos que nuestra tarea es más bien la de evitar el desastre en el día a día”.⁷⁷ Esta visión pesimista es poco convincente a la par que moralmente abominable, pero debería servir como advertencia en contra de alternativas demasiado optimistas.⁷⁸

⁷³ *Ibidem*, p. 152.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 153.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 155.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 161.

⁷⁷ *New Statesman*, 24 de junio de 2002, p. 29.

⁷⁸ En este caso nos situamos bastante cerca de Nussbaum: “El potencial para que la racionalidad domine el proceso político está vinculado con una visión moral que Habermas comparte con Rousseau. Radica en la creencia en la bondad básica de

No obstante, lo que resulta aún más significativo es que, en la práctica, Nussbaum no ha recurrido al método por el que aboga. Tras los debates surgidos en la India, y el trabajo realizado por Martha Chen⁷⁹ y otros autores, ha revisado en parte su enfoque anterior. Sin embargo, esto no supone que haya enfrentado sistemáticamente su concepción del bien frente a los valores y experiencias de los pobres, tal y como intenta hacerlo Clark en su estudio sobre Sudáfrica.⁸⁰

Nuestro objetivo, al desarrollar un enfoque diferente y jerárquico, era muy similar al de Nussbaum: reconocer la variedad cultural, evitando la subordinación de la identificación de las necesidades a ésta. Como se ha visto, el enfoque pretendía desarrollar un procedimiento dividido en dos etapas. La primera recurre al argumento *neokantiano* para desarrollar una escueta teoría de las necesidades humanas. Aunque se centra en la salud y la autonomía de actuación, está explícitamente diseñada para encajar en todo tipo de sociedades humanas, pues intenta deliberadamente buscar el mínimo denominador común en cuanto a las precondiciones universalizables para la acción humana y la participación social. Así se incrementaría el potencial para lograr el consenso transcultural. En la segunda etapa apelamos al conocimiento colectivo, tanto de las ciencias naturales como de las sociales, con el fin de identificar los prerequisites para el desarrollo de personas sanas y autónomas a través de diferentes culturas. Frente a una fuerte dosis de escepticismo posmoderno, mantenemos la fe en que la comunidad científica se acerque a un consenso (siempre en movimiento) con respecto a los prerequisites para un floreciente desarrollo humano.

¿Sería nuestro enfoque susceptible de acusaciones de paternalismo? No lo creemos al reconocer el papel de una amplia participación y del conocimiento experiencial en la comprensión de las necesidades y de los satisfactores de necesidades. A partir de la teoría de Habermas sobre la competencia comunicativa y la “situación de diálogo ideal”, subrayamos que son necesarias reglas comunes de debate.⁸¹ En cuanto los participantes en tales debates se ajusten a estos estándares, Habermas considera que las soluciones más racionales “serán aquéllas que obtengan el mayor consenso”.⁸² En el mundo real de sistemas e intereses dominantes, esto supone que, como mínimo, “el conocimiento codificado del profe-

las personas comunes y en su potencial para vivir, trabajar, crear y comunicarse entre ellas de manera armoniosa, y para recurrir pacíficamente a la razón práctica para resolver sus controversias y para optimizar la satisfacción de sus necesidades”. TNH, p. 124.

⁷⁹ M. Chen, *A Quiet Revolution: Women in Transition in Rural Bangladesh*, Schenkman Publishing Company, Cambridge, Massachusetts, 1986.

⁸⁰ D. Clark, *op. cit.*, 2002. En nuestro Grupo de Trabajo sobre Bienestar y Desarrollo en Bath trataremos sobre esta cuestión, tanto desde un punto de vista conceptual como práctico, a lo largo de 16 emplazamientos en cuatro países en vías de desarrollo.

⁸¹ Que todos los participantes tengan el mejor conocimiento posible respecto de las cuestiones técnicas del problema, que tengan las capacidades metodológicas y de comunicación pertinentes, y que la comunicación sea lo más democrática posible.

⁸² TNH, p. 123.

sional debe enfrentarse al mundo vital racionalizado —el conocimiento basado en la experiencia— que los ciudadanos ordinarios desarrollan mediante la autorreflexión”.⁸³ A pesar de su rechazo del procedimentalismo de Habermas, aparecen interesantes paralelismos con Nussbaum en este punto, como la idea de la racionalidad como consenso y el supuesto de la bondad de las personas corrientes.

Sin embargo, en nuestro enfoque queda minimizada la valiosa distinción que realiza Sen respecto a los funcionamientos y las capacidades. Nussbaum se adhiere a esto, al afirmar: “Por lo que se refiere a los ciudadanos adultos, la ‘capacidad’ y no el ‘funcionamiento’ resulta ser el objetivo político apropiado”.⁸⁴ Esto permite la identificación de objetivos universales, a la vez que otorga un peso adecuado a los derechos de los individuos a no perseguir estos objetivos. El ayuno no es lo mismo que morir de hambre; como tampoco es lo mismo el celibato que la abstinencia sexual forzada. Así, Nussbaum argumenta tanto a favor de los derechos civiles/políticos como de los derechos sociales/económicos. (En contraste, es posible que los niños requieran una mayor protección y estimulación de sus capacidades, por ejemplo a través de la educación obligatoria). La distinción entre las capacidades y el funcionamiento nos podría ayudar a evitar acusaciones persistentes de paternalismo.⁸⁵

Niveles y umbrales

La tercera comparación entre ambos enfoques es en relación al alcance de los intereses universalizables, que subyacen bajo nuestra lista de CFHC/necesidades. Tanto Nussbaum como nosotros apoyamos una visión amplia del desarrollo próspero humano y deseamos centrarnos en los estándares mínimos. De ahí que, por una parte, Nussbaum menciona continuamente el concepto de una “vida humana plena” y de una “vida realmente digna de un ser humano”. Por otra, identifica un umbral menor en cuanto al nivel de capacidad, un mínimo social básico que debería garantizarse a todos los ciudadanos.⁸⁶ Gran parte del argumento detallado que aparece en el resto de MDH se centra en este mínimo, más que en una amplia lista de requisitos para el floreciente desarrollo humano.

De un modo similar, nosotros tratamos, por un lado, de la “liberación humana”, “del próspero desarrollo humano” y de la “autonomía crítica”, como necesidad básica, y del derecho al “cumplimiento óptimo” de las necesidades básicas. Por otro, centramos nuestra atención en un estándar menor: en evitar graves daños y en una participación no crítica y mínima-

⁸³ *Ibidem*, p. 125.

⁸⁴ MDH, p. 87

⁸⁵ I. Gough, *op. cit.*, 2000, capítulo 1.

⁸⁶ MDH, pp. 73 y 75.

mente limitada en cuanto a nuestro modo de vida. Este segundo nivel aparece a lo largo de la tercera parte de nuestro libro, donde se especifican los indicadores de la satisfacción de necesidades básicas e intermedias.

Gasper afirma que, debido a todo ello, se nos puede criticar tanto por “sobre-excedernos” como por nuestra “parsimonia”.⁸⁷ La primera acusación se debería a que la derivación original de las necesidades básicas en términos de la prevención del daño se utiliza posteriormente en exceso. Las cuestiones que surgen en torno a la autonomía crítica son muy amplias y merecen una defensa más poderosa. Igualmente, alegar un cumplimiento óptimo en cuanto a la atención sanitaria genera graves problemas de tipo moral, y no sólo relativos a la asignación de recursos, en una época en la que la medicina puede mantener en vida a personas mayores con un elevado coste. La segunda acusación se debería a que nuestra excesiva atención en la salud y la autonomía excluye otros aspectos de la vida, como el sexo (y la religión), que no son universalmente necesarios para asegurar una participación efectiva. Esto se asemeja mucho a la definición que da Soper de nuestra lista “algo puritana y limitada” de necesidades básicas e intermedias.⁸⁸

Gasper concluye que “Doyal y Gough [se ven] atraídos hacia una concepción más amplia de las necesidades de lo que parece implícito por el criterio de evitar graves daños. Formalizan esto extendiendo el concepto para incorporar la autonomía crítica, por lo que su teoría cuenta con dos versiones, una más estrecha y otra más amplia... Debemos aceptar que existen varios posibles criterios en el debate sobre las necesidades, cada uno de los cuales puede ser válido para distintos objetivos. Para la búsqueda de una prioridad consensual respecto de los requisitos mínimos de la decencia, parece más adecuada una visión más estrecha de las necesidades, comparado con el intento por... prescribir un ‘florecimiento del desarrollo humano’ o ‘la buena vida’... Estos dos importantes papeles políticos del análisis de necesidades se verán debilitados si no se establecen claramente las diferencias entre ellos”.⁸⁹

Esta crítica es bien recibida, así que ofrezco dos afirmaciones como respuesta. En primer lugar, el mismo veredicto podría aplicarse con más razón aún a la conceptualización que hace Nussbaum de las capacidades funcionales humanas centrales. En segundo lugar, considero que nuestra distinción entre la autonomía de actuación y la autonomía crítica ofrece una base más rigurosa para nuestro enfoque a dos niveles de lo que plantea Gasper.⁹⁰

⁸⁷ D. Gasper, *op. cit.*, 1996.

⁸⁸ K. Soper, “A theory of human need”, *New Left Review*, N° 197, 1993a, pp. 113-128.

⁸⁹ D. Gasper, *op. cit.*, 1996, pp. 31 y 32.

⁹⁰ Ver K. Soper, *op. cit.*, 1993a y 1993b para comentarios críticos respecto a esta distinción.

Finalmente abordaremos la cuestión de los umbrales, área en la que creo que vamos más allá que Nussbaum. Aunque ella promete tratar la cuestión, ofrece bien poco al respecto. Nuestro enfoque en cuanto a los estándares y los umbrales es, una vez más, jerárquico, pero empieza conceptualmente al nivel máximo de florecimiento del desarrollo humano establecido por Gasper.⁹¹

En la etapa de las necesidades básicas abogamos por un estándar óptimo, y no por un mínimo absoluto, ni por estándares culturalmente relevantes. De nuevo identificamos dos niveles: un óptimo participativo y un nivel aún mayor, críticamente óptimo. Este último comprende aquellos niveles de salud, junto a las capacidades cognitivas, emocionales y sociales, que permiten una participación crítica en el modo de vida elegido por cada uno. Sin embargo, en la práctica defendemos “los estándares más recientes conseguidos por el grupo social, con el mayor estándar de satisfacción de necesidades básicas en su conjunto”. A finales de los años ochenta, la nación con mejor rendimiento era Suecia. Esto también sugería un estándar de “óptimo restringido” para los países más empobrecidos: el máximo alcanzado por los Estados con menores niveles de desarrollo. Sugerimos que los que marcaban la pauta entonces eran Costa Rica, para los países de renta media, y Sri Lanka, para los más empobrecidos. Esto podría ofrecer un sistema de medición empírica para evaluar, por ejemplo, las deficiencias en cuanto a las capacidades de las mujeres en el mundo en vías de desarrollo, pero sería difícil considerar que representa el umbral normativo obtenido independientemente, con el que habíamos empezado.

En la etapa de las necesidades intermedias defendemos un umbral mínimo óptimo (*minopt*). Es decir, la cantidad mínima de cualquier satisfacción de necesidades intermedias requerida para producir el nivel óptimo de satisfacción de necesidades básicas. La hipótesis subyacente es que la relación es asintótica: aumentos adicionales de una característica de un satisfactor que genera incrementos decrecientes de satisfacción de necesidades básicas hasta alcanzar el *minopt* tras el cual no se obtienen beneficios adicionales.

No obstante, Soper y Wetherly critican nuestro estándar de necesidades básicas sobre la base de argumentos similares. Soper afirma que este estándar podría ser demasiado elevado, y que la extravagancia del uso sueco de energía y sus instituciones socioeconómicas no son generalizables a cualquier otro pueblo en el mundo, o a generaciones futuras. En la medida en que esto sea cierto, ya está incorporado en nuestra definición de un óptimo restringido. Sin embargo, esto hace que surja una cuestión compleja. Hemos estrechado nuestro enfoque de una preocupación por los requisitos universales de la participación social a lo que sea universalizable en el tiempo y en un lugar en la práctica.⁹² Ello genera aún más

⁹¹ TNH, pp. 159-164.

⁹² K. Soper, *op. cit.*, 1993a, p. 78.

cuestiones que no dan para ser tratadas aquí, pero, a fin de cuentas, “deber” debe implicar “poder”. Si debido a la industrialización del pasado, el crecimiento demográfico y la degradación medioambiental sólo podemos alcanzar un nivel que sea inferior al óptimo en la satisfacción generalizable de necesidades básicas, que así sea. Siempre estaremos viviendo en un mundo de restricciones. Wetherly asegura luego que esto reintroduce cierto relativismo. El estándar de óptimo restringido se mantiene “históricamente –y por tanto social y culturalmente– relativo”.⁹³ Pero aquí no procede el “y por tanto”. Nuestro concepto de necesidad humana está abierto históricamente a las mejoras continuas en la comprensión que han caracterizado el progreso humano. En cualquier momento específico existe un *corpus* de mejores conocimientos al cual se puede apelar internacionalmente. Nuestra teoría es relativa en el tiempo, pero absoluta en el espacio.

A modo de reflexión

Este texto se ha centrado en un aspecto del libro de Martha Nussbaum –la derivación e identificación de las “capacidades funcionales humanas centrales”– que en sí es sólo una pequeña parte de la obra. Mi objetivo ha sido comparar su enfoque con el que desarrollamos Len Doyal y yo mismo en nuestra teoría de las necesidades humanas. Las dos obras tienen muchos puntos en común, incluyendo un apoyo a una concepción plenamente universal de las capacidades/necesidades humanas, una crítica del relativismo y un planteamiento a favor de los derechos constitucionales de todas las personas y pueblos para que se vean colmadas sus necesidades/capacidades. Ambas articulan una concepción del bien que aspira a ser universal, pero que al mismo tiempo es dinámica y abierta. A diferencia de Sen, las dos son también más ricas y multidimensionales en su concepción del florecimiento del desarrollo humano, por ejemplo al reconocer el papel de las capacidades emocionales.⁹⁴

Pero, ¿cuán convincentes son estas dos obras en la especificación y justificación de un concepto del florecimiento del desarrollo humano que sea relevante a nivel político en el mundo en vías de desarrollo? Nussbaum deriva sus CFHC de los textos de Aristóteles respecto de las “esferas de experiencia” y sus correspondientes virtudes. Siguiendo su profundo compromiso con “el duro y práctico razonamiento de la ley” y sus extensas visitas de investigación a la India, ella afirma que su obra expresa un consenso solapado de personas de distintas culturas. No obstante, hay pocas pruebas de que esto haya ocurrido en realidad o de que, si lo hubiera hecho, el resultado sería el mismo. El potencial de un deseo infor-

⁹³ P. Wetherly, “Basic needs and social policies”, *Critical Social Policy*, Vol. 1, N° 16, 1996, pp. 45-65.

⁹⁴ D. Gasper, “Is Sen's capability approach an adequate basis for considering human development?”, *ISS Working Paper*, N° 360, ISS, La Haya, Países Bajos, 2002.

mado de colmar el vacío que existe en nuestro idioma entre los deseos y las necesidades está aún por demostrar. Paradójicamente, creo que poco de esto daña su tesis central, tal y como la expresa por ejemplo en sus lúcidos capítulos sobre la religión y el amor, la dignidad y la atención. En todo caso, una base conceptual más sólida para su lista le habría aportado mayor pujanza a su libro.

Por otra parte, la teoría de Doyal y mía ofrece una derivación más simple y lógica de un concepto más nutrido del florecimiento del desarrollo humano, y una lista igualmente detallada de las necesidades básicas e intermedias. A partir de un interés humano común –participar en la forma de vida social de cada uno–, derivamos dos necesidades humanas básicas. Luego recurrimos a los conocimientos codificados y experienciales para desarrollar los prerequisites universales para colmar las necesidades básicas a un nivel óptimo y a niveles menores. Esto permite que los satisfactores de necesidades sean identificados de un modo dinámico y objetivo. Existen ciertos indicios de que las necesidades así identificadas sean más realistas y relevantes que algunas de las CFHC de Nussbaum. Sin embargo, la manera exacta por la cual los conocimientos codificados y experienciales serán reconciliados en nuestro enfoque queda aún por determinar –especialmente en un mundo estrechamente unido con llamativas desigualdades y persistentes conflictos culturales–. Espero impacientemente el futuro debate sobre estas cuestiones.

El enfoque más nutrido de Nussbaum con respecto de las capacidades humanas abarca una extensa gama de actividades humanas, y ensalza una visión amplia del florecimiento del desarrollo humano, pero sus fundamentos son inestables y su potencial para asegurar un consenso transcultural está sin demostrar, y es, probablemente, escaso. La estrecha teoría de Sen sobre las capacidades tiene un mayor potencial para identificar capacidades prioritarias, y un historial comprobado en cuanto al sostenimiento de un consenso internacional sobre el desarrollo humano, pero ofrece poca dirección sistemática o de conjunto en relación a los componentes del funcionamiento humano o el bienestar. Nuestra teoría de las necesidades humanas combina, en nuestra opinión, los méritos de ambas. Al exponer una derivación estrecha y reducida, diferenciando la autonomía de actuación de la autonomía crítica, reconoce las diferencias culturales dentro de un marco universalista. Además, al plantear las características de satisfactores universales y reconocer nuestra comprensión colectiva de ellos ofrece un marco mucho más rico para la concepción, medición y –posiblemente– la mejora del bienestar humano.

Cambio global. Impacto de la actividad humana sobre el sistema tierra de Carlos M. Duarte 205
Francisco Borja Barrera

Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas de José Manuel Naredo 207
Óscar Carpintero

Utopías e ilusiones naturales de Francisco Fernández Buey 210
Salvador López Arnal

Economía Política Mundial. I. Las Fuerzas Estructurantes de Ángel Martínez González-Tablas 212
Óscar Carpintero

CAMBIO GLOBAL

Impacto de la actividad humana sobre el sistema tierra

Carlos M. Duarte (Coord.)

CSIC, Madrid, 2006

166 páginas

El cambio climático se ha convertido en muy poco tiempo en una de las grandes preocupaciones de la sociedad actual; no así el cambio global, paradójicamente. Aunque, en verdad, las fronteras entre ambas nociones no están nada claras y son múltiples las conexiones y dependencias existentes entre ellas, quizás hayan sido el preeminente papel que juega el clima en la dinámica natural del Planeta y las actividades económicas de la sociedad las razones por las que, de un modo excesivamente simplista a nuestro entender, el proceso histórico de transformación del medio natural debido a la mano del hombre ha cristalizado en torno al fenómeno del cambio climático. Sea como fuere, las últimas décadas han hecho del calentamiento global y sus incontables derivaciones una materia de interés capital para entendidos, gestores y estrategias a nivel mundial; hasta el punto de llegar a constituirse, una vez adquiridas las adecuadas dimensiones políticas, científicas y mediáticas, en un miembro de pleno derecho del club de las grandes preocupaciones ecológicas y socioeconómicas de la humanidad. No extraña, así pues, que tras elaborar su famoso informe *The economics of Climatic Change* (2006), Nicholas Stern, reconociera ante el ex primer ministro británico Anthony Blair, que el cambio climático constituía el mayor fallo del mercado de la historia de la humanidad.

La obra coordinada por el profesor de investigación del CSIC Carlos Duarte sigue esta misma pauta, como demuestra el hecho de que, a pesar del título con la que se nos presenta, su objetivo se centre en “comunicar en un lenguaje claro y accesible, sin abandonar el rigor científico, qué son el cambio global y al cambio climá-

tico, qué relación existe entre sí, cuáles son las causas y consecuencias, cómo van a afectar a la sociedad, particularmente a la española, y qué podemos hacer para paliar estos impactos”.

Pero lo primero que quizás haya que tener en cuenta a la hora de valorar la incidencia del cambio del clima sobre un determinado territorio es justamente esto último: que el hecho climático no ocurre en el vacío, sino que opera sobre un ámbito concreto de la superficie terrestre dotado de una estructura y un funcionamiento particulares y, por tanto, potencialmente sometido a otros muchos impactos de origen antrópico. Desde este punto de vista, una de las mayores dificultades de la correcta evaluación de las afecciones del cambio climático sobre los sistemas naturales reside, precisamente, en interpretar qué parte de las disfunciones que hoy pueden detectarse en la estructura y las funciones de los ecosistemas corresponde, efectivamente, al impacto del cambio climático, y qué otra tiene que ver más bien con cualquiera de las complejas respuestas del medio a la presión ejercida históricamente por la actividad humana. Ante ello se hace absolutamente perentorio precisar adecuadamente cómo encaja el cambio climático en el seno de las múltiples circunstancias históricas que han dotado a los sistemas naturales de unas características diferentes de las que les correspondería de no haberse visto afectados, en distinta medida, por la acción antrópica. Dicho con otras palabras: determinar el alcance de los efectos del cambio climático sobre los sistemas naturales y la sociedad requiere, con carácter previo, aclarar la posición y el alcance de este fenómeno en el organigrama general de la antropización, o sea, en el seno del proceso co-evolutivo bajo el que ha ido tomando forma la relación hombre-medio a lo largo del tiempo.

El grado de antropización del medio natural podría medirse, así pues, atendiendo al tipo y a la intensidad de las transformaciones que el ser humano ha ido provocando a lo largo del tiempo sobre los distintos subsistemas terrestres. Las variaciones en la composición de la capa gaseo-

sa del planeta (atmósfera), el cambio de los usos del suelo (edafosfera), los desajustes en el ciclo del agua (hidrosfera) o la eliminación o el deterioro de la cubierta vegetal (biosfera), estarían entre las más genuinas de estas afecciones, las cuales se muestran en todo momento, como cualquier otro proceso histórico, condicionadas por la evolución de factores demográficos, económicos, tecnológicos y políticos. El funcionamiento del sistema natural terrestre bajo este conjunto de impactos o modificaciones, una vez que adquieren dimensiones globales, conduce a la aparición explícita de una serie de problemáticas ambientales íntimamente interrelacionadas entre sí, cuya expresión combinada a escala planetaria es lo que hoy en día conocemos como cambio global.

El cambio global, por tanto, no se concreta como tal hasta que las afecciones humanas sobre los componentes del medio no alcanzan una dimensión global, hasta que no provocan unos efectos reconocibles a escala planetaria; y no concierne tanto al conjunto de disfunciones del sistema natural terrestre derivadas de la acción del ser humano sobre la superficie del planeta —lo que correspondería, como se ha indicado, al proceso de antropización—, cuanto a los cambios estrictamente ambientales que determinan el funcionamiento actual del sistema Tierra, como indica el profesor C. Duarte en la obra de referencia. Siendo así, el cambio global ha de equipararse con la resultante actual del proceso histórico de antropización (relación hombre-medio), el cual viene evidenciándose desde la aparición y difusión durante el neolítico del modo de producción agrícola-ganadero y, muy especialmente, a partir de la revolución industrial. Desde este punto de vista, las principales formas en las que el cambio global se hace presente en tanto que incidencias ambientales a escala planetaria, serían: la desertificación y la morfogénesis acelerada, la pérdida de biodiversidad y el cambio climático inducido, problemáticas todas ellas con convenios internacionales actualmente en vigor.

Al inicio de su intervención en el I Congreso Nacional sobre Cambio Global, celebrado en Madrid el 25 y 27 de abril de 2007, uno de los ponentes, en alusión al Cambio Climático, recordaba a Einstein cuando afirmaba que “no se puede resolver un problema con el mismo modo de pensar que lo ha creado”. Si consideramos el perspicaz enfoque del premio Nobel alemán, la cuestión se centraría ahora en saber si la sociedad actual ha cambiado lo suficiente (o está en disposición de hacerlo) en su conocimiento y en su forma de pensar y actuar como para poder abordar la resolución del que, en palabras de mandatarios y expertos internacionales, es el principal problema ambiental que el ser humano se ha creado a sí mismo (cambio climático inducido). De ahí la importancia de libros como el que nos presenta el CSIC en el número 1 de su colección Divulgación, el cual contribuye de manera decisiva a afrontar dicho desafío. Desde nuestro punto de vista, y en lo que al panorama nacional se refiere, dicha importancia radica en que la publicación representa el primer intento sistemático, por una parte, de identificar el cambio climático inducido como una secuela del cambio global, lo cual supone un importante avance conceptual en el camino de la comprensión de las relaciones de la actividad humana y el sistema terrestre; y, por otra, de abarcar, desde diferentes ámbitos del saber, el conjunto de las consecuencias de la transformación de la superficie terrestre debida a la acción antrópica.

Bajo la coordinación de Carlos Duarte (CSIC), ocho especialistas de primera fila en distintas disciplinas de las ciencias naturales y sociales de nuestro país, muchos de ellos miembros del Comité Español del IGBP (International Geosphere-Biosphere Programme), nos entregan una monografía en cuyas primeras páginas se da cuenta de los entresijos de la compleja “maquinaria de la biosfera”, así como de las concepciones más actuales acerca del cambio climático y el cambio global y sus posibles escenarios. La obra avanza con un análisis de la dimensión social del impacto del cambio

global, para concluir con una reflexión acerca del papel que deben jugar medios, instituciones, sectores sociales y económicos, etc. ante dicho cambio global, al objeto de abundar en la mitigación y capacidad de adaptación al mismo. El volumen se completa con una escogida y bien orientada relación de enlaces electrónicos que permiten al lector adentrarse en la compleja trama web del cambio global y el cambio climático.

Como reconocen los autores del trabajo en su capítulo final ("Perspectiva"), la principal respuesta al cambio global reside en la actitud del ser humano, en su disposición al cambio de hábitos en relación al actual modelo energético y en su renovada consideración de lo que debe entenderse por un mundo sostenible. Obras como la que aquí comentamos ayudan a que ésta sea una sociedad más instruida en los problemas ambientales globales, más capaz, por tanto, de pensar de manera diferente y de tomar decisiones en la dirección más adecuada. Lo cual, como bien supo ver el sabio de Ulm (Alemania), supone algo indispensable, si no para revertir el cambio global, al menos sí para reducir nuestra propia vulnerabilidad como colectivo social ante semejante envite.

Francisco Borja Barrera
Profesor de Geografía Física
de la Universidad de Huelva

RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL

Más allá de los dogmas

José Manuel Naredo

Madrid, Siglo XXI, 2006

288 páginas

Cuando uno reflexiona con cierta perspectiva sobre el deterioro ambiental en el que nos encontramos puede llegar con facilidad a la siguiente conclusión: con independencia del indicador elegido, la situación a escala planetaria es bastante peor ahora que hace cuatro décadas. Pero a la vez que ocurre esto, se ha incrementado notablemente nuestro conocimiento sobre el funcionamiento económico-social y sobre las causas de los impactos ecológicos. Si unimos ambas cosas parece que estuviéramos condenados a vivir en permanente paradoja. Una paradoja que cabría resumir del siguiente modo: cada vez sabemos más sobre los costes ambientales y sociales de la "maquinaria económica" pero hacemos poco por reconducir las cosas hacia derroteros más sostenibles. O lo que es lo mismo: cuanto más sabemos menos hacemos.

También es cierto que la mejora en la cantidad de información no es ajena a otra tendencia más soterrada que —a medida que las cosas empeoran— se va asentando progresivamente. Esta tendencia tiene que ver con la ocultación a la sociedad de información ecológicamente relevante por caminos más o menos sutiles. De un lado, inflando la información confusa y banal, a la vez que no se profundiza en los datos fundamentales, ni se cubren las lagunas de información básica; y, por otro, invirtiendo literalmente en "imagen verde", esto es, diciendo que se hace lo que verdaderamente no se hace o, lo que es peor, haciendo precisamente lo contrario de lo que se predica.

En este contexto problemático y paradójico, el libro de J.M. Naredo constituye una singular y sugerente aportación que ayuda a clarificar el panorama, a desbrozar el camino. Y lo hace por

varios motivos. En primer lugar se trata, ya desde el mismo título, de un libro radical, es decir, que va a la raíz, al fondo de los problemas, tal y como recomendaban acertadamente los clásicos. Por otra parte, constituye un potente instrumento y una valiosa ayuda para interpretar lo que está ocurriendo desde el punto de vista económico y ecológico, a la vez que destaca las limitaciones para esta tarea, tanto del enfoque económico convencional como de la propia ideología dominante. Todo ello apuntando, de paso, elementos y enfoques que pueden reconducir en la práctica la actual situación. Para dicha tarea, Naredo retoma y amplía las reflexiones centrales de su ya clásico libro *La economía en evolución* —del que precisamente este año se cumple el vigésimo aniversario de su publicación—, lo que demuestra que el paso del tiempo corrobora su argumentación, y que los planteamientos solventes no se improvisan.

Al volver sobre el enfoque eointegrador y transdisciplinar —en contraposición al reduccionismo propio del análisis económico estándar— el libro amplía el horizonte de la información y el análisis retomando lo que la ciencia económica convencional, en su evolución, ha dejado en el camino, en la cuneta. Así se llama la atención sobre dimensiones de la realidad ocultas, omitidas y previamente expulsadas de las preocupaciones de la ciencia económica convencional, por ejemplo, las vertientes física, territorial, social o político-institucional del proceso económico. En los dos primeros casos, se demuestra la fertilidad del metabolismo económico como herramienta para entender las relaciones economía-naturaleza a escala mundial o nacional. No en balde, con ayuda de esta herramienta es posible entender, por ejemplo, el comercio internacional y el sistema financiero, no como juegos donde todos los participantes siempre ganan, sino como poderosas palancas para consolidar el actual estado de deterioro y degradación ecológica.

Respecto a la vertiente social y político-institucional, el autor nos recuerda la importancia de la economía institucional con su reflexión sobre la definición de las reglas de juego y el poder, lo que

permite mostrar que los resultados del deterioro ecológico y social obtenidos no caen del cielo sino que son fruto de unas relaciones de poder que se plasman en el correspondiente marco institucional o normativa.

El libro destaca, por tanto, la pertinencia de las enseñanzas de la economía ecológica —en sus vertientes de ecología urbana e industrial—, que junto a la economía institucional, aparecen como puntos de encuentro transdisciplinar donde conviven, de manera fructífera para el análisis y la gestión, tanto economistas como físicos, ecólogos o ingenieros sensibles a la problemática ambiental. Conviene aclarar que, en este difícil asunto de la transdisciplinariedad, J. M. Naredo no habla a humo de pajas ni ofrece bienintencionadas declaraciones vacías de contenido. No solo predica, sino que también da trigo, es decir, ejemplifica con la práctica que esto es posible. Tanto en este libro, como en casi toda su obra anterior, hay un objetivo claro por tender puentes entre economía y ciencias naturales, y los resultados de esa labor han sido en muchos casos novedosos no sólo en nuestro ámbito geográfico, sino también más allá de nuestras fronteras.

A pesar de esa necesidad de tender puentes, la mayoría de los saberes parcelarios suelen ser refractarios a este tipo de planteamientos transdisciplinares. Y, por desgracia, la economía estándar no ha sido una excepción. El problema surge porque, ante una realidad ambiental y social preocupante, el enfoque económico convencional se afana por seguir aplicando el reduccionismo monetario extendiendo la vara de medir del dinero y creando mercados ficticios para realidades ambientales y sociales que difícilmente soportan ese tratamiento. La economía “ambiental” convencional es un buen ejemplo de ello y J. M. Naredo lo resalta con gran tino y, también, con elegantes cargas de profundidad.

Sin embargo, como se demuestra en el libro, la sociedad se encuentra apresada por una serie de dogmas que le impiden tomar conciencia de los problemas e impulsar el cambio. En muchos casos, estos dogmas proceden de la propia eco-

nomía y tienen mucho que ver con la escasa apatía por revisar las principales categorías conceptuales con que funciona esta disciplina. Y aquí, Naredo ha sido pionero también desde el principio. Y se comprende: parece que sólo alguien ajeno a las intrigas académicas y a la pobre autocritica universitaria estaba en condiciones de pensar con libertad sobre la solidez de las categorías con las que razonan habitualmente los economistas, ya fueran estas las de “producción”, “trabajo” o la propia noción, casi indiscutible, de “desarrollo económico”.

En el primer caso, el libro explica muy bien cómo la “producción” económica ha dejado atrás su trasfondo material y ha pasado a convertirse en la rutinaria tarea de “revender con beneficio”, cuando no en la simple adquisición y extracción de riquezas preexistentes para su posterior degradación y deterioro. Como ya demostró en su día con *La economía en evolución*, Naredo subraya cómo en su nacimiento la ciencia económica no sólo se emancipó de las reglas morales, sino también del cimiento ambiental sobre el que se sostenía la actividad que le era propia. Y rotas así las ligaduras que sujetaban la “producción” de riquezas a ese “cuerpo extraño” de las condiciones naturales y sociales, el camino hacia la degradación ambiental, la insostenibilidad y el deterioro social estaba servido.

Respecto a la categoría “trabajo”, el libro pone de relieve la transmutación que se produjo desde una concepción del trabajo como simple medio para lograr los fines de una vida buena, al trabajo como meta social e individual del capitalismo. Esta circunstancia permite comprender cómo, a pesar de un desarrollo tecnológico notable y de una capacidad de producción de bienes y servicios nunca antes conocida, las jornadas de trabajo, lejos de reducirse, se hayan ampliado, sean más largas y, en general, penosas, disminuyendo paulatinamente el número de fiestas disfrutadas respecto a décadas y siglos pasados. Y todo ello en un escenario muy contradictorio en el que se piden incesantemente puestos de trabajo mercantil a un sistema que, por claro interés, los escatima. El revelador artículo sobre “La

necrología de las fiestas” que Naredo escribió a mediados de los setenta se actualiza aquí con nuevas reflexiones que vuelven a corroborar aquellas antiguas sugerencias.

La última revisión conceptual del texto se centra en la categoría de “desarrollo”. Es este un caso en el que, al ampliar la lupa hacia los aspectos físicos y territoriales, se propone una nueva caracterización de los países “desarrollados”, a saber: aquellos que son a la vez deficitarios en términos físicos, con una relación de intercambio comercial monetaria favorable, y atractores netos de población y capitales, lo que demuestra los límites de ese planteamiento y que su situación no es generalizable. Como todos los países no pueden ser, simultáneamente, atractores netos de población, recursos y capitales, su condición será posible únicamente mientras no la disfrute el conjunto. Cosa que, por cierto, se puede ver muy bien si reflexionamos sobre el trasfondo ecológico de estrategias de “desarrollo” como la española, pero también como las del sudeste asiático o Chile, sugeridas como modelos al resto de países pobres y difícilmente generalizables.

En definitiva, el conjunto de sus páginas hacen de este libro un texto imprescindible para disenter, de manera informada y rigurosa, de las enseñanzas de la economía estándar. Pero también para relativizar categorías que se han transformado en “mitos” y “metáforas” que muchas veces se convierten en árboles que nos impiden ver tanto el bosque como los senderos alternativos por los que deberíamos transitar. Se comprende que, por esta última razón, el libro de J. M. Naredo constituya además una herramienta muy necesaria, no sólo para obtener una brújula que nos oriente correctamente, sino también para aprender esa buena economía que, al decir de Joan Robinson, resultaba imprescindible para no volver a ser engañados por los economistas convencionales.

Óscar Carpintero
Profesor de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid

UTOPIÁS E ILUSIONES NATURALES

Francisco Fernández Buey

El Viejo Topo
Barcelona, 2007

335 páginas

Cualquier reseña de un clásico de la filosofía política y de la historia de las ideas corre el riesgo de ser injusta, de ser incapaz de apuntar los numerosos senderos que abre. Este es, sin duda, el caso de este breve comentario porque, sin atisbo de error, *Utopías e ilusiones naturales* se convertirá en un futuro próximo en un destacado clásico de la filosofía española.

Recuerda Fernández Buey en los compases finales de su introducción que Herbert Marcuse, con *El final de la utopía*, nos dejó el tema en herencia y que desde 1990 el asunto se ha planteado en numerosas ocasiones si bien con orientaciones muy diversas de la “marcusiana”. Unas veces desde la perspectiva “popperiana” de la ingeniería social fragmentaria; otras, desde la consideración de que utopía y totalitarismo son necesariamente conceptos sinónimos, y que, consiguientemente, el único ámbito libre, y razonable por inocuo, para la expresión de la utopía en nuestra época sea el estético. Para “el autor” —expresión que usa Fernández Buey para firmar su introducción—, ésta es una verdad a medias que oculta una decisiva parte del asunto y que choca, además, con hechos cada vez más sólidos. La reflexión sobre el sentido socio-político de la utopía ha vuelto sin que se le esperara en los comienzos del siglo XXI, y lo ha hecho de la mano de lo que hoy llamamos “movimiento de movimientos”.

Por ello, cabe defender razonablemente que a pesar de lo visto y vivido, después de los desastres del siglo XX, la utopía no ha perdido su vigencia. A desarrollar esa tesis, a argumentar con precisión, detalle y excelente erudición esa posición filosófico-política, está dedicado este último libro del filósofo y profesor de la Universidad Pompeu Fabra Francisco Fernández Buey.

Para el autor de *Leyendo a Gramsci*, el moderno concepto de utopía ha nacido de la combinación de la crítica moral del capitalismo incipiente, del propósito de dar una forma alternativa a la reivindicación de la prioridad comunal y, en tercer lugar, de una vaga atracción por la forma de vida existente en el nuevo mundo entonces recién descubierto. Hay en el nacimiento de la utopía moderna una serie de rasgos que se han conservado a lo largo de los tres últimos siglos y que pueden detectarse, por ejemplo, en el Ernst Bloch de *El principio esperanza*: el recuerdo de la comunidad que hubo, la crítica abierta a la injusticia y a la desigualdad del presente y la atracción por la novedad que apunta en lo recién descubierto o en lo recién intentado, en la medida en que este apuntar a lo nuevo enlaza con el tiempo pasado acaso idealizado. En todas las utopías modernas, sostiene Fernández Buey, es posible encontrar una idea de dialéctica histórica según la cual la crítica de lo existente hace enlazar el recuerdo del buen tiempo pasado con la armonía, la justicia y la igualdad que se desean para el futuro.

Al estudiar la evolución del concepto de utopía, el autor pretende defender y argumentar tres tesis más: que la utopía no ha muerto, que el destino de las grandes ideas utópicas es hacerse realidad político-social en un lugar diferente al pensado por las propias utopías, y que al final de la modernidad europea, al igual que en sus comienzos, la intención irónico-positiva es clave para poder seguir hablando de utopía en serio.

Utopías e ilusiones naturales se abre con un texto de Leopardi cuyo punto final señala: “Parece un absurdo, pero es exactamente verdadero que, siendo todo real una nada, no hay cosa más real ni sustancial en el mundo que las ilusiones”. La paradoja, la aporía que señala contrastes y diferentes perspectivas y permite, esta vez sí, una fructífera mirada dialéctica, es la atalaya esencial usada por Fernández Buey a lo largo de estas páginas, escritas en una magnífica lengua que consigue que el lector se quede enganchado siempre a esta narración

histórico-filosófica como quedamos fijados y atentos a las imágenes y narrativa de una película clásica.

Contiene *Utopías e ilusiones naturales* una colección de ensayos sobre la historia de esta idea. Como el número de utopías propuestas desde Thomas More es amplísimo, Fernández Buey ha hecho una amplia selección en la que incluye el estudio de la utopía antes de la propia utopía (primera paradoja), de la ciudad ideal y el profetismo con su tesis anexa: al imaginar la ciudad ideal y profetizar una nueva Jerusalén, la admiración de lo que debe ser y lo que habitualmente se llama realismo no solo andaban reunidos sino que saltaban juntos a la palestra. Sigue el análisis de la propuesta de More mirada desde el estupor del primer encuentro entre Europa y América, pasando a ocuparse a continuación de utopías que surgieron en el tránsito del Renacimiento al Barroco y que conectan con la época de las revoluciones científicas. La paradoja apunta en este caso a que la utopía da la bienvenida a la ciencia moderna, al análisis riguroso, pero lo hace con argumentos religiosos, al mismo tiempo que esa misma utopía que se quiere idealmente republicana se hace realmente monárquica.

El hilo conductor de la parte dedicada a las utopías ilustradas destaca otra aporía, la que representa que la aspiración a la tolerancia y a la paz perpetua nunca fueron pensadas en forma utópica aunque de ambas se dijera que lo eran. A "Utopía y socialismo" dedica Fernández Buey dos apartados que explican cómo la utopía se fue convirtiendo en un concepto deshonoroso y hasta qué punto hay que considerar responsable de tal deshonra a la pretensión socialista de pasar, de una vez y por todas, de la utopía a la ciencia, a una ciencia mal pensada en ocasiones como conocimiento firme, seguro y no revisable.

Los dos ensayos siguientes están dedicados a discutir la idea de que desde 1984 y *Un mundo feliz* la utopía ha dejado paso definitivo a la distopía. Ni siquiera en los peores momentos del mundo bipolar ha perdido fuerza la idea utó-

pica. Fernández Buey lo muestra a partir de un detallado estudio, uno de los memorables pasajes de este libro de libros, de las obras de ciencia ficción y futurología, poco o escasamente atendidas en la tradición socialista, de Zamiatin, Huxley, Le Guin, Orwell, Stanislaw Lem y Philip K. Dick. La tesis central del autor en este asunto es que no hay que leer las distopías del siglo en clave anti-socialista sino en clave anti-ideológica, como críticas del mundo bipolar y de las ideologías en confrontación.

Como ya se apuntó, Fernández Buey cierra su introducción señalando que es sólo media verdad reducir el ámbito de la utopía al campo de lo estético. Lo es, sin duda. Pero no es ninguna afirmación utópica afirmar que su ensayo no sólo es excelente en su contenido, sino que, además, su edición ha dado pie a un hermoso libro, a un bello objeto, donde el trabajo de composición de Neus Porta debe ser destacado y donde la invocación final a la petición árabe escrita en libros antiguos —"Oh, Kubéjkag salva mi libro de las termitas"— es oportuna, significativa pero, sin duda, innecesaria. No es ninguna utopía, en el mal sentido del concepto, creer que las termitas del XXI serán respetuosas con obras clásicas y bellas como ésta.

En una reciente reseña de *Noticias de ninguna parte*, una utopía de William Morris de la que Fernández Buey da cuenta detallada, Constantino Bértolo sostiene que la lectura o relectura de la novela le ha recordado "que para salir de la derrota es tarea prioritaria construir otro horizonte". El autor de *Utopías e ilusiones naturales* nos ha facilitado con este deslumbrante ensayo los cimientos, la estructura y gran parte de los materiales del nuevo proyecto: un hogar afable, justo y sostenible, que cultive la paradoja y goce de un deseable sentido del humor.

Salvador López Arnal

Profesor de Informática en el Instituto Puig
Castellar (Santa Coloma de Gramenet,
Barcelona)

ECONOMÍA POLÍTICA MUNDIAL I

Las Fuerzas Estructurantes

Ángel Martínez González-Tablas

Ariel

Barcelona, 2007

368 páginas

Hay en este libro un intento serio por rastrear el esqueleto que soporta la dinámica económica a escala mundial, es decir, por “bucear en aguas más profundas que las propias de la coyuntura y de los análisis convencionales más habituales”. En el ámbito del análisis de la economía mundial, resulta muy oportuna esta aspiración heterodoxa a la profundidad, sobre todo tras la fuerte irrupción del enfoque económico convencional en campos donde, en España, éste había tenido un papel muy discreto. El cambio de tono experimentado en las temáticas (hacia fenómenos cada vez más parciales) y en los instrumentos de interpretación de la realidad económica a escala mundial, se ha hecho en buena medida en detrimento de antiguos enfoques y métodos de análisis más fértiles y omnicomprensivos. Aproximaciones como el estructuralismo o el institucionalismo —con sus énfasis en el estudio de las interdependencias y la importancia del poder y el marco institucional para regular y reconducir la realidad económica— entroncan claramente con enfoques de economía política que merecen la pena ser rescatados. Sin embargo, conviene tener presente que, a pesar de las ventajas de éstos últimos sobre el enfoque económico convencional, también arrastran una serie de limitaciones. Limitaciones que tienen que ver tanto con la aceptación más o menos acrítica de algunas categorías económicas que son problemáticas (crecimiento, producción, desarrollo, competitividad, eficiencia...), como con lagunas importantes en el tratamiento de aspectos centrales (relaciones economía-naturaleza, la cuestión de género, etc.).

En este escenario, y después de reflexionar durante años de manera certera e iluminadora sobre el proceso de globalización, Ángel Martínez González-Tablas presenta ahora un texto en el que a la reivindicación de los viejos enfoques en el estudio de la economía mundial se une la aspiración por corregir algunas de sus lagunas y debilidades. Todo ello en una reflexión sobre los fundamentos de la economía mundial —sobre sus “fuerzas estructurantes”—: “aquellas que afectan de forma profunda y duradera a los componentes y relaciones que determinan el comportamiento a largo plazo de la economía mundial”. Con un criterio metodológico restringido, González-Tablas selecciona cuatro de estas fuerzas, a saber: la dimensión ecológica, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), la globalización y la financiarización. Ya la simple enumeración pone de relieve que, a diferencia de su anterior libro sobre la globalización, González-Tablas hace un esfuerzo explícito por incorporar las relaciones economía-naturaleza. En este empeño, es justo reconocer que el autor de este libro es uno de los pocos en nuestro país que, desde el ámbito de la Economía Mundial, se ha tomado en serio el desafío ecológico. Además, tanto en este caso, como en el resto de “fuerzas estructurantes”, el estudio se hace con vocación analítica y sistemática, pero también con la honestidad que no oculta las dificultades de la tarea emprendida.

Con estos mimbres, González-Tablas acomete sucesivamente el estudio de las cuatro “fuerzas estructurantes”, comenzando por la dimensión ecológica. Tal vez por haber sido la gran ausente en sus trabajos previos, y por haber cobrado clara conciencia de su relevancia, se la dedica mayor atención y espacio que a las restantes fuerzas. El tratamiento selectivo y la revisión de la literatura se realiza desde un doble plano: respecto a la evolución de la realidad económico-ambiental (problemas ambientales y tendencias insostenibles a escala mundial) que impone restricciones claras a lo que podemos hacer con la energía, los materiales y las consecuencias de dichos usos; pero tam-

bién en relación a la evolución del discurso económico-ecológico y de algunas de sus categorías más importantes (sostenibilidad). En cuanto a esto último, el autor tiene el suficiente bagaje intelectual como para desconfiar de nociones de compromiso tales como el “desarrollo sostenible” que, al convertirse en un cajón de sastre en el que suele caber una cosa y la contraria, sirven para poco científica y prácticamente. Lo mismo que son de poca ayuda los intentos de la economía convencional por extender la vara de medir del dinero hacia el medio ambiente alumbrando nociones equívocas como la de “sostenibilidad débil” que, a la hora de enfrentar el deterioro ecológico, adolecen de la misma incapacidad que la propia teoría económica ortodoxa en la que se apoyan. González-Tablas lo sabe y argumenta a favor de una noción de sostenibilidad “fuerte” que ponga la atención en la reconversión ecológica de los modelos de producción y consumo, cerrando los ciclos de materiales y avanzando hacia la utilización de fuentes energéticas renovables.

En lo que atañe al análisis de las TIC, éstas se justifican como “fuerza estructurante” en la medida en que se perfilan como la última etapa de cambio técnico dentro del sistema económico capitalista, y tienen una influencia clara sobre los modos de producción de bienes y servicios, o de organización e inversión empresarial. Es este un tema donde la literatura y la euforia resultan ya desbordantes y resulta difícil encontrar el punto de vista y el tono adecuados. A González-Tablas, el equilibrio le hace huir tanto del tratamiento de la tecnología y las TIC como “caja negra” (teniendo en cuenta, por tanto, el contexto que favorece la aparición de una ruptura tecnológica como ésta), como del deslumbramiento acrítico de los logros de la microelectrónica, internet y las telecomunicaciones (poniendo de manifiesto los efectos contradictorios, por ejemplo, sobre la desigualdad). Tendría interés, a este respecto, no olvidar los resultados de la polémica sobre la “desmaterialización” de la economía (supuesta tendencia de las economías “desarrolladas” a utilizar menos energía

y materiales tanto relativa como absolutamente) analizada en el capítulo 1 del libro, pues constituye una buena brújula para ser cautelosos respecto a las posibilidades y limitaciones de las TIC como solución tecnológica generalizada.

Parece claro que, mientras que las dos “fuerzas estructurantes” reseñadas centran su atención, bien sobre los cimientos ambientales del sistema económico y sus insostenibles tendencias (dimensión ecológica), o sobre los cimientos tecnológicos con los que el sistema económico gestiona los recursos y la información para la producción de bienes y servicios (TIC); en el caso de las otras dos “fuerzas estructurantes” (globalización y financiarización) nos encontramos con procesos de naturaleza diferente. El capítulo tercero, dedicado a la globalización, tiene la ventaja de presentar, a modo de apretada síntesis, el pensamiento destilado de González-Tablas sobre un asunto al que ha dedicado muchos años de reflexión y análisis. En este caso, como en el resto de capítulos, se realiza un esfuerzo por delimitar conceptos y analizar causas y efectos. En la medida en que la globalización apela a procesos cuyo origen, manifestaciones o consecuencias son mundiales, no solo cabe hablar de globalización *económica*, sino también, ecológica, social, política, o ideológica. El texto se centra en la globalización económica y, dentro de ella, en la realmente existente, es decir, la mundialización capitalista de impronta neoliberal. Sus características (desarrollo espectacular de las finanzas, intensa transnacionalización productiva, restricciones a los movimientos migratorios, interdependencia y dinámica sistémica, regulada por protagonistas identificables que la consolidan y profundizan), y sus efectos tanto parciales (sobre la desigualdad, la pobreza, la relación salarial...) como sistémicos (extensión del proceso de mercantilización, cambios en la correlación de fuerzas sociales, problemas de cohesión social, déficit institucional, etc.) son desgranados de forma clara y con punto de vista propio. No se trata pues, a juicio del autor, de un simple incremento de las relaciones externas o del grado de

apertura de las diferentes economías, sino que el espacio mundial se convierte en el escenario en el que se reproduce y funciona el sistema económico.

Y así se llega a la última de las “fuerzas estructurantes” planteadas. Al lector seguramente le asaltará la duda de si la financiarización (entendida, en principio, como el incremento absoluto y relativo de la esfera financiera de las economías) puede constituir una fuerza autónoma o, por el contrario, está ya incorporada dentro de la globalización (de la que, a su vez, sería impulsora). Consciente de las estrechas relaciones de la financiarización con el proceso de globalización y el desarrollo y consolidación de las TIC, González-Tablas defiende, sin embargo, su naturaleza de fuerza estructurante en la medida en que es capaz de conformar de manera duradera los comportamientos y el funcionamiento del sistema económico en su conjunto. De ahí que este proceso sea mucho más que el simple incremento de la esfera financiera respecto al Producto Interior Bruto, o la inversión real, y suponga la aparición de unas finanzas de “nuevo tipo” en las que emergen con fuerza agentes novedosos (inversores institucionales, fondos de pensiones, fondos de alto riesgo), pero también mutan su capacidad de influencia y funcionamiento algunos de los antiguos (empresas *no* financieras donde se impone un modelo financiero de gestión en el que prima la maximización del valor de las acciones). Como consecuencia de esto, las finanzas de “nuevo tipo” están consolidando su autonomía respecto de la esfera productiva, proclamando su “autosuficiencia” y llegando, como acertadamente sugiere el autor, a un peligroso grado de “ensimismamiento”.

Este libro es, pues, una ayuda notable para desbrozar el camino y alcanzar las claves fundamentales que impulsan la economía mundial. Pero convendría no olvidar que la consideración de estas cuatro “fuerzas estructurantes” no implica que el análisis deba estar cerrado y no admita variaciones ni nuevas incorporaciones. González-Tablas es consciente de que la evolu-

ción económica y social puede obligar a reconsideraciones. Reconsideraciones que atiendan, por ejemplo, a problemáticas como los fenómenos demográficos, la dimensión de género, o las “reafirmaciones identitarias”, lo que enriquecería el panorama de estas “fuerzas estructurantes”. Pero también obligaría a los enfoques económicos a tender más puentes con otras ciencias sociales, a profundizar el diálogo con ellas y... a escuchar. Noble aspiración que la economía convencional debería atender y el pensamiento económico crítico no olvidar. Este libro es, por ello, un buen recordatorio.

Óscar Carpintero

Profesor de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid

ecología política

CUADERNOS DE DEBATE INTERNACIONAL

www.ecologiapolitica.info



Revista semestral de información y debate entorno a cuestiones ambientales y su relación con la sociedad

Suscripción anual: 22 euros

Contacta con nosotros:
secretariado@ecologiapolitica.info

Próximo número: "Decrecimiento"

Icaria  editorial

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

PARA SUSCRIBIRSE

- ✓ ENVÍE ESTE CUP AL FAX O LA DIRECCIÓN INDICADA A PIE DE PÁGINA
✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO **PUBLICACIONES@FUHEM.ES**
✓ LLAME AL TELÉFONO **91 431 03 46**

Nombre:
Dirección:
Población: C.P. Provincia:
País: Tel. fono:
Correo electrónico:

PRECIO DE UN EJEMPLAR

- ☐ España (envío gratuito) **9 €**
☐ Europa **21 €**
☐ Resto del mundo **28 €**

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN (4 números)

- ☐ España (envío gratuito) **28 €**
☐ Europa **60 €**
☐ Resto del mundo **88 €**

FORMA DE PAGO

- ☐ Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Titular de la cuenta:

ENTIDAD	OFICINA	CONTROL	NÚMERO CUENTA

- ☐ Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado
☐ Giro postal a nombre de Fundación Hogar del Empleado
☐ Contra reembolso
☐ Transferencia bancaria a:
Banco Popular. C/ O'Donnell, 22. 28009 Madrid.
N.º Cuenta: 0075 0251 11 0600005047

